

Antología colectiva dirigida por

Hernán Poblete Varas

Cuentos de cabecera



ZIG-ZAG

Cuentos de Cabecera

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

CUENTOS DE CABECERA

UNA ANTOLOGIA COLECTIVA

dirigida por

HERNAN POBLETE VARAS

Z I G - Z A G

PROLOGO

CUANDO NO acude el sueño, cuando el cansancio aleja las lecturas sostenidas, cuando queremos ocupar brevemente el ocio, ¿qué ganas de tener a mano un buen libro que posea la virtud de entretener sin mayores complicaciones!

El libro de viajes suele ser un compañero de gran valía en tales ocasiones, pero, como la novela, ofrece el peligro del interés continuado (supongamos que se trata de un buen libro), y, de pronto, nos encontramos con que ha pasado más tiempo del previsto y la lectura ocasional se convirtió en trasnochada.

Hay personas que eligen con cuidado ese livre de chevet. Soy de ellas. Periódicamente, busco en mi biblioteca, extraigo un tomo atractivo y lo deposito sobre el velador. La verdad es que ahí queda, a veces durante semanas, hasta que advierto que no he leído una sola línea y lo cambio por otro, con igual resultado. ¿Por qué? Es muy largo, es muy denso, o es muy poco oportuno.

Se desea la compañía leve, equivalente a una buena charla de sobremesa, en la que haya buen humor, interés, variación. Un tema con variaciones o —mejor todavía— unas variaciones sin tema general. Así no se corre el riesgo del monólogo ensordecedor, y nuestra imaginación salta de uno a otro sujeto, livianamente y con la posibilidad de detenerse en cualquier punto sin desmedro de la continuidad.

Esas cualidades sólo las reúne un buen libro de cuentos.

Y si es una antología, mejor, porque ofrece todas las variaciones tonales y temáticas que pueden caber en un volumen.

Pensando en esto, salió la idea de formar una antología de cuentos chilenos provista de las ventajas más deseables: diversos autores, diversos temas, diversas épocas, y todo unido por una regla común: la amenidad. Pero una antología, aunque se la realice con amor y objetividad, lleva el sello de los gustos personales, y es muy posible que los relatos preferidos por mí no lo sean para el desconocido y "desocupado lector".

Es el problema de escoger. El más ecléctico de los espiadores se dejará llevar, quiéralo o no, por sus inclinaciones más hondas. Lo podemos observar cada vez que abrimos una antología, cada vez que leemos un comentario crítico sobre un trabajo de esta índole: siempre tendremos la certeza de que hay autores y obras de más y de menos. No es éste, sin embargo, el asunto de fondo, pues el problema de elegir conlleva una facultad de decisión que no puede detenerse a pesar de las infinitas alternativas y de la crítica adversa del "a mí me gusta más esto que aquello". Lo de fondo es que esta antología de la entretención debía representar una opinión colectiva más que un juicio personal.

Y, así, a la idea de la antología se añadió la de la encuesta. Comunicué mi propósito a diez escritores, por medio de la siguiente nota, que explica el método y la finalidad:

"Me permito molestarle con estas líneas, para solicitar su cooperación en el siguiente proyecto: pretendo publicar una antología de cuentos chilenos escogidos, principalmente, por su amenidad. En pocos términos, una antología de aquellos cuentos que uno querría tener siempre a mano.

"Para llegar a una selección de esta naturaleza, nada mejor que recurrir a buenos lectores. Por esto, le escribo a usted y a otros nueve escritores (poetas, novelistas, ensayistas y críticos), rogándole a cada uno que señale los cinco cuentos más entretenidos de nuestras letras. Con el conjunto de esas opiniones,

más la mía, haré la selección de acuerdo con el número de "preferencias".

"La antología así formada se publicaría en breve plazo, con el título *Cuentos de Cabecera*. En un prólogo se daría cuenta del método empleado y de los escritores consultados, guardando discretamente la selección hecha por cada uno, pero dando los resultados generales".

Nueve contestaron. Ellos fueron, por orden alfabético: Alfonso Calderón, Hernán Díaz Arrieta (*Alone*), Luis Droguett Alfaro, José Miguel Ibáñez, Hugo Montes, Eliana Navarro, Luis Sánchez Latorre, Roque Esteban Scarpa y Raúl Silva Castro.

Casi todos se ciñeron estrictamente a la petición de señalar cinco cuentos. Hubo algunos que añadieron otros, a título de recomendación; uno amplió la intención primitiva, señalando el conjunto de la obra de determinados autores (los "Cuentos Fantásticos", de Alberto Edwards, y "Páginas Chilenas", de Joaquín Díaz Garcés); otro se limitó a señalar cuatro obras e insinuó otras tantas posibilidades.

Opiniones en mano, di el primer paso en la selección: formar una lista con todos los cuentos que habían recibido votos directos, dejando aparte las recomendaciones o insinuaciones para una segunda revisión. Las nueve opiniones, más la mía, dieron el siguiente resultado:

Con tres votos:

"Adiós a Ruibarbo", de Guillermo Blanco.

Con dos votos:

"La espera", de Guillermo Blanco.

"El hombre del caballo verde", de Enrique Bunster.

"El Callejón de los Gansos", de Oscar Castro.

"La botella de caña", de Francisco Coloane.

"Afuerinos", de Luis Durand.

- "La señora", de Federico Gana.
 "El padre", de Olegario Lazo Baeza.
 "Cañuela y Petaca", de Baldomero Lillo.

Con un voto:

- "El árbol", de María Luisa Bombal.
 "Doña Tato", de Marta Brunet.
 "Don Florisondo", de Marta Brunet.
 "En provincia", de Augusto d'Halmar.
 "A rodar tierras", de Augusto d'Halmar.
 Cualquier cuento de Joaquín Díaz Garcés.
 "El hombrecito", de José Donoso.
 "Paseo", de José Donoso.
 Un "cuento fantástico", de Alberto Edwards.
 "Candelilla", de Federico Gana.
 "Paulita", de Federico Gana.
 "Aquí no ha pasado nada", de Claudio Giaconi.
 "El Capangá", de Jorge Guzmán.
 "El pan bajo la bota", de Nicomedes Guzmán.
 "La manzana de Arlette", de Mimí Garfias.
 "El canario bombero", de Juan Godoy.
 "Pablo", de Luis A. Heiremans.
 "La misión del gangster", de Vicente Huidobro.
 "Inamible", de Baldomero Lillo.
 Una "historia de bandidos", de Rafael Ma-
 luenda.
 "Niña de color", de Diego Muñoz.
 Una "carta de la aldea", de Manuel J. Ortiz.
 "El pavo", de Egidio Poblete.
 "Amor de estudiante", de Egidio Poblete.
 "La nochebuena de los vagabundos", de Salva-
 dor Reyes.
 "Las banderas del puerto", de Salvador Reyes.
 "El fantasma del patio", de Manuel Rojas.
 "El vaso de leche", de Manuel Rojas.
 "El semáforo", de Carlos Ruiz-Tagle.

"El banquete", de Carlos Ruiz-Tagle.

"El vengador", de Fernando Santiván.

Ahora bien, tantos cuentos no cabrían en un solo volumen con propósitos "de cabecera". Había, por tanto, que escoger entre los escogidos. En los primeros casos, no había duda: todos los cuentos con dos o más votos quedaban elegidos. La única dificultad la ofrecía Guillermo Blanco, el autor con más votos en conjunto. No era posible "cargar la mano" a un escritor, dentro del espíritu de la antología, publicándole dos de sus obras, mientras los demás figurarían con una. Aquí tuvo que pesar la preferencia personal y considerar que "Adiós a Ruibarbo" figura en numerosas selecciones. Me quedé, pues, con "La espera", admirable narración que revela con mayor fuerza el talento de Guillermo Blanco, y sacrifiqué a "Ruibarbo", cosa que, por lo demás, coincidía con el destino del vetusto caballo de carretón panadero, protagonista de esa tierna historia.

Espigar entre las treinta y una obras señaladas con un voto era tarea más difícil. Me atuve al método que me pareció más justo:

Primero, descartar todas aquellas obras cuyos autores ya quedaban seleccionados por su votación más alta.

Segundo, incluir a todos los autores que figuraban con más de un cuento, eligiendo yo el relato que se publicaría.

Tercero, seleccionar a los demás, hasta completar el volumen, de acuerdo con las recomendaciones hors concours hechas por algunos de los consultados.

Así se formó la lista definitiva de narraciones que figuran en este volumen. Ella trasunta, con la mayor fidelidad, las preferencias de un grupo de escritores que son, también, lectores avezados y conocedores profundos de nuestras letras.

Parecerá injusta la exclusión de algunos trabajos, cuyos autores merecen lugar de privilegio. No podía ser de otra forma, a menos que corriéramos el riesgo de transformar este libro en un pesado volumen, capaz de ahuyentar al más desvelado.

Ahora le corresponde a usted, lector, juzgar si estos relatos chilenos cumplen la condición de ser buenos Cuentos de Cacerera.

HERNÁN POBLETE VARAS

La espera

HABÍA DEJADO de llover cuando despertó. Aún era de noche, pero afuera estaba casi claro, y a través de una de las ventanas penetraba el resplandor vago, fantasmal, del plenilunio. Desde el camino llegaba el son del viento entre las hojas de los álamos. Más acá, en el pasillo o en alguna de las habitaciones, una tabla crujió. Luego crujió una segunda, luego una tercera; silencio. Diríase que alguien había dado unos pasos sigilosos y se había detenido. Un perro aulló a la distancia, largamente. El aullido pareció ascender por el aire nocturno, describir un arco como un aerolito y perderse poco a poco, devorado por la oscuridad. A intervalos parejos, un resabio de agua goteaba del alero.

Ella imaginó los charcos que habría en el patio, y en los charcos la luna, quieta. Veía desde su lecho la copa del ciprés, que se balanceaba con dignidad sobre un fondo revuelto de nubes y cielo despejado. El contorno de la reja destacaba, nítido; reproducíase, por efecto de la sombra, en el muro frontero, donde se dibujaban siluetas extrañas.

Tuvo miedo de nuevo.

Miedo de la hora, del frío, de los diminutos ruidos que rompían a intervalos el silencio; miedo del silencio mismo. Miró a su marido: dormía con gran placidez. Su rostro, no obstante, bañado en luz blanquecina, poseía un aire siniestro, de cadáver o criatura de otro mundo. Sintió el impulso de despertarlo, mas no se atrevió. Habría sido absurdo. Su miedo lo era.

Y sin embargo era tan fuerte. La oprimía por momentos igual que una tenaza, impidiéndole respirar aunque mantenía abierta la boca, aunque cambiaba suavemente de postura. Suavemente, para no interrumpir el sueño de él.

Duerme, amor, duerme. No voy a molestarte. Estoy un poco nerviosa, eso es todo. Son los nervios, amor, que no me dejan tranquila.

Un ave nocturna cantó quizás dónde. No era un canto lúgubre, sino una especie de música a un tiempo misteriosa y serena.

Tornó ella a percibir el crujido de las tablas, acercándose.

Yo sé que no es nadie. Siempre pasa esto y no es nadie. No es nadie. Nadie.

De pronto tuvo conciencia de que su frente se hallaba cubierta de sudor. Se enjugó con la sábana. *Amor, amor*, repitió mentalmente, en un mudo grito de angustia. ¡Si él despertase! Si se desvelara también, y así, juntos, conversaran en voz baja hasta llegar el día...

Pero el hombre no captaba su llamado interno. Era la fatiga, pensó. Con tanto quehacer de la mañana a la tarde, con el madrugón de hoy...

Duerme. No te importe.

El viento semejó detenerse unos instantes, para continuar en seguida su melodía unicorde en la alameda. Por primera vez notó ella, apagada por la distancia, la monótona música del río: se vería muy pálido ahora: un río de pesadilla, resbalando con terrible lentitud, y a ambos lados los sauces beberían interminablemente, encorvados, en libación comparable a un pase de brujos, y arriba el cielo nuboso y el revolotear de los murciélagos, y la voz honda de la corriente repetiría su pedregoso murmullo de abracadabra.

(Una muchacha había muerto en el río, años atrás. Cuando encontraron su cadáver oculto en las zarzas de un remanso se hubiera creído que vivía aún, tal era la transparencia de sus ojos abiertos, tal la paz de sus manos y sus facciones, y la frescura que irradiaba de toda ella. Vestía un traje celeste con flores blancas; un traje sencillo, delgado. Al sacarla del agua,

la tela se ceñía a su cuerpo de modo que daba la idea de constituir una unidad con él. Nadie supo nunca quién era ni de dónde venía. Sólo que era joven, que la muerte le había conferido belleza, que sus rasgos eran limpios y puros. Los mozos de la comarca pensaban en ella y les daba pena su existencia interrumpida, y la amaban un poco en sus imaginaciones. Ignoraban por qué apareció allí. No debió de ahogarse, pues no estaba hinchada, mas en su rostro ninguna huella mostraba el paso de una enfermedad, o de un golpe o un tiro. La llevaron a San Millán para hacerle la autopsia. Los mozos no supieron más. No quisieron saber: la recordaban tal cual surgió: lozana, amable, serena, con algo de irreal o feérico, desprovista de nombre, de causas. ¿Para qué saber más? ¿Para qué saber si por éste o el otro motivo resolvió quitarse la vida, o si no se la quitó? Al referirse a ella la llamaban la Niña del Río, aunque su cuerpo era ya el de una mujer. Decían que desde esa tarde, el río cantaba de diversa manera en el lugar donde apareció. Y quizá si en el fondo no lamentaran verdaderamente que hubiese perecido, porque no la conocieron viva y porque viva no habría podido ser sino de uno —ninguno de ellos, de seguro—, y así, en cambio, su grácil fantasma era patrimonio de todos.)

Un perro ladró nuevamente, lejos. Después ladró otro más cerca.

Si él despertase ahora. Cómo lo deseaba. Cómo deseaba tener sus brazos en torno, fuertes y tranquilizadores, o sentir su mano grande enredada en el pelo. En un impulso repentino lo besó. Apenas. El hombre emitió un breve gruñido, chasqueó la lengua dentro de la boca y siguió durmiendo.

Pobre amor: estás cansado.

Cerró los ojos.

Entonces lo vio. Lo vio con más nitidez que nunca, igual que si la escena estuviese repitiéndose allí, dentro del cuarto, y el Negro volviese a morder las palabras con que amenazara a su marido:

—¡Me lah vai a pagar, futre hijo 'e perra!

Vio sus pupilas enrojecidas y su rostro barbudo, que se contraía en una suerte de impasible mueca de odio. Ella nunca

se había encontrado antes frente al odio —a la ira sí, pero no al odio—, y experimentó una mezcla de terror y de piedad hacia ese infeliz forajido que iba a pasar el resto de sus días encerrado entre cuatro paredes, sin una palabra de consuelo ni una mano amiga, encerrado con su rencor, doblemente solo por ello y doblemente encerrado.

—¡Me lah vai a pagar!

Y a medida que los carabineros se lo llevaban, con las manos esposadas y atado por una cuerda al cabestro de una de sus cabalgaduras, el Negro se volvía a repetir un ronco:

—¡Te lo juro! ¡Te lo juro!

El esposo lo miraba en silencio, y ella se dijo que tal vez también a él le daba lástima ver al preso tan inerme. Un bandido que era el terror de la comarca, cuyo estribo besaran muchos para implorar su gracia o su favor, y cuyo puñal guardaba el recuerdo de la carne de tantos muertos y tantos heridos. De vientres abiertos y caras marcadas, de brazos o pechos rajados de alto a bajo.

Sí, era malo. Pero ¿era malo? ¿Podría ser real maldad tanta maldad? ¿No era, acaso, una especie de locura: la del lobo, o el perro que de pronto se torna matrero?

Y aunque no fuera sino maldad —pensaba—, y quizá por eso mismo, el Negro era digno de compasión. Debía de ser terrible vivir así, odiando y temiendo, temido y odiado, perseguido, sin saber lo que es hogar ni lo que es amor, comiendo de cualquier manera en cualquier parte; amando con el solo instinto, a campo raso, a hurtadillas. Un amor de barbarie animal, desprovisto de ternura, sin la caricia suave, secreta, que es como un acto esotérico: ni el beso quieto que no destroza los labios, ni la charla tranquila frente a la tarde, ni la mirada infinita y perfecta. Un amor que seguramente no es correspondido con amor, sino con terror, y que dura un instante, para dar paso de nuevo a la fuga.

Así lo sorprendió su marido, oculto entre unas zarzas, con una mujer blanca de miedo y embadurnada de sangre. Lo encañonó con el revólver.

—Párate, Negro. Arréglate.

—Deje mejor, patrón.

Pronunciaba “patrón” con una ironía sutil y profunda. Casi una befa.

—Párate.

—Le prevengo, patrón.

El no respondió. El Negro se puso de pie con ostensible lentitud. A lo largo del camino, hasta la quebrada de la Higuera, fue repitiéndole:

—Toavía eh tiempo, patrón. Puee cohtarle caro.

Y él mudo.

—Yo tengo mi gente, patrón.

Silencio.

—Piense en la patróna, que 'icen qu'eh güenamoza y joen.

El Negro marchaba unos pasos adelante, y le hablaba mostrándole el perfil. El lo miraba desde arriba de su caballo, con la vista aguzada, pronto a disparar al menor movimiento extraño.

—Sería una pena que enviudara la patroncita...

Pausa. El perfil sonreía apenas, con malicia.

—...o que enviudara uhté...

—Si dices media cosa más, te meto un tiro.

—¡Por Dioh, patrón!

—Cállate.

—Ni que me tuviera miedo —murmuró, fríamente socarrón, demorándose en las palabras.

Y de improviso, en un instante, se inclinó y cogió una piedra, y cuando iba a lanzársela, él oprimió el gatillo, una, dos, tres veces. Un par de balas se alojó en la pierna izquierda del Negro, que permaneció inmóvil, esperando. Ambos jadeaban.

—¿No 'e, patrón? La embarró. Ahora no voy a poer andar.

Lo ató con el lazo cuidadosamente, haciéndolo casi un ovillo, y lo puso atravesado sobre la montura, de modo que sus pies colgaban hacia un lado y la cabeza hacia el otro. Así, tirando él de la brida, lo condujo hasta las casas del fundo. Cuando llegaron, el Negro se había desangrado con profusión: su pantalón estaba salpicado de rojo, salpicada también la cin-

cha, y un reguero de puntos rojos marcaba el camino por donde vinieran.

Desde el pórtico de entrada los vio ella. Primero se alarmó por su marido, creyendo que podía haberle ocurrido algo, mas pronto se dio cuenta de que se hallaba bien. Adivinando la respuesta, preguntó muy quedo:

—¿Quién es?

—El Negro.

Pálido, desencajado, el Negro alzó el rostro con gran esfuerzo, la observó fijamente. Todavía ahora sentía incrustados en su carne esos ojos de acero, llameantes en medio de la extrema debilidad y tintos de un objetivo toque perverso. Recordaba que se puso a temblar. Luego la cerviz del bandido se inclinó, mustia.

—Se desmayó. Habrá que curarlo —dijo el esposo.

—¿Tiene heridas graves?

—No. Le di en el muslo, pero es necesario contener la hemorragia.

—Yo lo curaré.

El la cogió del brazo.

—¿No te importa?

Sonrió débilmente.

—No. No me importa. Déjame.

Su mano vibraba al ir cogiendo el algodón, la gasa, yodo. El corazón le golpeaba con extraordinaria violencia, y por momentos le parecía que iban a reventarle las sienas. Le parecía que se ablandaban sus piernas al avanzar por el largo corredor hasta el cuarto donde yacía el hombre. Lo halló puesto sobre una angarilla, con las muñecas sujetas a ambos costados y las piernas abiertas, cogidas con fuertes sogas que se unían por debajo. Era la imagen de la humillación.

Se veía más repuesto, sin embargo.

—Buenas tardes —musitó.

La miró él de pies a cabeza. Dejó pasar un largo minuto. Por fin replicó, en tono de endiablada ironía:

—Güenah tardeh, patrona.

Le alzó el pantalón con timidez. La desnuda carne lacrada, cubierta de machucones y cicatrices, inspiraba la lástima que podría inspirar la carne de un mendigo. Con agua tibia lavó la sangre, cuyo flujo era ya menor, para ir aplicando después, en medio de enormes precauciones, el yodo, que lo hacía recogerse en movimientos instintivos.

—¿Duele?

El Negro no replicó, pero sus músculos permanecieron rígidos desde ese instante, y el silencio —apenas roto por el sonido metálico de las tijeras o por el crujir del paquete de algodón— pesó en el aire de la pieza con ominosa intensidad. Le resultó eterno el tiempo que tardó en concluir. Era difícil pasar las vendas por entre tantas ataduras, y entre el cuerpo del hombre y las parihuelas, en especial porque él mismo no cooperaba. Al contrario: diríase que gozaba atormentándola con su propio sufrimiento.

Terminó.

Calladamente reunió sus cosas y se levantó para partir.

—Patrona...

Se volvió. Los ojos pequeños, sombríos, del herido la miraban con una mirada indescriptible.

—Le agradehco, patrona.

—No hay de qué —balbució.

Mas él no había acabado:

—Si me llevan preso, me van a joder.

Pausa.

—El patrón no gana naa, ni uhté tampoco. Y si llevo a ehcaparme dehpuéh, le juro que la deajo viuda... Sería una pena.

Ella no sabía qué hacer ni qué decir. Por fin se fue, paso a paso, hacia la puerta.

—Hasta luego —articuló, con voz que apenas se oía.

De pronto el Negro se puso tenso. Habló, y en su tono palpitaba una dureza feroz:

—¡Y a ti tamién te mato, yegua fina!

Salió precipitada, yerta de espanto.

En los dos días que demoraron en venir los carabineros

no hizo sino pedir a su marido que permitiera huir al preso.

—¿Por qué va a enterarse nadie? Le dejas el camino hecho, sin contarle siquiera. Ni a él. Podrías ponerle un cuchillo al alcance de la mano. ¿Quién sabría?

—Yo.

—Amor.

—Estás loca.

—Hazlo. Te...

—Pero si es tan absurdo.

—No voy a vivir tranquila.

—Y si lo suelto, ¿cuántas mujeres dejarán de vivir tranquilas? ¿Cuántas perderán a sus hijos, o... o...? Tú sabes cómo lo encontré. Esa pobre muchacha tenía su novio, tendría sus esperanzas, sus planes, igual que tú cuando nos casamos. ¿Y ahora? El novio no quiere ni verla. Le ha bajado por ahí el honor, al imbécil. Y ella..., bueno. Está vacía. Nada va a ser como antes para ella. Por el Negro. Por este bruto. ¿Y quieres que tu miedo le permita seguir haciendo de las suyas?

—Va a escapar.

—No veo...

Fue en vano insistir. Sin embargo, algo en su adentro se resistía a toda razón, sobre toda razón la impulsaba a desear que aquello se arreglase en cualquier forma, de modo que el Negro se viera libre y ellos no tuvieran encima la espada de Damocles de su venganza.

Pero nada ocurrió. Cuando los carabineros llegaron, el preso rugía de ira, echaba maldiciones horrendas, se debatía. Insensible a los golpes que le daban para aquietarlo, gritaba:

—¡Me lah vai a pagar, futre hijo 'e perra!

Por un instante la vio.

—¡Y voh también, yegua!

La agitó a ella una sensación de angustia. Habría deseado decirle palabras que lo calmaran, pedirle perdón incluso, mas eso era un disparate, y, mientras, no podía dejar de permanecer ahí clavada, viendo y oyendo, llenándose de un terror frío y profundo.

...Las imágenes comenzaron a hacerse vagas, a moverse

de una manera distorsionada en su mente, a medida que tornaba el sueño. Traspuesta aún, veía los ojillos agudos, pérfidos, del hombre. Su rostro sin afeitar, que cruzaban dos tajos de pálidas cicatrices. La mandíbula cuadrada, sucia. Los labios carnosos, entre los que asomaban sus dientes amarillos y dispares y ralos, y unos colmillos de lobo. La cabeza hirsuta, la estrecha frente impresa de crueldad. En los labios había una especie de sonrisa. Murmuraban "Yegua", sin gritarlo, sin violencia ahora, suavemente, cual si fuera una galantería. O tal vez una galantería obscena, de infinita malicia. Se revolvió en el lecho, sintiéndose herida y escarnecida, presa del semisueño y de su lógica ilógica, atrabiliaria, tan fácilmente cómica y tan fácilmente diabólica. Algo la ataba a esa comarca donde parece estar el germen de la pesadilla, y también germen de la maldad que se oculta, del ridículo, de la muerte; donde la alegría, el dolor, la desesperación, pierden sus límites. Atada. Y el Negro la miraba, y sonreía, y le decía: "Yegua", y en seguida no sonreía, sino que estaba tenso, todo él tenso cual un alambre eléctrico, y continuaba repitiendo la misma palabra, en un tono de odio sin ira que se le metía en la carne y en la sangre y en los huesos (*Amor, amor*), y dentro del pecho el corazón se puso a saltarle, desbocado, y de pronto tenía el cabello suelto, flotando al viento, y no era más ella, sino una potranca galopando en medio de la oscuridad, y aunque iba por una llanura se oían crujidos de madera (*Amor*) y sobre todo ladridos que se acercaban poco a poco y su furia medrosa producía eco, tal si repercutieran entre cuatro paredes... Se acercaban, la rodeaban, iban a morderla esos perros...

Despertó con sobresalto.

Se quedó unos instantes semiaturdida, observando en torno. Ningún cambio: su marido yacía ahí al lado, tranquilo. La luna daba de lleno sobre la ventana del costado izquierdo, en cuyos vidrios refulgían las gotas de lluvia. Todo igual.

Suspiró.

Luego, lentamente, el trote de un caballo hizo oír su claf-claf desde el camino.

¿Qué sería? Trató de ver en su reloj, mas no lo consiguió.

Un caballo. *Amor* —quiso decir—, *un caballo*. Pero calló. Escuchaba con el cuerpo entero, con el alma. Reales ahora, los ladridos se convirtieron en una algarabía agresiva. Sonó un golpe seco, un quejido, nada. El claf-claf también cesó: estaría desmontando el jinete.

—Amor.

El marido gruñó una interrogación ininteligible, entre sueños.

—¡Amor! —repitió ella.

—¿Qué hay?

—Alguien viene.

—¿Dónde? ¿Qué hora es?

—No sé.

De un soplido apagó el fósforo que él empezaba a encender.

—No. No prendas la luz. Venía por el camino.

El hombre se levantó, echándose una manta encima, y se acercó a la ventana que daba hacia afuera. Corrió la cortina en un extremo.

—¡Diablos! —exclamó.

La mujer no se atrevió a preguntar. Sabía. En unos segundos, él estuvo a su lado susurrándole instrucciones:

—Es el Negro. No te preocupes. —Abrió una gaveta—. Toma, te dejo este revólver. Ponte en ese rincón, y si asoma, disparas. No hará falta. Trata de conservar la calma, amor. Apunta con cuidado. Yo voy a salir por el corredor para sorprenderlo. Ten calma. No pasará nada.

La besó, cogió otro revólver del velador y se fue, con el sigilo de un gato, antes de que ella hubiera podido articular palabra.

Esperó.

Tenía la vista fija en el marco de cielo encuadrado, estrellado. A cada instante le parecía ver aparecer una sombra, ver moverse algo en la sombra. *Cuidate, amor. Dios mío, que todo salga bien.*

Cayó una gota del alero. *Hacia rato que no caía ninguna.*
Sopló una ráfaga de viento.

Otra gota.

Silencio.

Sintió un frío que la calaba.

Una tabla crujió. Sobresaltada, se volvió hacia la puerta. ¿No habría entrado el Negro por otra parte? Transcurrieron cinco, diez, quince segundos. No se repitió el crujido. ¿Y si apareciese por la ventana interior? Trató de imaginar cómo y por dónde lo haría. Podía trepar el muro bajo de la huerta, saltar... Sin embargo, estaba cojo aún. Y los dos mastines le impedirían pasar. No. Por ahí no era probable.

Una tercera gota se desprendió del alero.

¿Cuánto tiempo habría transcurrido? Tres gotas, pensó. ¿Habría un minuto, medio, entre gota y gota? ¿O no se producían a intervalos regulares?

Cuarta gota.

Estaba claro, dentro de la oscuridad. Tal vez ya iba a amanecer. Tal vez llegara la mañana y vinieran los inquilinos, y entre todos apresarán de nuevo al Negro...

Quinta gota.

¡Por Dios! Trató de rezar: *Padre nuestro, que estás en los Cielos, santificado sea...* No. Era absurdo. No podía.

Sexta gota. Después un crujido. Se puso atenta.

Nuevo crujido.

No se encontraron. Viene ahí.

El crujido siguiente fue junto a la puerta. La puerta se abrió, dejando entrever una masa de sombra más densa. Disparó. Se escuchó un murmullo quejumbroso, breve, luego el caer de un cuerpo al suelo. Luego, débilmente:

—Amor...

Arrojó el revólver y se abalanzó hacia la entrada. Tocó el cuerpo: era su marido.

—¡Por Dios, qué hice!

El:

—Pobre, amor. Huye.

Trató de acariciarle la frente, y al pasar por la piel sus dedos se encontró con la sangre, que fluía a borbotones.

—Voy a curarte.

El hombre no respondió.

—¡Amor! ¡Amor!

Silencio.

Una tabla volvió a crujir. *El revólver*. Retrocedió para buscarlo a tientas, pero sus manos no dieron con él. La segunda silueta apareció entonces en la puerta.

El hombre del caballo verde

(Este es un relato histórico. Sólo se ha disfrazado el nombre de uno de sus personajes.)

LA AVENIDA Clemenceau nace en un suburbio de Papeete y corre entre parques y residencias que le prestan las sombras cruzadas de sus arboledas. Encuéntrase allí el Museo Indígena, delante del cual se levantan dos estatuas paganas de figuras monstruosas. En sus cercanías está el *bungalow* en que M. Nathan Levisohn vivió los últimos años de su vida. Es una construcción de madera, de espaciosa veranda, a la que rodea un jardín plantado de *purao*, bananeros y buganvillas, y por cuyos senderos de tierra musgosa pasea su cachaza una tortuga gigante de Tuamotú.

Muchas veces había pasado yo ante *chez* Levisohn, sin concederle más que una mirada fugaz. Es una de esas casas del Papeete viejo, de un sutil encanto, que parecen sumidas en el recogimiento de un ensueño. Pero un día tuve la suerte de saber quién había sido Nathan Levisohn; y a partir de entonces, cada vez que pasaba por allí deteníame ante el *bungalow* para mirarlo con fascinación por encima de la verja.

Monsieur Levisohn fue un israelita que llegó a Tahití a ganarse el pan y terminó sus días como un opulento exportador de nácares. Su celebridad, sin embargo, derivábase de un privilegio todavía más envidiable: el de haber sido el benefactor de Paul Gauguin, el que alivió su miseria y le dio de comer...

Había fallecido veinte años atrás, pero ahí vivía Hiram Levisohn, heredero de su fortuna y —habíaseme dicho— narrador fidedigno de la historia vivida por su padre con el hombre a quien ayudó.

Esta historia ha quedado prendida en la tradición oral tahitiana, y yo la había oído contar, a grandes rasgos y con no pocas variantes, a decenas de personas.

El recuerdo de Gauguin perdura intacto en Tahití. Algo imponderable de su ser se diría que flota en esos parajes donde experimentó el paraíso y el infierno reunidos. Vagando a veces por la isla, como él acostumbraba hacerlo, tuve la sensación de que su espíritu rondaba cual un *tupapau* presto a aparecerse; tal es la aterradora intensidad con que debió vivir. Gentes que nacieron después de su fin me lo evocaban como si lo hubieran visto; y sin más que poner el oído atento he escuchado su nombre en las tabernas de Papeete, en los comedores de los hoteles y hasta en esas callejuelas donde se oye hablar una babel de idiomas.

El episodio Gauguin-Levisohn ha pasado al plano de lo legendario, y el hecho inconcebible de que se mantuviera inédito movióme un día a trasladarlo al papel. El hallazgo de un gran tema virgen es para el escritor como el descubrimiento de una veta de oro: le hace sentir la alegría del minero afortunado. Reduje, pues, aquella novela verídica a una sinopsis de unas cuantas hojas manuscritas, y una tarde me hice presente en la casa de la Avenida Clemenceau.

Hiram Levisohn me acogió con gentileza. Era un prominente hombre de negocios, todavía joven, y tenía el sello de su raza estampado en la faz. Me condujo al living-escritorio —puesto con sobria elegancia—, y accedió a leer en mi presencia los papeles que deseaba someter a su examen. Por la expresión de su rostro comprendí que el escrito le conmovía. En cierto momento le vibró la barbilla y se le humedecieron los ojos. Cuando hubo terminado la lectura, quiso saber cuál era mi propósito.

—Escribir —contesté— la narración real más extraordinaria que he oído en mi vida.

Se sonrió y quedó un rato como haciendo memoria.

—En verdad, lo es —dijo. Y exclamó—: ¡Qué par de hombres reunió el azar!... Su contacto produjo chispas, como si hubiesen sido dos polos eléctricos.

Hiram Levisohn parecía venerar la memoria de su padre, y no podía ocultar la emoción que la causaba la expectativa de verlo reviviendo en letras de molde. Aparentemente olvidado de sus quehaceres, me invitó a salir a la veranda, donde nos sentamos en sendas sillas de lona, y me obligó a aceptarle un *punch* tahitiano.

Releyó las cuartillas con un renovado interés. Había tomado su estilográfica e iba tachando aquí y allá palabras o frases. Finalmente agregó al margen ciertos datos que faltaban.

Explicó que deseaba encuadrar la documentación en el marco de la estricta verdad.

—Es todo lo que puedo hacer en su ayuda —se excusó por último—. No conocí a Gauguin, y mis noticias se reducen a lo que le oí contar a mi padre, que es lo que usted lleva anotado.

* * *

Los recuerdos del viejo Levisohn se remontaban hacia 1893. El dinamismo de nuestros días aún no había penetrado en ese peñón que mereció el sobrenombre de *la cesta de flores del Pacífico*. Sus cumbres majestuosas, sus valles umbríos y sus playas de coral conservaban el encanto silencioso que lo hicieron célebre; y Papeete era todavía, con sus viviendas indígenas, sus coches de caballos y su laguna poblada de veleros y canoas, el puertecillo apacible que sedujo a Melville y Loti. Aunque ya no había más dinastía real, vivía la ex reina Maraú, viuda del último Pomaré; y su presencia era como una reliquia de la Otahití del pasado: la de la corte fastuosa, la de los *tabúes*, el amor sin freno y los sacrificios humanos.

Nathan Levisohn era entonces un joven sin otro capi-

tal que su ambición y su energía. Ganaba un módico sueldo como sobrecargo en una goleta perlera. Muchos años más tarde, al evocar aquella época, solía decir a sus amigos:

—Yo era el que administraba los víveres...; por eso tuve que ver con Monsieur Gauguin.

El pintor vivía en una choza escondida en el distrito de Mataiea, y no se aparecía por Papeete más que por estricta necesidad, cuando tenía que comprar provisiones o negociar la venta de alguno de sus cuadros. Muchas veces ni siquiera iba él, haciéndolo en su lugar su compañera, la Téhura que él inmortalizó en *Noa Noa*. No quería nada con la civilización ni con sus mercaderes, funcionarios, gendarmes y misioneros. Había roto con ese mundo, como rompió con el arte que lo reflejaba.

La primera vez que Levisohn vio a Gauguin, éste vagaba por el muelle mirando el ajetreo portuario, la única cosa que parecía interesarle en la capital tahitiana.

—Había oído hablar de él —decía Levisohn—, y lo identifiqué con sólo mirarlo. Su porte corpulento, su nariz gan chuda y su melena rojiza lo hacían inconfundible. Dicen que en casa vestía a la usanza lugareña, con el *pareu* recogido entre las piernas. Para venir a la villa se ponía un pantalón y una camisa estropeados y un sombrero de pandáneo... Cualquier otro individuo, en semejante facha, no hubiera sido llamativo en Papeete, donde los *beachcombers* pululaban como las moscas; pero Gauguin imponía, y hasta fascinaba, por el contraste fenomenal entre lo que era y lo que había sido. Mirándolo, uno contenía el aliento y pensaba: "Este es el hombre que hasta los treinta y cinco años fue un tranquilo y metódico burgués, cariñoso padre de familia y alto empleado de una casa de cambios de París, y que un día, de repente, fue cogido por el embrujo del arte y dejó el empleo, la esposa y los cinco hijos para dedicarse a pintar con pasión demoníaca y heroísmo de santo, sin importarle las maldiciones, las burlas, la miseria ni el fracaso"...

Sus biógrafos cuentan que para subsistir había tenido que servir en los más humildes oficios: pegó carteles en las

estaciones de ferrocarril y fue peón en las obras del istmo de Panamá. Había llegado a Tahití hacia 1891, atraído por el sosiego de sus rincones solitarios y por la belleza todavía inédita de su luz tropical.

El contacto entre el artista y el sobrecargo se produjo un día en que Levisohn vigilaba el embarque de las vituallas para uno de sus viajes. Gauguin apareció ante él con un lamentable ademán de cansancio y portando un cuadrado paquete bajo el brazo.

—¿Quiere usted —le dijo de sopetón— venderme unos comestibles?

—No puedo vender —contestó Nathan—. Debe usted comprar en el comercio.

—Es que no tengo crédito.

—¡Para colmo! . . .

—Necesito azúcar, leche, café y tabaco. Llevo aquí cinco de mis cuadros. Se los dejaré en garantía hasta que reciba una remesa que espero de Francia.

—¡Cuadros! —dijo Levisohn—. ¿Y por qué no los vende?

—¿Los compraría usted?

—No.

—Es la respuesta habitual. Los he ofrecido hasta en veinte *moni manu*¹.

Y en un tono inolvidable, capaz de conmover a un ídolo de piedra, Gauguin confesó:

—Estoy en extrema necesidad. Ayúdeme usted.

Levisohn comprendió que tenía el deber de socorrerlo.

—Espere un momento —le dijo.

Gauguin permaneció de pie, callado, con sus cinco cuadros bajo el brazo. Tenía, aun en esos dolorosos instantes, la prestancia de un gran señor venido a menos. Cuando el sobrecargo se hubo desocupado, le dijo:

—Vamos a casa.

Se dirigieron al domicilio del israelita, quien vivía en algo

¹El peso fuerte chileno, o "moneda del pájaro", que tuvo curso legal en las islas hasta 1905, cuando se estableció en Papeete la sucursal del Banco de Indochina. Valía cinco francos, y un tiempo estuvo a la par con el dólar.

parecido a una barraca de tablas, en lo más pobre del barrio chino. El pintor aguardó en un pasillo mientras su benefactor entraba en la despensa. De allí volvió Nathan con un canasto en el que había puesto dos kilos de azúcar, unas raciones de té, una botella de leche y un paquete de tabaco de mascar.

—Es todo lo que puedo darle...

—Le quedo muy agradecido —contestó el artista—. Aquí están los cuadros.

—Lléveselos, Monsieur Gauguin. Me pagará cuando pueda.

—Se los dejo. Son suyos hasta que yo reciba el dinero de mi agente en París. Le he mandado algunos óleos y debe remitirme trescientos francos por cada uno.

Era un regateo al revés: "Lléveselos", "Guárdelos", "Lléveselos"...

Por último dijo Gauguin:

—Me hace un favor en quedarse con ellos. Estoy cayéndome de fatiga; apenas podré caminar con el canasto.

Levisohn tomó el paquete, despidió al indigente y se lo quedó mirando hasta que hubo desaparecido...

En aquel momento sintió la súbita curiosidad de examinar los *Gauguines* que garantizaban la canastada de provisiones. Entró en la casa, deshizo el envoltorio y colocó los cuadros —todavía sin enmarcar— sobre el respaldo de un sofá.

—No soy un conocedor de pintura —recordaba Monsieur Levisohn—, así es que la impresión que tuve debe serme perdonada. Los cuadros me parecieron espantosos: a cuál de todos más feo y atrabiliario... Para conocer otra opinión, llamé a mi mujer. Ella los miró en silencio, la cara entre las manos. De pronto soltó la risa, una risa fresca, de chiquilla, que acabó por contagiarme.

—¡Mira ese suelo rojo! —exclamaba—. ¡Y esos árboles morados! ¡Y esa sombra café!... ¡No! ¡Y ese caballo verde!... Ningún color está en su sitio. Ese hombre tiene que estar enfermo de la vista.

La señora Levisohn se sentó en una silla, sofocada a la vez que horrorizada.

—¡Y a cambio de “eso” me has vaciado la despensa! —dijo.

Cuando su marido, en son de broma, le propuso la idea de colgar los cuadros, ella dio un grito:

—¡Eso sí que no! ¿Te has vuelto loco?... ¡Todo Papeete se reiría de nosotros!

Se paró con energía, envolvió las telas y fue a esconderlas en el mismo lugar de donde él había sacado el azúcar, la leche y lo demás.

Poco tiempo después llegó un vapor de Marsella, de aquellos que daban la vuelta por el estrecho de Magallanes. Aunque Nathan no hacía caso de la ínfima deuda, supuso que su deudor recibiría el dinero de Francia y, como consecuencia, vendría a verlo. Pero no fue él, sino Téhura, quien se hizo presente. Era una muchacha alta, de formas admirables, piel dorada y expresión altiva. Su edad, catorce años. Vestía un *pareu* verde floreado y una blusa de muselina y llevaba la cabellera negra desparramada por los hombros, con la clásica *tiaré* sobre la oreja. Traía al brazo el canasto de Levisohn, y dentro de éste, una carta.

En ella se lamentaba el pintor de no poder cancelar la suma adeudada.

El dinero no llegó, y heme aquí en la situación vergonzosa de tener que pedirle una prórroga. Usted, que es un caballero, comprenderá.

PAUL GAUGUIN.

Sin inmutarse, el israelita preguntó:

—¿Y cómo está Monsieur Gauguin?

—Ahora descansa —dijo Téhura—. Por este vapor recibió novecientos francos, así es que ha podido pagarles a los chinos de los almacenes, que querían meterlo a la cárcel.

Nathan tuvo que morderse los labios para sujetar la risa.

—Ya se ve que es hombre que cumple —dijo—. Hazle saber que no tengo apuro en cobrarle... Y dime, ¿lo quieres?

—¡E! (Sí.) Es mi *tané*.

—¿Y lo has hecho feliz?

—*Aitá* (No.) Todo el tiempo está callado; se lo pasa mirando los retratos de su esposa y de sus niños. Yo le digo: "Haz que se vengan para acá y vivimos todos juntos". El se sonríe y me abraza; después vuelve a quedarse pensativo. *Aitá maitai, aitá maitai.* (Esto va mal, va mal.)

Pensativo él también, Levisohn tomó el canasto de manos de la chica y fue a llenarlo con otro poco de azúcar, café y tabaco.

—Llévate esto, muchacha. Y dile a Monsieur Paul que sus cuadros son muy hermosos y me gustan mucho.

—*Maururu* (Gracias) —dijo Téhura—. Estará muy contento de su ayuda. *Parahi.* (Adiós.)

Pasó el tiempo. El sobrecargo tuvo que ausentarse de nuevo para ir a la *plonge* en las Tuamotú. A su regreso en Papeete, meses más tarde, vio un día a la preciosa Téhura del brazo de un desconocido. Pronto supo la verdad: Gauguin había vuelto a Francia, enfermo, sin un céntimo, agotada la provisión de pintura y enloquecido por la nostalgia de su familia.

Levisohn tuvo la convicción de que no lo volvería a ver. Y se alegró al pensar así. El infeliz ya tenía bastante; ahora, entre los suyos, su vía crucis de artista fracasado sería más llevadero. Y hasta había la esperanza de que algo o alguien lo salvara, haciéndolo reintegrarse al curso normal de la vida. Al orden. A la oficina. . .

Pero Nathan se equivocaba. Dos años después, cuando empezaban a olvidarlo, Gauguin aparecía de nuevo en Tahití. Un Gauguin envejecido, flaco, que rengueaba y miraba con ojos fatigados.

Su protector casi no lo reconoció. El encuentro tuvo lugar en el *matete* (el mercado), donde uno y otro andaban haciendo sus compras.

—¡De manera que ha vuelto usted! . . .

—¿Por qué le sorprende?

—Pensaba . . . que se habría dado por vencido.

Gauguin rió, rió con una risa formidable que Levisohn no le conocía.

—¡Pero si ahora empiezo! —exclamó—. Soy un hombre nuevo. He roto, esta vez de verdad, con la carroña europea. No volveré allá, y soy para siempre un salvaje feliz.

Levisohn lo miraba estupefacto.

—¿Puede usted ser feliz? . . .

—Cuando pinto y cuando estoy entre los indígenas.

El sobrecargo no estaba capacitado para comprenderle, así es que se concretó a preguntarle por su viaje.

—Todo salió a pedir de boca —le contó el pintor—. Hice dos exposiciones sin lograr que se fijasen en mí. Mis propios colegas me hicieron el vacío. La crítica apenas me mencionó. Mi esposa se burló y me rechazó. La modelo desvalijó mi taller, llevándose hasta los pinceles. En una riña, un marinero me hirió una pierna, que no cicatriza. En una noche de expansión, una prostituta me contagió la sífilis. Por último, mi tío Isidoro falleció y me dejó una herencia de unos cuantos miles de francos. . . . Todo, pues, se concadenó de manera admirable para que yo volviera a Oceanía a dar remate a mi misión.

“Mi misión —pensó Nathan—. Este hombre está loco.”

—¿De modo que se lanza otra vez a la carga?

—Pincel en ristre. He traído un cargamento de tela y pintura. No viviré mucho: la enfermedad debe acabar conmigo en seis o siete años; pero de aquí a entonces habrá tiempo para realizar lo que tengo en la mente.

Sacó unos billetes y los puso en las manos de su amigo.

—Tenía con usted una deuda.

—Gracias, Monsieur Gauguin. . . . Y ahora soy yo quien le debe a usted. Voy a devolverle sus cuadros.

—Son suyos —dijo el pintor—. Me los pagó una vez con largueza, cuando me mandó decir que le parecían hermosos.

Se marchó arrastrando la pierna enferma.

Transcurrió un largo intervalo sin que volviera a dejarse ver en Papeete. Residía ahora en el oeste de la isla, en una cabaña que él mismo había decorado en estilo fantásti-

co, con estatuillas bárbaras y arabescos dorados y una inscripción en la entrada: *Casa de Placer*. Sabíase que vivía con Pauraa, una *vahine* de trece años, y trabajaba sin darse descanso, pintando, dibujando y esculpiendo como el que sabe que sus días están contados...

Hasta que aquello empezó otra vez:

Monsieur Levisohn:

Me veo en la necesidad de recurrir al más generoso de los amigos. Mis víveres se han agotado y no dispondré de dinero hasta el arribo del próximo correo. Al pie me permito detallar los artículos que urgentemente necesito.

Su amigo agradecido,

P. GAUGUIN.

En pocos meses recibió Nathan tres misivas de igual tenor, y el artista obtuvo otros tantos envíos de comestibles.

Después, un prolongado silencio.

Y de pronto, esta noticia que volaba por las calles de Papeete:

—Gauguin se ha envenenado.

Levisohn corrió al hospital. “¡A esto tenía que llegar! ¡Lo raro es que no haya ocurrido antes!”

El suicida se hallaba en la sala común, entre hombres más pudientes y felices que él: vagabundos, marineros y cargadores del muelle. Estaba ya fuera de peligro, y Levisohn pudo conseguir que le dejaran verlo.

En esta breve entrevista Gauguin le dio a conocer los motivos que lo empujaron a la determinación trágica. Tenía los nervios destrozados a causa del trabajo excesivo y la tremenda tensión mental, y sobre esto caíanle encima las mayores pruebas de la adversidad. Sus obras seguían siendo incomprendidas. Había muerto en Dinamarca su hijita predilecta. La pierna herida era una llaga dolorosa e incurable. Sus deudas lo tenían al borde de la ejecución.

—Demasiados golpes, amigo mío. Ahora tendré que bus-

car un empleo para pagar el hospital y no perecer de hambre... Volver a ser un oficinista, a no poder pintar más que los días domingos... Perder estas puestas de sol... Mire esa luz, allá afuera... El día que logre descifrar su secreto y transmitir su mensaje divino...

Tras larga convalecencia salió de allí apoyado en un bastón, ya medio concluido, para volver a encerrarse en su cabaña.

Los indígenas cuidaron de él, llevándole huevos de pájaros, leche de coco, cerdos salvajes..., y estimulándolo a seguir trabajando. Porque ellos eran sus únicos admiradores y celebraban cada nueva tela con sus exclamaciones ingenuas: "¡Qué hermoso! ¡Qué bonito!"

Por aquel entonces Pauraa le dio un hijo, completamente blanco y asombrosamente parecido a su padre. La venida al mundo de este niño pareció que anunciaba una nueva etapa en la vida de Gauguin. El nacimiento de un retoño trae consigo, cuando menos, la estabilización interior y un amanecer de esperanzas...

Pero aquel hombre martirizado no veía el alba: iba rápidamente hacia el ocaso.

—Un buen día —recordaba Monsieur Levisohn —supimos que se había ido a Hiva-Oa, en las lejanas Marquesas. Habiéndose negado su *vahine* a seguirlo, partió solo y no volvió a verla a ella ni a su hijo. No pudo despedirse de mí, pues me hallaba ausente en la *plonge*. Residió en Hiva-Oa dos largos años. Los capitanes de las goletas solían traerme noticias suyas. Vivía en una casita al pie de unos barrancos tétricos. Pintaba con furor: mandaba a Francia bultos con docenas de cuadros. Para pagar sus impuestos tenía, sin embargo, que servir un empleo, ganando seis francos diarios. Fue padre de una niña, que más tarde contrajo la elefantiasis. Su propia enfermedad, la sífilis, hizo rápidos progresos: se le pudrieron los pies y quedó inválido. En el invierno de 1903 su extenuado corazón dejó de latir.

La historia dice que no alcanzó a terminar un paisaje que representaba una aldea de Bretaña cubierta de nieve.

Era un cuadro dictado por la nostalgia de la patria... En el remate de sus bienes, esta obra fue adjudicada a un cirujano de la marina en siete francos. Un profesor se quedó con los pinceles por tres francos. La paleta salió en cuarenta céntimos.

Fue aquél, precisamente, el año del huracán devastador que arrasó las Tuamotú. El barco de Levisohn escapó de la furia del mar, pero las aguas pasaron como una aplanadora por encima del atolón de Hikueru y dieron muerte a quinientas personas y a la mayoría de los buceadores del nácar. Sólo salvaron los que tuvieron tiempo de treparse a las copas de los cocoteros.

Este desastre afectó de tal manera a los empresarios, que algunos de ellos optaron por retirarse del tráfico. Como consecuencia, Nathan Levisohn quedó desocupado.

Durante meses buscó trabajo, viviendo entretanto de sus cortas economías. Cuando éstas se hubieron agotado, tuvo que aceptar una ocupación mísera, que a duras penas le permitía mantenerse con su mujer y su niño.

En esa angustiosa estrechez vivieron varios años. No tenían porvenir: por todas partes el horizonte parecía cerrado.

• Un día el jefe de la familia exclamó:

—¡Soy un mal judío, un judío incapaz de salir adelante!

—Fue un error habernos establecido en Oceanía —le contestó su esposa—. Vinimos aquí a malgastar nuestra juventud.

A malgastar su juventud... Una tarde en que el pobre empleado estaba hojeando un diario de París —de aquellos que llegaban a Papeete con noticias de dos meses atrás—, sus ojos tropezaron con un párrafo de veinte líneas perdido en las páginas de crónica: *Subasta en la Sala Durand-Ruel*. Empezó a leerlo como se lee un anuncio de pastillas para la tos. De pronto se atragantó, se puso en pie, manoteó en el vacío.

—¿Qué te pasa? —dijo Madame Levisohn.

—Mira eso, ahí, las últimas líneas.

Ella leyó:

Se cerró la subasta con la venta de dos óleos de Paul Gauguin, temas de Tahití. El primero fue adjudicado en once mil francos; el último, en catorce mil quinientos.

Los esposos Levisohn se miraron espantados.

—¡Gauguin! —dijo él—. ¡Quién lo hubiera creído!...

—¿No será una equivocación?

—¿Por qué te pones en ese caso? No es ninguna novedad que un artista triunfe después de muerto. He leído que los genios se adelantan a su época y por eso no son comprendidos por sus contemporáneos.

—¿Pero es que crees que aquel pobre hombre pudo ser un genio?...

—No lo afirmo ni lo niego. Sólo sé que Monsieur Paul ha triunfado.

La señora Levisohn fue a la despensa —donde ya no quedaban azúcar, leche, ni café —y sacó las arrumbadas telas que escondiera allí hacía tantos años. Desató la envoltura y puso los cinco paisajes tahitianos sobre el sofá desvencijado. Estaban seriamente dañados por la humedad y la polilla, pero perduraba intacta la firma famosa: *P. Gauguin*.

—¿Crees tú que por "esto" darían también miles de francos?

—No lo sé, mujer. Tengo una sola cosa que decir, y es que acabo de tomar mi decisión. Parto para Francia en el primer vapor.

—¿Has perdido la cabeza?

—La he recuperado. Vuelvo a ser un buen judío.

—¿Y con qué vas a pagar el pasaje?

—Venderé los muebles, las camas, la ropa; viajaré en cubierta y comeré una vez al día.

Abrazó a su esposa y besó la firma de los cinco cuadros apolillados.

Con cuatro de ellos hizo un sólido paquete protegido con cartones. El quinto lo obsequió a su hijo, "para indemnizarlo de la pobreza en que había transcurrido su niñez".

Levantada la casa, Madame Levisohn se fue con Hiram a vivir de allegados donde unos conocidos; y Levisohn padre lanzóse impertérrito a la gran aventura.

Viajó tal como lo había anunciado: durmiendo a la intemperie y comiendo cada veinticuatro horas. Durante la primera mitad del viaje se dedicó a la propaganda de Gauguin, contando su vida fantástica y enseñando el suelto de la subasta. En el estrecho de Magallanes se refugió en la sala de máquinas para no perecer congelado. Al salir al Atlántico empezó a exhibir los cuadros, cobrando, por el derecho de mirarlos, dos francos a los pasajeros de primera clase y cincuenta céntimos a los de tercera.

Con el dinero embolsado pagó el tren de Marsella a París, más la cama y el almuerzo en el hotelito de mala muerte donde fue a hospedarse.

Una mañana se hizo anunciar en las oficinas de Durand-Ruel, el árbitro de la pintura en la capital francesa.

—Vengo a ofrecer unos cuadros.

El gerente lo acogió con frialdad. Parecía muy ocupado y deseoso de despachar al importuno.

—Son unos cuadros de Gauguin —aclaró Levisohn—. Acabo de llegar de Tahití.

El gerente dió un saltito en el asiento. Le brillaron los ojos. El israelita tomó entonces el control de la situación. Con estudiada lentitud deshizo el paquete y colocó las telas contra la pared... El gerente se paró, descorrió las cortinas y se puso a examinar los paisajes con una suerte de fervor.

—¿Me permite —dijo al fin— que haga venir al experto?

—Con el mayor gusto.

Llamó por un tubo acústico y al minuto entró un caballero de lentes, quien exclamó al trasponer el umbral:

—*Mon Dieu!* ¡Cuatro Gauguines en hilera!...

—Lo he hecho venir para solicitarle el peritaje —dijo riendo el gerente—; pero ya veo que la autenticidad no le merece dudas.

—Gauguin puro —dictaminó el perito—. Esto no hay quién pueda imitarlo. ¿Son del señor?

—Sí —dijo Levisohn con displicencia—. Los dos de la derecha los pintó en mi plantación de vainilla.

—¿Fue usted amigo suyo?

—Pasaba temporadas en mi casa. Ese caballo verde fue el que tuvo el honor de pasear con él montado sobre su lomo.

—¡Sí que fue un honor! —exclamó el gerente—. ¿Y cuánto quiere por el lote?

Levisohn se echó atrás en el asiento.

—Bueno —dijo—, a decir verdad, no estoy bien decidido a desprenderme de todos... Y, desde luego, no tengo necesidad de venderlos. Lo que me ha movido a negociarlos, aprovechando este viaje de placer, es que las telas se deterioran en el clima tahitiano y podrían desvalorizarse.

—¿Querría usted... cuarenta mil francos?

Levisohn no se inmutó, ni siquiera pestañeó; pero *in petto* se hizo esta pregunta: “¿Habré entendido mal? ¿Cómo pueden ofrecerme esa enormidad?”

Y, en efecto, había entendido mal.

—Quiero decir —puntualizó el gerente—, cuarenta mil por cada uno. Son ciento sesenta mil por el cuarteto.

El pobre hombre no iba preparado para tanto. Sintió que le faltaba el aire y que la oficina daba vueltas. Simuló que reflexionaba, para darse tiempo a reponerse. Por fin dijo:

—Creo que es un precio que podría aceptarse.

Y un momento después salía a la calle con el cheque fabuloso, riéndose solo y tropezando con los transeúntes.

Durante días y noches vagó por París como atontado. Creía soñar. Para hacerse un poco de luz, buscó las revistas de arte y se asomó a las salas de exposiciones y a los antros de artistas. En todas partes se leía y se escuchaba: Gauguin. Gauguin. Gauguin... Era una gloria de Francia. Sus obras estaban ahora en el Louvre y en las colecciones de los potentados americanos. En un periódico encontró estas palabras:

Fue un mago del color y de la síntesis, cuyo don asom-

broso tenía necesariamente que tardar en reconocerse. Un nuevo sol ilumina el mundo de la belleza.

Pero la apoteosis no hacía sino empezar. A bordo, en el viaje de regreso, Levisohn conoció a dos comerciantes de pintura que iban a la caza de nuevos cuadros del maestro.

En los meses siguientes, estos hombres registraron Tahití e Hiva-Oa al revés y al derecho. Era bonita la perspectiva de comprar un óleo en quinientos francos para negociarlo en Europa en cincuenta mil...

Se hizo uno que otro hallazgo. Entre las piezas obtenidas contábase un tonel tallado que servía de recipiente para dar de comer a los puercos.

Durante mucho tiempo se vieron en Papeete rostros cariacontecidos. Eran los de aquellos que habían tirado sus Gauguines a la basura o que se habían negado a comprarlos cuando su autor los ofrecía en veinte pesos...

Entretanto, el antiguo sobrecargo había tomado en arriendo una goleta para ir a los atolones como empresario independiente.

Del barrio chino pasó a instalarse en el *bungalow* de la Avenida Clemenceau. Con el tiempo compró la propiedad y compró el buque y vino a convertirse en un magnate del tráfico de nácares y perlas.

El quinto cuadro adornó el vestíbulo de su residencia. Madame Levisohn ya no le hacía asco, y su marido no volvió a tener necesidad de cobrar por dejarlo ver.

A la vuelta de unos años, Hiram accedió a venderlo a un turista neoyorquino, el que pagó por él, sin discutir, diez mil dólares en dinero contante. Poco más tarde fue revendido en el doble.

Era el valor de un desayuno de Gauguin, el indigente.

El callejón de los gansos

CALLEJÓN DE LOS GANSOS lo llamaron y nadie sabe todavía por qué. Será porque resulta una gansada aventurarse por él. O por el desgano de sus curvas, de sus árboles y hasta de sus piedras. Parte desde el pueblucho, flanqueado por dos tapias de adobes que, al nacer, tuvieron miedo de separarse mucho. Cuando estas paredes han caminado un par de cuadras, pierden categoría y tejas. Pierden también un poco de dignidad y hacen curvas de borracho. Más adelante desaparecen, y dos corridas de zarzamora continúan el viaje interrumpido. La zarzamora se aburre, se adelgaza, ralea lamentablemente, hasta enredar una que otra guía en los alambres de púa que siguen. Aquí para el callejón empieza un vía crucis terrible. Logra conservar su nombre por milagro, equivocación u olvido. Primero es una acequia que se desborda, formando barrizales pavorosos. En seguida, unos chanchos que se encargan de explorar el lodo, no dejando piedra por remover. Feliz de haber distanciado aquella inmundicia, el callejón se tiende a la sombra de unos sauces, antes de internarse con decisión en un estero. Sale inconocible al otro lado y titubea un rato, sin saber cuál es su rumbo. Lo descubre por fin, y curioseas por entre un montón de casas que se apartan desganas para darle paso. El callejón abre, sin premura, el ojo nocturno de una noria, y ve que se halla en el fundo Los Litres. Así como antes hubo de soportar las vejaciones de los cerdos, ahora vuelve a ensuciarse con los insul-

tos que cambian, de lado a lado, dos comadres. Aquello es tan soez, que el pobre callejón enrojece en unos pedazos de ladrillos con que le han rellenado un bache. Sin embargo, como es curioso, se detiene unos trancos más allá, y escucha.

—Lo que debíai de hacer vos es echate la boca al seno y encerrarte en tu casa pa no asustar con tu cara'e lechuza a la gente honrá.

—Eso'e gente honrá no lo habís de decir por vos, seguramente, que echái a l'olla las gallinas ajenas. Ni por tu hija creo que tampoco, porqu'esa, ¡psch! . . .

—¡Deslenguá! ¿Qué le tenís que sacar a la Vitoria? Habíai de fijate primero en la cría tuya, esa lindura'e José Manuel, que trabaja tres días y toma otros tres en la semana.

—¿Y te píe por si acaso dinero a vos pa dase gusto? ¿O tiene que tomarte parecer pa gastar lo qu'es preúto'e su trabajo?

Tras las ventanas de las casas próximas, disimulándose lo mejor que pueden, hay catorce o dieciséis orejas que disfrutan con placer de aquella audición gratuita. En apariencia, las contendoras son sólo dos: pero en realidad cada una tiene fervorosas partidarias. Es una lucha de derecha contra izquierda. Las vecinas del lado de Domitila Lucero simpatizan con Juana Carrillo, y viceversa. Debe ser porque los patios están abiertos por detrás, y desde allí se ven las bambalinas, mientras que desde el frente puede observarse sólo el decorado.

El callejón viene presenciando parecidas escenas desde hace unas semanas. Como sabe que es peligroso terciar en tales disputas, permanece neutral en apariencia; pero de vez en cuando se gasta sus bromas disimuladas. El otro día, por ejemplo, cuando el bombardeo palabreril amenazaba llegar a las vías de hecho, soltó desde un recodo, como una caja de sorpresa, el coche del patrón. ¡Había que ver el desconcierto de las peleadoras! Haciendo un esfuerzo sobrehumano enmudecieron. Pero sus miradas continuaron cruzándose con furor homicida. Por un minuto los ojos fueron más elocuentes que cualquier lengua. No obstante, cuando el "jutre" les hizo una venia, ambas sacaron desde el doble fondo de su ser unas

sonrisas tan beatíficas que los propios serafines habrían sentido envidia. Mas apenas el coche hubo pasado, ya estaban las miradas cruzando sus relámpagos y cada boca quería ser la primera en iniciar el tiroteo. No contaban, sin embargo, con la malicia solapada del callejón, que soltó al mayordomo detrás del amo. Ambas mujeres miraron desoladas al nuevo intruso, y se metieron echando chispas en sus respectivas viviendas. Un gato que se estaba comiendo la *color* pagó las consecuencias en casa de Domitila, y un pollo que picoteaba la ensalada, en la de Juana Carrillo.

El callejón conoce perfectamente el porqué de aquella terrible rivalidad, pero se lo calla con obstinación. El presencié la escena ocurrida cuando Antonio, el marido de Domitila, trajo *de un ala* a Victoria, la hija, que conversaba con José Manuel, retoño de Juana, bajo unos sauces del contorno. La batahola de aquellos días fue homérica. Salieron de la casa los lloros desesperados de la muchacha y las palabras rotundas de la madre. Victoria no se vio asomar a la puerta por espacio de dos días, y al cabo de ellos apareció con un ojo morado. Pero Domitila no había concluido su obra, y aprovechó la primera ocasión para vociferar destempladamente en contra de la vecina. Esta supo corresponder a la invitación, y ahí no más comenzó la cosa. Ocasiones hubo en que las espectadoras de uno y otro bando estuvieron a punto de interceder en el pleito, no para darle fin, sino para increpar a la deslenguada que tenía a mal traer a la respectiva favorita. El callejón, en tales casos, ha oprimido con oportunidad el botón de su caja de sorpresa.

Porque el callejón tiene buenas entrañas, a pesar de su aspecto repulsivo. Ahora, por ejemplo, se ha detenido para tomar el pulso a la pelea. Desde las primeras palabras le ha entrado el convencimiento de que el asunto no lleva miras de alargarse. Es que las contendoras, tras habérselo dicho todo, se repiten en forma lamentable. Por eso el callejón las abandona y continúa su trayecto, escondiéndose tras un recodo. Va distraído por entre una sonante hilera de álamos, cuando lo cogen de sorpresa dos muchachos que cambian pe-

dradas con entusiasmo enorme. Son dos rapaces que con sus edades sumadas no alcanzan a completar dieciocho años. El uno mugriento, pelado a la de Dios es grande, con una chaqueta descomunal sobre unos pantalones que le vienen estrechos, tiene un montón de piedras a su lado, y las va lanzando con soltura y decisión. Pero el contendor —chascón, en mangas de camisa— posee dos ojos excelentes y de un salto deja sin efecto los tiros de su opositor. A su vez, amaga en forma peligrosa la posición contraria y el otro debe darse maña para que un proyectil no se le rompa en la cabeza...

—¡Ey va ésa, empelotao! —dice el de la chaqueta disparando un pedrusco.

—¡Y ey tenís la contestación, tiñoso! —grita el rival.

—¡Esa pa tu agüela!

—¡Y ésa pa tu hermano el curao!

—¡Y ésa pa la Vitoria, que tiene trato con el llavero!

—¡Y...!

La frase no alcanza a completarse, porque un impacto en plena frente ha dado en tierra con quien iba a pronunciarla.

El *hechor* aguarda un momento, con la sorpresa asomándosele por entre la mugre de la cara. Luego, al barruntar que la cosa se pone fea, echa a correr por los potreros sin volver la cabeza, tal si una *catervá* de diablos lo persiguiera.

El callejón lamenta que los hijos continúen las disputas de los padres, y luego alarga una rama de sauce al herido para que éste pueda pararse. En seguida hace sonar las aguas de una acequia regadora, invitando al rapaz a que se lave la sangre. Mientras la víctima, con una rabia reconcentrada en su interior, procura borrar los rastros de la agresión, mascula escalofriantes amenazas, la menor de las cuales es enterrar vivo al contendor y venir a regarlo todas las mañanas con lejía caliente.

Quisiera el callejón volverse para ver qué van a decir Juana y Domitila cuando sepan el percance; pero prefiere confiar en que el herido, por hombría, callará el origen de aquel *cototo*, atribuyéndolo a un golpe casual. Y prosigue su tortuosa trayectoria por en medio de dos potreros en que el tri-

go maduro mueve mansamente sus oleadas aurinas. Como es despreocupado, pronto se olvida de todo, dejando que lo arrullen los cascabeles de las espigas y que las chicharras lo adormezcan con el monótono son de su chirrido. Cuadras y cuadras se deja ir, absorto en este sueño, hasta que un rumor de conversaciones viene a sacarlo de su letargo. Cerca de allí, bajo unos nogales frondosos, varios segadores, tendidos con despreocupación, se precaven de los rayos solares que caen en lluvia eneguedora sobre los campos. Han terminado de almorzar y charlan con desgano, esperando que la voz del capataz los llame de nuevo a la faena. En los nogales o sobre la hierba ponen las hoces un paréntesis. Este paréntesis separa el bochorno canicular de la frescura que bajo los árboles se disfruta.

Como la espera se hace larga, los circunstantes recurren a su habitual entretenimiento para dejarla pasar. Allí, separados uno de otro y dándose la espalda, están Belisario y Antonio, esposos de Domitila y Juana, respectivamente. Los segadores saben que basta apretarles un botoncito para que los enemigos comiencen la función.

—¿Y qu'es de Juan Manuel? —pregunta de pronto uno de los malintencionados.

—Salió esta mañana —responde el padre.

—¿Pa'l sur? —interroga maliciosamente Antonio, aludiendo al rumbo que toma el hijo de su rival cuando amanece con sed.

—¿Y qué tiene que haiga ido pa'l sur?

—Na; que la cabra siempre agarra pa'l monte.

—También el llavero pasó pa'l sur endenante. ¿No lo viste?

Los espectadores ríen en silencio. Saben adónde va la intención de Belisario, pues las voces que corren dan como seguro que el llavero anda detrás de Victoria, afirmando los más atrevidos que por ahí los han visto muy solitos.

—Entonces por ey se v'a trompezar con tu hijo, que ya debe tener viaje enterao y que la'stará durmiendo.

—Con plata d'él tendrá que haber sío, ¿nu'es cierto?

—O con plata que les sacó del bolsillo a los otros con el naípe.

—¿Te ganó algún cinco a vos?

—No; yo sé muy bien con quién juego.

—¿Me vai a ecir que Juan Manuel es mañoso? —dice Belisario incorporándose.

—No; mañoso no: habiloso...

—Y vos y tu mujer, las piores lenguas del jundo.

—Tu mujer ya tenía casa cuando nosotros llegamos.

—¡Tapaera!

—¡Hablaor!

La cosa habría concluido en bofetadas de no llegar en ese instante el capataz al tranco largo de su bestia.

—¡Ya, niñitos, al trabajo!

En silencio van cogiendo sus hoces los hombres y se desparraman por el campo, con el alma regocijada por el incidente. Los dos enemigos, fieros, reconcentrados, continúan cambiando pullas a media voz, y al cortar las primeras espigas lo hacen con fruición, tal si rebanaran la garganta del otro.

—¡Dejars'e leseras, niños! —interviene, conciliador, el capataz interponiéndose entre ellos.

Si las miradas tuvieran el poder de las balas, el colocarse en la línea de fuego le habría costado la vida al amigable mediador.

Consternado el callejón, de tanto odio como ha visto, prosigue por entre unos maizales para mirar la risa de las mazorcas y contagiarse con ella. Camina, camina, entre una música de hojas removidas, bañado por el aroma jocundo de la tierra que entrega sus frutos. La maraña verde se espesa, se vuelve más fresca y forma casi un toldo por encima del callejón. De pronto, una colilla de cigarro barato que humea en el suelo delata la presencia de un hombre. El callejón entreabre las espadas del maíz y descubre allí, tendido en una acequia sin agua, al causante de todos los disgustos que ha pasado: a Juan Manuel. Está boca abajo y hace dibujos raros en la tierra con un palito. De vez en cuando aguza el oído hacia el norte

y retorna a su entretenimiento. Con caracteres toscos y deformes ha conseguido formar una palabra sobre la tierra: *Bitoria*. La *t* se apoya lastimosamente sobre la *i*, cuyo punto es un hoyo profundo por el cual corre una chinita.

De pronto suenan los maizales y el hombre se incorpora con rapidez. Una canción desganaada, que una clara voz de mujer viene diciendo, presta frescor al mediodía. Juan Manuel sonríe y escucha. La voz viene apenas a unos pasos:

*Te he querido con toda mi alma,
eres dueño de todo mi amor...*

— Son pa mí los versos? —interroga, riendo, Juan Manuel.

— Tonto, que me asustaste! —replica la muchacha, deteniéndose de golpe.

Tendr  unos veinte años. Es morena, fresca, de ojos profundos y caderas armónicas. En el gesto se le ve que no aguardaba el encuentro. Por eso pregunta:

— Y qu stai haciendo aquí vos?

—Esper ndote.

— C mo supiste?...

—Oyó cuando la fiera'e tu mamá te dijo anoche que ten ai qu'ir a las casas del jundo.

— Y no saliste a trabajar?

—Aunque me hubieran pagado en oro. Hace dos semanas que no te doy un beso.

Ha avanzado unos pasos, y sin aguardar mucho, coge a la muchacha por el talle.

—Y est ai más rebonita —dice.

—Y vos más entraor...

—Te quiero.

— Y yo?...  Cre is que a palos van a sacarme del corazón el cariño?

— As  me gusta o rte!

Ambos personajes se internan lentamente por el maizal. El callejón curiosear en vano por entre las hojas. Al fin decide

volverse, lleno de regocijo, para ver lo que ocurre allá en casa de las mujeres. Llega en el preciso instante en que Domitila, asomada a la ventana de su casa, vocifera:

—¡Prefiero ver a mi chiquilla con la peste ante de dá-sela a tu borracho!

Y Juana, desde el umbral de su vivienda:

—¡Y yo quisiera que a m'hijo me lo aplastara una carreta ante que vos juerai su suegra!

Ocultando la risa el callejón corre hacia el trigal. Allí, desde diez pasos de distancia, los padres continúan el tiroteo.

—Ante de un mes, la Vitoria'staría muerta de hambre si se casara con tu sinvergüenza,

—No quiero pensar lo que le pasaría a Juan Manuel. Por lo menos, moría de repugnancia.

El callejón levanta pícaramente un remolino de tierra, y retorna al sitio en que dejó a la pareja. Aguzando el oído, alcanza a escuchar entre la espesura verde:

—Naide poirá quitarme que sea tu mujer, Juan Manuel.

Y la voz del varón:

—Y yo mejoraré la conducta pa que naide tenga que icir na de mí.

—¡Y aunque no, siempre te quiero!

—¡Palomita!

—¡Mi hombre!

El callejón, alegre, ágil como un arroyo, sigue y sigue por el campo. Sobre un peral amarillo de frutos, están arrullándose dos tórtolas. La siesta canta como una guitarra sobre los potreros, las flores y los seres. El callejón, serpenteando grácilmente, trepa por la dulce comba de una colina. Reaparece por última vez en un flanco del promontorio, y se pierde allá lejos, como si buscara el sitio en que la tierra y el cielo se dan un beso, borrando todas las distancias.

La botella de caña

DOS JINETES, como dos puntos negros, empiezan a horadar la soledad y la blancura de la llanura nevada. Sus caminos convergen, y, a medida que avanzan, sus siluetas se van destacando con esa leve inquietud que siempre produce el encuentro de otro caminante en una huella solitaria.

Poco a poco las cabalgaduras se acercan. Uno de ellos es un hombre corpulento vestido con traje de chaquetón de cuero negro, montado sobre un caballo zaino, grueso y resistente a los duros caminos de la Tierra del Fuego. El otro, menudo, va envuelto en un poncho de loneta blanca, con pañuelo al cuello, y cabalga un roano malacara, que lleva de tiro un zaino peludo y bajo, perdido entre fardos de cueros de zorros.

—¡Buenas!

—¡Buenas! —se saludan al juntar sus cabalgaduras.

El hombre del chaquetón de cuero tiene una cara blanca, picoteada y deslavada, como algunos palos expuestos a la intemperie. El del poncho, una sonrosada y tierna, donde parpadean dos ojillos enrojecidos y húmedos, cual si por ellos acabara de pasar el llanto.

—¿Qué tal la zorreada? —pregunta el cara de palo, con una voz colgada y echando una rápida ojeada al carguero que lleva las pieles.

—¡Regular no más! —contesta el cazador, depositando

una mirada franca en los ojos de su acompañante, que, siempre de soslayo, lo mira por un instante.

Continúan el camino sin hablar, uno al lado del otro. La soledad de la pampa es tal, que el cielo, gris y bajo, parece haberse apretado tanto a la tierra que ha desplazado todo rastro de vida en ella y dejado solo y más vivo ese silencio letal, que ahora es horadado sólo por los crujidos de las patas de los caballos en la nieve.

Al cabo de un rato el zorrero tose nerviosamente.

—¿Quiere un trago? —dice, sacando una botella de una alforja de lana tejida.

—¿Es caña?

—¡De la buena! —replica el joven pasándole la botella.

La descorcha y bebe gargareando lentamente. El joven la empina a su vez, con cierta fruición que demuestra gustarle la bebida, y continúan de nuevo en silencio su camino.

—¡Ni una gota de viento! —dice de pronto el zorrero, después de otra tos nerviosa, tratando de entablar conversación.

—¡Mm... , mm! —profiere el hombre del chaquetón, como si hubiera sido fastidiado.

El zorrero lo mira con más tristeza que desabrimiento, y comprendiendo que aquel hombre parece estar ensimismado en algún pensamiento y no desea ser interrumpido, lo deja tranquilo y sigue, silencioso, a su lado, tratando de buscar uno propio también en el cual ensimismarse.

Van juntos por un mismo camino; pero más juntos que ellos van los caballos, que acompañan el ritmo de sus trancos, echando el zaino de cuando en cuando una ojeada que le devuelve el malacara, y hasta el carguero da su trotecito corto para alcanzar a sus compañeros cuando se queda un poco atrás.

Pronto el zorrero encuentra el entretenimiento con que su imaginación viene solazándose desde hace dos años. Esta vez los tragos de caña dan más vida al paisaje que su mente suele recorrer; éste es el de una isla, verde como una esmeralda, allá en el fondo del archipiélago de Chiloé, y en medio

de ella el blanco delantal de Elvira, su prometida, que sube y baja entre el mar y el bosque, como el ala de una gaviota o la espuma de una ola. ¡Cuántas veces este ensueño le hizo olvidar hasta los mismos zorros, mientras galopaba por los parajes donde armaba sus trampas! ¡Cuántas veces, cogido por una extraña inquietud, remontaba con sus caballos las colinas y las montañas, porque cuanto más subía más cerca se hallaba de aquel lugar amado!

De muy diversa índole son las cosas que el trago de caña aviva en la imaginación del otro. Un recuerdo, como un moscardón empecinado que no se logra espantar, empieza a rondar la mente de aquel hombre, y junto con ese recuerdo, una idea angustiosa comienza también a empujarlo, como el vértigo, a un abismo. Se había prometido no beber jamás, tanto por lo uno como por la otra; pero hace tanto frío y la invitación fue tan sorpresiva, que cayó de nuevo en ello.

El recuerdo tormentoso data desde hace más de cinco años. Justamente los que debía haber estado en la cárcel si la policía hubiera descubierto al autor del crimen del austríaco Bevan, el comprador de oro que venía del Páramo y que fue asesinado en ese mismo camino, cerca del manchón de matas negras que acababan de cruzar.

¡Cosa curiosa! El tormento del primer golpe de recuerdos poco a poco va dando paso a una especie de entretenimiento imaginativo, como el del zorrero. No se necesitaba —piensa— tener mucha habilidad para cometer el crimen perfecto en aquellas lejanas soledades. La policía, más por procedimiento que por celo, busca durante algún tiempo y luego deja de indagar. ¿Un hombre que desaparece? ¡Si desaparecen tantos! ¡Algunos no tienen interés en que se les conozcan ni la partida, ni la ruta, ni la llegada! ¡De otros se sabe algo sólo porque la primavera descubre sus cadáveres debajo de los hielos!

La tos nerviosa del cazador de zorros vuelve a interrumpir el silencio.

—¿Otro trago? —invita, sacando la botella.

El hombre del chaquetón de cuero se remueve como si por primera vez se diera cuenta de que a su lado viene alguien. El zorrero le pasa la botella, mientras sus ojos parpadean con su tic característico.

Aquél descorcha la botella, bebe, y esta vez la devuelve sin decir siquiera gracias. Una sombra de malestar, tristeza o confusión vuelve a cruzar el rostro del joven, quien a su vez bebe dejando la botella en la mitad.

El tranco de los caballos continúa registrándose monótonamente en el crujido de la nieve, y cada uno de los hombres prosigue con sus pensamientos, uno al lado del otro.

“Con esta última zorreada completaré la plata que necesito para dejar la Tierra del Fuego —piensa el zorrero—. Al final de la temporada, iré a mi isla y me casaré con Elvira.”

Al llegar a esta parte de su acostumbrado sueño, entrecierra los ojos, dichoso, absolutamente dichoso, porque después de ese muro de dicha ya no había para él nada más.

En el otro no había muro de dicha; pero sí un malsano placer, y como quien se acomoda en la montura para reemprender un largo viaje, acomoda su imaginación desde el instante, ya lejano, en que empezó ese crimen.

Fue más o menos en ese mismo lugar donde se encontró con Bevan; pero las circunstancias eran diferentes.

En el puesto de Cerro Redondo supo que el comprador de oro iba a cruzar desde el Páramo, en la costa atlántica, hasta Río del Oro, en la del Pacífico, donde debía tomar el barco para trasladarse a Punta Arenas.

En San Sebastián averiguó la fecha de la salida del barco, y calculando el andar de un buen caballo se apostó anticipadamente en el lugar por donde debía pasar.

Era la primera vez que iba a cometer un acto de esa índole y le extrañó la seguridad con que tomó su decisión, cual si se hubiera tratado de ir a cortar margaritas al campo, y más aún la serenidad con que lo planeó.

Sin embargo, un leve desabrimiento, algo helado, lo conmovía a veces por unos instantes; pero esto lo atribuía más bien al hecho de que no sabía con quién tenía que habérselas.

Un comprador de oro no podía ser un carancho cualquiera si se aventuraba solo por aquellos parajes. Pero a la vez algo le decía que ese desasosiego, eso algo helado, le venía de más adentro. Sin embargo, no se creía cobarde ni lerdo de manos; ya se lo había probado en Policarpo, cuando por culpa de unos naipes marcados tuvo que agarrarse a tiros con varios, dando vuelta definitivamente a uno.

Claro que ahora no se trataba de una reyerta. ¡Era un poco distinto matar a sangre fría a un hombre para quitarle lo que llevaba, a hacerle lo mismo jugándole al monte!

¡Pero qué diablos iba a hacerle! La temporada de ese año había estado mala en la Tierra del Fuego. Era poco menos que imposible introducir un "zepelín"¹ en una estancia. Y ya la gente no se apiñaba a su alrededor cuando baraja en mano invitaba con ruidosa cordialidad "hagamos un jueguito, niños, para entretenernos". Además, muchos eran los que habían dejado uno o más años de sudores en el "jueguito", y cada vez se hacía más difícil volver a pasar por los lugares donde más de una exaltada víctima había sido contenida por el caño de su Colt.

Tierra del Fuego ya no daba para más, y el "negocio" de Bevan era una buena despedida para "espiantar"² al otro lado del Estrecho, hacia la Patagonia.

"¡Bah! . . . —se dijo la mañana en que se apostó a esperar al comprador de oro y como para apaciguar ese algo helado que no dejaba de surgir de vez en cuando desde alguna parte de su interior—. Si él me hubiera jugado al monte le habría ganado hasta el último gramo de oro, y al fin y al cabo todo hubiera terminado en lo mismo, en un encontrón en el que iba a quedar parado sólo el más vivo."

Cuando se tendió al borde de una suave loma para ver aparecer en la distancia al comprador de oro, una bandada de avutardas levantó el vuelo como un pedazo de pampa que se desprendiera hacia el cielo y pasó sobre su cabeza disgregán-

¹ "Zepelín": Contrabando de licores que se introduce en las estancias donde existe ley seca.

² Modismo: escapar, irse, cambiar de residencia.

dose en una formación triangular. Las contempló, sorprendido, como si viera alejarse algo de sí mismo de esa tierra; era una bandada emigratoria que dirigía su vuelo en busca del norte de la Patagonia. Cada año ocurría lo mismo: al promediar el otoño todos esos pájaros abandonaban la Tierra del Fuego y sólo él y las bestias quedaban apegados a ella; pero ahora él también volaría, como las avutardas, en busca de otros aires, de otras tierras y quién sabe si de otra vida...

¡Nunca vio tan bien el pasto como esa tarde! La pampa parecía un mar de oro amarillo, rizado por la brisa del oeste. ¡Nunca se había dado cuenta de la presencia tan viva de la naturaleza! De pronto, en medio de esa inmensidad, por primera vez también se dio cuenta de sí mismo, como si de súbito hubiera encontrado otro ser dentro de sí. Esta vez, eso algo helado surgió más intensamente dentro de él, y lo hizo temblar. A punto estuvo de levantarse, montar a caballo y huir a galope tendido de ese lugar; mas echó mano atrás, sacó una cantimplora tableada, desatornilló la tapa de aluminio y bebió un trago de la caña con que solía espantar el frío y que en esta ocasión espantó también ese otro frío que le venía desde adentro.

A media tarde surgió en lontananza un punto negro que fue destacándose con cierta nitidez. Inmediatamente se arrastró hondonada abajo, desató las maneas del caballo, montó y partió al tranco, como un viajero cualquiera. Escondiéndose detrás de la loma, endilgó su cabalgadura de manera que pudo tomar la huella por donde venía el jinete, mucho antes de que éste se acercara.

Continuó en la huella con ese tranco cansino que toman los viajeros que no tienen apuro en llegar. Se dio vuelta una vez a mirar, y por la forma en que el jinete había acertado la distancia se percató de que venía en un buen caballo trotón y de que llevaba otro de tiro, alternándolos en la montura de tiempo en tiempo.

Sacó otra vez la cantimplora, se empinó otro trago de caña y se sintió más firme en los estribos.

“Si con ese trote pasa de largo —pensó—, me será más

fácil liquidarlo de atrás. Si se detiene y seguimos juntos el camino, la cosa se hará más difícil."

El caballo fue el primero en percibir el trote que se acercaba; paró las orejas y las movió como dos pájaros asustados. Luego él también sintió el amortiguado trapalón de los cascos de los caballos sobre la pampa; fue un golpear sordo que llegó a repercutirle extrañamente en el corazón. La onda helada surgió de nuevo, y lo hizo temblar. De pronto le pareció que el atacado iba a ser él, y sin poderse contener dio vuelta la cabeza para mirar. Un hombre grande, entrado en años, con el rítmico trote inglés, avanzaba sobre un caballo negro empapado de sudor y espuma; a su lado trotaba un alazán tostado, de relevo. Notó una corpulencia armónica entre el hombre y sus bestias, y por un momento se acobardó ante la vigorosa presencia del que llegaba.

Ya encima, los trotones se detuvieron de golpe en una sofrenada, a la izquierda de él. A pesar de que había dejado un lugar para que pasara a su derecha, el comprador de oro se ladeó prudentemente hacia el otro lado.

Le pareció más un vagabundo de las huellas que un comerciante de oro. Boina vasca, pañuelo negro al cuello, amplio blusón de cuero, pantalones bombachos y botas de potro por cuyas cañas cortas se asomaban burdas medias de lana blanca. Esta vestimenta, vieja, raída y arrugada, armonizaba con el rostro medio barbudo, largo y cansado; sin embargo, en una rápida ojeada percibió un brillo penetrante en los ojos y un mirar soslayado que delataban una energía oculta o domeñada, que podía movilizar vigorosamente, cual un resorte, toda esa corpulencia desmadejada en un instante.

—¡Buenas tardes! —dijo, poniéndose al tranco de la otra cabalgadura.

—¡Buenas! —le contestó.

—¿A San Sebastián?

—¡No, para China Creek!

El acento con que se entrecruzó este diálogo no lo olvidaría jamás, pues le extrañó hasta el sonido de su propia voz. Sintió que lo miraba de arriba abajo buscándole la vista; pero

él no se la dio, y así siguieron, silenciosos, uno al lado del otro, al tranco de sus cabalgaduras, amortiguado por el césped del pasto coirón.

De pronto, con cierta cautelosa lentitud, deslizó su mano hacia el bolsillo de atrás. Se dio cuenta de que el comprador de oro percibió el movimiento con el rabillo del ojo, y, a su vez, con una rapidez y naturalidad asombrosas, introdujo también su mano izquierda por la abertura del blusón de cuero. Ambos movimientos fueron hechos casi al unísono. Pero él sacó de su bolsillo de atrás la cantimplora de caña... y se la ofreció desatornillándola.

—¡No bebo, gracias! —contestóle, sacando a su turno, lentamente, un gran pañuelo rojo con el que se sonó ruidosamente las narices.

Quedaron un rato en suspenso. El trago de caña le hizo recuperar la calma perdida por aquel instante de emoción; mas no bien se hubo repuesto, el comprador, sin perderle de vista un momento, espoleó su cabalgadura y, apartándose en un rápido esguince hacia la izquierda, le gritó:

—¡Hasta la vista!

—¡Hasta la vista! —le contestó; pero al mismo tiempo un golpe de angustia violento cogió todo su ser y vio el cuerpo de su víctima, sus ropas, su cara, sus caballos mismos, en un todo obscuro, como el boquete de un abismo, cual el imán de un vértigo que lo atraía desesperadamente, y sin poderse contener, casi sin mover la mano que afirmaba en la cintura, sacó el revólver que llevaba entre el cinto y el vientre y disparó casi a quemarropa, alcanzando a su víctima en pleno esguince.

Con el envión que llevaba, el cuerpo del comprador de oro se ladeó a la izquierda y cayó pesadamente al suelo, mientras sus caballos disparaban despavoridos por el campo.

Detuvo su caballo. Cerró los ojos para no ver a su víctima en el suelo, y se hundió en una especie de sopor, del cual fue saliendo con un profundo suspiro de alivio, cual si acabara de traspasar el umbral de un abismo o de terminar la jornada más agotadora de su vida.

Volvió a abrirlos cuando el caballo quiso encabritarse a la vista del cadáver, y se desmontó, ya más serenado.

Los ojos del comprador de oro habían quedado medio vueltos, como si hubieran sido detenidos en el comienzo de un vuelo.

La conmoción lo agotó; pero después del vértigo tan intenso cayó en una especie de laxitud, en medio de la cual, más sensible que nunca, fue percibiendo lentamente ese algo helado que le venía desde adentro. Se estremeció, miró al cielo y le pareció ver en él una inmensa trizadura, azul y blanca, como la que había en los descuajados ojos de Bevan.

Del cielo volvió su mirada a la yerta del cadáver, y sin darse cuenta de lo que iba a hacer, se acercó, lo tomó, lo alzó como un fardo, y al ir a colocarlo sobre la montura de su caballo, éste dio un salto y huyó desbocado campo afuera, dejándole el cadáver en los brazos.

Estático, se quedó con él auestas; pero pesaba tanto, que para sostenerlo cerró los ojos haciendo un esfuerzo; esfuerzo que se fue transformando en un dolor; dolor que se diluyó en un desconsuelo infantil, sintiéndose inmensamente solo en medio de un mundo descorazonado y hostil. Cuando los abrió, el pasto de la pampa tenía un color brillante, enhiesto y rojo, como una sábana de fuego que le quemara los ojos. Miró a su alrededor, desolado, y como a cien metros vio un grupo de matas negras. Quiso correr hasta ellas para ocultar el cadáver, quiso huir en la dirección en que había partido el caballo, pero no pudo; dio sólo unos cuantos pasos vacilantes, y para no caer, se sentó sobre el pasto. Tembloroso, desatornilló la cantimplora y bebió el resto de la caña. Luego, más repuesto, se levantó siempre obsesionado por la idea de esconder el cadáver, y no encontrando dónde, lo poseyó un nuevo furor, otro abismo y otro vértigo, y, sacando de la entrebota un cuchillo descuerador, despedazó a su víctima como si fuera una res.

En el turbal que quedaba detrás de unas matas negras, levantó varios champones y fue ocultando los trozos envueltos en las ropas. Cuando vio que sobre la turba no quedaba

más que la cabeza, lo asaltó de súbito un pensamiento que lo enloqueció de espanto: ¡El oro! ¡No se había acordado de él!

Miró. Sobre la turba pardusca no quedaba más que la cabeza de Bevan, mirando con sus ojos descuajados. No pudo volver atrás. Ya no daba más, el turbal entero empezó a temblar bajo sus pies; las matas negras, removidas por el viento, parecían huir despavoridas, como si fueran seres; la pampa aceró su fuego, y la trizadura azul y blanca se hendió más en el cielo. Tomó la cabeza entre sus manos para enterrarla, pero no halló dónde; todo huía, todo temblaba; la trizadura que veía en los ojos cadavéricos y en la comba del cielo empezó a trizar también los suyos. Parpadeó, y las trizaduras aumentaron; mil agujillas de trizaduras de luz traspasaron su vista, le cerraron todo el horizonte, y entonces, como una bestia enceguecida, corrió detrás de las matas negras que huían, alcanzó a tirar la cabeza en medio de ellas, y siguió corriendo hasta caer de bruces sobre la pampa, trizado él también por el espanto.

—¿Qué tiene? ¡Está temblando! —interrumpe el joven zorrero al ver que su compañero de huella tiritaba, mientras gruesas gotas de sudor le resbalan por la sien.

—¡Oh! . . . —exclama sobresaltado, y, como reponiéndose de un susto, se abre en su cara por primera vez una sonrisa, helada, como la de los muertos empalados, dejando salir la misma voz estragada—. ¡La caña. . . , la caña para el frío me dio más frío! . . .

—Si quiere, queda un poco todavía —le dice el zorrero, sacando la botella y pasándosela.

La descorcha, bebe y la devuelve.

“¡Pero a éste lo mato como a un chulengo¹, de un rebencazo!” piensa, sacudiéndose en la montura, mientras la caña le recorre el cuerpo con la misma y antigua onda maléfica.

—¿Le pasó el frío? —dice el joven, tratando de entablar conversación.

—Ahora sí.

¹Guanaco recién nacido.

—Esta es mi última zorra. De aquí me voy al norte, a casarme.

—¿Ha hecho plata?

—Sí, regular.

“Este se entrega solo, como un cordero”, piensa para sus adentros, templado ya hasta los huesos por el trago de caña.

—¡Hace cinco años yo pasaba también por este mismo lugar para irme al norte y perdí toda mi plata!

—¿Cómo?

—No sé. La traía en oro puro.

—¿Y no la encontró?

—¡No la busqué! ¡Había que volver para atrás y no pude!

El cazador de zorros se lo quedo mirando, sin comprender.

—¡Buena cosa, dicen que la Tierra del Fuego tiene maledificio! ¡Siempre le pasa algo al que se quiere ir!

—¡De aquí creo que no sale nadie! —dijo, mirando de reojo el cuello de su víctima, y pensando que era como el de un guanaquito que estaba al alcance de su mano. “¡Bah... —continuó pensando—, esta vez sí que no me falla! ¡El que se va a ir de aquí voy a ser yo y no él! ¡La primera vez no más cuesta; después es más fácil, y ya no se me pondrá la carne de gallina!”

El silencio vuelve a pesar entre los hombres, y no hay más ruido que el monótono fru-fru de los cascos de los caballos en la nieve.

“¡Ahora, ahora es el momento de despachar a este pobre diablo de un rebencazo en la nuca!”, piensa, mientras la caña ha aflojado y la olvidada onda helada vuelve a surgir de su interior; pero esta vez más leve; como más lento y sereno es también el nuevo vértigo que empieza a cogerlo y no le parece tan grande el umbral del abismo que va a traspasar.

Con un vistazo de reojo mide la distancia. Da vuelta el rebenque, lo toma por la lonja, y afirma la cacha sobre la montura, disimuladamente. Ajeno a todo, el zorrero sólo parece pensar en el monótono crujido de los cascos en la nieve.

“¡A éste no hay nada que hacerle, la misma nieve se encargará de cubrirlo!”, se dice, dispuesto ya a descargar el golpe.

Contiene levemente las riendas para que su cabalgadura atrase el paso y...

Al ir a dar el rebencazo, el zorrero se vuelve sonriente, sus ojos parpadean, y entre ese parpadeo él ve, idénticos, patéticos, los ojos de Bevan, la honda trizadura del cielo, la mirada trizada de la cabeza tronchada sobre la turba, las mil trizaduras que como agujillas vuelven a empañarle la vista, y, enceguecido, en vez de dar el rebencazo sobre la nuca de su víctima, lo descarga sobre el anca de su caballo, entierra la espuela en uno de los ijares y la bestia da un brinco de costado, resbalándose sobre la nieve. Con otra espoleada, el corcel logra levantarse y se estabiliza sobre sus patas traseras.

—¡Loco el pingo! ¿Qué le pasa? —exclama el zorrero, sorprendido.

—¡Es malo y espantadizo este chuso! —contesta, volviendo a retomar la huella.

Vuelve a reinar el silencio, solo, pesado, vivo, y a escucharse el crujido de los cascos en la nieve; pero poco a poco un leve rumor comienza también a acompañar al crujido: es el viento del oeste que empieza a soplar sobre la estepa fueguina.

El zorrero se arrebujá en su poncho de loneta blanca. El otro levanta el cuello de su chaquetón de cuero negro. En la distancia, como una brizna caída en medio de esa inmensidad, empieza a asomar una tranquera. Es la hora del atardecer. El silbido del viento aumenta. El zorrero se encoge y de su mente se espanta el blanco delantal de Elvira, como la espuma de una ola o el ala de una gaviota arrastrada por el viento. El otro levanta su cara de palo como un buey al que le han quitado un yugo y la pone contra las ráfagas. Y ese fuerte viento del oeste, que todas las tardes sale a limpiar el rostro de la Tierra del Fuego, orea también esta vez a esa dura faz, y barre de esa mente el último vestigio de alcohol y de crimen.

Han traspasado la tranquera. Los caminos se bifurcan de nuevo. Los dos hombres se miran por última vez y se dicen:

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Dos jinetes, como dos puntos negros, empiezan a separarse y a horadar de nuevo la soledad y la blancura de la llanura nevada.

Junto a la tranquera queda una botella de caña, vacía. Es el único rastro que a veces deja el paso del hombre por esa lejana región.

Afueros

—¡SUERTE MÁS perral! —rezongó Rosendo Farías, al echarse de nuevo el saco de “monos” al hombro—. Ni qu'estuviéramos apestaos. Hay que ver la gente bien desconsiderá pa'ayudar al pobre. Y di'hay, ¿qué hacemos? —interrogó, volviéndose hacia su compañero, que, sentado en la cuneta del camino, se amarraba despaciosamente una chala.

—La alojá es la molestosa —repuso el otro con aire distraído, pasándose el revés de la mano por la nariz roja de frío.

—Sí, pues, la alojá no más será —agregó de nuevo Farías, con irritado acento—. El hambre que nos maltrata serán florecitas en el ojal, ¿no es cierto?

Miraba a su “cumpa” de soslayo, en una actitud que le era peculiar, muy abierto e inmóvil el ojo izquierdo, enturbiado por una nube. Era un hombre alto, cenceño, con el rostro derrumbado por el cansancio y las penurias de una existencia aporreada. Unos pelos ralos le poblaban a retazos la cara y, junto a la nariz, como un torrente seco, una ancha cicatriz le cruzaba la piel.

—¿Y qué sacái con ajisarte? No vamos a componer el apero por andar chillando como rueda sin aceite. O vos creís que yo no llevo hambre... Tengo también las tripas que ya me hablan.

Sonreía entreabriendo los labios gruesos y sensuales, mostrando unos dientes blancos y enteros, capaces de devorar a un buey. A guisa de chalina, se abrigaba el cuello con un pon-

chito desflocado. Y sobre la frente despejada se le iba un mechón de pelos negros como sus ojos, alegres y brillantes. Alvaro Pérez estaba hecho, sin duda, de otra pasta harto distinta de la de su malhumorado compañero de correrías.

Echaron a andar de nuevo por el reborde alto del camino, sorteando el barrizal que en los bajos se convertía en lagunas espesas, de color chocolate. Un crepúsculo húmedo, de luz mermada prematuramente, daba triste entonación al canto o silbido de los pájaros cuando pasaban volando bajo unas nubes negras y amenazadoras.

En la distancia, clareó fugazmente el horizonte, tiñendo de rosa y amarillo algunas nubes. Pero aquello fue sólo como la insinuación de una sonrisa, pues muy pronto la luz se veló de nuevo y las sombras se apretaron, desdibujando el contorno de los árboles, de los ranchos próximos al camino y los de algunos vacunos que, de rato en rato, bramaban desolados en el fondo de los potreros.

—Va a llover qu'es vicio —exclamó Pérez—. Y la del diantre que por aquí ni autos pasan pa que nos acarreen a un hotel, aonde podamos servirlos una güena cazuela di'ave y unas varas de longaniza, con su medio cántaro de mosto, pa calentar las tripas. Después nos iríamos a dormir en un colchón bien alto y el riñón abrigao, con una de esas frazadas capaces de hacer sudar a un riel. Si la plata hay que gastarla, huacho.

—¡Eja! Dale güira no más a la lengua. L'hambre te está haciendo difariar. Yo no sé qué objeto tendrá eso de andar hablando vanidades. Más es la pica que baja.

—¡Las cosas tuyas! Pa divertirlos, pues, ho. Pior es ponerse tragedioso. Contimás que uno se asarea, queda en los mismos pelos. Si la vida del pobre es así... Y como no habimos conocío otra.

—Muy verdá es —convino Rosendo—, pero no por eso nos hemos de conformar. Date vos cuenta que los alimales, con ser brutos, viven mejor que nosotros. No pasan necesidades y tienen su güen gualpón aonde duermen bien reparaos. Lo que el pobre no merece muchas veces ni un pedazo de rancho pa favorecerse de la lluvia.

—Razones son ésas. Pero el hombre no saca na con lamentarse si no hace empeño a buscarse un acomodo. A naide le cae la breva pelá y en la boca. Es preciso considerar una cosa tamién, y es que a nosotros los gusta tantísimo la tomaúra. Somos más sufríos pa'l litro que pa'l arao. Y es qu'es tan bonitazo andar por el camino sin que naide lo gobierne a uno. Dándole gusto al cuerpo no más. Y toparse por ey con los pobres gallos afirmándolas día a día, a la siga de los güeyes.

Rosendo Farías masculló algunas palabras que Pérez no se preocupó de averiguar. Silbaba ahora una vieja tonada, la única que sabía, y que jamás dejaba de recordar cuando lo roía alguna preocupación. El Negro Pérez era de carácter risueño y francote, detrás del cual ocultaba todo cuanto lo podía hacer desmerecer ante el propio concepto de su hombría. En ese momento iba meditando con la razón de haberse apareado con Farías, que con su cara de vinagre y su voz chillona no caía bien en ninguna parte.

El día antes, sin ir más lejos en sus recuerdos, pasaron a pedir trabajo en un fundo cuyas casas se divisaban desde el camino.

Los atendió el propio dueño, un hombre de aspecto bonachón, que los miraba con unos grandes ojos pardos, mansos y tranquilos. Después de oír la petición que le formularon, les contestó afablemente:

—Trabajo tengo, y al buen peón aquí no le va mal. Si quieren quedarse, pasen a la cocina a comer y ahí hablan con el mayordomo cuando llegue la gente a entregar el apero.

El Tuerto Farías se lo quedó mirando con su actitud característica: el ojo turbio muy abierto e inmóvil y el otro de soslayo. Con chillona voz de tiuque en día de lluvia, preguntó:

—¿Cuánto pagan aquí?

Y cuando el hacendado se lo dijo, Farías desdeñosamente replicó:

—¡Chs! Por esa plata yo no le trabajo a naide. Pa eso, mejor estoy sentao en mi casa.

El dueño se encogió de hombros, sin pizca de malicia.

Afirmándose el fiador del sombrero y levantando las riendas del caballo que lo esperaba, les dijo a manera de despedida:

—¡Que les vaya bien!

Al Negro Pérez, no obstante el disgusto que aquella salida de tono le causara, le dio una loca tentación de reírse a gritos. Y, ya en el camino, le dijo:

—Güeno, pues, ho, ¡ahora nos iremos a sentar a tu casa!

Y ante la furiosa mirada de Farías, Alvaro Pérez había dejado escapar el atropellado tumulto de carcajadas que le estaba haciendo cosquillas en la garganta. Esa noche durmieron al abrigo precario de un muelle de paja que encontraron al paso. Muy trillado por los animales y ya pasado por el agua de las lluvias, aquella alojada fue harto penosa. Apenas clarearon las primeras luces, Pérez se enderezó entumecido, exclamando:

—Oye, tá güeno que le mandís a componer el techo a tu casa. Tengo la cara como cartón con la garuga de anoche. Güeno, pues, hombre, llama luego a la empliá pa que nos traiga desayuno. A mí me gusta el caldo por la mañana.

Mediante algunos escasos centavos que les quedaban comieron pan con ají en un chinchel del camino. Rosendo caminaba silencioso y huraño, rumiando su mal humor. El Negro, indiferente, como si no lo afligiese ninguna preocupación. Sin embargo, iba decidido a aprovechar la primera oportunidad que se le ofreciera para separarse de su comfortable amigo.

Bajo un cielo nuboso, la noche se había extendido por el campo. En los charcos se oía el metálico croar de los sapos, mientras los perros, desde los ranchos distantes, comenzaban a bravuconearle a la obscuridad, engendradora de fantasmas. El viento húmedo les mojaba las espaldas, hormigueando en la carne, con helada insistencia.

La mezquina luz de una fogata interior les mostró en un recodo una vivienda. Y de común acuerdo se acercaron a ella para hablarles a sus moradores. El Tuerto Farías, con la voz más melosa que pudo sacar, exclamó:

—Buenas noches toa la gente. ¿Podríamos hablar con el dueño de casa?

Por la ventana que daba al callejón asomó el rostro de una mujer desgreñada y flaca, con una criatura en los brazos. Sus ojos curiosos trataron de perforar la obscuridad para ver a los que llegaban. Recelosa, inquirió:

—¿Quiénes son ustedes?

—Gente honrá, señora. Por favor, dígalos si podríamos hablar con su marido.

—Tá durmiendo el dueño de casa. ¿Que lo conocen ustedes?

—No, pero como somos forasteros de pu'aquí y como no tenemos conociencias, quisiéramos pedirle una ayudita. Andamos con harta necesidá y no tenemos ni a ónde alojar.

El gruñido irritado de un quiltro se oyó en ese momento, junto con la voz de un chiquillo que habló medrosamente:

—¡Taitita! Despiértese, taitita.

Fastidiada, la mujer lo hizo callar:

—Cállate vos, chiquillo intruso —y dirigiéndose a los hombres, les habló en seguida con voz desabrida y quejumbrosa, en la que no obstante se advertía cierta compasión por ellos—: Oigan. No sacan na con hablar con Filidor, porque no tenemos ni una na con que poderlos favorecer. Es mejor que sigan hasta La Rinconada. Allí pueden encontrar algún acomodo, aunque sea pa dormir. A la vuelta del cerro está la casa de on Jesús Chandía, qu'es hombre rico y muy güen cristiano pa tratar al pobre. Hasta trabajo les puede dar, porque endenantes no más le oí decir a mi marido que al jutre ese le estaba haciendo falta gallá pa la siembra. Por ahí van bien, porque lo qu'es pa'l pueblo, es casi toa gente pobre la que vive. Continás que no hay casa aonde no tengan enfermos. Ha cargado mucho una epidemia que la mientan gripe. Es como cotipao con calentura. Y el poverío es el que más padece. Va duro el año este...

A la mujer se le había desatado la lengua, y llevaba intenciones de seguir adelante con su cháchara, cuando el Negro Pérez se la cortó de pronto, diciéndole:

—Muchas gracias, señora. Que pase güenas noches con toa la compañía.

Rosendo Farías, que escuchaba con gran interés la conversación, pues era muy aficionado a esta clase de tertulias, pegó un respingo de caballo rabioso, se tocó el ala del sombrero y con aire grave aprobó las últimas palabras de la mujer:

—Malo va el año. Muy verdá, señora.

A poco andar encontraron el cerro de que les habló la mujer. En la obscuridad era como un enorme monstruo informe que, recostado junto al camino, acechaba a los viajeros. Descendieron hasta un bajo abrigado por unas pataguas y luego subieron hacia el alto, en donde el viento vino de nuevo a clavarles sus heladas agujas. Arriba, las nubes se habían desgarrado para mostrar un cielo lívido, de difusa claridad lunar. Caminaban ahora junto a una tapia, por encima de la cual algunos árboles extendían sus ramas hacia el camino. En el interior, oíase el ronco vozarrón de un perro que ladraba a intermitencias.

Al final de la tapia se alzaba un largo edificio de construcción ligera y en seguida una casa de adobes, en cuyas ventanas, a través de los postigos cerrados, se filtraba la luz del interior. El Negro Pérez se acercó a poner el oído junto al postigo y después de escuchar un momento exclamó en voz baja, atrayendo por una manga a su compañero:

—Oye, gallo. ¡Tán cuchariando en lo mejor! Aquí sí que nos puede ir bien. Vos sabís que guatita llena corazón contento. Cómo van a ser tan piratas que se nieguen a favorecerlos con algo.

—¡Mi maire! Se me está haciendo agua la boca. Me condenara si no son porotos con chicharrones los que están comiendo.

Tras de una prudente espera, golpearon discretamente. Oyóse adentro el ruido de una silla que se aparta y luego unos pasos enérgicos hacia la puerta. En seguida la pregunta de rigor, formulada con voz recia:

—¿Quién llama?

Esta vez fue el Negro Pérez quien se apresuró a contestar, dando a su acento la mayor amabilidad que pudo:

—Somos nosotros, patrón Chandía, que queremos hablar unas palabras con su mercé.

Crujió una tranca y rechinó una llave antes de que se abriera la puerta. En el vano de ella apareció la voluminosa figura de Jesús Chandía con un sombrero alón metido hasta las orejas y envuelto en un poncho largo, color vicuña. Sus cejas canosas y erizadas se arquearon, tratando de identificar a los recién llegados. Después su vozarrón inquirió:

—¿Qué se les ofrece?

—Andamos buscando liga aonde ponerle el hombro, patrón Chandía, y como sabemos que su mercé está necesitando güena gallá, venimos a ofertarlos con mi compañero. En el trabajo somos rotos harto sufríos y empeñosos.

Jesús Chandía irguió su alta figura, dejando escapar un ¡jem! tan sonoro y vigoroso, que pareció quedarle vibrando en el pecho. Después de sonarse estrepitosamente con un gran pañuelo floreado, les dijo con voz de severa reconvención:

—Pero éstas no son horas de venir a molestar a una casa. El buen peón llega a la luz del día a pedir trabajo y no anda ocultándose en las sombras de la noche. Para mí que ustedes son rotos mañosones.

Iba a contestar el Tuerto Farías, pero el Negro lo atajó, diciendo alegremente:

—La purita que es bien verdá lo que nos dijeron de que usted era muy divertío, patrón. ¡Qué vamos a ser rotos mañosos! Pregunte usted en Santa Teresa, en El Peumo, o aquí más cerca, en Las Rosas, y le dirán quiénes somos nosotros. Aguai-te, su mercé, estos tremendos callos. Lo que hay es que se nos hizo tarde, porque los caminos están muy barroos y pesaos y andamos necesitaos de echarle algo por debajo del bigote.

Jesús Chandía apoyó la mano sobre la puerta, en la actitud de cerrarla, diciéndoles:

—De noche no entro en tratos con nadie. Si quieren trabajo, vuelvan mañana, que será otro cuento.

—Conformes, patrón, pero hágase cargo que andamos entumíos y con hambre. Lo que su mercé disponga se lo agradeceremos.

Sin contestarles, Chandía dio un grito hacia el interior de la casa:

—¡Ermelinda! Ve si hay comida en la cocina y tráete dos raciones. También un pan grande. ¿Andan trayendo en qué recibir comida ustedes?

—Sí, patrón. Aguárdese un momentito.

Apresurados buscaron entre las pilchas de su saco un jarro de latón grueso, que alargaron a Chandía. A tiempo de recibirlo éste volvió a gritar:

—¡Que venga caliente esa comida!

Al poco rato apareció Ermelinda, una moza de carrillos encendidos, ojos vivos y una naricita respingada que le agradaba. Traía una fuente llena de porotos que despedían un vaho cálido y apetitoso. Los vació en el jarro de aquellos huéspedes no convidados y se los pasó junto con un gran pan. Pérez le dijo:

—En su nombre nos vamos a servir esta comidita. ¡Qué rica ha de estar! Se ve que la hizo usted, prenda.

Chandía en ese momento exclamó desde el medio del pasadizo:

—¡Cierra bien la puerta, mujer!

—Muchas gracias, patrón Chandía. . . ¡Hasta mañana!

Otra vez las tinieblas del camino. Mas ahora llevaban adentro una loca alegría que era como un rayo de sol.

Rosendo Farías, enternecido, dijo con trémula voz:

—Seco el viejo, pero harto güen cristiano, no se puede negar. Toy dispuesto a trabajarle una güena tirá de días. Tamos necesitando unos cobres pa comprar tantísimas faltas. Ni pa los vicios habimos tenido estos días. Yo, cuando no pito, te diré que me pongo bien lile. Oye, vamos pa'l bajo a merendar, porque allí hay muy güen reparo.

—Esa es la letra. Los juimos dijo la venida. Ahí estaremos bien y después nos serviremos una güena cachá e mosto blanco, de ese que pasa por debajo del puente.

Comieron amistosa y fraternalmente, conversando de las incidencias de su cotidiano deambular. El estero gorgoriteaba leve a pocos pasos de ellos. Arriba el cielo se había limpiado, dejando ver algunas estrellas.

—Parece que quiere componerse el tiempo —opinó el Negro Pérez, echando una rápida mirada hacia el cielo, en el momento de levantarse para ir a lavar su cuchara—. Oye, voy a ver cómo anda la cosa por aquí pa que arreglemos el dormitorio.

Crujieron las ramas del pequeño monte en donde se metió. Después gritó:

—No sirve esto, gallo. Tá muy húmedo. Se nos puede echar a perder el colchón aquí. Vamos a tener que seguir taloneando pa La Rinconada.

—De allá somos, pues —le contestó Farías, con el ánimo muy levantado.

—¡Ah chitas que te hicieron bien los porotos, ho! Yo creo que ahora sería bien capacito de dormir parado debajo de un árbol.

—Voltario que me hallo. . .

Pero, al pasar junto al galpón de Chandía, oyeron el reo estornudo de un animal y, acercándose más, el poderoso crujiir de sus dientes triturando el pasto.

De pronto el Negro dio un brinco de júbilo.

—¡Oye, oye! Aquí hay una ventana, y si no tiene barrotes, estamos al otro lao. Atrácate, con eso me encumbras.

De pie encima de los hombros de Farías, el Negro alcanzó la ventana. Un juramento se escapó de sus labios al comprobar que la defendían gruesas barras de hierro.

—Abájate luego, ho, si estamos pa nunca —rezongó Rosendo.

—¡Chiiist! Aguántate un ratito, gallo, mira que una barra está jugando. Conque la saco, pasamos pa entro como un aceite.

Afortunadamente, la vigueta que sujetaba los hierros estaba ya podrida y fue cediendo poco a poco, hasta desastillarse. Pérez apartó el barrote y metió los brazos hacia adentro. La lisa y tibia suavidad de la paja le acarició las manos. Afirmándose en el marco, se alzó de un envión y, una vez adentro, se volvió para asomarse hacia la calle a decirle con voz gozosa a su compañero:

—Pase no más ailante, on Farías. Mire que la noche está muy heladaza y se puede cotipar.

Una alegre risotada fue la respuesta. Farías le pasó los sacos con los "monos" y Pérez a tiempo de recibirlos le advirtió:

—Oiga, on Farías, no vaiga a dejar la sobrecama abajo. Es preciso cuidar las prendas ahora, porque están los tiempos muy estériles.

Alargándole la correa de la cintura ayudó a Farías en la subida. Adentro había una atmósfera tibia que olía a estiércol fresco y a pasto seco. En el recinto contiguo oíase a los animales que seguían devorando su ración.

Enterrados en la paja conversaron un rato. Al Negro se le ocurrió preguntar:

—Oye, gallo, y vos cuánto tiempo hace que te dedicái a los viajes.

—¡Bututui! Montón de tiempo, pues, ho. Pa no mentirte, te diré que yo ey sío siempre muy trajinante. Me entra un tremendo aburrimiento cuando estoy mucho tiempo en una parte. Y entonces me las emplumo a la sin rumbeque. . . Pero el hombre andante padece mucho también.

—Se padece. A mí a veces me tira de quedarme por ey, arranchao. Y buscarme una mujer que me haga la merienda y me costuree. Así se anda como jergel de tirillento.

—Es cierto. Pero la mujer es muy llevá de sus ideas y muy amiga de gobernar al hombre como chiquillo mediano. Y en tocante a esa cuestión yo soy muy ríspero. El hombre, cuando la mujer quiere pagarse de su capricho, debe ser muy tieso de mechas. Si no, tá perdío. ¿No te parece?

En las lindes del sueño, Pérez murmuró algunas palabras que no se entendían. En seguida se oyó su ronquido acompasado. Rosendo Farías era de sueño tardío y se quedó oyendo el susurrar del viento y los chillidos de las ratas, que se festejaban con algún pedazo de sebo en el cuarto de los aperos. No supo cuándo se durmió con un sueño sobresaltado. A ratos volvía a oír las palabras entrecortadas del Negro Pérez, que en un trabajoso diálogo contestaba a algún misterioso personaje que visitaba su sueño.

Y, en efecto, Pérez soñaba con una puebla que lo tenía obsesionado allá en la hacienda de Las Mercedes, en Talagante. Estaba situada en una pequeña vega, junto a un camino interior. En el fondo, entre maquis, culenes y chilcos, pasaba el estero, con el que se regaba esa tierrecita negra y mullida, muy a propósito para sembrar hortalizas y legumbres. En ese fondo, él había hecho mérito largo tiempo, hasta captarse la simpatía del administrador. Y mientras maduraban sus proyectos le echaba el ojo a la Rosa Amelia, la hija de on Paredes, un mediero ricachón. Pero cuando le manifestó sus aspiraciones al administrador, éste le cortó el aliento de raíz con una rotunda negativa. Aquella puebla estaba en poder de un antiguo sirviente, muy apreciado por el patrón. Pensar en quitársela era como hacerle una raya a la luna. Y más él que era un afuerino. Era imposible.

Y esa noche soñaba que había vuelto a Las Mercedes. Estaba de ayudante de capataz y caminaba por una larga alameda, en donde silbaban los zorzales, montado en un alazán cariblanco que tenía una rienda de primera. Se dirigía hacia la puebla de la vega que por fin había conseguido para él y la Rosa Amelia, su mujer. ¡Qué lindo estaba todo! Unos cardos azules junto a las trancas, y más adentro, varas de amapolas florecidas. Primavera de luz transparente y cálida. Un chancho overo, amarillo y negro, dormía en el patio, haciendo un ¡hoho! deleitoso. Y en el fondo de la huerta las flores amarillas de los zapallos, cuyas guías se encaramaban por las ramas secas.

Subiendo el repecho venía una vaca clavela bramando, con su ternero que la cabeceaba hambriento. Y tras ella, Rosa Amelia, con la correa de manear y las mejillas rojas como las amapolas que el vientecillo jovial y travieso agitaba suavemente.

Alvaro Pérez sintió la noche de un suspiro. Aquellos porotos calientes y sabrosos, y esa paja en la que se dormía tan abrigado, eran como para soñar sueños de dicha. Sintió una furia atroz cuando el frío de la mañana vino a despertarlo.

—¡Caracho, quién pudiera quedarse dormío pa siempre cuando sueña cosas tan relindas!

Se enderezó fastidiado. En la penumbra del amanecer se

oía el rumor del campo que despertaba. Gallos que cantaban, perros ladrando, relinchos de potrillos, y más cerca el chismorreo jubiloso e indiscreto de las aves de corral. Y a ratos un silencio profundo que hacía grave el rumor del viento, cuyos dedos entumecidos no eran capaces aún de insinuar melodías.

Después de dormir en ella, al Negro Pérez lo afiebraba la paja. Bajó apenas despertó, para darse cuenta del panorama que lo rodeaba. Al otro lado había una yunta de bueyes, un caballo y dos vacas. Una de ellas era una clavela de narices rosadas y húmedas, que lo miraba con una dulce y asombrada curiosidad. En el cobertizo del frente dos terneros trataban vanamente de escaparse por la puerta del chiquero que resistía tercamente sus atropelladas.

Una alegre idea vino a acariciarlo. Un desayuno con leche sería estupendo. Y él era harto "baqueano" para ordeñar. Sin pensarlo más sacó al ternero clavel, laceado con su correa de la cintura, y lo llevó donde su madre, que lo recibió bramando bajito, con temblorosa ternura. Sin alzar mucho la voz llamó:

—Rosendo. ¡Despiértate, hombre! Pásame el jarro pa lechar esta vaquita que nos mandó pa'l desayuno on Chandía. No se puede negar qu'es harto atento el jutre.

Aún medio dormido, bajó Rosendo con el tiesto. Y muy pronto un grueso chorro comenzó a sonar dentro de él. Era leche tibia y substanciosa, alimento de primer orden que sus paladares no saboreaban con frecuencia. Rosendo se sirvió un trago largo y se volvió a repetir. Después tomó lentamente Pérez, gozándola con visible deleite. En seguida ofreció de nuevo a Rosendo, pero éste muy cumplido rehusó:

—Ya no soy capi pa más. Te lo agradezco. Y sería güeno que juerai abreviando, no sea cosa que se levante el jutre y nos eche una elevada.

Pérez le contestó:

—Fíjate, hombre, lo que es la vía. Anoche dormí soñando que estaba allá en Las Mercedes, viviendo en la puebla de on Quiñones. Y la Rosa Amelia era mi mujer. Teníamos chanco, vaca y cuanto hay. Me está bajando pensión de recordar

too eso, te diré. Ganas de embelármelas p'allá. ¿Qué decís vos?

Era un hombre serio Pérez, y fue de nuevo a encerrar el ternero. En seguida subieron al pajar y se descolgaron hacia la calle por la ventana. En ese momento el sol, como un rubí gigantesco del cual se desprendían llamas enrojecidas, se encumbró por encima de un cerro. Y la luz, con su aliento vivificante, animó e inundó de alegría todo lo que se extendía por el campo.

Rosendo Farías exclamó:

—¡Lindo día, hombre!

—¡Lindo!

Y fue entonces el Negro Pérez quien propuso:

—¿Qué te parece que volvamos otro día a trabajarle a on Chandía?

Rosendo, con aire de fatiga y displicencia, repuso:

—Muy justo. Alguna vez el pobre tamién ha de darse gusto en algo.

La señora

A Antonio Bórquez Solar.

HACÍA YA tres horas que galopaba sin descanso, seguido de mi mozo, por aquel camino que se me hacía interminable. El polvo, un sol de tres de la tarde en todo el rigor de enero, el mismo sudor que inundaba a mi fatigado caballo, me producían un ansia devoradora de llegar, de llegar pronto.

Me volví impaciente hacia el muchacho que me acompañaba, diciéndole:

—Pero al fin ¿dónde está ese tal don Daniel Rubio?

—Es allí cerquita, a la vuelta de aquella alameda —me contestó, haciendo un lento signo con la mano y sin dejar de galopar.

A ambos lados del camino se extendían grandes potreros sin agua, cubiertos de un pastillo blanco que hería la vista, y donde los rayos del sol reverberaban con fuerza. A lo lejos, la enorme mole violácea de los Andes, despojada de sus nieves, emergía con violenta claridad sobre un cielo sin nubes, pálido y brillante.

Y yo, inclinado sobre mi caballo, pensaba con desaliento en que ese viaje se convertía en un verdadero sacrificio.

En aquella época, mi padre, aprovechando mis ocios de vacaciones, ocupábame, de cuando en cuando, en contratarle bueyes para el trabajo de la próxima siembra. Y yo cumplía tales comisiones con placer, porque ellas me permitían empre-

der largas correrías a caballo por los alrededores. Muchos de estos viajes me proporcionaron la oportunidad de hacer más de una visita bien agradable para mis ilusiones de veinte años; varias veces regresé de estas peregrinaciones sintiendo no sé qué dulce nostalgia en el corazón, a la que tal vez no era extraña cierta cabellera negra o rubia que divisara, a la despedida, en el corredor, a través de la reja y los naranjos de una casa de campo. . . Según las informaciones que había tomado la víspera, don Daniel Rubio, a cuyo fundo me dirigía, era soltero; y en su casa nada había que pudiera halagar mis expectativas sentimentales.

De esta certidumbre provenían tal vez mi cansancio y mi mal humor.

A medida que avanzaba, el paisaje principiaba a variar. Añosos álamos y sauces daban sombra al camino; divisaba verdura, chácaras, pastales de trébol, animales vacunos, aguas corrientes. . . De cuando en cuando, tras la alameda, asomaban algunos humeantes ranchos de inquilinos.

—Ya estamos en lo de don Daniel —me dijo el mozo.

Y yo me interesaba, contemplando el buen cultivo de la tierra, la excelencia de los cierros, mil pequeños detalles que revelaban la vigilancia y el trabajo de una mano avezada a las labores de la agricultura.

—¿Cuántas cuadras tiene el fundo? —pregunté al mozo.

—Trescientas cuadras regadas. Principió arrendando y ahora con su trabajo ha comprado estas tierras —me contestó.

Llegábamos ya al fin de la alameda, y un instante después tenía ante mí una reja de madera pintada de blanco, a través de la cual se divisaban una huerta de hortalizas y un edificio, con esa arquitectura sencilla y primitiva, peculiar en nuestras antiguas construcciones campesinas: enorme techo de tejas, bajas murallas, anchos y sombríos corredores.

—Aquí es —me dijo el mozo, y pasando frente a la casa entramos por una ancha puerta de golpe que daba a un caminito bordeado de acacias.

En el fondo de este camino, bajo la sombra de una rama al lado de un caballo ensillado, veíase un hombre con la

cabeza inclinada, ocupado, al parecer, en arreglar una correa de la brida.

A pesar de los furiosos ladridos de un perro que salió a recibirnos y que mi mozo se esforzaba en espantar, el hombre continuaba afanado en su trabajo.

—¿Don Daniel Rubio está en casa? —pregunté con voz fuerte.

El hombre alzó la cabeza, fijó en nosotros una mirada tranquila y me contestó sosegadamente, con cierta reticencia:

—Con él habla...

Quien así me respondía era un individuo alto, obeso, poderosamente constituido. Representaba cuarenta y cinco a cincuenta años, y vestía el traje común a nuestros mayordomos de haciendas: pequeña manta listada, chaqueta corta, pantalones bombachos de *diablo fuerte*, enormes espuelas y sombrero de paja de anchas alas. Su rostro cobrizo, de facciones gruesas y duras, singularizábase por el estrabismo y la inmovilidad de una de sus negras pupilas que parecía cristalizada mientras la otra tenía un brillo y una vivacidad extraña. Contemplando esta fisonomía, involuntariamente me pasó por la cabeza esta frase vulgar: "No me gustaría encontrarme con este sujeto por un camino solitario".

—Nos han dado noticias que tenía bueyes —le dije.

—Sí, hay algunos —me contestó con indiferencia, volviendo el rostro a un lado.

—¿Podríamos verlos? —agregué.

Por toda respuesta tomó las riendas del caballo, que a su lado estaba, subió rápidamente y, seguido de nosotros, se dirigió al interior del fundo.

Durante nuestra excursión por los potreros tuve ocasión de observar que mi acompañante era persona inteligente, en todo lo que a campo se refería; y esto lo demostró más de una vez en el curso de la conversación que sostuvimos con motivo del negocio de los bueyes. Sus modales eran rudos, como de hombre de pocas letras; sus palabras, breves y terminantes; pero, a través de toda esta exterioridad poco agradable, había

en su persona no sé qué aire de honradez y de seriedad que, insensiblemente, inspiraba respeto, ya que no simpatía.

Por fin el negocio se arregló satisfactoriamente, y la noche caía ya en el horizonte cuando regresamos a la casa.

—Todo lo que usted ha visto lo he formado yo con estas manos —dijo don Daniel, respondiendo mis felicitaciones por el buen pie en que veía su hacienda—. Usted se quedará a alojar —agregó; e interrumpiendo mis excusas, llamó a un trabajador que por ahí andaba, ordenándole que desensillara los caballos.

Y después me dijo:

—No se apure, que hay donde tender los huesos. Pero antes que todo, vamos a mascar algo, que ya es hora —y nos dirigimos a la casa.

Después de atravesar el oscuro corredor, entramos a una pieza que daba al pasadizo y que servía de comedor.

La lámpara estaba encendida y la sopa humeaba sobre una pequeña mesa, puesta con gran decencia y limpieza. No parecía aquél un comedor de soltero. Aquí y allá, sobre el mantel immaculado, había maceteros con flores frescas y hojas verdes; las servilletas tenían cierto arreglo peculiar; el vino brillaba en las garrafas de vidrio, y en las paredes vi diferentes estampas de santos que no dejaron de llamarme la atención.

A una indicación de don Daniel, me senté, sin cumplimiento, a la mesa; pero luego tuve que ponerme de pie precipitadamente, porque frente a mí se abrió una puerta y entró una persona. Era una anciana de cabellos blancos y elevada estatura, vestida de negro.

Me hizo una ceremoniosa reverencia, mientras don Daniel nos presentaba.

—La señora Carmen Mansilla, el señor. . .

En seguida ella se sentó a la cabecera de la mesa.

Yo observaba con interés a la recién venida.

En su rostro extenuado y pálido, con esa palidez luminosa de algunas personas extremadamente ancianas, en su hundida boca, en su fina nariz aguileña, en sus grandes ojos claros, vagaba una expresión de dulce tranquilidad. Parecía sonreír a

cierto alegre pensamiento interior, mientras servía trabajosamente la sopa con sus largas manos temblorosas, donde resaltaban las venas y los nervios.

Se detuvo un instante, contemplándome curiosamente, como si buscara un tema de conversación, y, por fin, me dijo con una vocecita cascada:

—El señor, si no he oído mal, se llama . . . —aquí dijo mi nombre— y debe ser pariente de los señores . . . —nombró a unos tíos abuelos míos, enterrados antes de mi nacimiento.

Al escuchar mi respuesta afirmativa, continuó con gran animación:

—Yo los conocí mucho cuando eran solteros . . . , venían siempre a casa de mi marido. Entonces recibíamos mucha gente. ¡Qué alegres eran! Daniel, ¿te acuerdas del baile que dio el gobernador? Pero, es verdad, tú no estabas con nosotros todavía. Bailamos hasta el amanecer, y en el corredor quemaban voladores. Recuerdo que a mí me hicieron bailar *cueca*. Pero entonces los jóvenes eran muy corteses . . . Sus tíos, siempre que venían a vernos, nos traían grandes regalos . . .

Mientras la señora hablaba así, don Daniel la contemplaba con aire cohibido y obsecuente, echándose en silencio los bocados y sirviéndose, a cada instante, grandes vasos de vino. La única pupila que podía mover estaba inquieta, húmeda y brillante, y parecía decirme: “Escúchela con atención, que vale la pena”.

Y ella, al mismo tiempo que continuaba su charla con alegre volubilidad, me servía los platos con toda clase de miramientos, dirigiéndome signos de inteligencia, como indicándome que esa conversación sólo nosotros podíamos comprenderla.

De repente me dijo:

—¿Qué ha sido de esos jóvenes, de sus tíos? Sé que uno se casó en Santiago y que ha tenido muchos hijos.

—¡Han muerto todos, señora, hace muchos años!

Al escuchar estas palabras, me contempló estupefacta, suspiró hondamente, se puso la palma de la mano en la barba,

inclinó su cabeza blanca y pareció abismarse en sus reflexiones.

A medida que la comida llegaba a su fin, hacíaase más notable el contraste que formaban los modales finos, insinuantes, casi aristocráticos de esa viejecita, con los desmañados y selváticos de mi huésped. Observé que el rostro de éste estaba encendido por las frecuentes libaciones y que poco a poco salía de su mutismo hablando de diferentes tópicos.

Por fin, la anciana se levantó de su asiento y me tendió su fría y descarnada mano, diciéndome:

—Usted se queda esta noche aquí. Voy a arreglar algo allá adentro. —En seguida volvióse hacia mi huésped e inclinándose a su oído, le dijo en voz baja—: No bebas mucho. Cuidado con las enfermedades. . .

Cuando ella salió, el tosco y moreno semblante de don Daniel parecía iluminarse con una sonrisa, sus pupilas se velaban dulcemente y sus gruesos labios temblaban como si deseara decirme algo.

Comprendí que el vino principiaba a hacer su efecto.

Al fin, rompí el silencio diciéndole:

—¿La señora no es su madre?

—No.

—¿Su parienta, tal vez? Y perdone. . .

Don Daniel aproximó en silencio una botella, llenó hasta los bordes los vasos, bebió el suyo de un sorbo, y, limpiándose los labios, contestó:

—No, señor, la persona que usted ha visto no es mi madre, ni mi parienta, es la señora, la señora de esta casa —concluyó con un acento en que vibraba cierto orgullo indefinible, dando un ligero golpe sobre la mesa.

Después se pasó la mano por la cabeza como indeciso, y mirándome fijamente, con aire resuelto, siguió diciendo:

—Como usted lo ha de saber al fin, si es que ya no lo sabe, voy a contarle lo que hay en esto. Y para principiar, le diré que yo, aquí donde usted me ve, no he conocido padre ni madre; soy de esos que nacen en cualquier parte, sin saber cómo. Hasta la edad de siete años lo he pasado por ahí, como los

perros sin amo. Un día vino esta señora, me recogió y me llevó a su casa. Allí he crecido, señor, sirviéndoles a ella y a sus hijos; y no me avergüenzo... Ella me puso la cartilla en la mano, ella me enseñó lo poco que sé y me mandó a la escuela, porque era una señora como ahora no las hay. Después yo salí a buscar la vida y trabajé en lo que me vino a mano; se necesitaba un albañil, allí estaba yo; se necesitaba un herrero, pues a buscarme; y así fui formando mi capitalito. Eso sí, no me he casado nunca, porque las mujeres... en fin, no hablemos de ellas. Pasaron los años y los años; y yo siempre iba a ver a mi señora, llevándole cualquier regalito. Al fin su marido murió y sus hijos se casaron. El caballero había sido gastador, como caballero que era, y no dejó casi nada. Después los pleitos, los tinterillos y todo lo demás que usted sabe, fueron llevándose lo poco que quedaba, y aquí tiene usted a mi señora sin tener mal pan que llevar a la boca. Yo, que estaba arrendando entonces este fundo, que después fue mío, sabiendo que ella estaba en casa de una amiga, digamos como de limosna, me fui allá, me presenté y le dije: "Señora, no permito que usted ande sufriendo. Véngase a su casa, a la casa de su *chino*, que ahí nada le faltará. Usted será la señora, como siempre lo ha sido. No me desprecie". Y ella se levantó, la pobre vieja, y vino y me abrazó llorando, y aquí tengo a mi viejecita hasta que se muera: ella es mi madre, todo lo que tengo en el mundo... Y si yo trabajo y gano algo, ¡es para dárselo a ella!

Al terminar este relato, don Daniel inclinó su gruesa cabeza gris y se cubrió la frente con las manos.

Después se levantó bruscamente, me dirigió una mirada torva y murmuró entre dientes:

—Usted estará cansado y ya es hora de dormir.

Y en silencio fue a indicarme la pieza que se me había preparado.

Al día siguiente desperté temprano. En el corredor oía ruido de espuelas. Me vestí con presteza y salí de mi habitación. Allí estaba don Daniel, paseándose.

Tomamos el desayuno hablando de cosas indiferentes. Por fin, me despedí y monté a caballo.

Alegremente cantaban los pájaros. El fresco aire de la mañana parecía infundirme una vida, una fuerza extraña.

Y pensaba vagamente en que, tal vez, esa alegría que sentía desbordar en mí con los primeros rayos del sol la debía a haber estrechado la mano de ese hombre, de cuya casa partía.

El padre

UN VIEJECITO de barba blanca y larga, bigotes enrubiecidos por la nicotina, manta roja, zapatos de taco alto, sombrero de pita y un canasto al brazo, se acercaba, se alejaba y volvía tímidamente a la puerta del cuartel. Quiso interrogar al centinela, pero el soldado le cortó la palabra en la boca, con el grito:

—¡Cabo de guardia!

El suboficial apareció de un salto en la puerta, como si hubiera estado en acecho.

Interrogado con la vista y con un movimiento de la cabeza hacia arriba, el desconocido habló:

—¿Estará mi hijo?

El cabo soltó la risa. El centinela permaneció impassible, frío como una estatua de sal.

—El regimiento tiene trescientos hijos; falta saber el nombre del suyo —repuso el suboficial.

—Manuel... Manuel Zapata, señor.

El cabo arrugó la frente y repitió, registrando su memoria:

—¿Manuel Zapata?... ¿Manuel Zapata?...

Y con tono seguro:

—No conozco ningún soldado de ese nombre.

El paisano se irguió orgulloso sobre las gruesas suelas de sus zapatos, y sonriendo irónicamente:

—¡Pero si no es soldado! Mi hijo es oficial, oficial de línea...

El trompeta, que desde el cuerpo de guardia oía la conversación, se acercó, codeó al cabo, diciéndole por lo bajo:

—Es el nuevo; el recién salido de la Escuela.

—¡Diablos! El que nos *palabrea* tanto...

El cabo envolvió al hombre en una mirada investigadora, y como lo encontró pobre, no se atrevió a invitarlo al casino de oficiales. Lo hizo pasar al cuerpo de guardia.

El viejecito se sentó sobre un banco de madera y dejó su canasto al lado, al alcance de su mano. Los soldados se acercaron, dirigiendo miradas curiosas al campesino e interesadas al canasto. Un canasto chico, cubierto con un pedazo de saco. Por debajo de la tapa de lona empezó a picotear primero, y a asomar la cabeza después, una gallina de cresta roja y pico negro, abierto por el calor.

Al verla, los soldados palmotearon y gritaron como niños:

—¡Cazuela! ¡Cazuela!

El paisano, nervioso con la idea de ver a su hijo, agitado con la vista de tantas armas, reía sin motivo y lanzaba atropelladamente sus pensamientos:

—¡Ja, ja, ja!... Sí. Cazuela..., pero para mi niño.

Y con su cara sombreada por una ráfaga de pesar, agregó:

—¡Cinco años sin verlo!...

Más alegre, rascándose detrás de la oreja:

—No quería venirse a este pueblo. Mi patrón lo hizo militar. ¡Ja, ja, ja!...

* * *

Uno de guardia, pesado y tieso por la bandolera, el cinturón y el sable, fue a llamar al teniente.

Estaba en el picadero, frente a las tropas en descanso, entre un grupo de oficiales. Era chico, moreno, grueso, de vulgar aspecto.

El soldado se cuadró, levantando tierra con sus pies al juntar los tacos de sus botas, y dijo:

—Lo buscan... , mi teniente.

No sé por qué fenómeno del pensamiento, la encogida figura de su padre relampagueó en su mente...

Alzó la cabeza y habló fuerte, con tono despectivo, de modo que oyeran sus camaradas:

—En este pueblo... no conozco a nadie...

El soldado dio detalles no pedidos:

—Es un hombrecito arrugado, con manta... Viene de lejos. Trae un canastito...

Rojo, mareado por el orgullo, llevó la mano a la visera:

—Está bien... ¡Retírese!

La malicia brilló en la cara de los oficiales. Miraron a Zapata... Y como éste no pudo soportar el peso de tantos ojos interrogativos, bajó la cabeza, tosió, encendió un cigarrillo, y empezó a rayar el suelo con la contera de su sable.

A los cinco minutos vino otro guardia. Un conscripto muy sencillo, muy recluta, que parecía caricatura de la posición de firmes. A cuatro pasos de distancia le gritó, aleteando con los brazos como un pollo:

—¡Lo buscan, mi teniente! Un hombrecito del campo... Dice que es el padre de su mercé...

Sin corregir la falta de tratamiento del subalterno, arrojó el cigarro, lo pisó con furia y repuso:

—¡Váyase! Ya voy.

Y para no entrar en explicaciones, se fue a las pesebreras.

El oficial de guardia, molesto con la insistencia del viejo, insistencia que el sargento le anunciaba cada cinco minutos, fue a ver a Zapata.

* * *

Mientras tanto, el pobre padre, a quien los años habían tornado el corazón de hombre en el de niño, cada vez más nervioso, quedó con el oído atento. Al menor ruido, miraba hacia afuera y estiraba el cuello, arrugado y rojo como cuello de pa-

vo. Todo paso lo hacía temblar de emoción, creyendo que su hijo venía a abrazarlo, a contarle su nueva vida, a mostrarle sus armas, sus arreos, sus caballos. . .

El oficial de guardia encontró a Zapata simulando inspeccionar las caballerizas. Le dijo, secamente, sin preámbulos:

—Te buscan. . . Dicen que es tu padre.

Zapata, desviando la mirada, no contestó.

—Está en el cuerpo de guardia. . . No quiere moverse.

Zapata golpeó el suelo con el pie, se mordió los labios con furia y fue allá.

Al entrar, un soldado gritó:

—¡Atenciooón!

La tropa se levantó rápida como un resorte. Y la sala se llenó con ruido de sables, movimientos de pies y golpes de taco.

El viejecito, deslumbrado con los honores que le hacían a su hijo, sin acordarse del canasto y de la gallina, con los brazos extendidos, salió a su encuentro. Sonreía con su cara de piel quebrada como corteza de árbol viejo. Temblando de placer, gritó:

—¡Mañungo! ¡Mañunguito! . . .

El oficial lo saludó fríamente.

Al campesino se le cayeron los brazos. Le palpitaban los músculos de la cara.

El teniente lo sacó con disimulo del cuartel. En la calle le sopló al oído:

—¡Qué ocurrencia la suya! . . . ¡Venir a verme! . . . Tengo servicio. . . No puedo salir.

Y se entró bruscamente.

El campesino volvió a la guardia, desconcertado, tembloroso. Hizo un esfuerzo, sacó la gallina del canasto y se la dio al sargento.

—Tome: para ustedes, para ustedes solos.

Dijo adiós y se fue arrastrando los pies, pesados por el desengaño. Pero desde la puerta se volvió para agregar, con lágrimas en los ojos:

—Al niño le gusta mucho la pechuga. ¡Delen un pedacito! . . .

Cañuela y Petaca

MIENTRAS Petaca atisba desde la puerta, Cañuela, encaramado sobre la mesa, descuelga del muro el pesado y mohoso fusil.

Los alegres rayos del sol, filtrándose por las mil rendijas del rancho, esparcen en el interior de la vivienda una claridad deslumbradora.

Ambos chicos están solos esa mañana. El viejo Pedro y su mujer, la anciana Rosalía, abuelos de Cañuela, salieron muy temprano en dirección al pueblo, después de recomendar a su nieto la mayor circunspección durante su ausencia.

Cañuela, a pesar de sus débiles fuerzas —tiene nueve años, y su cuerpo es espigado y delgado—, ha terminado felizmente la empresa de apoderarse del arma, y sentado en el borde del lecho, con el cañón entre las piernas, teniendo apoyada la culata en el suelo, examina el terrible instrumento con grave atención y prolijidad. Sus cabellos rubios, desteñidos, y sus ojos claros, de mirar impávido y cándido, contrastan notablemente con la cabellera renegrida e hirsuta y los ojillos oscuros y vivaces de Petaca, que, dos años mayor que su primo, de cuerpo bajo y rechoncho, es la antítesis de Cañuela, a quien maneja y gobierna con despótica autoridad.

Aquel proyecto de cacería era entre ellos, desde tiempo atrás, el objeto de citas y conciliábulos misteriosos, pero siempre habían encontrado para llevarlo a cabo dificultades e inconvenientes insuperables. ¿Cómo proporcionarse pólvora, perdigones y fulminantes?

Por fin, una tarde, mientras Cañuela vigilaba sobre las brasas del hogar la olla de la merienda, vio de improviso aparecer en el hueco de la puerta la furtiva y silenciosa figura de Petaca, quien, al enterarse de que los viejos no regresaban aún del pueblo, puso delante de los ojos asombrados de Cañuela un grueso saquete de pólvora para minas que tenía oculto debajo de la ropa. La adquisición del explosivo era toda una historia, que el héroe de ella no se cuidó de relatar, embobado en la contemplación de aquella substancia reluciente, semejante a azabache pulimentado.

A una legua escasa del rancho había una cantera que surtía de materiales de construcción a los pueblos vecinos. El padre de Petaca era el capataz de aquellas obras. Todas las mañanas extraía del depósito excavado en la peña viva la provisión de pólvora para el día. En balde el chico había puesto en juego la travesura y sutileza de su ingenio para apoderarse de uno de aquellos saquetes que el viejo tenía junto a sí en la pequeña carpa, desde la cual dirigía los trabajos. Todas sus astucias y estratagemas habían fracasado lamentablemente ante los vigilantes ojos que observaban sus movimientos. Desesperado de conseguir su objeto, tentó, por fin, un medio heroico.

Había observado que cuando un tiro estaba listo, dada la señal de peligro, los trabajadores, incluso el capataz, iban a guarecerse en un hueco abierto con ese propósito en el flanco de la montaña y no salían de ahí sino cuando se había producido la explosión. Una mañana, arrastrándose como una culebra, fue a ponerse en acecho cerca de la carpa. Muy pronto, tres golpes dados con un martillo en una barrena de acero anunciaron que la mecha de un tiro acababa de ser encendida, y vio cómo su padre y los canteros corrían a ocultarse en la excavación. Aquél era el momento propicio, y abalanzándose sobre los saquetes de pólvora se apoderó de uno, emprendiendo en seguida una veloz carrera, saltando como una cabra por encima de los montones de piedra que, en una gran extensión, cubrían el declive de la montaña. Al producirse el estallido que hizo temblar el suelo bajo sus pies, enormes proyectiles le zumbaron en los oídos, rebotando a su derredor una furiosa grani-

zada de pedruscos. Mas ninguno le tocó, y cuando los canteros abandonaron su escondite, él estaba ya lejos oprimiendo contra el jadeante pecho su gloriosa conquista, henchida el alma de júbilo.

Esa tarde, que era un jueves, quedó acordado que la cacería fuese el domingo siguiente, día de que podían disponer a su antojo, pues los abuelos se ausentarían, como de costumbre, para llevar sus aves y hortalizas al mercado. Entre tanto, había que ocultar la pólvora. Muchos escondites fueron propuestos y desechados. Ninguno les parecía suficientemente seguro para tal tesoro. Cañuela propuso que se abriese un hoyo en un rincón del huerto y se la ocultase ahí, pero su primo lo disuadió contándole que un muchacho, vecino suyo, había hecho lo mismo con un saquete de aquéllos, hallando días después sólo la envoltura del papel. Todo el contenido se había deshecho con la humedad. Por consiguiente, había que buscar un sitio bien seco. Y mientras trataban inútilmente de resolver aquel problema, el ganso de Cañuela, a quien, según su primo, nunca se le ocurría nada de provecho, dijo, de pronto, señalando el fuego que ardía en mitad de la habitación:

—¡Enterrémosla en la ceniza!

Petaca lo contempló admirado, y por una rara excepción, pues lo que proponía el rubillo le parecía siempre detestable, iba a aceptar aquella vez, cuando la vista del fuego lo detuvo. “¿Y si se prende?”, pensó. De repente brincó de júbilo. Había encontrado la solución buscada. En un instante ambos chicos apartaron las brasas y cenizas del hogar y cavaron en medio del fogón un agujero de cuarenta centímetros de profundidad, dentro del cual, envuelto en un pañuelo de hierbas, colocaron el saquete de pólvora, cubriéndole con la tierra extraída, y volviendo a su sitio el fuego, encima del que se puso nuevamente la desportillada cazuela de barro.

En media hora escasa todo quedó lindamente terminado, y Petaca se retiró prometiendo a su primo que los perdigones y los fulminantes estarían antes del domingo en su poder.

Durante los días que precedieron al señalado, Cañuela no cesó de pensar en la posibilidad de un estallido que, volcando la olla de la merienda, única consecuencia grave que se le ocu-

rría, dejase a él y a sus abuelos sin cenar. Y este siniestro pensamiento cobraba más fuerza al ver a su abuela Rosalía inflar los carrillos y soplar con brío, atizando el fuego, bien ajena, por cierto, de que todo un Vesubio estaba ahí delante de sus narices, listo para hacer su inesperada y fulminante aparición. Cuando esto sucedía, Cañuela se levantaba en puntillas y se deslizaba hacia la puerta, mirando hacia atrás de reojo y mascullando con aire inquieto:

—¡Ahora sí que revienta, caramba!

Pero no reventaba y el chico fue tranquilizándose, hasta desechar todo temor.

Y cuando llegó el domingo y los viejos, con su carga auestas, hubieron desaparecido a lo lejos, en el sendero de la montaña, los rapaces, radiantes de júbilo, empezaron los preparativos para la expedición. Petaca había cumplido su palabra escamoteando a su padre una caja de fulminantes, y, en cuanto a los perdigones, se les había substituido con gran ventaja y economía por pequeños guijarros recogidos en el lecho del arroyo.

Desenterrada la pólvora que ambos encontraron, después de palparla, perfectamente seca y calentita, y examinando prolijamente el fusil del abuelo, tan venerable y vetusto como su dueño, no restaba más que emprender la marcha hacia las lomas y los rastrojos, lo que efectuaron después de asegurar convenientemente la puerta del rancho. Adelante, con el fusil al hombro, iba Petaca, seguido de cerca por Cañuela, que llevaba en los amplios bolsillos de sus calzones las municiones de guerra. Durante un momento disputaron acerca del camino que debían seguir. Cañuela era de opinión de descender a la quebrada y seguir hasta el valle, donde encontrarían bandadas de tencas y de zorzales, pero su testarudo primo deseaba ir más bien a través de los rastrojos, donde abundaban las loicas y las perdices, caza, según él, muy superior a la otra, y, como de costumbre, su decisión fue la que prevaleció.

Petaca vestía una chaqueta, desecho de su padre, a la cual se le habían recortado las mangas y el contorno inferior a la altura de los bolsillos, los cuales quedaron, con este arreglo, eliminados. Cañuela no tenía chaqueta y cubríase el busto

con una camisa; pero, en cambio, llevaba enfundadas las piernas en unos gruesos pantalones de paño, con enormes bolsillos, que eran su orgullo y le servían, a la vez, de arca, de arsenal y de despensa.

Petaca, con el fusil al hombro, sudaba y bufaba bajo el peso del descomunal armatoste. Irguiendo su pequeña talla, esforzándose por mantener un continente digno de un cazador, resistiendo con obstinación las súplicas de su primo, que le rogaba le permitiese llevar, siquiera por un ratito, el precioso instrumento.

Durante la primera etapa, Cañuela, lleno de ardor cinético, quería que se hiciese fuego sobre todo bicho viviente, no perdonando ni a los enjambres de mosquitos que zumbaban en el aire. A cada instante sonaba su discreto "¡Psch, psch!" llamando la atención de su compañero, y cuando éste se detenía interrogándole con sus chispeantes ojos, le señalaba, apuntando con la diestra, un mísero chincol que daba saltitos entre la hierba. Ante aquella cara ruin encogíase desdeñosamente de hombros el moreno Nemrod y proseguía su marcha triunfal a través de las lomas, encorvado bajo el fusil cuyo enmohecido cañón sobresalía, al apoyar la culata en el suelo, una cuarta por encima de su cabeza.

Por fin el descontentadizo cazador vio delante de sí una pieza digna de los honores de un tiro. Una loica macho, cuya roja pechuga parecía una herida recién abierta, lanzaba su alegre canto sobre una cerca de ramas. Los chicos se echaron a tierra y empezaron a arrastrarse como reptiles por la maleza. El ave observaba sus movimientos con tranquilidad y no dio señales de inquietud sino cuando estaban a cuatro pasos de distancia. Abrió, entonces, las alas y fue a posarse sobre la hierba a cincuenta metros de aquel sitio. Desde ese momento empezó una cacería loca a través de los rastrojos. Cuando después de grandes rodeos y de infinitas precauciones Petaca lograba aproximarse lo bastante y empezaba a enfilar el arma, el pájaro volaba e iba a lanzar su grito, que parecía de burla y desafío, un centenar de pasos más allá. Como si se propusiese poner a prueba la constancia de sus enemigos, ora

salvaba un matorral, ora una barranca de difícil acceso, pero siempre a la vista de sus infatigables perseguidores, quienes, después de algunas horas de este gimnástico ejercicio, estaban bañados de sudor, llenos de arañazos y con las ropas hechas una criba; mas no se desanimaban y proseguían la caza con salvaje ardor.

Por último, el ave, cansada de tan insistente persecución, se elevó en los aires y, salvando una profunda quebrada, desapareció en el bosque de la vertiente opuesta. Cañuela y Petaca, que, con las greñas sobre los ojos, caminaban a gatas a lo largo de un surco, se enderezaron consultándose con la mirada, y luego, sin cambiar una sola palabra, siguieron adelante resueltos a morir de cansancio antes que renunciar a una pieza tan magnífica. Cuando, después de atravesar la quebrada, rendidos de fatiga, se encontraron otra vez en las lomas, lo primero que divisaron fue la fugitiva, que, posada en un pequeño arbusto, estaba destrozando con su recio pico los tallos de la planta. Verla y caer ambos de bruces sobre la hierba fue todo uno. Petaca, con los ojos encandilados, fijos en el ave, empezó a arrastrarse con el vientre en el suelo, remolcando con la diestra penosamente el fusil. Apenas respiraba, poniendo toda su alma en aquel silencioso deslizamiento. A cuatro metros del árbol se detuvo y, reuniendo todas sus exhaustas fuerzas, se echó la escopeta a la cara. Pero en el instante en que se aprestaba a tirar del gatillo, Cañuela, que lo había seguido sin que él se percatara, le gritó de improviso con su vocecilla de clarín, aguda y penetrante:

—¡Espera, que no está cargada, hombre!

La loica agitó las alas y se perdió como una flecha en el horizonte.

Petaca se alzó de un brinco, y, precipitándose sobre el rubillo, lo molió a golpes y mojicones. ¡Qué bestia y qué bruto era! Ir a espantar la caza en el preciso instante en que iba a caer infaliblemente muerta. ¡Tan bien había hecho la puntería!

Y cuando Cañuela, entre sollozos, balbuceó: "¡Porque te

dije que no estaba cargada!", a lo cual el morenillo contestó iracundo, con los brazos en jarra, clavando en su primo los ojos llameantes de cólera: "¿Por qué no esperaste que saliese el tiro?" Cañuela cesó de llorar, súbitamente, y enjugándose los ojos con el revés de la mano, miró a Petaca, embobado, con la boca abierta. ¡Cuán merecidos eran los mojicones! ¿Cómo no se le ocurrió cosa tan sencilla? No, había que rendirse a la evidencia. Era un ganso, nada más que un ganso.

La armonía entre los chicos se estableció bien pronto. Tendidos a la sombra de un árbol descansaron un rato para reponerse de la fatiga que los abrumaba. Petaca, pasado ya el acceso de furor, reflexionaba y casi se arrepentía de su dureza porque, a la verdad, matar un pájaro con una escopeta descargada no le parecía ya tan claro y evidente, por muy bien que se hiciese la puntería. Pero como confesar su torpeza habría sido dar la razón al idiota del primillo, se guardó calladamente sus reflexiones para sí. Hubiera dado con gusto el cartucho de dinamita que tenía allá en el rancho, oculto debajo de la cama, por haber matado la maldita loica que tanto los había hecho padecer. ¡Si al salir hubiesen cargado el arma! Pero aún era tiempo de reparar omisión tan capital, y, poniéndose en pie, llamó a Cañuela para que le ayudase en la grave y delicada operación, de la cual ambos tenían sólo nociones vagas y confusas, pues no habían tenido aún oportunidad de ver cómo se cargaba una escopeta.

Y mientras Cañuela, encaramado en un tronco para dominar la extremidad del fusil que su primo mantiene en posición vertical, espera órdenes baqueta en mano, surgió la primera dificultad. ¿Qué se echaba primero? ¿La pólvora o los guijarros?

Petaca, aunque bastante perplejo, se inclinaba a creer que la pólvora, e iba a resolver la cuestión en este sentido, cuando Cañuela, saliendo de su mutismo, expresó tímidamente la misma idea.

El espíritu de intransigente contradicción de Petaca contra todo lo que provenía de su primo se rebeló esta vez como siempre. Bastaba que el rubillo propusiese algo para que él hiciese

inmediatamente lo contrario. ¡Y con qué despreciativo énfasis se burló de la ocurrencia! Se necesitaba ser más borrico que un buey para pensar tal despropósito. Si la pólvora iba primero, había forzosamente que echar encima los guijarros. ¿Y por dónde salía entonces el tiro? Nada, al revés había que proceder. Cañuela, que no resollaba, temeroso de que una respuesta suya acarrease sobre sus costillas razones más contundentes, vació en el cañón del arma una respetable cantidad de piedrecillas sobre las cuales se echaron, en seguida, dos gruesos puñados de pólvora. Un manojo de pasto seco sirvió de taco, y con la colocación del fulminante, que Petaca efectuó sin dificultad, quedó el fusil listo para lanzar su mortífera descarga. Púsose al hombro el intrépido morenillo y echó a andar seguido de su camarada, escudriñando ávidamente el horizonte en busca de una víctima. Los pájaros abundaban, pero emprendían el vuelo apenas la extremidad del fusil amenazaba derribarles de su pedestal en el ramaje. Ninguno tenía la cortesía de permanecer quietecito mientras el cazador hacía y rectificaba una y mil veces la puntería. Por último, un imperterritito chincol tuvo la complacencia, en tanto se alisaba las plumas sobre una rama, de esperar el fin de tan extrañas y complicadas manipulaciones. Mientras Petaca, que había apoyado el fusil en un tronco, apuntaba arrodillado en la hierba, Cañuela, prudentemente colocado a la espalda, esperaba con las manos colocadas en los oídos el ruido del disparo, que se le antojaba formidable, idea que asaltó también al cazador, recordando los tiros que oyera explotar en la cantera, y por un momento vaciló sin resolverse a tirar del gatillo, pero el pensamiento de que su primo podía burlarse de su cobardía lo hizo volver la cabeza, cerrar los ojos y oprimir el disparador. Grande fue su sorpresa al oír, en vez del estruendo que esperaba, un chasquido agudo y seco, pero que nada tenía de emocionante. "Parece mentira —pensó— que un escopetazo suene tan poco". Y su primera mirada fue para el ave, y no viéndola en la rama, lanzó un grito de júbilo y se precipitó adelante, seguro de encontrarla en el suelo, patas arriba.

Cañuela, que viera al chincol alejarse tranquilamente, no se atrevió a desengañarle, y fue tal el calor con que su primo le ponderó la precisión del disparo, de cómo vio volar las plumas por el aire y caer de las ramas el pájaro despachurrado, que, olvidándose de lo que había visto, concluyó, también, por creer a pie juntillas en la muerte del ave, buscándola ambos con ahínco entre las malezas, hasta que, cansados de la inutilidad de la pesquisa, la abandonaron desalentados. Pero ambos habían olido la pólvora y su belicoso entusiasmo aumentó considerablemente, convirtiéndose en una sed de exterminio y destrucción que nada podía calmar. Cargaron rápidamente el fusil, y perdido el miedo al arma, se entregaron con ardor a aquella imaginaria matanza. El débil estallido del fulminante mantenía aquella ilusión y aunque ambos notaron al principio con extrañeza el poquísimo humo que echaba aquella pólvora, terminaron por no acordarse de aquel insignificante detalle.

Sólo una contrariedad nublaba su alegría. No podían cobrar una sola pieza, a pesar de que Petaca juraba y perjuraba haberla visto caer requetemuerta y desplumada, casi, por la metralla de los guijarros. Mas, en su interior, empezaba a creer seriamente, recordando cómo las flechas torcidas describen una curva y se desvían del blanco, que la dichosa pólvora estuviera chueca. Prometiéndose, entonces, no cerrar los ojos ni volver la cabeza al tiempo de disparar, para ver de qué parte se ladeaba el tiro; mas un contratiempo inesperado le privó de hacer esta experiencia. Cañuela, que acababa de meter un grueso puñado de guijarros en el cañón, exclamó de repente desde el tronco en que estaba encaramado, con tono de alarma:

—¡Se acabó la escopeta!

Petaca miró el fusil que tenía entre las manos y luego a su primo, lleno de sorpresa, sin comprender lo que aquellas palabras significaban. El rubillo le señaló entonces la boca del cañón, por la que asomaba parte del último taco. Incluyó el arma para palpar la abertura con los dedos y se convenció de que no había medio de meter allí un grano más de pólvora o

de lo que fuese. Su entrecejo se frunció. Empezaba a adivinar por qué el armatoste había aumentado tan notablemente de peso. Se volvió hacia el rancho, al que se habían ido acercando a medida que avanzaba la tarde, y reflexionaba acerca de las probables consecuencias de aquel suceso, decidiendo, después de un rato, emprender la retirada y dejar a Cañuela la gloria de salir a su sabor del atolladero. Demasiado conocía el genio del abuelo para ponerse a su alcance. Pero su fecunda imaginación ideó otro plan que le pareció tan magnífico que, desechando la huida proyectada, se plantó delante de su primo, el cual, muy inquieto, le había observado hasta ahí sin atreverse a abrir la boca, y le habló con animación de algo que debía ser muy insólito, porque Cañuela, con lágrimas en los ojos, se resistía a secundarle. Pero, como siempre, concluyó por someterse y ambos se pusieron afanosamente a reunir hojas y ramas secas, amontonándolas en el suelo. Cuando creyeron que había bastante, Cañuela sacó de sus insondables bolsillos una caja de fósforos e incendió la pira. Apenas las llamas se elevaron un poco, Petaca cogió el fusil y lo acostó sobre la hoguera, retirándose en seguida los dos, para contemplar a la distancia los progresos del fuego. Transcurrieron algunos minutos y ya Petaca iba a acercarse nuevamente, para añadir más combustible, cuando un estampido formidable los ensordeció. La hoguera fue dispersada a los cuatro vientos, y siniestros silbidos surcaron el aire.

Cuando, pasada la impresión del tremendo susto, ambos se miraron, Petaca estaba tan pálido como su primo, pero su naturaleza enérgica hizo que se recobrase bien pronto, encaminándose al sitio de la explosión, el cual estaba tan limpio como si lo hubiesen rastrillado. Por más que miró no encontró vestigios del fusil. Cañuela, que lo había seguido llorando a lágrima viva, se detuvo de pronto petrificado por el terror. En lo alto de la loma, a treinta pasos de distancia, se destacaba la alta silueta del abuelo avanzando a grandes zancadas. Parecía poseído de una terrible cólera. Gesticulaba a grandes voces, con la diestra en alto, blandiendo un tizón humeante que tenía una semejanza extraordinaria con una caja de escopeta. Petaca,

que había visto, al mismo tiempo que su primo, la aparición, echó a correr por el declive de la loma, golpeándose los muslos con las palmas de las manos y silbando al mismo tiempo su aire favorito. Mientras corría, examinaba el terreno, pensando que así como el abuelo había encontrado la caja del arma, él podía muy bien hallar, a su vez, el cañón o un pedacito siquiera, con el cual se fabricaría un trabuco para hacer salvas y matar pidenes en la laguna.

El árbol

EL PIANISTA se sienta, tose por prejuicio y se concentra un instante. Las luces en racimo que alumbran la sala declinan lentamente, hasta detenerse en un resplandor mortecino de brasa, al tiempo que una frase musical comienza a subir en el silencio, a desenvolverse, clara, estrecha y juiciosamente caprichosa.

“Mozart, tal vez”, piensa Brígida. Como de costumbre, se ha olvidado de pedir el programa. “Mozart, tal vez, o Scarlatti...” ¡Sabía tan poca música! Y no porque no tuviese oído ni afición. De niña fue ella quien reclamó lecciones de piano; nadie necesitó imponérselas, como a sus hermanas. Sus hermanas, sin embargo, tocaban ahora correctamente y descifraban a primera vista; en tanto que ella... Ella había abandonado los estudios al año de iniciarlos. La razón de su inconsecuencia era tan sencilla como vergonzosa: jamás había conseguido aprender la llave de fa, jamás. “No comprendo, no me alcanza la memoria más que para la llave de sol.” ¡La indignación de su padre! “¡A cualquiera le doy esta carga de un hombre solo con varias hijas que educar! ¡Pobre Carmen! Seguramente habría sufrido por Brígida. Es retardada esta criatura.”

Brígida era la menor de seis niñas, todas diferentes de carácter. Cuando el padre llegaba por fin a su sexta hija, llegaba tan perplejo y agotado por las cinco primeras, que prefería simplificarse el día declarándola retardada. “No voy a luchar más, es inútil. Déjenla. Si no quiere estudiar, que no estudie. Si le

gusta pasarse en la cocina oyendo cuentos de ánimas, allá ella. Si le gustan las muñecas a los dieciséis años, que juegue." Y Brígida había conservado sus muñecas y permanecido totalmente ignorante.

"¡Qué agradable es ser ignorante! ¡No saber exactamente quién fue Mozart, desconocer sus orígenes, sus influencias, las particularidades de su técnica! Dejarse solamente llevar por él de la mano, como ahora."

Y Mozart la lleva, en efecto. La lleva por un puente suspendido sobre un agua cristalina que corre en un lecho de arena rosada. Ella está vestida de blanco, con un quitasol de encaje, complicado y fino como una telaraña, abierto sobre el hombro.

"—Estás cada día más joven, Brígida. Ayer encontré a tu marido, a tu ex marido, quiero decir. Tiene todo el pelo blanco."

Pero ella no contesta, no se detiene, sigue cruzando el puente que Mozart le ha tendido hacia el jardín de sus años juveniles.

Altos surtidores en los que el agua canta. Sus dieciocho años, sus trenzas castañas que desatadas le llegaban hasta los tobillos, su tez dorada, sus ojos oscuros tan abiertos y como interrogantes. Una pequeña boca de labios carnosos, una sonrisa dulce y el cuerpo más liviano y gracioso del mundo. ¿En qué pensaba sentada al borde de la fuente? En nada. "Es tan tonta como linda", decían. Pero a ella nunca le importó ser tonta ni "planchar" en los bailes. Una por una iban pidiendo en matrimonio a sus hermanas. A ella no la pedía nadie.

¡Mozart! Ahora le brinda una escalera de mármol azul por donde ella baja entre una doble fila de lirios de hielo. Y ahora le abre una verja de barrotes con puntas doradas para que ella pueda echarse al cuello de Luis, el amigo íntimo de su padre. Desde muy niña, cuando todos la abandonaban, corría hacia Luis. El la alzaba y ella le rodeaba el cuello con los brazos, entre risas que eran como pequeños gorjeos y besos que le disparaba aturdidamente sobre los ojos, la frente y el

pelo, ya entonces canoso (¿es que nunca había sido joven?), como una lluvia desordenada.

“—Eres un collar —le decía Luis—. Eres como un collar de pájaros.”

Por eso se había casado con él. Porque al lado de aquel hombre solemne y taciturno no se sentía culpable de ser tal cual era: tonta, juguetona y perezosa. Sí, ahora que han pasado tantos años comprende que no se había casado con Luis por amor; sin embargo, no atina a comprender por qué, por qué se marchó ella un día, de pronto. . .

Pero he aquí que Mozart la toma nerviosamente de la mano y, arrastrándola en un ritmo segundo por segundo más apremiante, la obliga a cruzar el jardín en sentido inverso, a retomar el puente en una carrera que es casi una huida. Y luego de haberla despojado del quitasol y de la falda transparente, le cierra la puerta de su pasado con un acorde dulce y firme a la vez, y la deja en una sala de conciertos, vestida de negro, aplaudiendo maquinalmente, en tanto crece la llama de las luces artificiales.

* * *

Dé nuevo la penumbra y de nuevo el silencio precursor.

Y ahora Beethoven empieza a remover el oleaje tibio de sus notas bajo una luna de primavera. ¡Qué lejos se ha retirado el mar! Brígida se interna playa adentro hacia el mar contraído allá lejos, refulgente y manso; pero entonces el mar se levanta, crece tranquilo, viene a su encuentro, la envuelve, y con suaves olas la va empujando, empujando por la espalda hasta hacerle recostar la mejilla sobre el cuerpo de un hombre. Y se aleja, dejándola olvidada sobre el pecho de Luis.

—No tienes corazón, no tienes corazón —solía decirle a Luis. Latía tan adentro el corazón de su marido, que no pudo oírlo sino rara vez y de modo inesperado—. Nunca estás conmigo cuando estás a mi lado —protestaba en la alcoba, cuando antes de dormirse él abrió ritualmente los periódicos de la tarde—. ¿Por qué te has casado conmigo?

—Porque tienes ojos de venadito asustado —contestaba él, y la besaba.

Y ella, súbitamente alegre, recibía orgullosa sobre su hombro el peso de su cabeza cana. ¡Oh ese pelo plateado y brillante de Luis!

—Luis, nunca me has contado de qué color era exactamente tu pelo cuando eras chico, y nunca me has contado tampoco lo que dijo tu madre cuando te empezaron a salir canas a los quince años. ¿Qué dijo? ¿Se rió? ¿Lloró? ¿Y tú estabas orgulloso o tenías vergüenza? Y en el colegio, tus compañeros, ¿qué decían? Cuéntame, Luis, cuéntame...

—Mañana te contaré. Tengo sueño, Brígida, estoy muy cansado. Apaga la luz.

Inconscientemente, él se apartaba de ella para dormir, y ella inconscientemente, durante la noche entera, perseguía el hombro de su marido, buscaba su aliento, trataba de vivir bajo su aliento, como una planta encerrada y sedienta que alarga sus ramas en busca de un clima propicio.

Por las mañanas, cuando la mucama abría las persianas, Luis ya no estaba a su lado. Se había levantado sigiloso y sin darle los buenos días por temor al collar de pájaros que se obstinaba en retenerlo fuertemente por los hombros.

—“Cinco minutos, cinco minutos nada más. Tu estudio no va a desaparecer porque te quedes cinco minutos más conmigo, Luis.”

Sus despertares. ¡Ah, qué tristes sus despertares! Pero —era curioso —apenas pasaba a su cuarto de vestir, su tristeza se disipaba como por encanto.

Un oleaje bulle, bulle muy lejano, murmura como un mar de hojas. ¿Es Beethoven? No.

Es el árbol pegado a la ventana del cuarto de vestir. Le bastaba entrar para que sintiese circular en ella una gran sensación bienhechora. ¡Qué calor hacía siempre en el dormitorio por las mañanas! ¡Y qué luz cruda! Aquí, en cambio, en el cuarto de vestir, hasta la vista descansaba, se refrescaba. Las cretonas desvaídas, el árbol que desenvolvía sombras como de agua agitada y fría por las paredes, los espejos que doblaban el

follaje, y se ahuecaban en un bosque infinito y verde. ¡Qué agradable era ese cuarto! Parecía un mundo sumido en un acuario. ¡Cómo parloteaba ese inmenso gomero! Todos los pájaros del barrio venían a refugiarse en él. Era el único árbol de aquella estrecha calle en pendiente que desde un costado de la ciudad se despeñaba directamente al río.

—“Estoy ocupado. No puedo acompañarte... Tengo mucho que hacer, no alcanzo a llegar para el almuerzo... Hola, sí, estoy en el club. Un compromiso. Come y acuéstate... No. No sé. Más vale que no me esperes, Brígida.”

—“¡Si tuviera amigas! —suspiraba ella—. Pero todo el mundo se aburría con ella. ¡Si tratara de ser un poco menos tonta! ¿Pero cómo ganar de un tirón tanto terreno perdido? Para ser inteligente hay que empezar desde chica, ¿no es verdad?”

A sus hermanas, sin embargo, los maridos las llevaban a todas partes, pero Luis —¿por qué no había de confesárselo a sí misma?— se avergonzaba de ella, de su ignorancia, de su timidez y hasta de sus dieciocho años. ¿No le había pedido acaso que dijera que tenía por lo menos veintiuno, como si su extrema juventud fuera una tara secreta?

Y de noche, ¡qué cansado se acostaba siempre! Nunca la escuchaba del todo. Sonreía, eso sí, le sonreía con una sonrisa que ella sabía maquinal. La colmaba de caricias de las que él estaba ausente. ¿Por qué se habría casado con ella? Para continuar una costumbre, tal vez para estrechar la vieja relación de amistad con su padre. Tal vez la vida consistía para los hombres en una serie de costumbres consentidas y continuas. Si alguna llegaba a quebrarse, probablemente se producía el desbarajuste, el fracaso. Y los hombres empezaban entonces a errar por las calles de la ciudad, a sentarse en los bancos de las plazas, cada día peor vestidos y con la barba más crecida. La vida de Luis, por lo tanto, consistía en llenar con una ocupación cada minuto del día. ¡Cómo no haberlo comprendido antes! Su padre tenía razón al declararla retardada.

—Me gustaría ver nevar alguna vez, Luis.

—Este verano te llevaré a Europa, y como allá es invierno podrás ver nevar.

—Ya sé que es invierno en Europa cuando aquí es verano. ¡Tan ignorante no soy!

A veces, como para despertarlo al arrebató del verdadero amor, ella se echaba sobre su marido y lo cubría de besos, llorando, llamándolo:

—Luis, Luis, Luis. . .

—¿Qué? ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

—Nada.

—¿Por qué me llamas de ese modo, entonces?

—Por nada, por llamarte. Me gusta llamarte.

Y él sonreía, acogiendo con benevolencia aquel nuevo juego.

Llegó el verano, su primer verano de casada. Nuevas ocupaciones impidieron a Luis ofrecerle el viaje prometido.

—Brígida, el calor va a ser tremendo este verano en Buenos Aires. ¿Por qué no te vas a la estancia con tu padre?

—¿Sola?

—Yo iría a verte todas las semanas, de sábado a lunes.

Ella se había sentado en la cama, dispuesta a insultar. Pero en vano buscó palabrotas hirientes que gritarle. No sabía nada, nada. Ni siquiera insultar.

—¿Qué te pasa? ¿En qué piensas, Brígida?

Por primera vez Luis había vuelto sobre sus pasos y se inclinaba sobre ella inquieto, dejando pasar la hora de llegada a su despacho.

—Tengo sueño. . . —había replicado Brígida puerilmente, mientras escondía la cara en las almohadas.

Por primera vez él la había llamado desde el club a la hora del almuerzo. Pero ella había rehusado salir al teléfono, esgrimiendo rabiosamente el arma que había encontrado sin pensarlo: el silencio.

Esa misma noche comía frente a su marido sin levantar la vista, contraídos todos sus nervios.

—¿Todavía estás enojada?

Pero ella no quebró el silencio.

—Bien sabes que te quiero, collar de pájaros. Pero no pue-

do estar contigo a toda hora. Soy un hombre muy ocupado. Se llega a mi edad hecho un esclavo de mil compromisos.

—...

—¿Quieres que salgamos esta noche?

—...

—¿No quieres? Paciencia. Dime, ¿llamó Roberto desde Montevideo?

—...

—¡Qué lindo traje! ¿Es nuevo?

—...

—¿Es nuevo, Brígida? Contesta, contéstame...

Pero ella tampoco esta vez quebró el silencio.

Y en seguida, lo inesperado, lo asombroso, lo absurdo. Luis que se levanta de su asiento, tira violentamente la servilleta sobre la mesa y se va de la casa dando portazos.

Ella se había levantado a su vez, atónita, tiritando de indignación por tanta injusticia. "Y yo, y yo —murmuraba desorientada—, yo que durante casi un año... , cuando por primera vez me permito un reproche... ¡Ah, me voy, me voy esta misma noche! No volveré a pisar nunca más esta casa..." Y abría con furia los armarios de su cuarto de vestir, tiraba desatinadamente la ropa al suelo.

Fue entonces cuando alguien golpeó con los nudillos en los cristales de la ventana.

Había corrido, no supo cómo ni con qué insólita valentía, hacia la ventana. La había abierto. Era el árbol, el gomero, que un gran soplo de viento agitaba, el que golpeaba con sus ramas los vidrios, el que la requería desde fuera como para que lo viera retorcerse hecho una impetuosa llamarada negra bajo el cielo encendido de aquella noche de verano.

Un pesado aguacero no tardaría en rebotar contra sus frías hojas. ¡Qué delicia! Durante toda la noche ella podría oír la lluvia azotar, escurrirse por las hojas del gomero como los canales de mil goteras fantasiosas. Durante toda la noche oiría crujir y gemir el viejo tronco del gomero contándole de la intemperie,

mientras ella se acurrucaría, voluntariamente friolenta, entre las sábanas del amplio lecho, muy cerca de Luis.

* * *

Puñados de perlas que llueven a chorros sobre un techo de plata. Chopin. "Estudios" de Federico Chopin.

¿Durante cuántas semanas se despertó de pronto, muy temprano, apenas sentía que su marido, ahora también obstinadamente callado, se había escurrido del lecho?

El cuarto de vestir: la ventana abierta de par en par, un olor a río y a pasto flotando en aquel cuarto bienhechor, y los espejos velados por un halo de neblina.

Chopin y la lluvia que resbala por las hojas del gomero con ruido de cascada secreta y parece empapar hasta las rosas de las cretonas, se entremezclan en su agitada nostalgia.

¿Qué hacer en verano cuando llueve tanto? ¿Quedarse el día entero en el cuarto fingiendo una convalecencia o una tristeza? Luis había entrado tímidamente una tarde. Se había sentado muy tieso. Hubo un silencio.

—Brígida, ¿entonces es cierto? ¿Ya no me quieres?

Ella se había alegrado de golpe, estúpidamente. Puede que hubiera gritado: "No, no; te quiero, Luis, te quiero", si él le hubiese dado tiempo, si no hubiese agregado, casi de inmediato, con su calma habitual:

—En todo caso, no creo que nos convenga separarnos, Brígida. Hay que pensarlo mucho.

En ella los impulsos se abatieron tan bruscamente como se habían precipitado. ¡A qué exaltarse inútilmente! Luis la quería con ternura y medida; si alguna vez llegaba a odiarla, la odiaría con justicia y prudencia. Y eso era la vida. Se acercó a la ventana, apoyó la frente contra el vidrio glacial. Allí estaba el gomero recibiendo serenamente la lluvia que lo golpeaba, tranquila y regular. El cuarto se inmovilizaba en la penumbra, ordenado y silencioso. Todo parecía detenerse, eterno y muy noble. Eso era la vida. Y había cierta grandeza en aceptarla así, mediocre, como algo definitivo, irremediable. Y del

fondo de las cosas parecía brotar y subir una melodía de palabras graves y lentas que ella se quedó escuchando: "¡Siempre! ¡Nunca! ¡La vida, la vida!"

Al recobrase cayó en la cuenta de que su marido se había escurrido del cuarto. ¡Siempre! ¡Nunca!

Y la lluvia, secreta e igual, aún continuaba susurrando en Chopin.

* * *

El verano deshojaba su ardiente calendario. Caían páginas luminosas y enceguedoras como espadas de oro, y páginas de una humedad malsana como el aliento de los pantanos; caían páginas de furiosa y breve tormenta, y páginas de viento caluroso, del viento que trae el "clavel del aire" y lo cuelga del inmenso gomero.

Algunos niños solían jugar al escondite entre las enormes raíces convulsas que levantaban las baldosas de la acera, y el árbol se llenaba de risas y de cuchicheos. Entonces ella se asomaba a la ventana y golpeaba las manos; los niños se dispersaban asustados, sin reparar en su sonrisa de niña que a su vez desea participar en el juego.

Solitaria, permanecía largo rato acodada en la ventana mirando el tiritar del follaje —siempre corría alguna brisa en aquella calle que se despeñaba directamente hasta el río—, y era como hundir la mirada en un agua movediza o en el fuego inquieto de una chimenea. Una podía pasarse así las horas muertas, vacía de todo pensamiento, atontada de bienestar.

Apenas el cuarto empezaba a llenarse del humo del crepúsculo ella encendía la primera lámpara, y la primera lámpara resplandecía en los espejos, se multiplicaba como una luciérnaga deseosa de precipitar la noche.

Y noche a noche dormitaba junto a su marido, sufriendo por rachas. Pero cuando su dolor se condensaba hasta herirla como un puntazo, cuando la asediaba un deseo demasiado imperioso de despertar a Luis para pegarle o acariciarlo, se escurría de puntillas hacia el cuarto de vestir y abría la ventana.

El cuarto se llenaba instantáneamente de discretos ruidos y discretas presencias, de pisadas misteriosas, de aleteos, de sutiles chasquidos vegetales, del dulce gemido de un grillo escondido bajo la corteza del gomero sumido en las estrellas de una calurosa noche estival.

Su fiebre decaía a medida que sus pies desnudos se iban helando poco a poco sobre la estera. No sabía por qué le era tan fácil sufrir en aquel cuarto.

* * *

Melancolía de Chopin, engranando un estudio tras otro, engranando una melancolía tras otra, imperturbable.

Y vino el otoño. Las hojas secas revoloteaban un instante antes de rodar sobre el césped del estrecho jardín, sobre la acera de la calle en pendiente. Las hojas se desprendían y caían... La cima del gomero permanecía verde, pero por debajo el árbol enrojecía, se ensombrecía como el forro gastado de una suntuosa capa de baile. Y el cuarto parecía ahora sumido en una copa de oro triste.

Echada sobre el diván, ella esperaba pacientemente la hora de la cena, la llegada improbable de Luis. Había vuelto a hablarle, había vuelto a ser su mujer sin entusiasmo y sin ira. Ya no lo quería. Pero ya no sufría. Por el contrario, se había apoderado de ella una inesperada sensación de plenitud, de placidez. Ya nadie ni nada podría herirla. Puede que la verdadera felicidad esté en la convicción de que se ha perdido irremediabilmente la felicidad. Entonces empezamos a movernos por la vida sin esperanzas ni miedos, capaces de gozar por fin todos los pequeños goces, que son los más perdurables.

Un estruendo feroz, luego una llamarada blanca que la echa hacia atrás toda temblorosa.

¿Es el entreacto? No. Es el gomero, ella lo sabe.

Lo habían abatido de un solo hachazo. Ella no pudo oír los trabajos que empezaron muy de mañana. "Las raíces le-

vantaban las baldosas de la acera y entonces, naturalmente, la comisión de vecinos. . .”

* * *

Encandilada, se ha llevado las manos a los ojos. Cuando recobra la vista se incorpora y mira a su alrededor. ¿Qué mira? ¿La sala bruscamente iluminada, la gente que se dispersa? No. Ha quedado aprisionada en las redes de su pasado, no puede salir del cuarto de vestir. De su cuarto de vestir invadido por una luz, blanca, aterradora. Era como si hubieran arrancado el techo de cuajo; una luz cruda entraba por todos lados, se le metía por los poros, la quemaba de frío. Y todo lo veía a la luz de esa fría luz; Luis, su cara arrugada, sus manos que surcan gruesas venas desteñidas, y las cretonas de colores chillones. Despavorida ha corrido hacia la ventana. La ventana abre ahora directamente sobre una calle estrecha, tan estrecha que su cuarto se estrella casi contra la fachada de un rascacielos deslumbrante. En la planta baja, vidrieras y más vidrieras llenas de frascos. En la esquina de la calle, una hilera de automóviles alineados frente a una estación de servicio pintada de rojo. Algunos muchachos en mangas de camisa patean una pelota en medio de la calzada.

Y toda aquella fealdad había entrado en sus espejos. Dentro de sus espejos había ahora balcones de níquel y trapos colgados y jaulas con canarios.

Le habían quitado su intimidad, su secreto; se encontraba desnuda en medio de la calle, desnuda junto a un marido viejo que le volvía la espalda para dormir, que no le había dado hijos. No comprende cómo hasta entonces no había deseado tener hijos, cómo había llegado a conformarse a la idea de que iba a vivir sin hijos toda su vida. No comprende cómo pudo soportar durante un año esa risa de Luis, esa risa demasiado jovial, esa risa postiza de hombre que se ha adiestrado en la risa porque es necesario reír en determinadas ocasiones.

¡Mentira! Eran mentiras su resignación y su serenidad; quería amor, sí, amor, y viajes y locuras, y amor, amor. . .

—Pero, Brígida, ¿por qué te vas?, ¿por qué te quedabas?
—había preguntado Luis.

Ahora habría sabido contestarle:

—¡El árbol, Luis, el árbol! Han derribado el gomero...

Doña Tato

LLEGÓ PRESTIGIADA por treinta años de servicios en casa de unas viejecitas solteronas que acababan de morir con pocos días de diferencia. Sabía cocina y repostería. Exigía una pieza dormitorio para su uso particular y que le aceptaran un gato negro, gordiflón y taciturno. Ella se llamaba Tránsito; él, "Paquito". Porque siempre iban juntos, pareja estrafalaria: doña Tato, vieja, magra, la cara llena de arrugas hondas convergentes a la boca, el trasero saliente, los brazos muy largos y hábito del Carmen; "Paquito", desmadejado, bostezante, silencioso en sus escarpines blancos.

Lo trastornaron todo en casa. La vieja empezó por expulsar de la cocina a los otros gatos y a las otras sirvientas. La cocina era suya. Sólo a mí —con aires de condescendencia— me dejaba entrar. Encerrada con llave, se entendía con las sirvientas por el torno, y si alguna quería deslizarse adentro o insinuaba el propósito, la insultaba, mezclando a los dicterios tiradas de latines. Y como vomitando ese mejunje al par que aspeaba los largos brazos tenía algo de bruja, la creyeron en pacto con el demonio y, horrorizadas, la dejaron vivir a su placer.

Los gatos tardaron más en darse por vencidos. Llegaban oteando por el torno o la ventana, buscando piltrafas, ansiosos de rescoldo. Y hallaban un brazo y una escoba mucho más largos que lo previsto y que siempre, invariablemente, les caían en medio del lomo. Hasta que uno quedó descaderado no pa-

recieron tomar en serio el peligro que era la vieja. Desde entonces se refugiaron en el repostero, junto al anafe y las otras sirvientas, en acercamiento de víctimas del mismo poder.

Al principio hubo muchas protestas. A cada rato llegaba alguna mujer en son de acuse, y hasta los gatos —en su idioma— supongo que me darían quejas. Prometía amonestarla y hasta ponerla en la calle si no cambiaba de conducta. Pero cuando al anochecer venía doña Tato llena de majestad —seguida por "Paquito" —a tomar órdenes para el día siguiente, mis propósitos se iban arrastrados por la marea de respeto rayano en terror que la vieja me producía.

Empezaba mi aprendizaje de ama de casa; la falta de conocimiento y de práctica me hacía indecisa, débil, temerosa. Doña Tato se daba perfecta cuenta de su superioridad. Finjiéndose humilde, empezaba siempre:

—Aquí estoy a las órdenes de su mercé.

—¿Cómo está, doña Tato?

—Muy bien, para servirle. ¿Qué haremos mañana?

Yo me ponía a pensar en minutas, buscando con verdadera ansia en mis recuerdos los nombres de todos los guisos que conocía, y siempre, siempre, encontraba sólo aquellos que comiera en la mañana o —alejándome un poco— en la noche anterior.

Doña Tato decía al descuido:

—"Paquito" está bien.

Mala iba la cosa... Cuando no se le preguntaba por el gato, se ponía de peor humor que el pésimo de costumbre.

—Haremos..., haremos... budín de coliflor y berenjenas rellenas con queso.

Y la miraba, feliz de mi hallazgo, porque tenía la perfecta seguridad de no haber comido coliflor hacía largos meses.

—¡Es el tiempo ahora! —y en semicírculo, de pared a pared, su mirada ponía al salón por testigo de mi imbecilidad.

Pero yo, realmente imbécil, insistía porfiada:

—Quiero budín de coliflor... Debe haber coliflor en conserva y berenjenas también.

La vieja saltaba furiosa:

—Tamién... tamién... ¿Y qué más? ¿Un pajarito volando tamién? Estas ñoritas que no saben ónde están parás y se meten a disponer. *Ora pro nobis...* Tamién... Yo sabré lo que hago mañana. ¡No faltaba otra cosa! Cuando una ha servío treinta años en una casa no tiene pa qué andar mendigando mandares. *Per Christum Dominum nostum...* ¿Qué te parece, "Paquito"? Si no juera por mí te mataban de hambre. Niculasa... pa tu casa. Amén.

Y se marchaba de estampía, seguida perezosamente por el gato, dejándome humillada, indignada y amedrentada. Hasta que opté por abandonar mis aires de dueña de casa y decirle que no viniera más a tomar órdenes, que dispusiera ella a su antojo. Comíamos admirablemente. En el servicio había orden. En las cuentas, economías. ¿Qué más pedir?

La doncella me contó cómo rezaba la vieja el rosario, los rosarios, porque el día entero se pasaba en eso. Trajinando, siempre en una actividad enfermiza por lo continua, doña Tato murmuraba las avemarías a media voz, y al terminar, en el amén, agregaba un número, de uno a diez, para contar las decenas sin necesidad de tener en las manos un rosario que le impidiera seguir en sus quehaceres. Y los misterios los señalaba en la repisa con cinco papas que iba sacando de un cajón.

Lo encontré tan cómico que fui a mirarla y a oírla por el torno disimuladamente. Y era cierto. Desgranaba porotos e iba diciendo:

—Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén. Ocho. Dios te salve, María... Amén. Nueve. Dios te salve... Santa María... Diez.

Y puso una papa negra junto a las otras dos que estaban en la repisa.

Pero otro día me trajeron una historia que no me agradó ni pizca. Al llegar del mercado, doña Tato colocaba en el mesón toda la carne, llamaba a "Paquito" y decía:

—Elija, mi lindo.

Y el gato oliscaba trozo a trozo hasta hallar uno a su gusto para comérselo.

Hice llamar a doña Tato. Con mucho miedo, pero mucho valor, le dije:

—No es posible que cuando usted llega del mercado haga que “Paquito” meta el hocico en toda la carne para elegir su pedazo. Eso es muy sucio, doña Tato.

—Sucio... , sucio... ¿Y qué más? *Miserere nobis*. ¿“Paquito” sucio? Ya quisiera su mercé tener la boca tan limpia como “Paquito”. *Ora pro nobis, sancta Dei Genitrix*. “Paquito” no se pone porquerías de pinturas en la cara ni menos en el hocico. *Vade retro*...

¡Era el colmo! Fui yo quien salió de estampía para llegar-me al escritorio de Pedro y decidirlo con muchos arrumacos a despedir él a la vieja insolente.

Fue. Llegó a la puerta de la cocina, tocó con los nudillos. Se abrió el torno, apareciendo la cara mal agestada.

—Doña Tato... —pudo decir.

—Si quiere alguna cosa —interrumpió—; pídasela a la Petronila. Aquí no moleste.

Y cerró de golpe el postigo.

Pedro volvió mohíno y me dijo que era yo la llamada a echar a la vieja; que él, abogado de veintitrés años, con mujer y casa —aunque sin clientela, esto lo agregó yo—, no podía descender a esas pequeñeces. Y que, además, otra vez posiblemente no lograría dominarse y pondría a la vieja en la calle a fuerza de puntapiés. Mentira. Le pasó lo que a todos: le tuvo miedo a doña Tato. Y así siguió ésta inexpugnable en la cocina.

Por ese entonces, Pedro trajo varias veces invitados a comer. La segunda vez, doña Tato llegó como un basilisco a decirme:

—¿Qué se han imaginado que voy a pasarme alimentando hambrientos ociosos? *Agnus Dei, qui tollis peccata mundi*. Ni lesa que fuera...

—Pero, doña Tato...

—Si viene gente a comer, me mando a cambiar al tiro. Y yo, iluminada, le contesté suavemente:

—Mire, Tatito, le diré con franqueza que Pedro quiere traer todos los días un amigo a comer. Si no está conforme con

esto, lo mejor será que se vaya. . . , que busque ocupación en otra casa.

Me miraba con los ojillos desconfiados agudos de malicia y al fin dijo, riendo marrullera:

—¡Je! Era pa'eso. . . *Vade retro*. . . No se incomode su mercé. No pienso irme, porque estoy muy a gusto y "Paquito" también. *Deo gratias*. Pero a esos ociosos. . . ¡ya los espantaré!

Y los espantó, claro, porque siempre que teníamos invitados salaba o ahumaba la comida. Hubo a veces que improvisarlo todo con conservas.

Pensamos recurrir a la policía para echar a la vieja. Y tras mucha vacilación acabé por escribirle una carta muy atenta con tres faltas de ortografía que corrigió Pedro, diciéndole que si no se retiraba para el 1.º del mes siguiente, llamaríamos al carabinero para obligarla a irse.

Y llegó el 1.º y pasó una semana y doña Tato no se iba. La hallé en el patio una tarde y le pregunté tímidamente:

—¿Cuándo se va, doña Tato?

—¿Usted cree que yo soy de las que duran un mes en cada casa? *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sanctis*. Aquí estaré otros treinta años. Amén.

Entonces —acuciados por el miedo a soportar *per omnia saecula saeculorum* a la vieja— Pedro tuvo una idea genial: le escribió a mi madre invitándola a pasar unos días con nosotros. Y llegó mi madre con empaque de juez y ojos escrutadores.

No dijimos nada; pero a la segunda comida, ante los guisos desastrosamente quemados, peores que en la mañana, mi madre estalló en preguntas rápidas que Pedro y yo contestábamos, atropellándonos para narrar nuestras desdichas bajo la tiranía de doña Tato.

Ante nuestros ojos mi madre adquiría su gran aire de *imperatrice*. Se puso de pie y salió diciéndonos:

—Van a ver ustedes. . .

Nos mirábamos aterrados. Mirábamos la puerta esperando ver surgir en su vano a doña Tato, persiguiendo a mi madre con el largo brazo y la larga escoba, al par que fulminaba de nuestros y latines para nuestra total exterminación.

Se oían voces, gritos, portazos, chillidos, caer de loza, carreras: todo simultáneamente. Luego un gran silencio.

Angustiada, hecha un ovillo toda contra Pedro, dije temblando:

—Anda a ver... Con tal que no la haya matado...

Pero entraba mi madre con largo paso tranquilo y ojos duros de triunfadora.

—Ya se va. Mañana mandará a buscar sus cosas.

Nos mirábamos atónitos. ¿Doña Tato? Pero...

La vimos pasar por la puerta abierta al patio. Iba con el cuello extendido, como temiendo un peligro, ladeado el moño, arrebozada en un chalón que le ceñía el trasero grotescamente, con "Paquito" en brazos, soñoliento y friolero.

Pasaba..., se alejaba..., se iba...

Y sin saber por qué, me eché a llorar en la corbata de Pedro.

En provincia

*La vie est vaine:
Un peu d'amour,
Un peu d'haine
Et puis, bonjour.*

*La vie est breve:
Un peu d'espoir
Un peu de rêve,
Et puis, bonsoir.*

MAURIER.

TENGO CINCUENTA y seis años y hace cuarenta que llevo la pluma tras de la oreja; pues bien, nunca supuse que pudiera servirme para algo que no fuese consignar partidas en el libro *Diario*, o transcribir cartas con encabezamiento inamovible:

“En contestación a su grata fecha... del presente, tengo el gusto de comunicarle...”

Y es que, salido de mi pueblo a los dieciséis años, después de la muerte de mi madre, sin dejar afecciones tras de mí, viviendo desde entonces en este medio provinciano, donde todos nos entendemos verbalmente, no he tenido para qué escribir. A veces lo hubiera deseado; me hubiera complacido que alguien, en el vasto mundo, recibiese mis confidencias, pero ¿quién?

En cuanto a desahogarme con cualquiera, sería ridículo. La gente se forma una idea de uno y le duele modificarla. Yo soy, ante todo, un hombre gordo y calvo, y un empleado de comercio; Borja Guzmán, tenedor de libros en el Emporio

Delfín. ¡Buena la haría saliendo ahora con revelaciones sentimentales! A cada cual se le asigna o escoge cada cual su papel en la farsa, pero precisa sostenerlo hasta la postre.

Debí casarme y dejé de hacerlo. ¿Por qué? No por falta de inclinaciones, pues aquello mismo de que no hubiera disfrutado de un hogar a mis anchas hacía que soñase con formarle. ¿Por qué entonces? ¡La vida! ¡Ah la vida! El viejo Delfín me mantuvo un honorario que el heredero aumentó, pero que fue reducido apenas cambió la casa de dueño. Tres ha tenido y ni varió mi situación ni mejoré de suerte. En tales condiciones se hace difícil el ahorro, sobre todo si no se sacrifica el estómago. El cerebro, los brazos, el corazón, todo trabaja para él; se descuida a Smiles y cuando uno quisiera establecerse no hay modo de hacerlo.

¿Es lo que me ha dejado soltero? Sí, hasta los treinta y un años, que de ahí en adelante no cuenta. Un suceso vino a clausurar a esa edad mi pasado, mi presente y mi porvenir, y ya no fui, ya no soy, sino un muerto que hojea su vida.

Aparte de esto, he tenido poco tiempo de aburrirme. Por la mañana, a las nueve, se abre el almacén; interrumpe su movimiento para el almuerzo y la comida, y al toque de retreta se cierra. Desde ésa hasta esta hora permanezco en mi piso giratorio, con los pies en el travesaño más alto y sobre el bufete los codos forrados en percalina; después de guardar los libros y apagar la lámpara que me corresponde, cruzo la plazoleta y, a una vuelta de llave, se franquea para mí una puerta; estoy en *mi* casa. Camino a tientas; cerca de la cómoda hago luz; allí, a la derecha, se halla siempre la bujía. Lo primero que veo es una fotografía, sobre el papel celeste de la habitación; después, la mancha blanca del lecho, mi pobre lecho, que nunca sabe disponer Verónica, y que cada noche acondiciono de nuevo. Una cortina de cretona oculta la ventana que cae a la plaza.

Si no hace demasiado frío la retiro y abro los postigos, y si no tengo demasiado sueño saco mi flauta de su estuche y ajusto sus piezas con vendajes y ligaduras. Vieja, casi tanto como yo, el tubo malo, flojas las llaves, no regulariza ya sus

suspiros y a lo mejor deja escapar el aire con desalentadora franqueza. De pie ante el alféizar, acometo una serie de trinados y variaciones para tomar la embocadura y en seguida doy comienzo a la elegía que les dedico a mis muertos. ¿Quién no tiene los suyos, esperanzas o recuerdos?

La pequeña ciudad duerme bajo el firmamento. Si hay luna puede distinguirse perfectamente el campanario de la parroquia, la cruz del cementerio o la silueta de alguna pareja que se ha refugiado entre las encinas de la plaza, aunque los enamorados prefieren mejor el campo, de donde llega el coro de las ranas con rumores y perfumes confusos. El viento difunde los gemidos de mi flauta y los lleva hasta las estrellas, las mismas que, hace años y hace siglos, amaron los que duermen en el polvo. Cuando una cruza el espacio, yo formulo un deseo invariable. En tantos años se han desprendido muchas, y mi deseo no se cumple.

Toco, toco. Son dos o tres motivos melancólicos. Tal vez supe más y pude aprender otros, pero éstos eran los que ella prefería, hace un cuarto de siglo, y con ellos me he quedado.

Toco, toco. Al pie de la ventana, un grillo que se siente estimulado se afina interminablemente. Los perros ladran a los ruidos y a las sombras. El reloj de una iglesia da una hora. En las casas menos austeras cubren los fuegos y hasta el viento que transita por las calles desiertas pretende apagar el alumbrado público.

Entonces, si penetra una mariposa a mi habitación, abandono la música y acudo para impedir que se precipite sobre la llama. ¿No es el deber de la experiencia? Además comenzaba a fatigarme. Es preciso soplar con fuerza para que la inválida flauta responda, y, con mi volumen excesivo, yo quedo jadeante.

Cierro, pues, la ventana, me desvisto y, en gorro y zapatillas, con la palmatoria en la mano, doy, antes de meterme en cama, una última ojeada al retrato. El rostro de Pedro es acariciador, pero en los ojos de ella hay tal altiveza, que me obliga a separar los míos. Cuatro lustros han pasado y se me figura verla. Así: así me miraba.

Esta es mi existencia desde hace veinte años. Me han bastado, para llenarla, un retrato y algunos aires antiguos; pero está visto que, conforme envejecemos, nos tornamos exigentes. Ya no me bastan y recorro a la pluma.

¡Si alguien lo supiera! Si sorprendiese alguien mis memorias, la novela triste de un hombre alegre, *don Borja, el del Emporio Delfín*. ¡Si fuesen leídas! . . . , ¡pero no! Manuscritos como éste, que vienen en reemplazo del confidente que no se ha tenido, desaparecen con su autor. El los destruye antes de embarcarse y algo debe prevenirnos cuándo. De otro modo no se comprende que, en un momento dado, no más particular que cualquiera, menos tal vez que muchos momentos anteriores, el hombre se deshaga de aquel *algo* comprometedor, pero querido, que todos ocultamos, y al hacerlo ni sufra ni tema arrepentirse. Es como el pasaje que, una vez tomado, nadie posterga su viaje.

¿O será que partimos, precisamente, porque ya nada nos retiene? ¡Las últimas amarras han caído. . . , el barco zarpa!

Fue, como dije, hace veinte años; más, veinticinco, pues ello empezó cinco años antes. Yo no podía llamarme ya un joven y ya estaba calvo y bastante grueso; lo he sido siempre; las penas no hacen sino espesar mi tejido adiposo. Había fallecido mi primer patrón y el emporio pasó a manos de su sobrino, que habitaba en la capital; nada sabía yo de él, ni siquiera le había visto nunca, pero no tardé en conocerle a fondo: duro y atrabiliario con sus dependientes, con su mujer se conducía como un perfecto enamorado, y cuéntese con que su unión databa de diez años. ¡Cómo parecían amarse, santo Dios! También conocí sus penas, aunque a la simple vista pudiera creérseles felices. A él le minaba el deseo de tener un hijo, y aunque lo mantuviera secreto, algo había llegado a sospechar ella. A veces solía preguntarle: "¿Qué echas de menos?", y él le cubría la boca con sus besos. Pero ésta no era una respuesta, ¿no es cierto?

Me habían admitido en su intimidad desde que conocieron mis aficiones filarmónicas. "Debíamos adivinarlo, tiene pulmones a propósito", tal fue el elogio que él hizo de mí a su mujer en nuestra primera velada.

¡Nuestra primera velada! ¿Cómo acerté delante de aquellos señores de la capital, yo que tocaba de oído y que no había tenido otro maestro que un músico de la banda? Ejecuté, me acuerdo, "El ensueño", que esta noche acabo de repasar; "Lamentaciones de una joven" y "La golondrina y el prisionero" y sólo reparé en la belleza de la principala cuando descendió hasta mí para felicitarme.

De allí dató la costumbre de reunirnos, apenas se cerraba el almacén, en la salita del piso bajo, la misma donde ahora se ve luz, pero que está ocupada por otras gentes. Pasábamos algunas horas embebidos en nuestro corto repertorio, que ella no me había permitido variar en lo más mínimo, y que llegó a conocer tan bien, que cualquiera nota falsa la impacientaba: otras veces me seguía tarareando, y por bajo que lo hiciera, se adivinaba en su garganta una voz cuya extensión ignoraría ella misma. ¿Por qué, a pesar de mis instancias, no consintió en cantar? ¡Ah!, yo no ejercía sobre ella la menor influencia; por el contrario, a tal punto me imponía que, aunque muchas veces quise que charlásemos, nunca me atrevía. ¿No me admitía en su sociedad para oírme? ¡Era preciso tocar!

En los primeros tiempos, el marido asistía a los conciertos y, al arrullo de la música, se adormecía; pero acabó por dispensarse de ceremonias y siempre que estaba fatigado nos dejaba y se iba a su lecho. Algunas veces concurría uno que otro vecino, pero la cosa no debía de parecerles divertida, y con más frecuencia quedábamos solos. Así fue como una noche que me preparaba a pasar de un motivo a otro, Clara (se llamaba Clara) me detuvo con una pregunta a quemarropa.

—Borja, ¿ha notado usted su tristeza?

—¿De quién?, ¿del patrón? —pregunté bajando también la voz—. Parece preocupado, pero...

—¿No es cierto? —dijo clavándome sus ojos afiebrados. Y, como si hablara consigo:

—Le roe el corazón, y no puede quitárselo. ¡Ah Dios mío! Me quedé perplejo y debo de haber permanecido mucho tiempo, hasta que su acento imperativo me sacudió:

—¿Qué hace usted ahí? ¡Toque, pues!

Desde entonces pareció más preocupada y como disgustada de mí. Se instalaba muy lejos, en la sombra, tal como si yo le causara un profundo desagrado; me hacía callar, para seguir mejor sus pensamientos, y al volver a la realidad, como hallase la muda sumisión de mis ojos, a la espera de un mandato suyo, se irritaba sin causa.

—¿Qué hace usted así? ¡Toque, pues!

Otras veces me acusaba de apocado, estimulándome a que le confiara mi pasado y mis aventuras galantes; según ella, yo no podía haber sido eternamente razonable y alababa con ironía mi *reserva*, o se retorcía en un acceso de incontenible hilaridad: "San Borja, tímido y discreto". Bajo el fulgor ardiente de sus ojos, yo me sentía enrojecer más y más, por lo mismo que no perdía la conciencia de mi ridículo. En todos los momentos de mi vida mi calvicie y mi obesidad me han privado de la necesaria presencia de espíritu y ¡quién sabe si no son la causa de mi fracaso!

Transcurrió un año, durante el cual sólo viví por las noches: cuando lo recuerdo me parece que la una se anudaba a la otra, sin que fuera sensible el tiempo que las separaba, a pesar de que, en aquel entonces, debe de haberseme hecho eterno... Un año, breve como una larga noche.

Llego a la parte culminante de mi vida. ¿Cómo relatarla para que pueda creerla yo mismo? ¡Es tan inexplicable, tan absurdo, tan inesperado!

Cierta ocasión en que estábamos solos, suspendido en mi música por un ademán suyo me dedicaba a adorarla, creyéndola abstraída, cuando, de pronto, la vi dar un salto y apagar la luz; instintivamente me puse en pie, pero en la obscuridad sentí dos brazos que se enlazaban a mi cuello y el aliento entrecortado de una boca que buscaba la mía...

Salí tambaleándome. Ya en mi cuarto abrí la ventana y en ella pasé la noche. Todo el aire me era insuficiente. El corazón quería salirse del pecho, lo sentía en la garganta, ahogándome; ¡qué noche!

Esperé la siguiente con miedo. Créame juguete de un sue-

ño. El amo me reprendió un descuido y aunque lo hizo delante del personal, no sentí ira ni vergüenza.

En la noche él asistió a nuestra velada. Ella parecía profundamente abatida.

Y pasó otro día y otro sin que pudiéramos hallarnos solos; al tercero ocurrió; me precipité a sus plantas para cubrir sus manos de besos y lágrimas de gratitud, pero, altiva y desdeñosa, me rechazó y con su tono más frío me rogó que tocara.

¡No, yo debía de haber soñado mi dicha!, ¿creeréis que nunca, nunca, nunca más volví a rozar con mis labios ni el extremo de sus dedos? La vez que, loco de pasión, quise hacer valer mis derechos de amante, me ordenó salir, en voz tan alta, que temí que hubiera despertado al amo, que dormía en el piso superior.

¡Qué martirio! Caminaron los meses y la melancolía de Clara parecía disiparse, pero no su enojo. ¿En qué podía haberla ofendido yo? Hasta que por fin, una noche que atravesaba la plaza con mi estuche bajo el brazo, el marido en persona me cerró el paso. Parecía extraordinariamente agitado y mientras hablaba mantuvo su mano sobre mi hombro, con una familiaridad inquietante:

—¡Nada de músicas! —me dijo—, la señora no tiene propicios los nervios y hay que empezar a respetarle éstos y otros caprichos.

Yo no comprendía.

—¡Sí, hombre: venga al casino conmigo y brindaremos a la salud del futuro patroncito!

Nació. Desde mi bufete, entre los gritos de la parturienta, escuché su primer vagido, tan débil. ¡Cómo me palpitaba el corazón! ¡Mi hijo! ¡Porque era mío, no necesitaba ella decírmelo! ¡Mío!, ¡mío! ¡Yo, el solterón solitario, el hombre que no había conocido nunca una familia, a quien nadie dispensaba sus favores sino por dinero, tenía ahora un hijo, y de la mujer amada! ¿Por qué no morí cuando él nacía? Sobre el tapete verde del escritorio rompí a sollozar tan fuerte que la pantalla de la lám-

para vibraba, y alguien que vino a consultarme algo se retiró de puntillas.

Sólo un mes después fui llevado a presencia del heredero: lo tenía en las rodillas su madre convaleciente, y lo mecía amorosa. Me incliné, conmovido hasta la angustia, y, temblando, con la punta de los dedos alcé la gasa que le cubría y pude verlo; hubiese querido gritar ¡hijo!, pero al levantar los ojos encontré la mirada de Clara, tranquila, casi irónica.

—¡Cuidado! —me advertía.

Y en voz alta:

—No le vaya usted a despertar.

Su marido, que me acompañaba, la besó tras de la oreja, delicadamente.

—¡Mucho has debido sufrir, mi pobre enferma!

—¡No lo sabes bien! —repuso ella—; mas ¡qué importa si te hice feliz!

Y ya, sin descanso, estuve sometido a la horrible expiación de que aquel hombre llamase *su* hijo al mío, a *mi* hijo. ¡Imbécil! Tentado estuve mil veces de gritarle la verdad, de hacerle reconocer mi superioridad sobre él, tan orgulloso y confiado, pero ¿y las consecuencias, sobre todo para el inocente? Callé y en silencio me dediqué a amar, con todas las fuerzas de mi alma, a aquella criaturita, mi carne y mi sangre, que aprendería a llamar *padre* a un extraño.

Entretanto la conducta de Clara se hacía cada vez más oscura. Las sesiones musicales, para qué decirlo, no volvieron a verificarse y con cualquier pretexto ni siquiera me recibió en su casa las veces que fui. Parecía obedecer a una resolución inquebrantable y hube de contentarme con ver a mi hijo cuando la niñera lo paseaba en la plaza. Entonces, los dos, el marido y yo, le seguíamos desde la ventana de la oficina y nuestras miradas, húmedas y gozosas, se encontraban y se entendían.

Pero andando esos tres años memorables y a medida que el niño iba creciendo, me fue más fácil verle, pues el amo, cada vez más chocho, lo llevaba al almacén y lo retenía a su lado hasta que venían en su busca.

Y en su busca vino Clara una mañana que yo le tenía en brazos; ¡nunca he visto arrebatado semejante!, como leona que recobra su cachorro; y lo que dijo, más bien me lo escupía al rostro:

—¿Por qué le besa usted de ese modo?, ¿qué pretende usted, canalla?

A mi entender ella vivía en la inquietud constante de que el niño se aficionase a mí, o de que yo hablara. A ratos estos temores sobrepujaban a los otros y para no exasperarme demasiado, dejaba que se me acercase; pero otras veces lo acaparaba, como si yo pudiera hacerle algún daño. ¡Mujer enigmática! ¡Jamás he comprendido qué fui para ella, capricho, juguete o instrumento!

Así las cosas, de la noche a la mañana llegó un extranjero, y medio día pasamos revisando libros y facturas. A la hora de almuerzo, el patrón me comunicó que acababa de firmar una escritura por la cual transfería el almacén; que estaba harto de negocios y de vida provinciana, y que probablemente volvería con su familia a la capital.

¿Para qué narrar las dolorosas impresiones de esos últimos días de mi vida? Hará por enero veinte años y todavía me trastorna recordarlas. ¡Dios mío!, ¡se iba cuanto había yo amado!, ¡un extraño se lo llevaba lejos, para gozar de ello en paz!, ¡me despojaba de todo lo mío! Ante esta idea tuve en los labios la confesión del adulterio. ¡Oh, destruir, siquiera, aquella feliz ignorancia en que viviría y moriría el ladrón! ¡Dios me perdone!

Se fueron. La última noche, por un capricho final, aquella que mató mi vida, pero que también le dio por un momento una intensidad a que yo no tenía derecho, aquella mujer, me hizo tocarle las tres piezas favoritas y, al concluir, me premió permitiendo que besara a mi hijo. Si la sugestión existe, en su alma debe de haber conservado la huella de aquel beso.

¡Se fueron! Ya en la estacioncita, donde acudí a despedirlos, él me entregó un pequeño paquete, diciendo que la

noche anterior se le había olvidado. "Un recuerdo —me repitió—, para que piense en nosotros".

—¿Dónde les escribo? —grité, cuando ya el tren se ponía en movimiento.

Y él, desde la plataforma del coche:

—¡No sé! Mandaremos la dirección.

Parecía una consigna de reserva. En la ventanilla vi a mi hijo, con la nariz aplastada contra el cristal. Detrás su madre, de pie, grave, la vista perdida en el vacío.

Me volví al almacén, que continuaría bajo la razón social, sin ningún cambio aparente, y oculté el paquete, pero no lo abrí hasta la noche, en mi cuarto solitario.

Era una fotografía.

La misma que hoy me acompaña: un retrato de Clara, con su hijo en el regazo, apretado contra su seno, como para ocultarlo o defenderlo.

¡Y tan bien lo ha secuestrado a mi ternura, que, en veinte años, ni una sola vez he sabido de él y probablemente no volveré a verle en este mundo de Dios! Si vive debe de ser un hombre ya. ¿Es feliz? Tal vez a mi lado su porvenir habría sido estrecho. Se llama Pedro..., Pedro y el apellido del otro.

Cada noche tomo el retrato, lo beso y en el reverso leo la dedicatoria que escribieron por el niño:

"Pedro, a su amigo Borja".

¡Su amigo Borja!... ¡Pedro se irá de la vida sin saber que haya existido tal amigo!

Incendiario

DON SERAFÍN Espinosa tenía su tiendecita de trapos en la calle de San Diego, centro del pequeño comercio, que, ya que no puede tentar por el lujo de sus instalaciones ni por el surtido de la mercadería, atrae por la baratura inverosímil de sus artículos. Se llamaba la tienda La Bola de Oro, y mostraba en el pequeño escaparate tiras bordadas, calcetines de algodón, hilo en ovillos y carretillas, broches, horquillas, jabón de olor, polvos, botines tejidos al crochet y loros de trapo. Los géneros se reducían al lienzo común para ropa interior de pobre, al tocuyo tosco y amarillento, al percal barato y de colores vivos, y a una que otra variedad de velo de monja para mantos de poco precio.

Don Serafín era el alma más candorosa de la tierra. Se arruinaba lentamente tras del mesón; pero sin perder su encantadora sonrisa, modales amabilísimos, su generosidad innata y su fina cortesía. Si alguna mujer le pedía la *llapa*, al meter la tijera en el lienzo, corría como media vara más el corte y daba después el vigoroso rasgón sin importársele un ardite. Si un chico lloraba de aburrido mientras la madre regateaba largamente un corte de ocho varas de percal, corría él a la vidriera y cogiendo un loro de trapo se lo obsequiaba para calmarle la pena. Si una sirvienta volvía desolada a devolverle tres varas de tocuyo, porque era de otra clase el que le habían encargado, recibía el trozo y daba del otro, guardando el inservible pedazo para algún pobre. Y, en fin, lo

que menos tenía don Serafín eran cualidades para comerciante.

Muchas veces, al caer la tarde, su vecino de la esquina, un simpático italiano, natural de Parma, dueño del almacén de abarrotes La Estrella Parmesana, se le acercaba en mangas de camisa, despeinado, sudoroso, pero aún no cansado de la fatiga del día, y le charlaba una media hora.

—¡Buona sera, don Serafine! ¿Cómo va questo? Malo, ¿eh? Ma ¿qué quiere usted, signore? Non se puede ser santo e comerchante a la veche, non. Per ganare la plata se necesita malizia, acortare la vara, pasare de cuando en cuando una cuarta meno, vendere un lienzo de mala calitá... ¡Sí, don Serafine! ¿Cóme quiere usté, santo varone, prosperare cuando lo da tutto? Usté sirá del chelo derecho y verá a Dios; pero lo que es el dinero no lo verá, non.

Don Serafín sonreía, porque él más que nadie estaba convencido de que habría hecho muchísimo más de lego recoleto que de dueño de La Bola de Oro. Pero ¿tenía él la culpa de que al frente se hubiera establecido ese maldito Bazar Otomano con tres puertas, dos vidrieras y tantas medias lunas? ¿Tenía él la culpa de que todos prefirieran a su pobre tenducho con los eternos loros de trapo en la vidriera, los brillantes escaparates del vecino, con rosarios de concha de perla, collares de vidrio y polvoreras de cristal?

No, ¿y entonces? Y don Serafín seguía sonriendo amable y encantadoramente, obsequiando los loros de trapo y dando *llapas* de media vara.

Pero el negocio iba a menos rápidamente, y los cinco mil setecientos pesos que tenía en mercaderías corrían grave riesgo de fundirse.

—Si yo fuera un pillastre, un hombre sin conciencia—decía don Serafín—, le prendería fuego a La Bola de Oro y luego la Nacional me entregaría mis cuatro mil pesos de seguro. Pero como tengo temor de Dios, y prefiero vivir pobre que deshonorado, no haré jamás tal crimen, y me contentaré con ver resignado cómo se van escurriendo entre los

dedos estos cinco mil pesos, fruto de tantos años de trabajo.

En estos únicos momentos de amargura desaparecían de la cara de don Serafín la sonrisa amable y el gesto candoroso y en esos mismos momentos acertaba considerablemente la *llapa*.

La idea del incendio, rechazada tantas veces como criminal y pecaminosa, era, sin embargo, la única solución del negocio. "Si yo le prendo fuego, lo que Dios no permita —pensaba don Serafín—, hago una cosa mala; pero si llega otro, sin que yo lo sepa, y sin que yo se lo aconseje y me quemara La Bola de Oro, entonces ¿qué culpa tengo yo?"

Y desde entonces don Serafín se dedicó a hacer rogativas y mandas por lograr el completo incendio de sus mercaderías. Creyó conveniente, ya que de fuego se trataba, dirigirse a las ánimas benditas del purgatorio que tienen las llamas al alcance de su mano, y las llenó de promesas, súplicas y oraciones.

Entonces se le vio a don Serafín Espinosa más alegre que de costumbre, agotando los loros de trapo de la vidriera y llegando a dar de *llapa* hasta una vara larga de tocuyo.

Por fin, fue oído el constante e incansable tendero, y como la Nacional, ignorante de todo, no apeló, por su parte, a las ánimas para destruir el efecto de las velas, flores y oraciones de don Serafín, la cosa se inclinó del lado de éste.

* * *

Una noche, la tranquilidad de la calle de San Diego fue turbada por el repiqueteado toque policial y gritos de "¡incendio!, ¡incendio!" En un momento se despertó toda la cuadra, hubo voces, llamados, carreras, y cinco minutos después la ronca y fúnebre campana del cuartel general de bomberos sonaba en el silencio de la noche, haciendo poner en alarma media ciudad.

A patadas fue abierta la puerta de una colchonería, vecina a La Bola de Oro, y una vez caídas las hojas, salió una

llamarada envuelta en humo, que barrió en un instante con su letrero de madera: "Se llenan colchones".

Uno de los oficiales de policía fue corriendo a avisar a don Serafín, que dormía como un bienaventurado en su casa. Saltó éste de la cama, se impuso de la fausta nueva, se metió un macfarlán y un par de zapatillas y salió a la calle brincando como un loco.

La sorpresa del policial que tímidamente estaba llamando a la ventana: "Señor Espinosa; no se alarme usted, pero se le está quemando la tienda", subió a un extremo indecible al ver que don Serafín se le colgaba del cuello, lo estrechaba contra su pecho y hasta le estampaba un entusiasta beso en la punta de la nariz.

—Señor oficial, ¿no se chancea usted? ¿Es verdad que se me quema todo? ¡Qué dicha, Dios mío!

Y corría como un desesperado apretándose el macfarlán para que le cubriera el cutis ante las miradas risueñas de los que lo miraban pasar.

En ese momento ya llegaban las bombas con una algazara de mil demonios: campana, gritos, galope de caballos, resbalones, insultos, órdenes, arrastre de las mangueras, piteos, en fin, un infierno.

Ya está un grifo listo, ya arde un fogón, ya late furiosamente una caldera, ya puja el agua ruidosamente en uno de los pitones, ya sale el chorro y barre a la muchedumbre que se apiña y hace saltar la bola de latón sobredorado de la tienda de don Serafín, y cae sobre el techo sofocando un peñacho de llamas y de humo.

—¡Dios quiera que no quede ni un miñaque, ni un ovillo, ni un loro, ni un calcetín! —exclamaba el feliz tendero, balbuceando a ratos avemarías y atrayendo muy curiosamente sobre sí la atención de los vecinos.

El cielo lo oía; pero lo oía también el juez del crimen de turno, que daba órdenes inmediatas para arrestar a don Serafín.

Trabajaron tenazmente las bombas; el agua destruyó

al par que el fuego y cuando ya no quedaron sino tres o cuatro murallas y un montón de escombros, se declaró extinguido el fuego, se tocó llamada y se recogió el material.

Un piño de curiosos se detenía delante de las humeantes vigas y de los húmedos adobes, que despedían un olor acre y pegajoso, y entre ellos se veían las albas mangas de camisa del dueño de La Estrella Parmesana, que no había alcanzado a sufrir nada.

—Yo no masusto —decía a su auditorio—, per esto se necesita calma. Así son las cosas de la vita. Don Serafine se resolvió a ser comerciante, e non santo. Así no sirá tan derecho del chelo, pero tendrá en cambio dinero. Questo es la realitá, la realitá pura; el comercho non vive del oscurantismo.

Entretanto don Serafín estaba sentado en un banco con la cabeza sobre el pecho y los brazos cruzados, esperando la hora en que debía llegar el juez a instruir el sumario. Se encontraba en un vago estado de incertidumbre. Por un lado, daba gracias al cielo por el incendio, y por otro, le pedía salir bien librado de la delicada situación en que estaba.

Un guardián lo sacó de la incertidumbre, anunciándole que el juez lo llamaba. Don Serafín salió del calabozo y apareció con su cara serena, candorosa, amable ante el juez que esperaba su llegada.

—Señor Espinosa. Parece que el incendio de La Bola de Oro ha sido intencional.

—No sólo lo parece, señor juez, sino que lo es.

—¡Hola!

—Sí, señor juez. Como intencional, pocos lo habrán sido más.

—De manera que usted, señor, ¿reconoce haber prendido fuego a su tienda de la calle de San Diego?

—Perdóneme, su señoría. ¡Eso no, eso nunca, eso ni loco! Yo soy honrado ante todo. . . Se lo diré al señor juez. Este incendio es de lo más intencional que cabe, pero sólo porque yo he puesto toda la intención posible en que sucediera.

Yo no vendía nada, señor juez. En la última semana, sólo he logrado salir de un jabón de olor, tres varas de huincha blanca y dos carretillas de hilo. Eso no era vida. En esta situación, le hice una novena a las ánimas benditas. No se ría, su señoría, porque me han oído... Por eso digo que como intencional lo es, ¿a qué lo niego? ¿Pero mancharme, señor juez? ¡Eso nunca!

Y el simpático viejo se quedó mirando al juez con su amable sonrisa de siempre, sintiendo no tener un loro de trapo para dejárselo sobre la mesa para que aplastara con él tanto papel, y limpiara en su pechuga la pluma.

—Quítenme de aquí a este señor —dijo el juez— y déjenle en libertad. Oiga usted, caballero: usted se ha equivocado, aquí no es donde debe purgar sus faltas.

—¿Y dónde será, señor juez?

—En el limbo...

Y en medio de una risa espontánea salió don Serafín después de hacer una venia.

* * *

No había llegado aún a los humeantes restos de La Bola de Oro, cuando se topó con su amigo el parmesano, que le dijo:

—Amico don Serafine, suomo felice. Usted me debe solamente tres litros de parafina, que son sesenta centavos.

—¿Por qué?

—Per le inchendie qui io solo lo ha fato anoche.

—¡Usté!

—Cállese, don Serafine, que pueden oírnos. Yo lo he escuchado que usted dicheba: "¡Anime dil purgatorio, inchéndiame La Bola d'Oro!" La colchonera dechía poco meno. Yo mai ditto: "Non, questo non é il camino. L'ánime dil purgatorio non tienen parafina, io la tengo e mato dos pácaros d'un tiro: hago un favore a due amichi y vendo parafina".

¿Non e vero?

—¡Pero esto es un crimen!

—¡Bah! ¡Siléncho, bárbaro!

Y la férrea mano del simpático parmesano apretaba tan fuertemente el brazo de don Serafín, que éste, vencido y atónito, se buscaba en el bolsillo los sesenta centavos...

El hombrecito

Para Inés Figueroa.

DESDE MI primera infancia vi que en mi casa el asunto de los "hombrecitos" era problema serio. ¿Quién iba a encerar? ¿Quién se haría cargo de revisar las tejuelas de alerce y de darles una mano de aceite antes del invierno? ¿Quién lavaría los vidrios, limpiaría la chimenea, repararía el gallinero derribado a medias por el último ventarrón? La respuesta era invariable: el "hombrecito".

Pero resultaba que los "hombrecitos" pertenecían a una raza elusiva, escasa, terriblemente imperfecta, de manera que las crisis eran tan frecuentes como premiosas. Mi madre, desesperándose más y más a medida que iba viendo acumularse tanta cosa urgente que hacer, acudía a mi padre para que la ayudara a solucionar sus problemas de "hombrecito". Pero él, sin levantar la vista de su texto de medicina, murmuraba:

—¿Por qué no le dices a la María Salinas o a la Fanny que te presten sus "hombrecitos"? A ellas nunca les faltan...

—Tú vives en la Luna... —murmuraba mi madre.

Amurrada con el reproche entrevisto, subía a encerrarse en su cuarto, mientras mi padre, que la oyera apenas, se enfrascaba de nuevo en su tomo. Para su mujer todo el que no sufriera de lleno la angustia de los problemas domésticos vivía fuera de lo que llamaba "la realidad", es decir, en la Luna.

Mi hermano menor y yo compartíamos la misma habitación. En la noche, apagadas todas las luces, abríamos de par en par las persianas para asomar la cabeza entre la yedra que

las enmarcaba. En el silencio de la noche veraniega y despejada se oía el chorro de la manguera con que alguien refrescaba el césped. O divisábamos a la "China", nuestra enorme perra ovejuna, husmeando entre las flores desteñidas por la noche clara. Mi hermano decía distinguir en el rostro campechano de la luna llena color limón, encaramada allá encima del techo de la casa de enfrente, las facciones de nuestro padre. Yo, en cambio, aguardaba que hendiendo el aire del jardín se elevara como un brujo bonachón hacia el satélite benigno, donde, según mi madre, existía un hogar para todos los que no comprendieran cabalmente que la escasez de "hombrecitos" era una auténtica hecatombe doméstica.

Los "hombrecitos" rara vez duraban mucho en casa. Algunos parecían perfectos al comienzo, pero al descubrirse sin tardanza que no eran precisamente ejemplos de honradez ni de actividad, se les anunciaba que sus servicios ya no eran necesarios. Otros, los menos avisados, cometían la torpeza de enemistarse con la María Vallejos, nuestra vieja dictadora de la cocina, que entonces les servía tan menguado puchero y de tan mal modo, que por resolución propia no regresaban. Pero el mayor número de "hombrecitos" se perdía porque sí, en busca qué sé yo de qué imprecisos horizontes o libertades, reapareciendo por casa muy de tarde en tarde en busca de trabajo.

Muchísimos "hombrecitos" vinieron, trabajaron para nosotros intermitentemente y desaparecieron. Cucho, por ejemplo, con su ojo borroneado por una nube celeste. Y Ambrosio, que fuera sacristán y conservaba algo de untuoso y blanquecino. Y Juan el Tonto, apodado así para distinguirlo de otro del mismo nombre.

Pero más que a todos recuerdo a Juan Vizcarra, príncipe y modelo entre "hombrecitos", que tuvo el más largo aunque interrumpido reinado en nuestra casa.

Una tarde mi madre llegó radiante de satisfacción. Lanzó su sombrero en cualquier sitio, y después de alisarse brevemente la melena frente al espejo grande de la entrada y de contemplar de reojo el volumen misterioso que su silueta iba tomando, besó a mi padre, que leía junto a la chimenea. Se sentó

a su lado. El la observó por el rabillo del ojo, adivinando que su mujer por fin había resuelto alguno de sus trágicos problemas domésticos. Dijo vagamente:

—Vienes contenta...

Yo tenía siete años. Pero como sabía que a mi madre le gustaba que le sonsacaran sus preocupaciones con ruegos y añuñúes, no me sorprendió oírle decir:

—Mm, sí, más o menos...

Mi padre siguió sumergido en la lectura, dejando pasar el tiempo hasta que su mujer ya no fuera capaz de contener su impaciencia por contarle todo. Como de costumbre, la mirada de mi madre recorría la sala en busca de algo que corregir, de alguna cosa que poner en orden. De pronto se fijó en mí. Recostado junto a la "China", cuyo vientre, igual que el de mi madre, se inflara tan prodigiosamente en los últimos meses, me entretenía en cortar ilustraciones de revistas viejas. Mis calcetines y zapatos estaban manchados con barro porque, eludiendo toda vigilancia, me había pasado la tarde lluviosa jugando solo en el jardín.

—¿Por qué estás tan sucio?

Como si tal cosa, seguí recortando ilustraciones.

—¿Por qué estás tan sucio? ¿No he dicho que no te dejen salir al jardín cuando está lloviendo? ¡Apenas salgo, la casa anda patas para arriba! ¡Yo no sé en qué piensan! ¡Todos viven en la Luna! Mira a tu papá, ¿crees que con la nariz metida en su libro se da cuenta de la realidad de las cosas?

Parpadeaba lista para llorar. Mi padre se sacó los anteojos y poniéndolos en la página que leía cerró el libro sobre ellos. Pasó un brazo en torno a su mujer y la atrajo hacia sí. Ella se resistió al comienzo, pero fue cediendo y quedaron muy próximos, hablando en voz baja. Mi padre escuchaba embelesado:

—...y por fin conseguí que la Teresa Barriga me prestara un "hombrecito" que tiene, pero vieras que me costó convencerla. Eso sí que es un chiquillo no más, pero de lo más bueno y trabajador dicen. Mañana va a venir a trabajar aquí...

Siguieron conversando, ahora de cosas que no comprendí. Yo ya no existía para ellos. La "China" roncaba hecha un ovi-

llo desmesurado frente a la chimenea. Sin que nadie lo notara, reuní mis papeles y subí a mi cuarto de puntillas.

Juan Vizcarra hizo su aparición al día siguiente. Por aquel tiempo era un muchachote lozano y muy moreno, de unos diecisiete años, diez más que yo. Tenía las piernas más bien cortas, el cuello grueso y el tronco potente y carnoso. Su rostro despejado se abría de pronto en una sonrisa tan amplia que parecía comprometer a su persona entera.

Cuando llegué del kindergarten esa tarde, lo divisé parado en la canaleta del alero más elevado. Con admirable malicia y precisión iba silbando una tonadilla. Daba grandes zancadas seguras, como quien camina por tierra firme.

—Se va a caer —dije a la empleada que traía mi bolsón. Juan se volvió, equilibrado como por arte de magia.

—¡Hola, chiquillo! —exclamó desde lo alto.

Viendo que acompañaba sus palabras con un ademán de baile, me acerqué a la empleada y repetí en voz un poco más débil:

—Se va a caer. . .

Juan bajó la escala no como todos, sino colgado de las manos de tramo en tramo, como un acróbata. Al llegar a tierra se inclinó en una reverencia circense tan expresiva que me hizo reír. La empleada me tomó de la mano y me metió a la casa porque el té ya estaba listo. Ella y las otras empleadas comenzaron a cloquear en torno mío sirviéndomelo, pero yo no era hoy el centro de sus atenciones: por sus comentarios comprendí que Juan Vizcarra las tenía fascinadas. La María Vallejos, oscura como una cucaracha, odiaba a la gente morena. Como para ella la mayor virtud del mundo, fuera de ser devoto de San Antonio de Padua, era tener la tez clara y el cabello rubio, me extrañó oírle decir a sus compañeras:

—Juan Vizcarra es negro te diré, niña, pero simpático, de lo más simpático y trabajador. . .

Este entusiasmo era insólito, porque las tres mujeres que nos servían miraban con bastante recelo a los "hombrecitos". Tanto, que éstos rara vez almorzaban con ellas en la cocina: su ración les era servida en los confines de la casa, detrás del fram-

buesal, en una especie de mediagua que llamábamos el javadero. Además, las empleadas mantenían estrictísima vigilancia sobre los "hombrecitos" para delatar la más mínima infracción a la honradez o al celo en el trabajo. Pero por el almuerzo de Juan Vizcarra no temí: sin duda comería con ellas, obteniendo las presas más suculentas de la cazuela y tal vez un vaso del buen vino de mi padre.

Juan Vizcarra continuó viniendo a casa regularmente. Mi madre, a pesar de su parto inminente, tenía holgura para regocijarse de la existencia de tan perfecto "hombrecito".

A nosotros nos contaron que el hermano que mi abuelita nos enviara desde París se hallaba pronto a llegar. Pero a través de ciertas conversaciones adivinamos en la gordura superlativa de mi madre alguna misteriosa relación con la llegada del niño. Lo curioso era que otro tanto sucedía a la "China", aunque jamás oímos decir que el envío de la abuela incluyera perritos. La relación era muy confusa.

Por la noche, en el dormitorio, nuestras conjeturas se trizaban de incertidumbre. Apagada la luz, el silencio pesaba como nunca. Lentamente, la respiración acompañada de mi hermano se desprendía del silencio, y de la oscuridad, la ola blanca de su sábana y su almohada.

—Oye —murmuró de pronto.

—¿Qué?

—Mañana nos van a mandar a la casa de la tía Teresa.

—¿Y por qué?

—Porque mañana llega el hermanito.

Callamos. Pronto oí sollozos apagados.

—¿Qué te pasa?

—Nada...

—Cállate entonces...

—Es que la "China" se estaba quejando y la María Vallejos dijo que se iba a morir. Y está gorda de las mismas partes que mi mamá...

—No seas tonto.

Al otro día nos enviaron temprano donde la tía Teresa Barriga, en la cuadra siguiente. Pero inmediatamente después

del té, que esperamos porque siempre había pan de huevo, papayas confitadas y queques, huimos a casa. Juan Vizcarra nos abrió la reja.

—Se van a enojar con ustedes —nos advirtió—. El hermanito está naciendo.

No sabíamos qué hacer, qué preguntar. Aguardábamos las palabras o los hechos con que Juan Vizcarra seguramente aclararía el misterio que los grandes nos velaban. El era el único en que se podía confiar.

—Vengan, los voy a esconder para que no los castiguen.

Nos tomó de la mano y nos condujo al lavadero. En lo más oscuro, la “China” yacía en un jergón. No se levantó meneando la cola como de costumbre, sino que, apoyando la cabezota en las patas, nos miró.

—¿Se va a morir? —preguntó mi hermano. Sus labios temblaban, todavía rodeados de migajas de queque.

Juan replicó que no. A punto de llorar pregunté si mi mamá se iba a morir. Juan rió diciendo que claro que no, que estaba muy bien.

—¿Y, entonces, por qué está enferma la “China”?

—Acérquense —murmuró—. Miren...

Los tres nos arrodillamos junto al jergón. Dos ovillos ciegos salpicados de blanco y negro se hallaban prendidos a las tetas de la perra. La “China” movió la cola débilmente. Después dejó de hacerlo y Juan Vizcarra se puso serio.

Conteniendo la respiración y sin parpadear, contemplamos las maniobras de nuestro “hombrecito” para ayudar al nacimiento del último perro. Yo poseía vagas nociones maliciosas, de modo que casi reí al ver lo que Juan estaba haciendo, pero un quejido muy delgado de la “China” me forzó a clavar la atención sobresaltada en lo que sucedía. El perro nació empapado, envuelto en una sustancia café. Después de limpiarlo, su madre lo empujó una y otra vez con la punta de la nariz, con una pata, pero el perro no se movió: estaba inerte, como un trapo. Mi hermano comenzó a lloriquear por lo bajo. Las lágrimas acudieron a mis ojos. Las contuve sólo porque yo era un año mayor. Juan contemplaba el perro con el ceño fruncido:

—Chit . . . , no llores, si va a vivir . . . —murmuró sin levantar la vista.

Y comenzó a pulsar las patas, débiles, a presionar lentamente, rítmicamente el cuerpo del animalito entre sus grandes dedos colorados y sucios. Siguió haciéndolo durante lo que me pareció una eternidad, la cara transpirada, los ojos serios, la atención fija. El silencio había devorado la casa entera. El mundo se redujo al compás de las manos de Juan.

De pronto, bajo una de las presiones, la vida brotó en el cuerpo inerte. El cachorro se movió presa de un estremecimiento. Juan continuó presionando hasta que el ritmo de la vida se estableció seguro, y entonces colocó el perro junto a una teta de la "China".

—Ya . . . —masculló Juan.

Se relajó su tensión y al verlo sonreír se relajó también la nuestra. Sacó un pañuelo sucio y se enjugó la frente y las manos.

—Este es mío —dije, tocando apenas al recién nacido con un dedo.

—Y éste es mío —dijo mi hermano.

Luego todas nuestras preguntas reprimidas se desataron sobre Juan Vizcarra. Respondió con tan transparente sencillez que nos dejó satisfechos por completo. Más tarde nos condujeron donde mi madre, fresca en su lecho, con un crío colorado y gritón a su lado.

—Miren —exclamó— el regalo que la abuelita les manda de París . . .

—¿De París?

Mi hermano iba a ofrecer lo recién descubierto para hacer frente al engaño, pero le di un codazo y calló. ¿Para qué decir nada? Los grandes nos escatimaban esa realidad tanto más mágica que las triviales leyendas urdidas por sus cortas imaginaciones. ¿Para qué hablar? Además, los grandes eran tan tontos que podían despedir a Juan . . .

Pero no lo despidieron. Durante muchos años Juan Vizcarra continuó siendo el "hombrecito" oficial de la casa. Todos lo adoraban y nosotros más que nadie: cuanto sus manazas ro-

mas tocaban adquiría vida, o se arreglaba como por ensalmo. No había cosa que no supiera hacer con admirable destreza, desde caponizar un pollo hasta arreglar de una vez y para siempre ese famoso despertador de la María Vallejos, su más preciada posesión y que hasta ahora pasara gran parte del tiempo donde el relojero. Juan Vizcarra a menudo venía a almorzar en casa los domingos y nos llevaba de excursión al cerro. Nos enseñó a hacer volantines y a encumbrarlos, nos enseñó a rastroar arañas y escarabajos y a tomarlos sin repugnancia, de manera que llegamos a poseer los insectarios más envidiados del colegio. Y Juan Vizcarra continuaba viniendo a casa por lo menos una vez a la semana para encerar, arreglar persianas, limpiar el gallinero, poner en orden los baúles del altillo.

Ignorábamos por completo cómo era la vida de nuestro "hombrecito" fuera de la casa. A veces se lo preguntábamos, pero generalmente se escabullía con alguna broma.

—Si este Juan no fuera tan orgulloso, se podría hacer algo por él —decía mi madre, porque ahora que éramos mayores, su pasatiempo favorito era hacer "algo" por la gente.

—Este cochino debe tener una mujer y una pila de huachos por ahí —opinaba la María Vallejos.

—¡Qué saben ustedes lo que le pasa a uno!... —murmuraba Juan, el rostro nublado un segundo. Pero pronto volvía a silbar su cancioncilla y a reír.

Era como si no tuviera casa ni familia ni amigos, tal como si su existencia comenzara en el momento en que entraba silbando a nuestro jardín, sin tocar el timbre, anunciado por las carreras y ladridos jubilosos de los perros. Le regalamos toda nuestra ropa usada, trajes, camisas, zapatos, y hubo un tiempo en que Juan Vizcarra fue espejo de "hombrecitos" en punto a elegancia. Pero más tarde ya no se ponía la ropa que le regalábamos y andaba bastante desastrado.

—¡Qué saben ustedes lo que le pasa a uno!...

Fue por esa época que Juan Vizcarra comenzó a ausentarse, al principio por períodos de dos o tres semanas. La primera vez dijo haber estado enfermo, y tras hurgarlo mucho y decirle que su salud era perfecta, mi padre le dio remedios porque en

realidad no tenía buen semblante. Pero luego fue ofreciendo excusas más débiles. Más tarde ya no se le preguntaba y los nervios de mi madre —que estuviera tan segura que las crisis de "hombrecito" eran cosas del pasado— comenzaron a descomponerse de nuevo.

A medida que mi hermano y yo fuimos creciendo, las desapariciones de Juan Vizcarra se hicieron más frecuentes y más y más largas. Ya no nos tuteaba: nos decía "don". ¿Dónde diablos se metía? ¿Con quién se podía averiguar algo? Eran las preguntas que de continuo nos hacíamos, y que mi padre alguna vez planteó seriamente al propio Juan, encerrados los dos en su escritorio. Al salir, mi padre movió su cabeza, ya bastante calva: nada. Estaba preocupado porque, a pesar de tener poco contacto con Juan, también lo apreciaba. Debimos conformarnos con suplir las ausencias de Juan Vizcarra con las ineficacias de otros "hombrecitos".

—¡Qué saben ustedes lo que le pasa a uno!

En cierta época hacía casi diez meses que Juan Vizcarra no aparecía. Una tarde mi padre llegó desolado contándonos que nuestro "hombrecito" se hallaba en su sala de hospital, la pierna derecha cortada por un tranvía. Quedamos consternados. Pero cuando mi padre continuó diciendo que el estado de Juan era especialmente grave debido a su prolongada ebriedad, se hizo la luz para nosotros.

¡Juan Vizcarra era borracho!

¿Quién hubiera creído que ésa era la causa de sus ausencias? Era tan niño en sus cosas, tan despabilado y fresco, que costaba aceptar la realidad. Pero ahí estaba. ¿Qué hizo con tanta cosa que se le regalara? Claro, venderlas para emborracharse, y desaparecía para que nadie advirtiera su secreto.

Fui a visitarlo al hospital. Al ver esa cara hinchada que era sólo un remedo confuso de sus facciones de antes, y toda la alegría de sus ojos enrojecida, me costó borrar la máscara que mi imaginación guardaba de un Juan inmutable y siempre lozano, como aquella vez que lo vi bajando la escala colgado de los tramos. Sus brazos estaban débiles, sus manos gruesas iner-

tes sobre la sábana. ¡Era casi un viejo y tenía apenas diez años más que yo! ¿Qué misteriosa falla en el mundo miserable que sin duda era el suyo lo había llevado a esto?

—¡Qué saben ustedes lo que le pasa a uno!

La María Vallejos lloró mucho. Se levantaba de mal humor, con parches de papa en las sienes, culpándonos de todo a nosotros, los ricos, según era su costumbre cuando algo sucedía. Vestirse para ir a ver a Juan al hospital era una ceremonia tan larga y compleja para nuestra vieja cocinera, que ese día no podíamos contar con almuerzo. Mi madre llevó ropa al enfermo, dinero y uva, mientras que mi padre lo atendía con especial interés. Se restableció relativamente pronto y entre las familias para quienes trabajaba se hizo una colecta con el fin de comprarle una pierna ortopédica. Pero Juan Vizcarra ya nunca sería el "hombrecito" de antes.

Después de varias semanas, Juan Vizcarra volvió a nuestra casa, alegre, diestro, avecindado de firme en el lavadero, detrás del frambuesal. Pero su buen humor duró poco: al cabo de un tiempo se tornó gruñón y flojo. No salía de la casa ni siquiera los sábados y domingos. Yo solía verlo, muy bien aviado con la ropita dominguera que logró comprar con sus ahorros de esa época, sentado al sol, mudo, con las manos cruzadas y con la vista fija en el aire. Juan Vizcarra ya no silbaba cancioncilla alguna y casi no respondía cuando le hablábamos.

—¡Qué saben ustedes lo que le pasa a uno!

—¿Se han fijado lo bien que está Juan Vizcarra? —exclamaba mi madre—. Es porque ya no toma. ¿Vieron la ropa nueva que compró? ¿Y lo poco que se le nota la cojera? Yo quiero que ahora compre una radio a plazos. Con lo que gana tiene de sobra. Al fin y al cabo algún gusto se tiene que dar el pobre hombre...

Pero Juan no compró radio. Un buen día, después de trabajar con menos entusiasmo que nunca, tomó su atado de ropa y partió sin despedirse de nadie. Desde la ventana de mi cuarto lo vi salir: iba con el ansia escrita en el rostro, pero después

de tanto tiempo silbaba alegremente. Nadie llegó a comprender la causa de su descontento ni el porqué de su partida.

La tierra pareció tragárselo. Juan —otro Juan, al que llamábamos el Tonto— era el “hombrecito” de la casa ahora. Pero la María Vallejos no perdía ocasión para decirle:

—¡Si hasta cojo y borracho Juan Vizcarra era mejor que tú!

Al cabo de diez meses una anciana increíblemente andrajosa y decrepita, con un anacrónico manto sobre la cabeza, pidió con voz casi oculta por la humildad hablar con alguien de la familia. Era una tía de Juan Vizcarra. Explicó que su sobrino había ingresado tiempo atrás y por voluntad propia a un sanatorio que hacía tratamiento para alcohólicos. Pero un mes después que lo dieron de alta había vendido su pierna ortopédica para volver a emborracharse.

Se le envió dinero para que comprara una pata de palo. Esta, por lo menos, sería más difícil de vender. Y Juan, con su pata de palo, volvió a hacer su aparición por nuestra casa. Ya no estaba triste, sino muy alegre, casi como al principio, aunque ahora se le exigía poco trabajo.

—¡Borracho asqueroso! —le gritaba la María Vallejos. Pero la comida de Juan Vizcarra era servida con especial abundancia y esmero.

Dormía en casa. Junto a su colchón en el lavadero se veían por el suelo sus pertenencias: un cancionero viejo, algunos paquetes de los cigarrillos que fumaba, un cenicero de cobre que él mismo hiciera, quién sabe cómo. Nada más. Salía a trabajar donde las familias que aún lo solicitaban, y entregaba todo su dinero a la María Vallejos para que se lo guardara hasta el sábado. Ese día la vieja se lo entregaba y el bueno de Juan era despedido por las recomendaciones de la cocinera el sábado a las doce. Se quedaba afuera ese día, domingo y lunes. Regresaba el martes por la mañana, silbando, habitualmente algo contuso, pero sobrio y fresco.

Hasta que volvió a perderse. Esta vez para siempre. Su tía volvió a visitarnos, diciendo que Juan había vendido la pata de palo. Se le mandó recado que volviera.

Pero Juan Vizcarra no volvió nunca más.

A veces, al ver un juguete destrozado en las manos de su primera nieta, mi madre suele exclamar:

—¡Que Juan lo componga! . . .

Y al oírse, el silencio cae sobre su cabeza encanecida.

Las empleadas nunca han vuelto a soportar que un "hombrecito" trabaje en casa más de un par de veces: sus defectos son descubiertos sin demora y se les despide. La crisis de "hombrecito" es perpetua. Mi hermano y yo recordamos a Juan Vizcarra con cierta frecuencia, pero no, quizás no muy frecuentemente. Tenemos mucho que hacer y la casa con sus recuerdos ahora no es más que un puerto, un trozo bastante pequeño de nuestras vidas.

Una tarde iba yo apresurado por una calle en un barrio miserable. Al pasar frente a la puerta de una cantina di limosna a un pordiosero increíblemente harapiento. Muchas cuabras más allá me di cuenta de que aquel mendigo que me mirara con insistencia, pero sin hablarme, era Juan Vizcarra. ¡Era un anciano, y Juan Vizcarra era sólo diez años mayor que yo! Volví de carrera a la cantina, pero el mendigo ya no estaba allí. . . ¡Juan era tan orgulloso! Pero después de todo quizás no fuera Juan, quizás fuera sólo imaginación mía creer que ese limosnero cojo tumbado en un charco de suciedad a la puerta de una cantina era Juan Vizcarra.

A veces pienso que lo buscaré. No puedo olvidar la cancioncilla maliciosa que silbaba al entrar a casa en la mañana, ni la destreza con que esos dedos colorados y romos hicieron brotar la vida ante mis maravillados ojos de niño. Pienso buscarlo. . . , no sé para qué. Pero los años pasan. Ahora sólo muy de tarde en tarde llego a preguntarme:

"¿Qué será de Juan Vizcarra?"

En el País de la Leyenda

I

ANDAN MUCHOS Tartarines por el mundo. Yo fui uno de ellos. Cuando muchacho me apasionaban los viajes raros por países exóticos y lejanos, las aventuras maravillosas, lo desconocido y lo fantástico. Empleaba casi todo mi dinero en adquirir los modernos libros de caballería, de Julio Verne y de Maine Reid. Por fortuna para el equilibrio de mis facultades, Wells no era conocido aún.

Apenas comenzaba a luchar por la vida, cuando llegaron a mi noticia las portentosas descripciones de los primeros exploradores del Tibet, aquella tierra extraña, aislada hasta entonces del resto del mundo, ajena a las transformaciones de la humanidad, donde se ha conservado hasta hoy, como por milagro, una civilización patriarcal, análoga a la de la vieja Caldea y a la de los más antiguos faraones. En poco estuvo que no malgastara en un viaje al Tibet los pocos pesos que había reunido.

Más tarde, con más años y sobre todo con más dinero, se volvió a apoderar de mí el deseo de un viaje estrambótico... ¿Adónde iría? Por desgracia, no hay ya mucho donde escoger. El mundo va haciéndose lamentablemente monótono... Los ferrocarriles y el sombrero de copa han concluido por invadir todos los rincones del planeta. Lo pintoresco y lo original desaparecen. El rey de Siam, lo más parecido que según mis noticias nos resta a los soberanos de "Las Mil y Una Noches", toca

el autopiano y anda en automóvil. Ya no falta mucho para que llegue el día de tomar un boleto de segunda para la reina del desierto, la misteriosa Tombocú... ¿Adónde ir, pues?

Al fin me decidí por Borneo.

Es aquélla una isla tan extensa como todo Chile, de litoral escasamente recortado, maciza, cubierta de impenetrables selvas. A esta circunstancia, y a estar atravesada por la línea ecuatorial, debe Borneo el no haber sido marchitada hasta hoy, sino en las vecindades de la costa, por la prosaica civilización de nuestros tiempos.

Iría, pues, al interior de Borneo. ¿Qué se me esperaba allí?

Por de pronto iba a recrearse la vista con todo género de magnificencias naturales. La vegetación exuberante de la isla encierra una fauna digna de un Nemrod, de un cazador de las edades prehistóricas: rinocerontes, leopardos, osos malayos, babirusas y esos monos gigantescos conocidos con el nombre de orangutanes, o sea, hombres de los bosques.

La población es semisalvaje, lo que añadía al país, en mi concepto, un nuevo y particular encanto.

Los holandeses son señores nominales de la mayor parte de la isla; pero sólo ocupan, en realidad, algunos puertos, y mantienen residentes cerca de algunos reyezuelos no muy alejados de la costa... El interior es tierra ignota o poco menos.

Pero cierto recuerdo romántico me llevaba además hacia Borneo... Allí tuvieron su teatro las hazañas del que bien podíamos llamar el último caballero andante... Me refiero a James Brooke, el afortunado aventurero que, en pleno siglo XIX, conquistó un trono, como los Belianises y Esplandianes de los tiempos de Carlomagno y de Merlín

Brooke fue un marino inglés que desde muy joven tomó parte en las guerras de las Indias, bajo la bandera de su patria. Más tarde se lanzó a combatir por cuenta propia. Supo que Muda-Hassim, sultán de Brunei, en la isla de Borneo, luchaba desesperadamente contra sus súbditos sublevados... Empleó su escasa fortuna en adquirir y armar un barquichuelo, y como cualquier caballero de la Tabla Redonda fue a ofrecer el auxilio de su brazo a aquel monarca en desgracia. La fortuna

ayuda a los audaces... Muda-Hassim pudo conservar su trono y premió los servicios de Brooke dándole en feudo la islita de Labuán... No era todavía un reino, pero sí un mediano principado... Quiso la suerte del dichoso aventurero que el sultán, arrepentido de su generosidad, quisiera después arrebatarse su modesto botín. ¡Nunca lo hubiera intentado! Allí donde un inglés pone la planta, hay un Genio poderoso, presente en todos los rincones del mundo, para ampararle... Bajo la presión de los cañones de Inglaterra, Brooke no sólo reconquistó su islilla, sino que obtuvo la soberanía de un territorio más vasto que todo el reino de Portugal... Se hizo rajá, colocó a sus nuevos vasallos bajo el protectorado de Inglaterra, y hétenos al rudo marino figurando en el Gotha, casado con la hija de un lord, servido por chambelanes, acuñando moneda con su efigie... y emitiendo estampillas de franqueo. Por estas últimas es sobre todo conocido... Los innumerables filatelistas que pululan en todo el ámbito del globo terrestre han visto muchas veces el retrato de Brooke, y el de su hijo y heredero, en los sellos de franqueo del reino de Sarawak, porque tal es el nombre de aquella novelesca monarquía.

Un país en que semejantes cosas suceden no puede ser vulgar, decía yo, no sin cierta lógica. Y he aquí una de las razones que me decidieron por Borneo.

II

Fue en el populoso puerto de Bandjermasin donde puse por vez primera pie en tierra de Borneo. Había para perder todo género de ilusiones... El barrio holandés es demasiado limpio y moderno; en el indígena encontré demasiada mugre y demasiados chinos... Aquello era sucio y prosaico... Los hijos del Celeste Imperio nada tienen de poético.

Enseñaban el idioma del país: el dayak, en un instituto yanqui del Berlitz, y he aquí al futuro caballero andante, Miguel de Fuenzalida, tomando lecciones como en sus tiempos de colegio. Sin saber siquiera cómo pedir un pedazo de pan en

dayak, mal podía internarme en un país donde no hay hoteles, ni intérpretes, ni guía "Baedeker", ni empresa Cook...

No fue del todo perdida mi residencia en Bandjermasin... Algo supe del país y de sus cosas. La ciudad está edificada a orillas de un caño o estero de marea, afluente del Barito, el río más importante de Borneo. Este río está cruzado, como por desgracia lo están casi todos los del mundo, por vulgarísimos vapores fluviales que suben hasta Bontok, el más remoto establecimiento holandés. Más allá comienza lo bueno, es decir, la tierra virgen y misteriosa, donde todo pueden imaginárselo la fantasía y la leyenda... Me hablaron de reinos poderosos y desconocidos, situados en las cabeceras del Barito, allá en las montañas casi ignoradas que separan las nominales posesiones holandesas de Sarawak.

Resolví exponerme a todo por visitar aquella comarca incógnita. Alguna vez había de darme el lujo de hacer algo a mi gusto. El tiempo parecía faltarme para abandonar los triviales convencionalismos del mundo moderno y entrar en la pintoresca barbarie.

El Barito no es ni más ni menos hermoso que la generalidad de los ríos ecuatoriales... Curso lento y majestuoso, aguas amarillentas, interminables recodos, árboles gigantescos, calor y zancudos. Los pocos pueblos del trayecto son misérrimos. Desde que se estableció la línea de vapores, no faltan los turistas, y en el mismo barco iban conmigo una docena, casi todos ingleses... Aprovechábamos las frecuentes escalas para visitar las chozas de los naturales, pobres gentes que ya habían aprendido el negocio de vender los productos de su industria bárbara y primitiva a los excursionistas curiosos... Ya no fabricaban arcos y flechas, macanas y hachas de combate, para guerrear, como en los dramáticos tiempos de su libertad, sino para enriquecer los museos de Europa... ¡Insoportable civilización!

Por otra parte, la abigarrada tripulación de nuestro barco nada tenía de pintoresca. Además de los turistas ingleses, había a bordo dos docenas de chinos y malayos, vestidos estos últimos casi a la europea, y tres o cuatro buhoneros sirios o turcos, como decimos en Chile.

En el pueblecito de Megeda tuve una agradable sorpresa... Allí subió a bordo, por fin, un tipo interesante, digno de servir de modelo a un ilustrador de Julio Verne, y que ni siquiera habría chocado en una edición de "Las Mil y Una Noches".

Era un dayak de pura raza, muy moreno, de nariz en forma de pico de águila, de mirada chispeante, profunda y enigmática, vestido con una corta túnica de seda clara, cubierta de estrambóticos bordados. Su turbante, su alfanje, sus borceguíes, su andar ceremonioso y acompasado, su actitud hierática de ópera cómica, todo en él contribuía a formar un conjunto único, pintoresco, nunca visto y sentido.

Interrogué al capitán, holandés flemático y fumador, acerca de aquel extraño personaje.

—Debe ser —me dijo— algún funcionario del reino de Tamanga. Muy pocas veces bajan hasta aquí.

—¿Y qué reino es ése? —pregunté.

—El más endiablado de la isla, no sólo bajo el aspecto político, aunque la historia de sus pendencias y vicisitudes llenaría muchos volúmenes, sino también por la originalidad de sus costumbres. El año pasado lo visitó un sabio alemán, y volvió medio loco. Encontró allí cosas inexplicables... El lenguaje usual de la isla, mezclado con voces extranjeras de un idioma desconocido, pero de innegable procedencia indo-europea... Tradiciones y leyendas que recuerdan a la vez los mitos germánicos y los del Oriente... Una política, una forma de gobernar sin parecido alguno en todo el globo terrestre.

El reino de Tamanga comenzaba a interesarme, pero no pude obtener por entonces mayores detalles.

Entretanto, el indígena fantasmagórico permanecía horas y horas sobre el puente, embebido, al parecer, en hondas meditaciones. Consecuente con mi idea de visitar el extravagante reino de que procedía, no pude, al fin, resistir al deseo de dirigirle la palabra.

Contestó a mi saludo con gravedad y estiramiento verdaderamente cómicos.

—¿Procede usted de Tamanga? —le pregunté.

—Sí, señor. . .

—¿Es usted jefe en aquel país?

Entonces, con el asombro que puede colegirse, le oí estas palabras textuales:

—Mast, erwina *sublegao* Laraua. . .

Lo que traducido del dayak al español quiere decir: "Soy *sublegao* en Laraua".

Este término de *sublegao* me chocó. ¿Qué podía significar esa palabra no conocida en el vocabulario de los dayaks? ¿Sería ésta una de las que produjeron tanta perplejidad y confusión en el sabio alemán de marras?

—¿*Sublegao*? —le pregunté—. ¿Qué significa esto?

—Es el nombre que da nuestro rey a los jefes de pueblos pequeños, como Laraua.

¡*Sublegao*! . . ., jefe de pueblo pequeño. . . Por asociación natural de ideas recordé a nuestros subdelegados. . ., personajes, por otra parte, mucho menos pintorescos, conspicuos y finchados que mi interlocutor. . .

¿Sería aquel término de origen español? Y si lo era, ¿cómo no cayó en cuenta de ello el sabio alemán? Por otra parte, las Filipinas están allí a un paso de Borneo, y en ese archipiélago, durante la dominación española, hubo subdelegados, lo mismo que en América.

—¿Y cómo se llama el rey de ustedes? —continué preguntando.

—Nosotros le llamamos *Sitta-Tabak* (Luz del Cielo), pero él se nombra *arboino*.

¡*Arboino*! . . . Esto sí que no era dayak ni tampoco español. . . Hay un nombre, si no me equivoco, de origen gótico o longobardo, que suena muy parecido, pero hace siglos nadie lo usa. . . Es el de *Alboino*, que llevó uno de los jefes bárbaros que invadieron la Italia en el siglo VI.

Mi interés por el reino de Tamanga crecía de momento en momento.

—¿Podría —pregunté— viajar por los Estados del rey *Arboino* o *Sitta-Tabak*? . . .

—Al rey no le gusta ver extranjeros en el país —continuó con mucha gravedad el estrambótico personaje.

—¿Pero no depende él de los holandeses?

Los ojos del *sublegao* de Laraual despidieron chispas, pero se contuvo...

—Así lo dicen —fue su única respuesta—. ¿Es usted holandés o gringo?

¡Gringo!... ¡Como suena y en español!

—¿Gringo?... ¿Inglés?... ¿British?... ¿Eso quiere usted decir?...

—British... Así los llaman los holandeses... Son los soberanos de nuestro enemigo el rey de Sarawak.

—No...; pero sé que ésa es una de las ciudades más im-

El *sublegao*, con gran estupefacción mía, palideció al oír estas palabras... Pero aún fue mayor mi sorpresa cuando, con un conocimiento de la geografía que le hubieran envidiado muchos hombres ilustrados de Europa, me preguntó en tono bajo y misterioso si yo era de Valparaíso, de Santiago o de Iloca.

—¿Iloca?... ¿Conoce usted Chile?...

—No...; pero sé que ésa es una de las ciudades más importantes de su país.

Por lo visto, el individuo estaba bien enterado... Pero ¿de dónde diablos había cogido esos nombres que tan exóticos y lejanos sonaban en las márgenes del Barito?...

—¿Habla usted español?... —le pregunté.

—No sé qué es eso...

—Castellano, quise decir.

—¿Castellano?

—Chileno, entonces, pues.

—¿El idioma de Chile?... No, señor... No he salido nunca de aquí.

—Entonces, ¿cómo conoce las ciudades de mi país?...

—Por los cuentos... Casi no hay ninguno que no pase en Chile... , sobre todo en Iloca...

Yo me restregué los ojos; creía estar soñando o volviéndome loco... Ahora simpatizaba perfectamente con las perplejidades del sabio alemán.

Volví a mi primera pregunta:

—¿Le parece que me permitirían entrar en Tamanga?

—Eso depende de lo que resuelva el rey... Como usted viene de tan lejos, de un país que no figura sino en los cuentos, como no es ni holandés ni gringo, bien puede que se lo permitan. De todos modos, yo le acompañaré hasta Tewehe, que es el primer pueblo de la frontera... y allí lo dejaré esperando órdenes.

Volví pensativo a mi camarote.

¿Qué podía significar este reino extraño donde, en pleno centro de la isla de Borneo, se usaban términos españoles, con bárbara prosodia; donde los jefes de aldea se llamaban subdelegados, y donde Chile, nuestra desconocida y remota república, figuraba como un país de leyenda... y tenían a Iloca por ciudad opulenta y populosa?...

¿Y aquel rey de nombre longobardo?... ¡Arboino! Al diablo se le ocurre.

III

No sé si ya he dicho que en Bontok termina la navegación por vapor en el Barito. Allí me despedí del capitán, de los turistas ingleses y demás compañeros de travesía... Era llegada la hora de emprender, solo entre bárbaros, un viaje en piragua, por un país desconocido.

El extraño *sublegao* de Larauai me condujo, antes de nuestra partida, a un tenducho donde pude vestirme al estilo del país. Aquella indumentaria era, como ya he dicho, sumamente original. Se componía de una especie de túnica ceñida a la cintura, de unos pantalones, o, mejor dicho, grandes medias de punto, análogas a las que vemos en las pinturas del siglo XV, y de turbante y babuchas de estilo oriental.

Al meterme en aquel traje, me pareció perder mi individualidad. Ya no era yo Miguel de Fuenzalida, sino un aventurero de lejanos siglos o de otro planeta, en marcha hacia un país de maravillas sorprendentes.

Por largos días remontamos lentamente el curso superior del Barito. A las monótonas llanuras litorales sucedió muy pronto una región de colinas, cubiertas de una vegetación opulenta. El río, cada vez más angosto y sombrío, se desarrollaba en interminables vueltas. Pero el país estaba deshabitado. Ni una cabaña, ni un solo indígena.

El *sublegao* conservaba siempre cierto misterio. Fuera temor o respeto, era sumamente reservado en todo lo que se refería a su extraordinario país y al rey que lo gobernaba. Muy poco pude sacar en limpio.

Tamanga era una monarquía relativamente joven. Hace treinta años, el país, dividido en infinitad de Estados minúsculos, se hallaba entregado a una espantosa anarquía. La guerra entre las tribus era permanente.

Entretanto, allá al norte de las montañas, hacia las vertientes del mar de China, el activo rajá de Sarawak, el hijo del primero de la dinastía Brooke, extendía más y más la órbita de sus conquistas. Por fin, un ejército del rajá atravesó la cordillera y penetró en tierras de Tamanga. . . Lo mandaba Sitta-Tabak, el futuro Arboino. . . Le he llamado ejército, aunque no era sino un puñado de hombres, en su mayoría chinos, pero disponían de rifles Comblain, y en todo Tamanga no existían sino dos o tres docenas de viejos fusiles de chispa. Cortés, con unos pocos centenares de aventureros, conquistó el imperio mexicano. Sitta-Tabak, a pesar de que sus chinos no valían lo que los soldados españoles del siglo XVI, tenía por delante adversarios aun menos temibles que los aztecas, y a más de esto desastrosamente anarquizados. Les ganó, pues, dos o tres batallas, casi sin disparar un tiro, y la independencia de aquel hermoso país pareció perdida para siempre.

Entonces el audaz caudillo entró en arreglos con algunos de los principales reyezuelos, les amenazó con la esclavitud bajo el dominio del rajá de Sarawak, y tuvo la fortuna de hacerse oír. . . A él no le importaba ni poco ni mucho aquel gringo de turbante, aquel marino hecho rey. . . En cambio, estaba dispuesto a defender a los tamangueses si éstos le aceptaban

como jefe... El venía de un país donde los hombres eran invencibles en la guerra, donde lo sobrehumano era vulgar, donde se nacía soldado... Los súbditos de cierto reyezuelo llamado Canem fueron los primeros en tenerlo por amo... Casóse con la hija y heredera del viejo soberanillo, y los individuos todos de la tribu se tenían por felices con ser mandados por aquel hombre oriundo de aquel país de maravillas. Uno de sus primos, llamado Roldán (así lo refería él), había derrotado él solo un ejército de más de diez mil individuos, y cortado la cabeza de un revés a un gigantón de cincuenta codos de altura, llamado por mal nombre Fierabrás. Este último hecho de armas había tenido lugar cerca de Iloca.

Dueño de los súbditos de su suegro, Sitta-Tabak emprendió poco a poco la conquista de todo Tamanga. Su prestigio, fundado en parte en su indiscutible valor, que rayaba en la temeridad, no lo estaba menos en las fantásticas leyendas que pronto se esparcieron en todo el reino, acerca de él y del país de donde procedía. Uno a uno, los jefes de las diversas tribus acabaron por rendirle acatamiento y aceptarlo por soberano.

Furioso, el rajá de Sarawak se aprontaba ya para castigar al general que le hiciera traición, cuando un acuerdo internacional fijó para siempre los límites de la influencia británica en Borneo... Tamanga quedó en tierra holandesa, y Brooke hubo de resignarse a permitir que Sitta-Tabak continuase disfrutando pacíficamente de su usurpación.

Esto o poco más fue lo que logré saber acerca del rey Arboino y de sus aventuras... Ello bastó, sin embargo, para convencerme de que iba a habérmelas quizás con un compatriota... ¿Quién sino un chileno podía conocer Iloca? ¿Acaso lee el pueblo fuera de nuestro país libros de caballería como el "Carlo-magno y los Doce Pares", origen evidente de la historia de Roldán y sus hazañas, que tanto éxito tuvieron en aquel remoto reino de Tamanga?

La hipótesis no me pareció extraña. En Chile es muy conocida la leyenda del roto vagabundo y aventurero, esparcido hasta en los últimos y más remotos confines del mundo, guiando caravanas de camellos en los desiertos de la Arabia, faquir

en la India y hasta jefe de tribu o conductor de pueblos en este o aquel paraje del continente negro. ¿No se dijo y repitió que Li Hung-chang, el famoso virrey de la China, era nuestro compatriota? Hasta hubo un cura de campo que obtuvo un gran éxito oratorio asegurando que el buen ladrón del Evangelio era chileno también.

¿Pero por qué diablos se llamaba Arboino aquel sujeto? . . . Este nombre exótico era el que no podía explicarme.

Llegamos a Teweh, punto donde corría la frontera de Tamanga. El *sublegao* me condujo a una especie de fortín construido de palizadas que servía de puesto militar. Allí tuve que esperar, en compañía de un medio centenar de indígenas, la llegada de las órdenes o permiso de su misteriosa majestad.

Teweh era entonces una conquista reciente de los taman-gueses, un puesto avanzado sobre el país selvático y desierto que separaba el reino de Arboino de las tierras sometidas a la influencia directa de los holandeses. Los soldados componían toda la población. Curiosa era la indumentaria de aquellos militares. No usaban ceñidas y altas medias como el *sublegao*, ni conservaban desnudas las piernas como la mayor parte de los indígenas, sino que se las envolvían en anchos calzones de lienzo que recordaban al mismo tiempo los gregüescos orientales y el uniforme francés de la época del Segundo Imperio.

En las noches se reunían aquellos ganapanes en la veranda del edificio principal del fortín, y pasaban horas de horas contándose cuentos. La afición de los orientales por las historias maravillosas, en parte alguna me pareció tan marcada como en Tamanga. Allí habría querido ver a algún miembro de la Sociedad Folklórica de Santiago. Salvo algunos cuentos de indudable origen indígena, la mayoría de aquellas relaciones eran disparatadas, mezcla vaporosa y confusa de tradiciones orientales, fábulas caballerescas y de elementos nuevos, inexplicables para todo el que no estuviera en ciertos antecedentes poco conocidos de la historia del mundo.

Las hazañas de Carlomagno y sus doce pares, las de Sansón y de David, algunos cuentos conocidos del folklore chileno

y "Las Mil y Una Noches" formaban el fondo del material novelesco. Pero además oí referir una tarde, en forma ciertamente original, el legendario heroísmo de Prat y de Condell en la rada de Iquique.

Eran dos buques enormes, colosales, todos de hierro, tan altos como montañas y tan rápidos en el correr como el viento de la tempestad; lanzaban lluvias de granadas, cada una de las cuales era capaz de reducir a polvo un barco poderoso. . . Los malvados moros (sic), que los habían construido, los destinaban a la destrucción de Chile, el reino protegido por Alá, el rincón bendito, asilo de los defensores del profeta y de la fe musulmana. Carlomagno, el monarca de Chile, no tenía barcos para defenderse, porque, confiado en el valor indómito de sus súbditos, sabía que no los necesitaba. Cuando ya se dirigían a Chile los formidables monstruos enemigos, envió a detenerlos a dos piraguas pequeñas, de no más de doce remeros y otros tantos soldados cada una. El capitán de una de las piraguas resolvió sacrificarse con todos los suyos, para detener así por unos momentos a uno de los gigantescos barcos de hierro... Muy luego el débil barquichuelo, despedazado por la destructora artillería de su antagonista, se hundió en el mar, pero los náufragos se lanzaron a nado sobre el buque enemigo, y degollando a todos sus tripulantes, se apoderaron finalmente de él. La otra piragua, entretanto, había logrado atraer al segundo monstruo de hierro hacia un arrecife, donde fue destrozado por las olas... Los narradores concluían afirmando que los capitanes de las heroicas piraguas eran parientes muy próximos del rey Arboino.

"Quizás voy a conocer —me decía yo mientras escuchaba aquella leyenda portentosa— al primer roto con imaginación que haya nacido entre los Andes y el océano Pacífico. No de otra suerte fueron acaso creadas, en la antigüedad remota, las leyendas de Aquiles y de Hércules, con cuyo prestigio la pequeña Grecia llegó a dominar a los vastos imperios del Asia."

IV

Veinte días después de nuestra llegada a Teweh volvió mi amigo el *sublegao* de la metrópoli del reino de Tamanga. Llevaba un permiso, casi una orden de Arboino, para que se me presentara a la corte.

—No le ha parecido muy bien —me dijo el *sublegao*— la aparición de usted a su *sacarrea* (sacra real) *majestá*. Dice que es muy extraño que un chileno legítimo haya viajado hasta aquí. . . Si la noticia llegase a oídos del pueblo, el caso podría ser peligroso.

—¿Pero por qué?

—Usted lo sabe perfectamente —fue la ambigua respuesta del *sublegao*.

No lo sabía, pero comenzaba a sospecharlo. El truhán de mi compatriota, hecho rey ahora bajo el nombre de Arboino, había adornado su historia y la de su país de origen con tantas y estupendas mentiras, que un testigo debía serle extraordinariamente molesto.

Felizmente, hasta entonces el *sublegao* había sido bastante prudente o respetuoso para no dirigirme preguntas indiscretas, y yo por mi parte resolví guardar en adelante, y mientras no estuviese seguro del terreno que pisaba, una completa y absoluta reserva.

Ni siquiera hice a mi acompañante nuevas preguntas, y así nuestro viaje entre Teweh y la capital de Tamanga se verificó en medio de un mutismo completo.

Atravesamos algunas poblaciones, todas pequeñas y medio sepultadas en medio de la selva. El terreno subía lentamente y se accidentaba más y más. A medida que nos acercábamos a las altas montañas que forman la espina dorsal de Borneo, el país era mejor poblado y los cultivos más numerosos.

Al fin pudimos divisar desde una altura la corte del rey Arboino. Se llamaba Kabinda, y podría tener unos cinco o seis mil habitantes. La mayor parte de las casas consistían en chozas de paja. . . Me señalaron como el palacio real un enorme

edificio cuadrangular, de un solo piso, blanqueado de cal, que ocupaba uno de los extremos de la población; a su frente se extendía un vasto espacio abierto: la plaza. Sin la vegetación exótica que caracterizaba el paisaje, sin la pintoresca indumentaria de los indígenas, se hubiera podido tomar el palacio de Arboino por la antigua casa de un hacendado chileno. Pocas o ninguna ventana hacia el exterior, ancho portalón, interminables corredores que se abrían sobre los patios.

Servía de entrada un enorme corralón, adoquinado con piedras de río. Al acercarnos, me sorprendí al ver que tanto el patio como la plaza se encontraban atestados de pueblo.

—¿Qué significa tanto pueblo? —pregunté a mi acompañante.

—Probablemente van a cortarle la cabeza a un médico —me contestó el *sublegao*...

—¿Castigan aquí con la pena capital el ejercicio de la medicina?...

—No; pero la mayor de las princesitas, hija de Su Majestad, está enferma; el rey ha ofrecido casarla con el que logre devolverle la salud. Muchísimos se han presentado con la esperanza de tamaño premio, a pesar de que está dispuesto que los postulantes, si no consiguen obtener mejoría en el plazo de veinticuatro horas, sean ajusticiados... "La cabeza te corto"... éste es el estribillo de Su Majestad..., y con el de hoy ya pasan de quince los pretendientes a príncipes consortes que han perdido la suya...

—¿Y de qué enfermedad padece la princesita?

—Es muda de nacimiento.

—¡Diablo de diablos! Mucho me temo que antes de que consigan hacerla hablar van a cortarse aquí muchas cabezas...

—Su Majestad asegura, sin embargo, que en Chile, cuando los reyes tienen hijas mudas, siguen ese sistema para dar con el que sea capaz de curarlas.

Y así en verdad proceden los reyes de nuestros cuentos populares, y sobre los usos monárquicos el bueno de Arboino

carecía probablemente de otras informaciones que las proporcionadas por tales cuentos.

En ese momento sacaban al patio al infortunado médico de afición... Era un mozalbete con cara de idiota y de soñador...

—Muy merecido le está por ambicioso y por necio —observó el *sublegao*—. ¿A qué se mete en lo que no entiende?

No pude menos de pensar que si en todos los países del mundo, y muy principalmente en Chile, degollaran a todos los que se meten en lo que no entienden, los negocios públicos y privados marcharían mucho mejor; pero, en cambio, muy pocas personas conservarían la cabeza en su lugar de costumbre.

Un grupo de altos funcionarios presidía la siniestra ceremonia. Entre ellos me llamó la atención un vejete gordo, pequeño, jorobado, con cara de malicia, a quien todos parecían rendir acatamiento.

—¿Quién es éste? —le pregunté al *sublegao*.

—El Kotah-Seia, el primer ministro de Su Majestad... Es decir, éste era su nombre, pero el rey le ha bautizado de nuevo... Ahora se llama... ¡Bertoldo!...

¡Qué rayo de luz!... ¡Bertoldo!... El héroe del cuento tan estúpido como popular, y que ha alcanzado en todas las lenguas más ediciones que "La Iliada", de Homero, y el "Quijote"... ¡Bertoldo!... Ahora comprendía por qué el rey se hacía llamar Arboino... Era en recuerdo del otro rey semifabuloso de los longobardos que figura en aquel viejísimo cronicón, tan gustado por nuestro pueblo.

Entonces, comencé a ver cuanto me rodeaba bajo un aspecto nuevo... El rey, el palacio, la princesa muda, los pretendientes degollados, el grotesco ministro, las inverosímiles leyendas que circulaban en aquel país estrambótico no eran sino una resurrección informe del mundo fabuloso en que se desarrollan las leyendas de Chile... Así me había imaginado yo mismo cuando de niño oía, al amor de la lumbre, los cuentos de mi nodriza, los reyes, los pueblos y los gobiernos de las tierras lejanas, colocados más allá de lo real.

Un hombre inculto, pero hábil y suspicaz, dotado de imaginación y de audacia, valiente como todo buen chileno lo es, embustero como lo son muchísimos, había llevado a esa tierra virgen, e impuesto a una población semiinfantil como verdades prácticas, todo un tejido de confusas patrañas.

V

Su Majestad Arboino II me recibió en audiencia privada.

Con lo que acababa de ver, no las tenía todas conmigo. Juzgué prudente y muy de acuerdo con las tradiciones monárquicas de mi compatriota, arrodillarme respetuosamente a sus pies. . .

Las vestiduras regias de mi interlocutor habrían sido incomprensibles para quien no hubiera estado en antecedentes. Llevaba sobre la cabeza una corona de oro legítimo y cubría sus hombros un manto de escarlata, con vueltas de género blanco pintarrajeado de cortas líneas negras, que figuraban groseramente el armiño heráldico, adorno de los reyes en los cromos de los libros de cuentos.

Pero si a algo se parecía el traje de Arboino era a un rey de baraja legítima de Olea. Ese, sin duda, fue el modelo.

¿Quién no ha visto alguna fotografía de la momia de Sesostris? . . . Pues bien, el roto que tenía delante (pues no podía ser sino un roto) se parecía extraordinariamente al antiguo faraón de la tierra de Egipto. . . Todos los días nos encontramos en la calle con tipos de esa especie.

Color entre cobrizo y aceitunado, frente alta pero deprimida, ojos minúsculos, agudos y penetrantes, pómulos salientes, boca gruesa y abultada, pera militar, bigote ralo y cerdoso.

A esto unía el estrambótico rey de los tamangueses, el nuevo Arboino, cierta actitud que, a fuerza de majestuosa, sería y hierática, llegaba a ser cómica.

—Vuestra Sacra Real Majestad habrá de perdonarme mi atrevimiento —comencé balbuceando en el más puro español—, pero he llegado hasta el poderoso reino de Vuestra Ma-

jestad atraído por la fama de su grandeza, que llena todos los confines del globo terráqueo.

—*Déjate de floreos...* —repuso Arboino en un español menos castizo—. *Si habís venío*, tanto peor para vos... Aquí *no entendimos* de futres, ni los queremos *pa naa*. Aquí no hay *deputaos*, ni *na* de esas bolinas. Aquí mando yo..., y agradece si no te corto la cabeza.

Un estúpido temor debió dibujarse en mi rostro. Arboino se echó a reír.

—*No pasís cuidao, ho...* —agregó, siempre riendo—. Si lo *ecía* por no *ejar*. Te tuteo porque así hacen los *reises*...; pero a un chilenito yo no le iba a cortar el *guargüero*, como a estos indios brutos de *poacá*... ¿Pero no *habrís* hecho *leseras*?

—¿A qué *leseras* se refiere Vuestra Majestad? —pregunté yo, más tranquilo.

—Digo que no *habrís contao* aquí *naa* de lo de Chile... Como allá no hay *reises* sino en los cuentos, yo *ei tenío* que meterles a éstos la mar de *paliques* sobre mi tierra... Es *pa* que me tengan respeto... Y me consideren.

—Había tenido ya ocasión de observar la hábil política de Vuestra Majestad —dije yo— y me he guardado muy bien de hacer revelaciones imprudentes... Podéis estar tranquilo, sire.

—¿Qué es eso de sire?

—Es el tratamiento que dan a los reyes en Europa.

—Miren, no más, *creerís* que no lo sabía... En los libros no lo dicen sino de *majestá*.

Mi coronado compatriota se refería seguramente al Bertoldo y a Carlomagno y los doce pares de Francia.

—Crea Vuestra Majestad —agregué yo— que estoy dispuesto a servirlo en lo que desee ordenarme.

—Lo mejor que *podís* hacer es mandarte cambiar cortito de aquí, pero antes me *vai* a sacar de un apuro... Como yo no *hey estudiao*, no sabía palabra de cómo son los *reises*. Esos cuentos que oí de las viejas deben estar llenos de mentiras... Yo tengo una hijita muda y se me ocurrió hacer lo que a los otros *reises* de tales cuentos... Ofrecí casarla con

el que la curara, pero *entoavía* no se ha *presentao* ningún maestro, ni soldadillo que tenga varita de *virtú*, y estoy cortando cabezas como mote... Yo no *pueo* retirar la orden, pero estos indios me están dando lástima. ¡Pa qué seguir degollándolos!...

—¿Y para qué los degüella Vuestra Majestad?

—¿Para qué? ¿Dónde *habís* visto *reises* que no corten la cabeza a los que se presentan a curar princesas y no las curan?

—Pero la mudez es incurable —observé yo.

—Así será, *pue*, *eñor*, con la gente ordinaria, pero no con las princesas... En las historias de los libros las curan siempre...

Yo no sabía qué contestar, ni me resignaba tampoco a romper aquel bárbaro delirio.

—Esa es —le dije, por fin— la mudez que viene de encantos, pero no la natural.

Arboino quedó pensativo.

—*Güeno*... —dijo—. *Vai* a ser vos entonces un mágico que *venís* de Chile *pa eusaminar* a la princesa y *vai* a decir que no tiene remedio *denguno*, a ver si así se dejan estos lesos de venir a que les corten la cabeza, porque lo que es yo no me *güelvo* atrás *re nunca*... Palabra de rey no puede faltar...

Y así quedé transformado en mágico por obra de la soberana voluntad de Arboino II, rey de Tamanga.

Aquel mismo día fui presentado a la corte reunida; la sala del trono, llamémosla así, era muy sencilla, pero estaba tapizada de arriba abajo con colgaduras de percal encarnado de a treinta céntimos el metro.

El rey, sentado en su alto solio, dirigió a los circunstantes algunas palabras en el idioma del país. Dijo que el poderoso Carlomagno, rey y emperador de Chile, le había enviado un poderoso mágico (de los muchos que allí había) para que examinara a la princesa muda y diera su opinión acerca de si ésta podía o no recobrar el uso de la lengua.

Mientras escuchaba estas mentiras estupendas, apenas

podía contener la risa ante el espectáculo de aquella corte abigarrada. A ambos lados del trono y colocados en fila, en actitud torpemente ceremoniosa y académica, los dignatarios del reino escuchaban reverentes el discurso del soberano.

Concluido éste, Su Majestad se dignó descender entre sus cortesanos y me hizo el honor de presentarme a los más conspicuos.

El copero mayor y el vaquero del rey eran, además del ministro Bertoldo, los que parecían gozar de mayor consideración... Allí, como en los cuentos de viejas de Chile, no se concebía una corte sin copero y sin vaquero.

Venían en seguida el comandante de policía, el médico mayor, el capataz y el tesorero.

¡Espectáculo imposible y disparatado!

Un rey y un reino como jamás nunca hasta ahora han existido en el mundo, como sólo pudo crearlos la imaginación desordenada y confusa de ese rústico inteligente y valeroso, si se quiere, pero sin más ideas de política o de gobierno que las aprendidas en el "Bertoldo", o en esos cuentos aun más desatornillados con que divierten los campesinos de Chile las largas veladas de invierno.

¿Cómo podía un pueblo entero rendir acatamiento a ese pobre huaso?

Poderoso es sin duda el prestigio de lo exótico y extraordinario en esos pueblos infantiles. Además, el flamante Arboino no tenía un pelo de tonto, y nadie como él supo jamás combinar mejor mayores mentiras... Sus fantasías no dañaban a nadie, y Tamanga no debía sentir el peso de la mano que creía gobernarlo sino cuando se trataba de la común defensa. Aquellas gentes, tímidas y dóciles por naturaleza, continuaban viviendo como antes, conservando sus costumbres tradicionales; el rey que se dieran en un momento de supremo peligro, les debía importar bien poco, ya que no sabía bastante de política ni de arte de gobierno, para hacer perjuicio ni ocasionar molestias.

Todo el aparato administrativo parecía reducirse a la corte... Era, pues, muy barato, y las pequeñas entradas pa-

gadas por los jefes debían bastar ampliamente a las pompas y necesidades de la monarquía.

Después de aquella audiencia aparatosa, el rey me llevó de nuevo a su gabinete particular.

—Ahora te *vai*... y cuidadito con volver... Ya *habís* quedado de mágico... Los *reises* antiguos eran muy ricos y podían regalar dos, tres y hasta cien cargas de plata... Aquí no es así, y te *habís dir* con las manos peladas... Esta misma noche, después de las oraciones, saldrás con el *sublegao* con que te viniste.

Dirigióme por última vez la mirada de sus ojillos irónicos y penetrantes, y desapareció tras las cortinas de una puerta...

* * *

Tal es la verídica relación de mi viaje a aquel reino inverosímil, el más extraordinario que haya jamás existido en el mundo. Siempre la realidad ha dado origen a la leyenda; aquí la leyenda se había hecho realidad.

¡Y qué leyenda aquella! Una leyenda informe, sin contornos precisos, sin color local determinado; constituida como el pueblo mismo donde ha nacido, por los más heterogéneos elementos. Reyes y pueblos que no son de ninguna época, ni raza, viviendo como grandes hacendados, con sus caprichos absolutos de hombres ricos, rodeados de brujos y maleantes, de soldadillos y aventureros de nuestra época, y de los genios y encantos de la Edad Media...

De residuos de todo aquello se formó el reino de Tamanga.

* * *

Volví a la civilización sin despegar mis labios acerca del secreto del rey Arboino... Quise que el misterio conservara, escondido en las entrañas de Borneo, el reino que sirvió de último refugio a la leyenda moribunda...

Pero hace días leí en un telegrama de "El Mercurio" una noticia que no ha podido menos de impresionarme.

Refería ese telegrama que el cuerpo expedicionario del coronel Van Houtten había derrotado por completo a las tropas del reino de Tamanga, en la isla de Borneo. El rey Sitta-Tabak, o Arboino, había perecido combatiendo valerosamente al frente de su ejército.

En los mismos instantes en que escribo estas líneas agoniza, pues, aquel reino extraño, construido como un castillo de naipes, y que no ha de sobrevivir al original aventurero, de infantil imaginación, que llegó a constituirlo con tan disparatados elementos.

El Capanga

ADVERTENCIA PREVIA.— *Si el lector conoce el Mamoré, espero de su buena voluntad que me perdone por haber antepuesto su paciencia a la geografía. Algo más de veinte cascadas se pueden contar desde Guayará-Guassú a San Antonio: leerlas sería casi tan trabajoso como pasarlas.*

MUCHAS COSAS se contaban de Pablo en Guayará-Merim y también en otros lugares, pero de cuanto se decía, lo único indudable era que había estado en el pueblo dos veces con un intervalo de cinco años; que la primera, su presencia apenas se notó, y eso solamente porque era muy rubio y algo tímido; que enfermó de paludismo, y que poco después desapareció. Esto último dio origen a los primeros comentarios o a las primeras conjeturas. Más tarde, mercaderes, viajeros y funcionarios trashumantes fueron echando las bases de su leyenda, a la que de cuando en cuando daban autoridad los relatos de transportadores de ganado o de buscadores de oro.

Parece cierto que durante esos cinco años hizo vida de vaquero en las llanadas del Yacuma. Si quienes sostenían esto tienen razón, se hace más fácil de creer la fama de hombre terrible que Pablo se ganó en ese tiempo. Para resistir la vida de los vaqueros de Mojos hay que estar hecho de material muy sólido: pelear a machete con el tigre, descabezar víboras, disputarle su presa a un caimán, son cosas que consideran dentro de su oficio y no reputan como hazañas. Pero aun entre esos hombres, Pablo ganó, si no la gloria de valiente, que se

descuenta, por lo menos la de ser más peligroso que la cascabel, porque ésta siquiera hace ruido al atacar. Donde la vida humana no vale nada, el número de asesinatos hace respetable al autor, y al machete de Pablo se le contaban muchos destrozos ciertos y más atribuidos. Además, decían de él que era capaz de viajar solo meses enteros por el monte, que era tan sobrio como resistente y muchas cosas de esta especie, que cuando las dice quien sabe lo que es la selva, tiene el valor de un inmenso homenaje.

Como fuera, lo cierto es que no mataron al gringuito el paludismo, ni el sol de fuego de la estación seca, ni las inundaciones con que el Beni origina, alimenta y mata sus hermosas criaturas. Lo cambiaron la extensión interminable de las llanadas, el eterno crepúsculo húmedo y caliente de la selva, la necesidad de mantenerse continuamente alerta, de vencer siempre o ser vencido para siempre.

¿Con qué fin regresó Pablo a Guayará después de tanto tiempo, y por qué no permaneció allí tranquilo, sino que se metió al monte como si lo persiguieran? Nadie lo sabe, pero desde entonces empezó a crecer su fama de asesino, de valiente y de matrero. Lo apodaron con el terrible sobrenombre de Capanga, porque decían que mataba por encargo.

Finalmente, dos cosas más llegaron a saberse sobre él: que violó a una muchacha ciega que vivía en Guayará —lo que produjo un curioso sentimiento de horror y de repudio en una población donde semejante conducta era normal—, y que, por algún motivo, don Miguel Azuela —uno de los vecinos más poderosos— tenía razones para suponer que su tranquilidad peligraba si Pablo seguía suelto. El dinero y el miedo de don Miguel perdieron al Capanga; lo cogieron dormido en el monte por traición de un arriero que debía traerle azúcar y café, y le trajo, en cambio, veinte fusiles. No tuvo tiempo de defenderse: el terror que se había unido a su nombre y la dilatada impunidad le adormecieron por un momento el instinto y éste se olvidó de advertirle el peligro.

En una palabra, la tercera entrada pública suya en Gua-

yará-Merim fue de nuevo a la luz del día, pero atado de manos y cuidado por veinte hombres, más dispuestos a matarlo cuanto más le temían. Desde el momento que se vio cercado, no pareció pensar en resistirse. Estuvo un rato mirando a don Miguel mientras lo ataban, pero no dijo nada. En el pueblo lo metieron en la cárcel pública, pero como las paredes de caña revocadas con barro no ofrecían muchas seguridades, le pusieron cuatro centinelas de vista; cada uno con un fusil y cada fusil con bala en boca. Los captores se concedieron el medroso honor de cuidarlo por turnos, placer que ni siquiera don Miguel rechazó por no parecer que tenía miedo de un hombre atado e inerme.

Se calculaba que dentro de tres días estaría de regreso un mensajero que enviaron al llegar y que traería algunos soldados para trasladar a Pablo hasta un lugar donde pudieran juzgarle.

La captura sucedió en la mañana y el día fue transcurriendo lentamente. El Capanga, tendido, dormitando, y sus cuidadores acucillados frente a él, fumando y mirándolo. Ya al atardecer, uno de ellos lió un cigarrillo y lo puso entre los labios agrietados del bandido; éste se quedó observándolo unos segundos y le escupió en la cara el cigarrillo y un salivazo.

El turno siguiente correspondió a don Miguel y otros tres. Hasta entonces nadie había escuchado la voz del cautivo, pero al ver al que le debía su libertad, se enderezó un poco en el suelo y dijo:

—Hola, ¿ya no le campanean los pantalones?

La cólera de don Miguel se encendió como si le hubieran dado un latigazo y hasta hizo un ademán agresivo hacia Pablo, pero de pronto mudó el gesto y contestó con voz amable; es decir, por lo menos al principio:

—Hijo, insolente habías sido, carajo, porque sabes que yo no soy de los que se atreven con uno que esté amarrado, aunque sea un carajo como tú, que forzó a una ciega.

—Oiga, mejor no me carajee, don, que mañana puede arrepentirse. Guarde la valentía para cuando yo ande suelto.

No la gaste ahora. Mire, atienda que todavía falta mucho para que me saque de aquí.

—¿Tú crees que vas a escaparte? —preguntó don Miguel, ya sin cólera.

—¿Cómo será, no? —contestó el otro desde el suelo.

Don Miguel se volvió hacia uno de los que lo acompañaban y le mandó que trajera comida para el prisionero.

—¿Te das cuenta de que no te tengo miedo? —le preguntó en seguida.

Pablo sabía que la comida no es como los cigarrillos. Sin éstos, se sienten ganas de fumar; sin aquélla, las piernas se ponen débiles y hasta puede que uno se muera si dura mucho. Y ¿quién puede decir lo que va a suceder mañana? De manera que se hartó de arroz con charqui sin decir palabra.

Cuando hubo terminado, don Miguel mandó a un peón revisarle las ataduras de las muñecas y éste encontró que de toda la sogá de la mañana no quedaba sino un cordelito sobre las manos de Pablo. Saltó hacia atrás apuntándole a la cabeza y vociferando incoherencias.

El primer resultado de este descubrimiento consistió en que las ligaduras fueron reforzadas con gran cuidado. El segundo, que el miedo de los captores y de toda la población, que no perdía detalles del asunto, aumentó hasta la histeria. El tercero demoró más, pero su primer indicio fue que don Miguel se puso pensativo y siguió así cuando lo relevaron de su guardia. Con el amanecer, regresó; despertó al asesino, estuvo un rato observándolo y dijo solemnemente:

—No vamos a esperar el regreso de nadie, porque te zafarías en el camino.

Y se quedó esperando la respuesta, pero el otro no dijo nada.

—¿Sabes lo que vamos a hacerte?

—Claro que no.

—¿Y no te importa?

—¿Qué más da? —contestó Pablo—. Igual es morirse de cualquier manera. ¿Usted me va a matar?

—No. Nadie te va a matar. Vamos a echarte al río, amarrado a dos troncos. Si te salvas, será que Dios te sacó. Si te mueres... , pues, para que aprendas...

Cuando le separaron las manos para atárselas a la cruz de madera que ya estaba preparada junto al agua, Pablo pensó que si se resistía le darían un tiro allí mismo. Valía más dejarse arrojar al agua, porque si las posibilidades de salir vivo eran casi nulas, por lo menos las había. En cambio, con una bala en la cabeza no podía vivir nadie. De modo que ni siquiera se necesitó forzarlo a tenderse de boca sobre los troncos.

Lo ataron fuertemente a la cruz con alambre de enfardar y luego fueron empujándolo hasta que entró en el agua de cabeza. Entonces empezó la madera a flotar y, por fin, un último esfuerzo la separó de la orilla. Sobrenadó un momento indecisa y en seguida se deslizó suavemente hacia adelante.

Los hombres que lo miraban alejarse sintieron un profundo alivio por haber entregado su prisionero al Mamoré.

Pequeña y como absurda se veía la figura en el agua grande. Y aun más incoherente fue el rugido que llegó desde la corriente:

—Azuela, te juro que saldré vivo de aquí. Te mataré. Te mataré. Te llevaré al monte y te amarraré al palosanto para mirar cómo te comen las hormigas. Te mataré, hijo de perra, juro que te mataré...

Las últimas palabras se perdieron a lo lejos, pero aún en el sonido insensato, los de la orilla sintieron la furia que raspaba la garganta del Capanga. Empezaron a volver a sus casas, tranquilos ya.

Entretanto, en medio de la caliente y nublada mañana de la selva, Pablo bajaba con el río.

* * *

Abatió la cabeza sobre la piel rugosa del cedro, cerró los ojos y se quedó un momento sin pensar. Notó por primera vez el suave balanceo de su embarcación. Luego, sin más

que la mañana para oírle, volvió a estallar en alaridos de rabia.

Le parecía ver la cara del traidor que lo entregó; en seguida le pasaban por el recuerdo como un relámpago las horas del cautiverio y se incrustaba los alambres en los brazos tratando de coger esos cuellos odiados, pero entonces sentía su inmovilidad y de nuevo la rabia le salía por la garganta en un rugido.

Se sentía manoseado como un animal doméstico. Aún le sonaba en los oídos la voz del que lo ató.

—¡Voy a salir! ¡Tengo que salir vivo!

Y vociferaba una serie de insultos repugnantes, sin ilación, no dirigidos a nadie. Apenas con el recuerdo de muchas caras odiadas.

La ira le apretaba las costillas, le pateaba la garganta haciéndolo gritar, le quemaba los ojos que le goteaban lágrimas sobre el madero mojado.

Pensaba matarlos uno a uno, pero no con bala, no con machete. No. Lento habría de ser; que vieran ellos mismos como morían. Las terribles imágenes que le aparecían en el cerebro al pensar en esto lo calmaban un poco. Pero en seguida, como si se empeñara en torturarlo, el recuerdo le arrojaba a la conciencia, casi como una sensación, el contacto de las manos del que lo ató, la presión dura y humillante del fusil que le apoyaron en la nuca al desatarlo, la voz de ese perro asqueroso cuando entró en la prisión y le dijo con los ojos llenos de risa: "No vamos a esperar el regreso de nadie, porque te zafarías en el camino".

Entonces le parecía tenerlo delante, ahí mismo en el río.

—¿Crees que de esto no voy a zafarme? ¡Juro!, ¡juro!, juro que saldré vivo para matarte...

La voz enronquecida por los gritos y las lágrimas espantaba las garzas y los patos de la orilla, que se elevaban chillando en el aire gris y neblinoso de la mañana. Pero no los veía Pablo, ni oía el retemblor de las alas asustadas y bulliciosas. Su tremendo deseo de venganza lo llevaba al tiempo

que transcurriría cuando hubiera salido del agua, cuando hubiera reposado un poco y regresara a cumplir lo prometido.

Pero el dolor de los brazos y el pecho, que recién empezaba a insinuarse, lo trajo a este tiempo que corría ahora y corría hacia la muerte. Pero no, él no; él no iba a morir esta vez. Saldría, saldría, saldría vivo.

En verdad, cuando le anunciaron cómo harían para deshacerse de él, Pablo pensó de inmediato que no debía de ser tan difícil dirigir un tronco hacia la orilla con violentos impulsos del cuerpo.

—¡Saldreeeeé! —gritó de nuevo, con una especie de alegría salvaje.

Miró hacia adelante forzando el cuello. Navegaba con la cabeza en el sentido de la corriente, de modo que podía ver el tramo que iba a recorrer en seguida. Volvió la vista hacia la orilla y verificó que era llevado con bastante rapidez, por lo que decidió esperar que el cauce se ensanchara un poco; entonces empezaría él a imprimirles lentos cambios de dirección a los maderos hasta llegar a la orilla. Este pensamiento lo llenó de una alegría que era como el otro extremo de la furia y el sentimiento de humillación anteriores. Con el cuello tendido hacia adelante observaba el enorme camino líquido por donde era llevado y, de cuando en cuando, pensar que pronto él mismo detendría su marcha, lo sacudía de alegría y lanzaba un gruñido suave por entre las mandíbulas apretadas.

Quiso su buena suerte que la corriente fuera acercándolo más y más a la margen derecha. Ya casi no divisaba más que una vaga línea verde de la otra ribera. En cambio, de ésta ya distinguía hasta los hierbajos de la orilla. Los troncos de los árboles, casi invisibles detrás de su vestidura de líquenes y enredaderas. Los pájaros parados mirando el agua en las pequeñas playas que la vegetación dejaba libres. Sus ojos conocedores llegaron a mostrarle hasta las ocultas sendas de las fieras que van a abreviar, y entonces, como un golpe violento, se dio cuenta de su insensatez: tocar la tierra era su muerte segura. ¿Qué iba a hacer una vez que los troncos dejaran de

moverse si tenía las manos atadas y sin duda por ahí no pasaba nadie sino animales salvajes que lo atacarían en cuanto notaran que no podía defenderse? Entonces se dio cuenta también de una verdad terrible: o lo sacaban seres humanos del río o estaba condenado a morir. A morir, ¿cómo? Si ninguna otra cosa lo mataba antes, el hambre haría su faena algún día. ¡Algún día! Y otra certeza más, aun peor, se le estableció en el pensamiento: la de que no sabía cuánto tiempo estaría condenado a bajar por el agua sin poder hacer nada, sin morir y sin saber en qué momento moriría. Por primera vez, Pablo no tuvo ya rabia ni desesperación, sino un miedo insano.

—¡Las cachuelas! —gimió de pronto, porque le vino a la memoria el recuerdo de las cascadas del Mamoré, por las que inevitablemente habría de pasar.

Pablo, como todos los hombres fuertes, había olvidado ese ejercicio a que se entregan los impotentes y que consiste en imaginar lo que sin concurso de nuestra voluntad ha de beneficiarnos. Así, perdida la posibilidad de actuar sobre la realidad, no le quedaba sino la desesperación, el horror de hallarse entregado por entero al acaso. Con el mundo reducido al espacio que podía separar su mejilla del madero, torciéndose el cuello, y a lo que los ojos, forzados dentro de las órbitas, pudieran enseñarle de lo que le rodeaba. Y, sin embargo, conservaba toda su capacidad de pensar y de recibir impresiones, y, lo que es peor, de prever el destino de su viaje.

Desesperado, entregado ya a lo inevitable, sin hablar, casi sin pensar en nada que no fuera una punzante certeza de su pérdida, las cuerdas del cuello laxas y la cabeza colgante sobre el madero a unos centímetros del agua, fueron transcurriéndole unas horas de las cuales casi no tenía conciencia.

Por entre su sopor le pareció notar que la extensión del agua se había hecho interminable. Sólo allá, muy lejos, los ojos inertes le mostraban manchas de monte espeso sobre la ribera izquierda, y unas islas que se adormecían navegando

río arriba a la luz del atardecer. De pronto, desde el fondo de la conciencia y con esa facultad que nos da el nombre de las cosas antes aun de reconocerlas, articuló en voz muy baja y sin mover la cabeza:

—El Beni.

Y bruscamente comprendió que si no se equivocaba, estaba salvado, porque junto a la embocadura está Villa Bella. No alcanzó a gritar porque mientras trataba de encontrar una palabra que le permitiera pedir socorro, vio que dos lanchas se acercaban desde la orilla: una más cercana, la otra muy distante todavía. Con los ojos enormes abiertos se quedó mirándolas aproximarse, silenciosas y tranquilas. Por fin, la primera llegó a su lado y un mestizo sacó medio cuerpo afuera por la borda; dio un respingo y gritó hacia adentro:

—Che, si está atado. A ver, ayúdame a sacarlo.

—¿Cómo dices? —preguntó una voz desde arriba.

—Que me ayudes, porque está atado.

—Vaya —contestó la voz—, no seas, pues, zonzo; si está atado es que alguien lo ató. Deja no más que se vaya.

Pablo no podía hablar, ni dejar de mirarlos. Vio el lento giro de la proa hacia la orilla. Oyó que al cruzarse con los otros les gritaban algo, y las dos embarcaciones empezaron a alejarse.

Llegó la noche. Pablo notó como entre sueños que había cambiado de posición y ahora navegaba con los pies en el sentido de la corriente. Tenía un dolor insoportable y fatigoso en los hombros y en la espalda. Le pareció escuchar algo como un trueno lejano. ¿Sería trueno? Los troncos cabecearon suavemente y de pronto el Capanga sintió un alivio infinito. Los mil ruidos que llegaban desde la orilla en tinieblas desaparecieron. Ya no sentía dolor en ninguna parte del cuerpo. Casi tenía la seguridad de que le bastaría querer mover un brazo o una pierna para conseguirlo inmediatamente. El rumor de chapoteo del agua contra el tronco le pareció también infinitamente suave. Alguna vez antes él se había sentido así. Como una dulce certeza de libertad, le volvía el de-

seo de mover algo, un brazo o una pierna, pero no quería mover nada. Se sonrió con la cara junto al agua. La noche estaba muy tranquila y fresca. Le pareció estar sentado a la puerta de su casa, allá, cerca del mar; su hermana jugaba con aquella muñeca sin pelo, esa con que la hacían llorar, diciéndole que tenía el cuerpo relleno de aserrín. El perrazo —¿cómo se llamaba? “César”— salió corriendo y le robó la muñeca a la pequeña; ella lloraba como una ratita, el perro sacudía entusiastamente la muñeca en su tremendo hocico y él reía a carcajadas. La madre debe de haber pensado que él la hacía llorar porque lo llamó:

—Pablo... Pablo...

El seguía riéndose tranquilamente.

—Pablo... Pablo...

Había algo raro, algo extrañamente chocante en ese llanto, algo que no calzaba bien en la situación. Además, sonaba demasiado cerca para venir desde dentro de la casa.

El Capanga levantó la cabeza lentamente. Sintió un peso sobre la espalda y casi en seguida un aleteo violento que se llevó el peso. Los gritos se fueron también detrás de las alas. Aún le costó un momento volver a la realidad. Luego, bruscamente, se dio cuenta de todo.

—Pájaro maldito —dijo en voz alta, y le resultó muy raro escucharse.

Había sido una “viuda” que se había detenido sobre él: el ave embrujada que en las noches de la selva llama a su hombre con un grito lastimoso que semeja el nombre del bandido.

De nuevo el dolor se había establecido sobre su pecho y a lo largo de todo el cuerpo, desde la nuca hasta los talones. Recordó lo que había soñado y le pareció demasiado real para ser sueño. De repente se dio cuenta de que había estado a punto de morir y de morir de miedo.

Hacia el horizonte del agua el cielo estaba tomando un color ceniciento. Empezaba a amanecer. Sintió frío. Volvió a darse cuenta de que estaba atado.

Con un esfuerzo enorme hizo saltar los nervios dentro del cuerpo. Se dispuso a repeler ataques. Aguzó los sentidos. Tocó la superficie del tronco con los dedos. Decidió hacer variar de posición el tronco, no importa cuánto costara.

“No —se dijo a sí mismo—, no. Si te gastas ahora en hacer estupideces, luego no podrás hacer otras cosas.”

En ese momento los troncos se estremecieron con un temblor extraño, porque algún pez grande había pasado por debajo. La vibración sacó por entero a Pablo de su sopor. Entonces, por fin, sintió que no moriría en ese estado. Ya el río se había puesto completamente claro. Si no hubiera sido por el pájaro, el pez que hizo temblar los troncos...

—Gracias... , gracias... —articuló en voz baja.

Levantó un poco la cabeza y le pareció que el sol estaba demasiado alto para haber amanecido apenas un momento antes.

“Sí. Estuviste a punto de morirte” —se dijo.

El pensamiento claro de la muerte le dio por fin conciencia plena de lo que pasaba; y le trajo juntamente el recuerdo de su captura y de los que lo habían puesto en el río. Y entonces, ya sin el ardor insano del día anterior, se reiteró a sí mismo la promesa de no dejarse morir, de esperar vivo cuanto fuera necesario para que alguien lo viera y quisiera sacarlo del agua.

Un día el cobarde de Azuela sabría que el hombre que había echado al río estaba de regreso en Guayará. Pablo lo veía con los mismos ojos que se le reían sin querer al comunicarle su decisión, turbios y rojos por el miedo y el insomnio.

—No —dijo a la vez que una olita le mojaba la boca—. No puedo morirme, Azuela, hasta que vuelva a verte.

Haría tal como prometió: lo llevaría al monte caminando muchas horas, hasta encontrar un palosanto. Si lo hallaba antes de tiempo, antes de que Azuela hubiera gemido y suplicado todo lo necesario, seguiría caminando con él, monte adentro. Y una vez elegido el tronco justo, lo ataría sólo de

las manos, para que pudiera defenderse un rato de las hormigas, pateándolas, mientras él lo miraría todo, sentado y fumando. Y cuando Azuela hubiera dejado de moverse, rojo de hormigas, volvería a Guayará a cobrar el resto.

Por sobre el rumor del agua, un pequeño aumento de otro ruido, que hasta entonces no había registrado su conciencia, empezó a llegarle ahora con claridad. Miró alrededor y vio que el agua hervía, sonaba y se arremolinaba en toda la superficie del Mamoré, que se había estrechado mucho. Los troncos empezaron a saltar sobre el agua; se detenían y Pablo tenía la impresión de caer hacia adelante; luego, con un cabeceo violento, seguían su curso. La rapidez de la corriente aumentaba por momentos. Parecía que la ribera derecha corría hacia arriba.

—Una cascada —dijo Pablo con una especie de alivio. Ya no sentía el miedo que lo había entontecido cuando pensó que caería por ellas. Se le contrajo todo el cuerpo y decidió otra vez—: No moriré —pero con un esfuerzo interior tan enorme, que la voz casi era un susurro que él mismo no oyó, porque el rugido de la catarata disolvía en su estruendo todo otro ruido. Estiró el cuello, y allá lejos, después de una curva muy lenta, vio algo como una nube suspendida sobre el río. El estruendo del agua al caer y pulverizarse abajo era terrible. Le parecía que todo su cuerpo sonaba y vibraba. Ojalá que los maderos hubieran tomado por abajo bastante agua como para contrapesar su cuerpo si salían verticalmente. No se le ocurrió que al caer podía perfectamente chocar contra algo y destrozarse. Sólo reunía fuerzas para no perder el conocimiento con el golpe y poder dirigir la salida de los troncos de manera de quedar él encima. Si no, moriría ahogado.

Faltaban apenas unos cincuenta metros para llegar. Como él y su camino se movían a la misma velocidad, no se daba cuenta de cómo corría, pero en un momento llegó casi al borde. Instantáneamente notó que iba de cabeza al abismo y con un sacudón desesperado trató de variar un poco la caída. Los troncos se movieron levemente, y en un solo momento Pablo

vio los pies hirvientes de la cascada, el ruido aumentó hasta casi lo inaudible y cayó al vacío. Sintió un golpe tremendo, pero no podía darse cuenta de si había caído o no en el agua de abajo, porque no sentía el cuerpo mojado. Sólo los oídos le sonaban extrañamente. Bajo el agua, los troncos se movieron como disparados hacia adelante. En seguida, como si una voluntad gigantesca y rapidísima los llevara, se inclinaron hacia el fondo, rozaron el lecho de roca, continuaron su curva y fueron a salir a la superficie con tanta fuerza que casi volaron fuera del agua.

Pablo no había quedado completamente inconsciente, pero sólo después de un largo rato notó que en realidad estaba respirando, que había quedado sobre el agua y que ya, como si no se hubiera tratado más que de un sueño, el ruido del salto era apenas, concentrando toda la atención en el oído, algo parecido al rumor de un trueno lejanísimo. ¿Qué hora sería? El sol estaba a la izquierda del curso del río y le daba sobre la mejilla derecha, lo que significaba que estaba flotando al revés. Si miraba por sobre el agua hacia atrás, él hubiera dicho que era el mediodía, porque las orillas y el calor tremendo del sol y la quietud de las cosas hablaban de almuerzo. Sólo de cuando en cuando el grito de un papagayo invisible servía apenas para reforzar la impresión de sosiego y descanso. El cauce se había ensanchado mucho y la corriente era lenta, casi dormida. En la enorme extensión, no se sabía hacia dónde marchaba; en realidad, no se sabía siquiera si se iba a alguna parte o no. Pero sobre la quieta superficie corrían unas pequeñas corrientes más rápidas; algunas marchaban paralelas a las riberas invisibles, otras se dirigían hacia ellas más o menos presurosas. En una de éstas entró Pablo y sintió el tránsito del sosiego al movimiento, pero cerró los ojos y siguió descansando sin preocuparse. Le dolían con fuerza las costillas por debajo de uno de los alambres; respirar le producía algo así como una puñalada en el lugar del dolor. Pero estaba contento; le había ganado al río la primera lucha. Notó que estaba por desmayarse, porque le parecía girar suavemente en el bor-

de de un gran círculo. Trató, ayudado por el cansancio, de distender los músculos del lado dolorido; le pareció obtener con eso cierto alivio. Seguía girando parsimoniosamente, como si ni los troncos ni él tuvieran peso, como si estuviera por dormirse con toda comodidad. Aunque no eran semejantes, la situación de ahora le hizo recordar el peligro de la noche pasada. La noche pasada. . . ¿Cuántas noches había pasado en el río? No supo contestar, pero antes de la cascada había sucedido una noche en que casi murió. Abrió los ojos. Se le paralizó la respiración porque iba derecho a la orilla. ¿Cómo había podido acercarse tanto si apenas un rato antes no la veía? Pero entonces notó que cambiaba constantemente de dirección y vio que se encontraba en uno de los peores lugares en que podía haber caído: un remolino lento cercano a la ribera. Justamente lo único que no había pensado. El había visto árboles enteros podrirse girando lentamente sin salir de su suave prisión. Y si un árbol se deshacía, ¿qué le sucedería a un hombre?

En ese mismo momento los que lo pusieron en el río estarían tranquilos caminando sobre la tierra firme, o fumando o tomando café tendidos en una hamaca. Los mosquitos zumbaban furiosos clavándole las manos, el cuello, hasta los párpados con sus agujas de fuego. No los sentía. Tampoco sentía las bandadas de papagayos que pasaban como luz irisada y cuajada y gritona por sobre su cabeza. Giraba sin prisa: un círculo sobre el anterior, y otro, y otro y otro. . . Allí en la orilla, una sombra moteada lamía el agua ruidosamente, apenas a veinte metros de su prisión desesperante: un tigre abrelando en el crepúsculo. Un grito espantoso salió de entre los árboles y se repitió tres veces: un pájaro. Ruidos familiares. Pablo sentía vagamente la opresión del hambre en el estómago vacío. Lo demás no lo sentía; eran sólo los ruidos de la selva que se despierta al caer la noche para cazar, para matar, para morir, repetidos mil veces, oídos siempre, siempre iguales. Ruidos amigos que no se notan e invitan al sueño. Pablo giraba sobre sus troncos por el mismo camino in-

visible, sin demora ni apremio, simplemente girando. Estaba muy cansado. Decidió dormir cuando ya casi estaba dentro del sueño y se dejó ir. El tigre terminó de beber, salió del agua produciendo un rumor mojado, sacudió las patas delanteras nerviosamente, hizo gorgoritear el gástrico como si lo probara y, satisfecho, se metió entre los árboles. Desde las ramas, la "viuda" llamaba a Pablo, pero el Capanga dormía tranquilamente sobre sus troncos, girando.

Despertó antes del amanecer. La noche estaba muy oscura, muy caliente, muy húmeda. El descanso le devolvió el deseo de salir, pero también el dolor de las costillas y un curioso ardor sobre la cara. No obstante, se hallaba en cierto modo satisfecho, porque sentía las cosas claramente y podía pensar. El dolor era una prueba de que estaba vivo y completamente despierto... , pero preso en un remolino lento. Sin embargo, no le importaba: esperaría, esperaría vivo hasta que alguien pasara por el río y quisiera sacarlo. Aunque quizá fuera posible hacer salir los troncos agitándolos. Empezó a balancearse tratando de no oprimir con el alambre las costillas dañadas; descubrió que dando cabezadas contra el agua el vaivén era mayor; en uno de sus sacudones, tocó con la cara algo que flotaba; aguzó los ojos y distinguió vagamente el vientre blanco de un pececito muerto. Intentó cogerlo con los dientes, pero había cambiado un poco de posición y no lo alcanzaba. Desde entonces, todo su esfuerzo se concentró en no perderlo de vista. Sabía que estaba condenado a girar sobre el agua como él, de modo que cuanto debía hacer era esperar el momento en que pudiera cogerlo, confiando en que no viniera otro pez y se lo comiera primero. Largo rato de paciencia y dolor intolerable en el cuello le costó la cacería, pero el enorme contentamiento que experimentó cuando por fin lo tuvo entre los dientes le hizo olvidar el dolor. Lo puso sobre la madera y reposó un momento la frente junto a su presa.

Luego se lo comió lentamente, a conciencia, sabiendo que quizá no iba a repetirse de nuevo semejante hallazgo. En se-

guida relajó el cuerpo para gustar el bienestar del hambre satisfecha.

Algo lo inquietó de pronto. Algo había cesado. Algo faltaba para que todo estuviera bien. La oreja, buida hacia las cosas, le dio la respuesta y la alegría consiguiente.

“Va a haber tormenta”, se dijo, como si informara a otro que debía alegrarse, porque la lluvia haría subir el nivel del agua y lo sacaría de sus círculos.

Es que todo el rumor de la selva: los gritos, rugidos, silbos, trinos y todo el mundo de sonidos de los animales que duermen o velan, se había detenido de pronto.

—Va a haber tormenta —repitió sin alzar la voz.

Un instante después, los ruidos de la orilla se restablecieron. Empezaba a clarear el cielo. A lo lejos estalló el primer trueno, y casi de inmediato la noche se cerraba de nuevo y la lluvia, la increíble lluvia de la selva, empezó a caer sobre el cuerpo del Capanga.

El Mamoré se encrespó bajo la lluvia y los rayos encendían el agua hirviente de luz azul. Un tirón violento y absurdo levantó a Pablo y lo arrojó en medio de la corriente. Cuando callaba el trueno, por encima del retemblor de la lluvia se oían los gritos de alegría del Capanga.

—¡Saldré vivo, mierda! ¡Saldré!

Sentía ramas pasar a su lado. Su embarcación temblaba, chocaba con objetos invisibles, giraba como enloquecida, se detenía bruscamente y luego se lanzaba hacia adelante. Pablo, casi ahogado por la lluvia, tragaba, sin embargo, por boca y narices el aire picante de ozono de la tempestad con una alegría salvaje.

Tal como había llegado se fue la lluvia. Un momento antes azotaba la piel violenta del río, y ya no. Seguía tronando, pero cada vez más lejos. El sol brillaba sobre el agua, oblicuo y limpio.

La agitación de la tormenta y quizá también el haber comido revivieron en Pablo la ira, pero ya sin desesperación. Ahora estaba seguro de salir vivo del río. Tendía la vista sobre el

agua y la veía llena de despojos, de ramas, de árboles enteros. Ya no estaba solo. Dos manchas oscuras trajinaban, arrugando la superficie y partiéndola suavemente delante de ellas, entre los objetos que la tormenta había regalado al agua. Luego descubrió más: eran caimanes buscando alimento. Pero aún otro ser vivo llevaba el río; un pecarí se equilibraba gritando sobre unas ramas. Pablo sintió simpatía por el bicho. De haber podido, habría hecho algo por que llegara a la orilla, pero, por lo menos, lo miraba afectuosamente.

No duró mucho el chanchito. El diestro coletazo de un caimán lo sacó de su refugio; otro se precipitó a cogerlo y el río se agitó un momento con los bufidos de las dos fieras; después ambos asieron a un tiempo de la presa y desaparecieron bajo el agua para ahogarla.

El río reptaba ahora más rápido, calentándose al sol. Pablo se sentía más y más afiebrado a medida que el día avanzaba. El dolor de cabeza lo obligaba a cerrar los ojos. Entonces oía voces que decían desatinos a gritos; eran muchas, pero destacaban entre todas unas cuyo timbre no hubiera hallado si lo hubiese buscado con la memoria. Eran las de su hermana, de su madre, de gentes que lo rodearon en su infancia. Pero decían necedades, gritaban, lo llamaban, se quejaban como si el dolor las torturara a ellas. Pablo separaba los párpados y sobre las ondas del río aparecían las caras de sus captores; la de don Miguel sonreía y le aconsejaba con tono paternal:

—Ya no luches más, hijo, déjate morir. ¿Para qué tratas de seguir vivo si no puedes moverte? Abandónate, descansa, muérete tranquilo.

Y Pablo sentía penetrar en su cerebro la persuasión de don Miguel. Al fin, ¿no estaba él invitándolo a cumplir su propio deseo de reposo, de sabia tranquilidad? Porque, en efecto, era hermoso abandonarse al amable cuneo del río. Entonces cerraba los ojos para obedecerle, pero se lo impedían aquellas voces urgentes y sin sentido.

Bajaba Pablo con la corriente, entre las voces de su ni-

ñez que le impedían morir y las de sus enemigos que le aconsejaban la paz definitiva. El no luchaba, no tomaba partido, simplemente oía, corriendo y describiendo la pesada cortina de sus párpados, mientras los otros hablaban, aconsejaban o se quejaban y el río corría.

La oscuridad de la noche le devolvió un poco el sentido de las cosas, pero sólo lo suficiente para decirse a sí mismo: "¿Estaré enloqueciendo?" —pregunta más bien curiosa de saber que interesada.

"Si me vuelvo loco —pensó—, nunca saldré de aquí. Tengo que hacer algo." Agitó los troncos y metió la frente en el agua. La sacó chorreante y al abrir los ojos le pareció ver luces a lo lejos en la ribera. Hundió de nuevo la frente y al sacarla comprobó que en efecto eran luces y no imaginaciones.

Juntó aire en los pulmones doloridos y empezó a gritar:
—¡Aquí! ¡Auxilio!

Pero luego, pensando que estaba aún demasiado lejos para que pudieran oírle, decidió esperar acercarse más. Largo se le antojó el camino del río hasta las luces, pero cuando las tuvo cerca, sintió tal alegría, que por sólo ese momento hubiera cambiado otros tantos días de terror en el agua.

Gritó como loco hasta enronquecer, y aun después que ya no se veían las luces siguió gritando y gimiendo. Insultando a los de la ribera que no habían querido recogerlo. Barbotando incoherencias al agua negra que chapoteaba contra los ángulos de sus troncos.

Ya nadie lo salvaría nunca. Podía bajar años enteros por las interminables aguas del maldito Mamoré sin que nadie se fijara en el hombre que flotaba río abajo. Se pudrirían sus huesos junto con la madera y ya no habría venganza posible, ni cambiaría nunca la sonrisa inmundada de Azuela por el gesto del miedo. Aquí, atado, solo, impotente, gritando como un imbécil al que nadie quiere oír, tendría que morir de hambre y de fiebre. Y entonces, por primera vez, morir le dio miedo, porque ya no era sólo el fin de la vida, sino el fin

del hacer, la imposibilidad eterna de actuar sobre las cosas odiadas, el aniquilamiento, la risa de los que le debían esa misma vida. Y lloró el Capanga, lloró de miedo de no ser y de impotencia. Lloró como una bestia herida, como lloraría un árbol que cortan, si pudiera.

—Pero no, perros de mierda —sollozó—, no me voy a morir porque ustedes no quisieron recogerme. Viviré hasta que alguien me saque y entonces los pondré a ustedes en el río.

Se limpió la cara en la corriente y volvió a beber. El llanto pasado lo hacía hipar como a los niños y le daba vergüenza.

Se dispuso a ser él mismo como el madero que lo llevaba. Morirían juntos o juntos se salvarían. Tenía que resistir tanto como el leño. Mientras éste pudiera sostenerle, la carga iría viva encima. Sabía que la capacidad del hombre para resistir el sufrimiento, aunque es enormemente mayor de lo que se cree, no es ilimitada; de manera que decidió acomodar su conducta a la de sus troncos y permanecer quieto mientras no fuera inevitable hacer algo. No moverse, no sufrir, no pensar sino en que era necesario seguir vivo.

Y así fue pasando la noche, navegándola lentamente por en medio de los ruidos y la sombra. Si tenía de nuevo hambre, la resistiría; él sabía que podía durar muchos días simplemente bebiendo agua. Si había nuevas cascadas, caería y saldría vivo por el otro lado. Si el dolor del pecho casi no lo dejaba respirar, tragaría más lento el aire o aguantaría el dolor. Si de nuevo veía luces, y de nuevo gritaba y de nuevo nadie quería recogerlo, esperaría aun más, hasta que por fin alguien lo sacara. Un leño sobre otro leño, pero con la voluntad única de vivir por encima de todo y contra lo que fuera. Río abajo. Le pareció que aún faltaba mucho para el alba. Mirando el cielo a ras del agua, se le laxaron de pronto los músculos del cuello. Se había desmayado.

Fue abriendo lentamente los ojos. Creyó que estaba de nuevo alucinado, porque veía lengüitas de fuego horizontales aparecer y disolverse rápidas y brillantes. ¿Qué sería eso? Jun-

tó los párpados con fuerza durante un rato y luego los separó de nuevo. Allí estaban siempre moviéndose por miles en toda la extensión del río; eran el reflejo del sol del amanecer que el agua al ondularse devolvía como un espejo negro.

“Más allá está algo esperándome. ¿Qué habrá más allá para mí?” La luz seguía encendiendo la enorme superficie rizada. Pablo volvió la cara hacia el otro lado. Allí todavía quedaba noche, atenuada, azulosa, pero aún le daba volumen al monte ribereño. Por encima de todo, flotaban las cansadas y lentas fantasmas de la niebla, iluminadas ya, alzándose del río. Algunos patos trajinaban la mañana gritando. Dos garzas grandes pasaron en silencio agitando la niebla, encendidas de sol; a lo lejos, también se pusieron a gritar.

Pablo golpeó el tronco con la frente, con suavidad primero. Quería hacerlo sonar. Después lo hizo con más fuerza. Sintió, como si se golpeará a sí mismo, el pequeño ruido sordo en todo el cuerpo. Esto lo alegró: les tenía cariño a sus maderos.

“¿Qué irá a sucederme más abajo?”

Levantó los ojos de nuevo. La niebla estaba disolviéndose rápidamente. El sol había subido. Junto a su cabeza, la sombra que proyectaban sus troncos se hundía en el agua y alrededor la luz sumergida se abría en menudos abanicos. Se sentía frío mirando esa sombra sesgada. Pero el sol subía más y más, se adentraba bajo la superficie e iluminaba los corpúsculos suspendidos como si fueran oro. Sintió calor sobre el cuerpo mojado. El sabía que ya no habría de secarse hasta que pudiera cambiar de ropa. Aunque sus recuerdos eran muy vagos, conservaba el de no haber estado seco desde que cayó por la cachuela. Cuando la temperatura descendía un poco, eso le molestaba tanto como el dolor del pecho.

“¿Qué habrá más allá para mí?”

Lanzó su imaginación hacia adelante, río abajo, y se contestó: “Otros días”. Después respiró con más sosiego. Además, con el sol le dolían menos las costillas, pero estaba también el dolor de la cara; pensaba que debería tenerla algo

lastimada, aunque no llegaba a explicarse por qué. También le dolía la piel del cuello al mover la cabeza. "Seguramente el sol me ha quemado", se dijo. Le volvió a la memoria el momento en que lo pusieron en el agua, y por primera vez recorrió la escena completa, desde que salió de la cárcel con las rodillas algo torpes, hasta que le oyó decir al que lo había atado: "Ya está listo".

Se sorprendió al advertir que no lo había enfurecido el recuerdo. Las imágenes que evocaba no parecían tener significado angustioso ahora. Se trataba simplemente de cosas sucedidas. Se preguntó con sobresalto si habría perdonado sin darse cuenta.

—No —dijo en voz muy alta—. Yo no perdono.

Al decir esto, todo se le ocurrió inmediatamente absurdo, mal encajado en el orden de las cosas. Buscaba su furia, y no podía hallarla. Buscaba su odio contra los culpables de que ahora se encontrara en el río, y no hacía más que recordar personas insignificantes, palabras insensatas.

Abandonado por su ira, se sentía vacío e insatisfecho. Para recobrar la impresión de que en verdad era importante cuanto le sucedía, se dijo: "Es posible que muera por esto". Pero en lugar de un motivo para volver a sentir como antes, le sonó como una declaración hecha hacia el futuro, como un reconocimiento de que podía esperar la muerte entre los acontecimientos probables.

Volvió a pensar en su captura y concluyó, sin furor, en que don Miguel Azuela había sido más matrero que él. Se sonrió, arrugando el dolor de las mejillas al pensar que lo habían agarrado mientras dormía.

Pero puestas las cosas así, parecían tan elementales, tan desprovistas de importancia, que a partir de ahí no se podía llegar a ninguna parte, menos a esto. Pero, además, tampoco esto semejaba tener nada de particular. Era simplemente así: es decir, flotar atado por una corriente de agua.

"Vamos a ver —se dijo en seguida—: ¿es malo matar por dinero? ¿Cómo será, no? ¿No hacen todos más o menos lo mismo? Bueno, pero esto no importa nada; el asunto que-

da igual: ¿es malo matar por dinero? A la gente le parece que sea pésimo matar por cualquier motivo. La verdad, matar es obligar a otro a hacer algo contra su voluntad. Aquí está la cosa grave: la gente le tiene miedo a la muerte. Por eso se enojan. Pero ¿qué he hecho yo para merecer esto? Justamente eso: matar."

Se admiró de nuevo, porque no podía ya enfurecerse.

"A las víboras tratan de matarlas, al tigre lo mismo; a las palometas, las hormigas y los mosquitos, también los matarían, pero no pueden, porque son muchos y no se terminan. A todos quieren matarlos, porque les tienen miedo."

—A mí también —dijo como sorprendido.

El sol estaba muy alto. La niebla ya no se veía y la vista podía deslizarse tranquilamente por encima de la corriente asoleada. El río estaba desierto y todo parecía recogido en sí mismo, aletargado de sol.

Y el arrojarlo al agua, ¿estaba bien puesto en manos de quienes lo ejecutaron? Había que reconocer que sí. Entonces, tuvieron razón al ponerlo sobre los troncos.

—Tuvieron razón —dijo, e inclinó la cabeza para beber.

"Pero también yo tengo razón para querer salir de aquí y cobrárselo, porque al fin y al cabo es mi pellejo el que tiraron. Pero esto sí: yo cobro si quiero, y si no quiero, no importa. Tampoco me corresponde a mí perdonarlos o castigarlos. Lo mío es simplemente matar o no matar."

De pronto, sobre la alta ribera vio una mancha de color hacia la izquierda. Pero no alcanzó a tratar de llamarle la atención, porque advirtió antes que se trataba de una mariposa gigantesca, que levantó su vuelo desagradable de seda y se perdió de vista arriba, entre el follaje. El corazón le quedó latiendo con fuerza. Semejaban latir la madera, el agua turbia, el dolor del pecho y de la cara. Si esa mariposa hubiera sido una persona... El cuerpo entero se le contrajo en un esfuerzo por detener el pensamiento.

Volvió a mirar la ribera cuidadosamente, obligado por una especie de presentimiento que no se cumplió: no había nadie junto al río.

"Acaso muchas veces más veré cosas que me parecerán personas y sentiré lo mismo que ahora. Acaso así se me vayan los días y no encuentre quién me saque. Acaso muera.

"Bueno, no hay que ser idiota. Si no me hubieran echado al río, ¿iba a ser eterno? Oooh, alguna vez moriré de todas maneras."

—...de todas maneras —repitió con lentitud.

Esforzó el pensamiento para que le dijera claramente qué era morir. El tenía una idea formada de lo que era morir. El había visto morir muchas cosas y cada uno tenía su manera propia de sucederle el asunto. Revisó con la memoria una tras otra las vidas que había visto acabarse, pero ninguna le dijo nada que pareciera interesante.

"Perdonar no es cosa mía, castigar tampoco. ¿Es cosa mía morir? Ahora estoy aquí en este río, sobre estos troncos; después, ya no. Es como cuando caí por la cachuela; hasta en el mismo borde pude hacer algo; después quizá será posible lamentarse o estar alegre. Entre las dos cosas no puede haber nada que tenga que ver conmigo. Morir no es cosa mía. Lo último que yo tengo que hacer no es morir. Pero todavía hasta un momento antes, sin duda, hay algo que yo puedo hacer. ¿Qué, qué puedo hacer antes de morirme? Pero antes de morir es ahora mismo. No puedo moverme; no sirve quejarme. Puedo, por lo menos, estar tranquilo. Es posible que me suceda de nuevo mil veces más lo mismo que hasta ahora. Puedo engañarme, y caer, y aumentar el dolor y pasar junto a alguien que no quiera recogerme mil veces más. Pero nada, absolutamente nada de eso importa si yo estoy tranquilo.

"Hay una sola cosa en verdad mía: querer algo o resistirlo, ganar o aguantar. Aparte esto, todo lo que ahora ocurre en el río o en cualquiera parte no es mío. Ahora yo deseo salir de aquí. Yo quiero vivir."

—Querer o resistir —dijo con alegría.

Entonces advirtió que cuanto pudiera sucederle en el futuro tendría que alegrarlo necesariamente, porque sería una oportunidad de probar su fuerza o su aguante. Si la fuerza

no bastaba, resistiría; si le fallaba la resistencia, moriría. ¿Qué más? Nada más. Eso era todo.

Estaba enormemente alegre. Si el dolor se lo hubiera permitido, se habría puesto a cantar a gritos. Se preguntó, entonces, con cierto sobresalto, si el dolor podría quitarle su contentamiento. Pero de inmediato se contestó que dejar de cantar no lo hacía menos dichoso.

Tendió una vez más la vista con infinito gozo por sobre el agua y vagó los ojos lentamente por su curso tranquilo, la orilla distante, el lejano cielo blanco de calor.

—Tenían razón al arrojarme. El río está bonito. ¿Qué habrá más allá?...

Los dos

LAS SOMBRAS que los altos álamos proyectaban sobre la angosta carretera habían descrito un círculo alrededor de cada tronco y se alargaban poco a poco hacia el oriente. Se la veía indefinida y amarillenta, y las fugaces nubes de polvo alzadas por el viento se coloreaban de rojo bajo los oblicuos rayos del sol. Una gran calma reinaba en esa solitaria campiña de ondulados terrenos.

En aquellos parajes, alejados del tránsito habitual de carretas y asnos, llamaba la atención del viajero inexperto la casucha de tejas levantada en una revuelta del aislado camino. En su concepto debía ser un extravagante labriego el que había elegido para alzar su vivienda un sitio tan distanciado de toda población.

Quienes, por ahorrarse el largo y accidentado camino del Tinguiririca, preferían cruzar por esa carretera calcinada por los soles del verano, miraban la aislada vivienda como un refugio. Se detenían allí algunas horas y continuaban después su ruta ya descansados y satisfechos bajo la frescura del atardecer. En el pueblo contaban que en esa imprevista parada un viejo campechano y decidor (que vivía con una mujer que parecía ser la suya) les había brindado con sombra, bebida y charla.

—¿En la revuelta de El Bajo? —preguntaban algunos.

—Creo que sí, en la revuelta de El Bajo.

—Parece mentira...

Y los prohombres del más cercano pueblo sonreían.

Otros viajeros que se hacían guiar a través de aquellos apartados parajes, buscando momentáneo reposo y seducidos por la sombra atrayente que en torno a esa vivienda arrojaban los álamos, con la idea de detenerse preguntaban por el propietario.

Los baqueanos pronunciaban entonces un nombre. Con repentino sobresalto el viajero cambiaba de intención y ordenaba apresurar la marcha, lanzando rápidas ojeadas a la solitaria vivienda que se perdía entre el verdé de las zarzamoras colindantes. Más adelante interrogaban al guía:

—¿Y vive allí tan tranquilo? ¿Y ese terreno?

Con el acento de noticias muy repetidas, los baqueanos informaban:

—Terreno que le regaló don Faustino Meneses cuando salvó a su hijo don Olegario... Ya no sale de allí. Después de la última que hizo en Las Vegas, hace tres años, no ha vuelto a moverse y nadie lo turba, ni la policía, porque don Faustino manda aquí el bote...

Una cerca de zarzamora y una palizada rústica marcaban ancho recinto en la parte trasera de la casa. Algunas gallinas pululaban sobre los montones de heno acumulado allí y dos caballos pacían la abundante hierba. Bajo el ancho y tosco galpón se veían algunos aperos y arreos. La casa estaba a trechos enjalbegada de cal y a trechos mostrando sus tabiques de coligües y de barro. En la parte que daba al camino, una ramada de carrizo prestaba sombra a un trozo de terreno recién barrido y regado. Un banco rústico y brillante por el tiempo estaba sujeto con amarras de cuero a los horcones de la ramada.

Bajo la calma de la tarde, el propietario, sentado en aquel banco, liaba con pausada mano un cigarro de hoja. A su lado un perro sucio y lanudo guiñaba los ojos a la luz, lanzando rápidas dentelladas a los insectos que venían a turbar su plácido sueño.

El hombre humedeció la hoja con los labios, vertió en ella el puñado de tabaco acumulado en la palma de la mano,

torció el cigarro con diestro giro y se aprestó a encenderlo. Sus movimientos eran pausados, con desgano. Cuando preparado ya el pedernal junto al yesquero iba a golpear con el pesado eslabón, se detuvo; prestó oído como si escuchara algún rumor que venía de lejos, y convencido de no haberse equivocado, encendió el cigarro y salió a mirar al camino: ni una sombra se divisaba en su ondulada extensión. Sin embargo, con el oído atento, siguió atisbando a lo lejos.

Era un hombre viejón, de pelo gris y atezado rostro que encuadraba abundosa barba. Ancho de hombros y firme la apostura sobre unas piernas curvadas por largos años de constante cabalgar. Vestía un traje de campesino: sombrero de anchas alas y largo poncho que no alcanzaba a cubrir completamente sus brazos excesivamente largos, terminados por dos manos anchas y nudosas. Permanecía de pie a la vera del camino, fijos los ojos en un punto lejano que sólo sus inquisitivas pupilas alcanzaban a columbrar.

Un momento después volvió a su asiento y se puso a fumar, afirmados los codos en las rodillas y el mentón en la palma de las manos.

Lanzó el perro un fuerte ladrido. En el interior se sintieron pasos y una mujer gruesa, ya entrada en años, apareció en la puerta. El hombre levantó la cabeza.

—Caminante —dijo, y volvió a su postura.

La mujer penetró en la vivienda.

Envueltos en una nube de polvo, dos jinetes avanzaban al galope por el camino; al divisar la casucha pusieron sus cabalgaduras al paso y se acercaron a la ramada.

—No te bajes tú —ordenó uno de ellos—. Yo preguntaré.

Y esto diciendo avanzó lentamente. Sus templadas espuelas producían musical tintineo. El otro jinete, que usaba sombrero alón de paño suelto y cuyo cuerpo estaba oculto por un poncho oscuro que alcanzaba a caer sobre las ancas del caballo, asintió con un gesto y mirando a ambos lados del camino permaneció inmóvil y atento sobre su cabalgadura.

El primero de los caminantes llevaba, sobre el hombro,

lujoso y pintarrajeado chamanto. Su corta chaquetilla oscura, adornada con botones claros, modelaba el alto y fornido cuerpo. Era un mocetón joven, casi lampiño, cuyo rostro vivo y muy moreno cruzaba ancha cicatriz. Anduvo al paso lento hasta colocarse junto a la ramada y preguntó:

—¿Se podría descansar aquí?

Sólo entonces el viejo levantó la cabeza, insinuando:

—Adelante, amigo. ¿Viene solo?

—No mucho —contestó con una indefinible sonrisa que puso al descubierto su pareja dentadura.

—Que se apee, entonces, su compañía; hay descanso y algo para la sed.

—Si es así... —vaciló antes de decidirse y propuso—: No, mejor será que se quede allí... Un trago de a caballo. Nos vamos luego... Poco baqueanos por aquí y andamos en una busca.

—¡Balbina! —llamó el huésped.

Apareció la mujer, lanzando rápidas ojeadas al visitante.

—Un vaso grande de la nueva —ordenó.

Mientras la mujer se perdía en el sombrío corredor, el propietario invitó al recién llegado a desmontarse. Lo hizo así el hombre, enderezando antes algo que le molestaba de la faja. Se quitó la ancha chupalla maulina de ramales rojos y pasó su mano por la negra y húmeda cabellera. El viejo le puso fuego a la colilla de su cigarro y, repantigándose en su banco, preguntó:

—¿Y qué lo trae por aquí, amigo?

—Buscaba a una persona que usted debe conocer quién sabe si de oídas —dijo después de una ligera vacilación—. Usted no se reirá...

—Diga no más, amigo. Yo conozco algo por aquí y podría darle noticias... ¿Usted parece forastero, ah?

—Poco he andado por aquí —dijo el otro—. Casi no paso del Tinguiririca. Pero tenía que hacer algo por estos lados y se me puso aprovechar la venida.

—¿Y esa persona que busca, cómo se llama?

—Eleazar Pizarro —dijo el visitante, inquiriendo en el

rostro de su interlocutor la impresión de aquel nombre. Pero la cara del viejo continuó impassible. Recapitó un momento.

—Eleazar Pizarro —murmuró, y en voz más alta—: Pues, sí, amigo, lo conozco.

—¿Lo conoce? Y me han dicho que vive por estos lados.

—Así es; por aquí aloja.

El viejo puso sus ojillos grises sobre el visitante, envolviéndolo en una inquisitiva mirada.

—¿Muy lejos? —preguntó el llegado.

—Aquí mismo; Eleazar Pizarro soy yo...

—¿Usted?

Y con una mezcla de sorpresa y de duda, contempló cómo el viejo se reía, se reía con una risa hueca y bonachona. Por fin se puso la chupalla y con voz grave se presentó:

—Yo soy Amador Martínez.

—¿El Macheteado?

—Sí. ¿Y usted, El Huinco?

—Sí.

Y aquellos dos hombres cuyas proezas de bandidaje habían sembrado el pavor en cuatro provincias, se miraron por primera vez frente a frente.

Cada uno sabía la odisea del otro, cada uno había oído contar la audacia de sus respectivas aventuras, ninguno de los dos ignoraba el temple de sus almas y allí, bajo la plácida caída de la tarde, se estrecharon fuertemente las manos.

Tranquilos y confiados los dos hombres platicaron.

Su conocimiento se remontaba a los días en que las hazañas de ambos llegaron a los lindes del campo de sus correrías. El Macheteado deseó conocer a aquel Huinco audaz que burlaba las partidas de gendarmes, llevándose piños enteros de animales, cobrando imperiosamente "contribución de guerra" a los hacendados, siempre listo para castigar las ofensas que pudieran inferirle y cuyos rasgos de caballerosa bravura se comentaban con admiración en los pueblos. Por su parte, Pizarro había seguido paso a paso la brillante carrera del mozo; supo de su primer *negocio* soberbiamente realizado, de su captura, de sus famosas fugas y de las verdaderas bata-

llas sostenidas con los gendarmes en los boscajes de la sierra o en los caminos poco frecuentados que van de pueblo en pueblo.

Todo se lo dijeron allí, tranquilamente, en aquel roman-
cear de amigos.

—Así, pues, me alegro mucho de conocerlo —dijo El Huinco—; yo ya no muevo pie; cuando se hace una promesa, se amarra uno y yo se la hice a don Faustino... Ya no muevo pie —volvió a repetir con resignada melancolía—, pero me gusta escuchar a los niños y hasta decirles lo que es bueno o malo algunas veces... Por Bernales conocí algunas combinaciones tuyas que me gustaron mucho. Los que venían de allá me hablaban de su destreza, amigo, me hablaban...

—Se hace algo —murmuró el mocetón—. Lo que se puede... También los que iban de aquí me contaban las cosas de usted, y eran maravillas tan grandes —dijo sonriendo— que quise verlas por mí mismo... Yo no he hecho ninguna promesa —concluyó sombrío—, ninguna...

Le fulguraron los abiertos ojos. Después de una pausa volvió sereno a su charla.

—Un asuntito me trajo por aquí y dije: "Vamos a ver a El Huinco". Uno tiene también sus pretensiones y aunque tenga treinta y tres años creo que aún me queda mucho por aprender... Es tanta la fama que tiene usted por allá para manejar la penca y alaban tanto a su caballo...

Sonrió el viejo. Un gesto de bondadosa aquiescencia le contrajo los labios.

—Así lo dicen muchos, amigo; cuestión de pareceres no más.

Jugando con los ramales rojos de su chupalla, el mozo formuló su ruego:

—Uno tiene sus pretensiones, ¿no le parece? Y en tocante a la penca quisiera ver cómo la maneja usted cuando la estoy manejando yo también.

—Por qué no, amigo, todo ha de verse; pero queda tiempo todavía... ¡Balbina!... Otro vaso para nosotros y sírvele a la compañía del amigo.

Con callada mansedumbre la mujer ejecutó la orden. Los dos hombres bebieron.

—Balbina, ensilla el “Tordillo”.

—Dicen que ese animal es muy valioso —insinuó el mozo.

—No es malo; se *ha hecho* conmigo y no se porta mal. Los años son una gran cosa, amigo —rió después contando—. La gente dice que algo de mí se le ha metido al “Tordillo” en el cuerpo a fuerza de la costumbre. Puede ser. Lo cierto es que el “Tordillo” y yo congeniamos. . .

Volvieron a beber. Balbina trajo el caballo ensillado y lo ató a uno de los horcones. Después se inclinó, con el aire de una vieja costumbre, para ajustar al viejo las grandes espuelas. Sin dejar de charlar, él avanzó sus pies calzados con gruesos zapatos.

—¿Y cómo van los negocios por allá? —preguntó Pizarro con grave interés.

—No van mal; pero se va haciendo difícil colocar los cachivaches. . . Este asunto me lo reservo casi siempre yo y en eso ando ahora.

—Dificultades para el *arreo*, dificultades para *soltar*. . . Todo se cambia, todo se cambia. . . —arguyó El Huinco.

Cuando estuvo listo, colocadas las espuelas, presto el caballo, el viejo se levantó del banco.

—Y ahora, no dejemos este concho —dijo, ofreciendo el vaso.

Bebió el mocetón y luego se acercó al camino. El compañero lo interrogó con la mirada.

—Aquí era —contó El Macheteado—. Es él —concluyó mostrando a Pizarro con un gesto.

—¿El?

—Sí; camina ahora un poco más abajo y listo el ojo hasta que te llame.

El compañero empezó a alejarse. Los movimientos que la marcha imprimía al largo poncho dejaban relucir a ratos un objeto prolongado y brillante sostenido a la cabecilla.

El viejo había sacado ya el caballo y con lentos movi-

mientos fue cateando la firmeza de la ensilladura. Cabalgó después. Se hubiera dicho que sobre la silla lo había invadido una fuerza desconocida, tal era el vigor que lucía sobre su cabalgadura. Cabalgó también el visitante y ya listos los dos empezaron a alejarse, cambiando frases sobre los campos y algunas particularidades de sus caballos. Al tenor de la marcha iban sacando la chicotera que afianzaron a la muñeca con el corrión, dejando colgar el pesado argollón. El mozo se colocó la manta.

Había en aquel largo crepúsculo de estío una gran dulzura que envolvía la tierra melancólica y cansada por las horas de sol. La luz envolvía a los dos hombres como en un leve manto transparente, arrojando sobre el suelo sus sombras móviles. Ráfagas del véspero se llevaban lejos las nubecillas de polvo alzadas por los cascos. Así llegaron a un sitio desde donde todo el camino aparecía recto y sin recodos.

—Y ahora, amigo —dijo el viejo—, si usted viniera desde aquel álamo seco y yo fuera de aquí, nos encontraríamos.

Picó espuelas el mozo y fue a colocarse en el sitio indicado. Volvió grupas y se detuvo un momento.

Estaban a cincuenta metros de distancia, firmes en sus monturas, la chicotera en la mano, apuntaladas las riendas. Casi a un tiempo rompieron a galopar, suave, acompasadamente... De pronto el viejo lanzó un grito. El Macheteado imaginó que aquel grito era la señal del ataque y se aprestó para recibir el choque inicial de la pelea... Pero en el momento en que iba a dejar caer la chicotera, el viejo hizo dar un bote a su caballo y pasó como una exhalación junto a él. La chicotera dio en el vacío... Se volvieron velozmente. Era menor ahora la distancia que los separaba y nuevamente rompieron al galope.

—¡Hua! ¡Hua!... —gritó el mocetón.

En el instante en que el "Tordillo" iba a pasar, cruzó su caballo para detenerlo... Con rápido giro el viejo revolvió el animal, presentando el anca al frente. Sonó un golpe... Nuevo escarceo y, sin ánimos aún de ataque, El Huinco fue a detenerse a diez metros sin que la chicotera de El Macheteado lo hubiera

podido alcanzar todavía. Brioso y audaz, el mozo se aprestó a interrumpir aquel juego de huidas; le chispeaban los ojos y con los dientes apretados sostenía el fiador de la chupalla. Por su parte, el viejo había adivinado aquella intención y, en vez de tratar de pasar, se fue de frente y con vigoroso empuje echó el "Tordillo" sobre la cabalgadura que le cortaba el camino... Repetidos golpes por ambas partes..., resonaron unos huecamente sobre la manta del viejo, y dos más vigorosos arrojaron a veinte pasos la chupalla de El Macheteado.

Entonces la lucha se hizo franca, confiada al vigor y a la destreza del brazo solamente. El que los hubiera visto en su charla de antes no los reconociera envueltos en aquella espesa nube de polvo, golpeándose brutalmente... Las chicoterías giraban rápidas, haciendo relucir los pesados argollones: sonaban los golpes, piafaban los caballos, estaban los rostros sudorosos y encendidas las pupilas... Los herrados cascos se hundían en el suelo.

De pronto el mozo soltó las riendas y con rápido manotón cogió la chicotería de El Huinco, lanzando al mismo tiempo un grito para animar su caballo a la huida. Cumplida su intención, el viejo habría sido arrancado de la montura... Pero el largo brazo de El Huinco se recogió sobre sí mismo como un elástico formidable, detuvo al caballo en el empuje del arranque y con certera manotada cogió a su turno la chicotería de su rival... Las espuelas se hundieron en los ijares, relincharon los animales dolorosamente, pero el grupo no se deshizo, sostenido por aquellos cuatro brazos de hierro.

—Buena mano, amigo —declaró el viejo.

—Buena la suya —dijo el mozo, semiadmirado de aquel vigor que nada delataba exteriormente.

Después se acomodaron en sus monturas y en silencio, dando por terminada aquella lucha, empezaron a desceñirse las chicoterías de las enrojecidas muñecas.

—Ahora quiere que tomemos un trago, ¿no le parece? —preguntó Pizarro.

—Me gusta —dijo el otro.

Por la alameda solitaria, que se bañaba en la muriente

luz crepuscular, emprendieron el regreso. Bajo la ramada bebieron a grandes sorbos. El mozo reflexionaba y después de una pausa, como si algo le escarabajeara adentro, insinuó con aparente humildad:

—No mentían; buena mano para la penca tiene... Por allá hay también muchos que aseguran que manejo bien el corvo.

El viejo midió la intención de la frase y con un imperceptible gesto de fatiga declaró a su turno:

—Tampoco yo lo he manejado mal.

—Entonces...

Era visible la impaciencia de El Macheteado. Algo como un indisimulable disgusto se le pintaba en el moreno rostro. ¿Era acaso que le contrariaba aquel desenlace? ¿Había imaginado fácil la victoria?

—Podríamos probar...

—¿Por qué no, amigo? Pero antes, el orden...

Y le pasó el ancho vaso.

Aquella calma, aquella serena firmeza de su rival eran como zarpazos lanzados al orgullo del mocetón. Se acercó a su caballo, sacó de debajo de la montura largo y reluciente puñal y cabalgó después. Ambos se quitaron las mantas y acordes en la nueva lucha se fueron hacia el terreno elegido.

El Huinco desfundó otro puñal, probó la hoja en la palma de la mano y empezó a enrollarse el largo poncho en el brazo izquierdo.

Los preliminares fueron breves, algo les imponía silencio, y el ardor de la lucha hacía que sus movimientos fueran rápidos y nerviosos. Tomaron posiciones; con grave acento se declararon listos y, como si la imagen de la muerte que lucía en el puñal ajeno los hubiera fascinado, ambos se arrojaron con formidable empuje... Recogidos sobre sus caballos, que daban vigorosos y repentinos botes, durante algunos momentos los puñales encontraron en cada uno de sus golpes los rollos formados por las mantas... Para dejar libres los brazos manejaban los caballos con sólo las rodillas.

Era enormemente fiera aquella lucha que la muerte pare-

cía presenciar desde la orilla del camino. El largo brazo de El Huinco describía amplios y rápidos círculos; el puñal de El Macheteado avanzaba y retrocedía amagando puntazos, mientras los caballos giraban, se cruzaban, chocaban... Esperando un momento propicio, El Macheteado lanzó a El Huinco una certera puñalada por lo bajo... El viejo pareció vacilar en la silla... ¿Estaba herido? Viéndolo reponerse y apoyar en el sitio amagado el grueso de la manta, el mocetón repitió el golpe, redoblando su esfuerzo. Pero sea que el viejo lo advirtiera, sea que por instinto extendiera el armado brazo para cubrirse, la mano de El Macheteado fue a encontrar en medio de su empuje el puñal ajeno... y dos dedos le quedaron rebanados hasta el hueso...

Lanzó el mozo un rugido, soltó el arma y se quedó pálido, con la sangrienta mano extendida...

—¡Casualidad! —declaró con voz ronca—. ¡Maldición! Pura casualidad...

El Huinco permanecía mudo, sosteniendo el rollo de la manta junto a la cintura, en la misma posición de antes. Su rostro había palidecido y un ligero estremecimiento le sacudía la ampulosa barba.

—Eso no es nada —dijo—. Mala suerte suya.

Ensombrecido el semblante, el mocetón separó sus ojos de la mutilada mano y lanzó al viejo una torva mirada. ¿Era burla? ¿Era cierto que él lo sentía?

—Está bien... —manifestó con los dientes apretados.

Pidió revancha en otra forma. Tal vez en el revólver pudiera... No había inconveniente, porque disparaba lo mismo con la mano izquierda.

Asintió El Huinco con un gesto de fatiga. Se advertía ahora en su acento un desfallecido cansancio. Pero antes de empezar le propuso ir hasta la vivienda a fin de vendarle la mutilada mano. Opuso el mocetón alguna resistencia, asegurando que "aquello" no era nada, pero se decidió al fin en vista de que la sangre destilaba abundante.

—¡Balbina! —llamó el propietario—. Trae un poco de agua y un trapo.

La mujer acudió presurosa, mirando a los dos hombres con visible inquietud. Reconociendo al herido, un suspiro de satisfacción se escapó de su pecho al mismo tiempo que sus ojos relucían con orgullo mirando a El Huinco. Echado en el banco, el viejo seguía sosteniendo la arrollada manta en el brazo.

Apenas había terminado el vendaje cuando se oyó un galope y el acompañante apareció ante ellos. Se acercó al mozo y le dijo en voz baja algo que le arrancó una interjección:

—Tengo que irme —declaró contrariado—, viene gente. Puede ser que para otra vez... , nos tenemos que ver otra vez...

Estrechó con su mano izquierda la derecha del viejo, requirió el caballo y desde el camino repitió:

—Hasta más ver...

—Adiós, amigo, y buena suerte.

Los dos visitantes se alejaron con rápido galope por el solitario camino. La tarde se había abatido completamente sobre la silenciosa campiña. Todo se impregnaba de tristeza bajo el desmayo de la luz, y un rumor apagado y suave se hacía sentir por doquiera, un rumor que se hubiera dicho lo producía aquella muselina de sombras que parecía levantarse de la tierra.

El viejo y la mujer callaban. Por fin ella exclamó:

—¡Por Dios! Yo había creído que tú...

—¿Qué habías creído? —la interrumpió con brutal acento.

Balbina no dijo nada y tornó a su resignada mansedumbre. Cogió el jarro con agua y el trozo de género y fue a internarse en la casa, pero él la detuvo:

—Espera —dijo con voz más dulce—, yo también...
¡Bien haya!

Y con el acento de una infinita, desesperada resignación, exhaló su queja:

—Un año antes lo hubiera muerto... Pero estoy viejo...

Se quitó la manta con pausado ademán, y abriendo la chaquetilla alzó la camisa; estaba completamente roja, y por los abiertos labios de la herida la sangre seguía fluyendo.

La mujer juntó las manos estremeciéndose y sus ojos se cuajaron de lágrimas...

Niña de color

UN LEJANO tambor de guerra partió del horizonte y fue acercándose a la ciudad. Pronto se precisó un caer de tablas que se torturaban unas tras otras y, por fin, apenas transcurridos diez minutos, los fogonazos del cielo embravecido y el estruendo de la tempestad estaban sobre las casas, sobre la cabeza misma de los habitantes. El cielo no podía ya contenerse más y descargó un derrumbe de aguas inagotables.

Por momentos la techumbre parecía vacilar bajo el peso de la lluvia que caía sin viento, sin brisa, abandonada a su propia gravedad.

Sobre el lecho rodeado de un velo sutilísimo que impedía la entrada de los mosquitos dormitaba Juan Villada, desnudo de cintura arriba. Sobre su rostro, el de Benita; cabellos de sortijas negras y pestañas cargadas de pasión y pereza. El rostro pardo, de suavísima piel brillante, enrojecía ligeramente hacia las mejillas.

Un violento trueno de la tempestad entreabrió los ojos del hombre. Sudaba su pecho. Hacía un calor sofocante.

La muchacha descorrió sus dientes blancos en una leve sonrisa.

—¿Tienes calor, Don?

Juan Villada respiró hondo y dejó escapar en seguida el aire comprimido en su pecho.

—Fff...

Ella cogió el abanico de palma y comenzó a darle aire

suavemente. Juan Villada entresonaba bajo la protección del calor y el ruido de la lluvia.

El barrio estaba casi inundado ya. Antes de dos horas los vecinos tendrían que atravesar la calle en viejas canoas; por la noche estaría todo seco otra vez. Entretanto, los pilluelos jugaban y hacían algazara bañándose bajo la lluvia misma o en las cascadas de los desagües rotos. Los pequeños, enteramente desnudos; las niñas, con camisón de tela blanca que se adhería a las formas nacientes. Allí había jugado también Benita, hasta que sus senos despertaron el deseo de la calle con su inocente exhibición.

Trece años, entonces; ahora, dos más. Dos años que la habían moldeado con una precisión misteriosa y sabia, recorriéndola con ansiedad y codicia.

Juan Villada había agotado su pasión con Alicia. Llegó a sufrir, aún, su presencia en compañía de otros. Dos veces cada día pasaba frente a su ventana, en el barrio alto. El no podía resistir al deseo de verla alejarse. Alguna tarde ella volvía la cara y sonreía con burla, tal vez. Juan Villada tomaba paleta y pinceles y embadurnaba rabiosamente sus telas. Sin embargo, en un sitio preferido, el rostro de Alicia le miraba sobre un fondo de flores inmensas. No. No lo obsequiaría nunca. Era ella, era su presencia, la proximidad de su vida.

Comenzó a trabajar con una pasión absurda que lo abandonaba sólo por la noche. Entonces se estrellaban los vasos y saltaba al aire una música blanda o diabólica y venían brazos desnudos, ojos desfallecientes, luces de colores irritantes y perfumes entregados en la emanación de la pereza y de la media muerte; del instante brevísimo.

Pero Juan Villada se aburría, y entraba en su cuerpo (no era ilusión), entraba exactamente en su cuerpo un odio que barría cosas y personas cercanas, como un torbellino rojo.

Volvía al taller, lejos ya de las noches, y un aliento jovial intentaba levantarlo del suelo, mientras Corina, desnuda sobre el grueso tapiz, amenizaba su trabajo con chismes interminables, nuevos cada día, risillas burlescas, revelaciones de secre-

tos de la más alta gente y comentarios de la vecindad. A cada rato debía contenerla:

—No te muevas.

Entonces contestaba ella y hablaba sin tino ni medida, incansable y nerviosa.

Sin dejarlo ver, Juan se regocijaba en su interior, pero sentía, al mismo tiempo, deseos de atormentarla sin odio, casi con ternura.

A esa hora pasaba Alicia con el otro.

Villada acabó, a poco, por no mirarla siquiera.

Era muy bonita. Sí, efectivamente.

Juan Villada buscó modelos negros. De la noche sacó dos. En el taller, de día, resultaron absurdas. Bebió con ellas. No hizo nada.

Descubrió, entonces, la algazara de los chiquillos que jugaban bajo la lluvia en el barrio bajo. Había de todo; rubios, trigueños, negros. Los camisones se pegaban a los muslos, a los senos apenas nacientes. Los cuerpecillos desnudos parecían de vidrio oscuro.

Buscaba modelos negros.

Alberto Hermosilla lo llevó a la casa de la mujer que lo había criado.

—¡Ay, mi alma! —clamó doña Ambrosia.

Rápidamente alzó su delantal rojo, limpió con él la boca, se restregó las manos y abrazó al que había cuidado de pequeño.

La voz de la opulenta negra subía y bajaba de tono y sus dientes no cesaban de mostrarse como el mecanismo de un muñeco de propaganda.

A la cabecera del lecho, dentro del blanquísimo mosquitero, un Cristo de estaño reclinaba la cabeza perezosamente sobre un hombro, como rendido por el calor pesado del ambiente.

Entró Segunda, reidora y alta; en seguida, Benita. Juan Villada se encontró de pronto ante dos ojos que le quemaron las entrañas, dos ojos como un látigo que restalló lento y ar-

diente sobre su piel. Fue un instante apenas, pero he aquí que esta sensación se eternizaba con un calor inextinguible, cada vez renovado.

El delantal de la madre era rojo como las amapolas; las dos hijas vestían azul con grandes lunares blancos.

La cerveza helada mojó alegremente la charla con su espuma liviana. Los dientes de las mujeres se descubrían en todos los ángulos de visión y las palmas rosadas de las manos se elevaban de pronto y se echaban atrás en una carcajada que estremecía los senos sombreados enérgicamente en la tela azul.

Al anoecer, en uno de los departamentos vecinos, otros negros danzaban y cantaban al son de guitarras. Todas las puertas vomitaban luces intensas o débiles. Los chiquillos reían aún en los patios. Un hidroavión del correo aéreo alemán llegaba junto con la noche al puerto.

Volviéron varias veces en los días siguientes. Doña Ambrosia reía con risa llena; las hijas aligeraban cada vez más sus movimientos con la soltura que acopia la familiaridad. Por fin, Juan Villada dejó de ser un blanco como cualquier otro. Ciertamente, no se burlaba de la raza negra. Ellas lo comprendieron muy bien.

Por aquel tiempo llegó La Cubana. Bailaba rumba en los teatros y había traído un timbalero negro que por momentos parecía romper los sonoros tímpanos de su instrumento con un entusiasmo frenético. La Cubana giraba sus grandes ojos y ondulaba su cuerpo con blandos movimientos de fiebre; a veces, con repentinos estremecimientos que debían venir de un lejano terror de selva africana.

Juan Villada la conoció, se anudó a ella, la vio temblar con ojos muertos cuando las palabras se detienen en un murmullo de los labios. Y persiguió después su espectáculo con las dos hermanas. Desde lo alto de un teatro, los ojos hechizados de Benita la vieron mover su rumba palpitante y escuchó su voz pastosa y como lejana, pero de pronto viva y abierta.

Se fue La Cubana, pero quedó su rostro grabado en una fotografía sobre la cual su letra tortuosa había escrito algunas palabras de amor. Benita miró con desconcierto a Juan Villa-

da. ¿Lo había amado La Cubana? Lo había besado, entonces; lo había tenido en sus brazos, toda ella entregada a la voluntad de este hombre cuya respiración escuchaba muy de cerca. Entregada como podía entregarse también ella. Lo había amado una mujer de su color. ¿Qué atracción misteriosa ejercía este hombre blanco? Sí, era verdad. No se burlaba.

Sus pestañas se cargaron de un abandono apasionado. El pesado látigo de fuego restalló lentamente sobre las sienes de Juan Villada. Dos brazos fuertes avanzaron como reptiles hacia la espalda de la muchacha anhelante; algo se mantenía aún con una última fuerza, pero sobrevino la caída, ya sin defensa alguna. Los labios de la niña se abrieron como en un trance místico y la boca de Juan Villada penetró en ellos con un fuego misterioso y adormecedor.

Sobre la espalda del hombre, una mano pequeña se abrió con leve estremecimiento. La Cubana cayó al suelo con ruido de cartulina.

Un instante después Benita echó atrás la cabeza para mirarlo. Brillaban sus dientes blanquísimos. Sonreía. Había nacido en ella la fe. Una fe grande como el mundo. Sin temor, sin inquietud, sin exigencias. Un dios acababa de revelarse en sus entrañas. Lo esperaba, lo amaba, lo necesitaba.

—¿Tú no me burlas, tú?

Juan Villada la estrechó sin palabras.

Ella, entonces, anudó sus manos en el cuello del hombre y se escurrió con lentitud hacia abajo, rozando su cuerpo hasta soltarse, por fin. Quedó tendida en el suelo, boca arriba, riendo y mirándolo con una mirada eterna.

* * *

Juan Villada comenzó a trabajar sin descanso, como si fuese primera vez en su vida que tomaba los pinceles. Un color de tabaco, entre pardo y aceitunado, llenaba las telas. Benita se inmovilizó sobre los baúles, en la pared, en los rincones. Su rostro de anatomía blanca y color mulato había sido tomado copiosamente en su gracia casi infantil.

Si Juan Villada reposaba, el gramófono comenzaba a sonar.

—¿Bailo, Don?

—Baila.

El ritmo lento de la rumba cogía a la muchacha, se adhería a su cuerpo y ondulaba por dentro de él con una sabiduría deliciosa y desconcertante.

La gracia instintiva de los movimientos, cuyo modelo estaba todavía fresco en el recuerdo, hacía reír y cautivaba. El rostro femenino se acercaba, entonces, hasta llegar a los ojos, y la boca hablaba sobre la otra boca.

—Desnuda, ¿quieres?

Riendo traviesamente echaba en un instante sus ropas sobre el diván y continuaba la danza. Después se iba a la ducha y volvía brillante como una estatua de vidrio. Se tendía a su lado, le encendía un cigarrillo, le daba aire con un abanico de palma seca.

—Háblame de tu país, Don.

Un país frío invadía la habitación. Un país de largos caminos, donde la lluvia helaba los huesos. Se encendían estufas en las casas; el aliento era blanco y visible; caía la nieve. ¿Qué era la nieve? Plumillas de hielo cayendo blandamente sobre la tierra. Pronto las calles estaban blancas; los techos, los árboles, los campos, blancos. El frío era cada vez más intenso. Pero después venía el sol; las ramas desnudas de los cerezos y de los duraznos se cubrían una mañana de flores rosadas como el crepúsculo o blancas como la nieve. Y luego ardían los campos bajo un sol de bendición que maduraba la siembra. Se movían trenes interminables que rodaban hacia los puertos de embarque. De pronto, un viento de muerte echaba a volar las hojas amarillas de los árboles. Las ramas desnudas se tendían hacia el cielo como manos desesperadas. Las playas, cuyas arenas de oro invadía una multitud densa y coloreada con una fantasía maravillosa, quedaban desiertas. Se levantaba furiosamente el mar y azotaba las naves contra las rocas. La nieve caía otra vez.

Benita escudriñaba sus ojos. No; no podía engañarla. Todo eso era verdad. Entonces desviaba sus pupilas negras hacia una distancia que atravesaba murallas y pensaba, sentía, imaginaba candorosamente.

El frío dolía; sí, dolía. No era necesario explicarlo.

—¿Y tú vas a volver allá, Don?

—Sí.

—¿Cuándo vas a volver, Don?

—Quién sabe.

Ella veía, entonces, una multitud de gente pobre y negros que luchaban a machetazos, derramando sangre en aquel lejano país. La revolución.

—¿Hay morenos allá, Don?

—No, no hay. El frío no los deja vivir.

Entonces eran todos blancos los que luchaban. Quién sabe si tampoco eran pobres.

Benita sentía la felicidad de su propia ignorancia. Hubiera deseado no saber nada para que Juan le enseñase punto por punto todo lo que debía conocer.

Cansada del esfuerzo que hacía para imaginar lo que él describía sólo con palabras, lo abrazaba con deseos de hundirse en él.

—Quiéreme, quiéreme, Don.

Su piel de obscura seda ardía sobre el diván. Habló al oído del hombre.

—No —dijo él—, no, no. Engordarás como un puerco.

—Pero es que a todas les ocurre lo mismo, Don.

—Eso te digo.

—¿Y entonces? —se puso de pie.

—Entonces, yo no quiero que eso ocurra contigo. Amo tu cuerpo como es ahora.

—¿Verdad?

Un movimiento de alga nació en sus pies, avanzó por sus piernas y sus muslos y se hinchó en las caderas, estremeció el vientre y los senos y, luego de pasar por el cuello, se desvaneció en graciosa inclinación de cabeza. Reidora por un instante solamente, puesto que hallaba insatisfecha su alma.

Benita soñaba con un niño blanco como la nieve; quería sentirlo en sus entrañas y llorar. Tenerlo en sus brazos, verlo reír; protegerlo, darle su vida.

Cuando cerraba los ojos y se sentía morir, murmuraba como una oración: "Yo quiero, yo quiero", hasta que su cuello, sin fuerzas ya, abandonaba la cabeza hacia un lado. Huía del mundo, se sumergía en una región sin conciencia, en un país de dulce fatiga. Regresaba al lado de Juan Villada sólo para abrir los ojos y sonreírle.

—Te amo, Don. ¡Te amo!

Alicia pasó un día frente a la ventana del hombre. Iba sola esta vez. Quiso saludarla, pero ella volvió el rostro con ostensible repugnancia.

Ah, ya lo sabía todo. Era un hombre despreciable. Por cierto que él había deseado serlo. Benita le acompañaba a todas partes. Reía con ella. Un hombre blanco y una mujer mulata.

El traje levísimo de Alicia se perdió hacia el fondo de la calle.

Juan Villada volvió la cabeza y estableció su mirada en un sitio de la muralla, sobre un rostro blanco pintado entre grandes flores. La miraba con permanencia.

De pronto habló Benita:

—La he visto ya, Don. La conozco. Es muy bonita, ¿verdad?

Villada se volvió a ella. La muchacha miraba sonriendo con un sentimiento impreciso.

—La quieres, Don.

—No la quiero ya. Tú lo sabes.

—Sí, Don. Yo te quiero.

Arreglaron el pequeño equipaje y fueron a los muelles menores. El negro Felipe y su hijo esperaban en la balandra.

—Ha traído música —dijo Benita, con ojos brillantes y vivos—. ¡Verás cómo voy a bailar, Felipe!

El negro miró con ternura al blanco y rió como si lo viese hacer una chusca travesura.

—¡Ay, don Juan! —sacudió un brazo en el aire.

Quitó las amarras en un minuto. El niño izó el trinquete, Felipe alzó en seguida su pierna derecha y, apoyando el pie desnudo contra el mástil, empezó a levantar la vela. La pequeña embarcación abandonó suavemente el muelle y, luego de hinchar su lona con un golpe de buen viento, tomó rumbo hacia la desembocadura, río adentro.

Juan Villada se fue al timón, desnudó su pecho y respiró profundamente. Benita abrió el gramófono y se puso a cantar ante el negro, que reía con prudente felicidad, sentado en la borda.

Durante una semana vivieron en una choza, mientras Felipe picaba la leña de su comercio. Una semana de aire, agua y libertad. Por las noches el asado desprendía humo hacia la luna maravillosa, en tanto que Benita cantaba sobre la música de una orquesta invisible en el disco. Cantaba con voz libre de toda educación, a veces con un tono que era casi alarido, a veces con una nota que se perdía por su garganta hacia adentro. Sonido de su ser; sonido de carne.

Por la mañana, mientras pintaba Juan Villada, la muchacha mordía con sus jóvenes dientes un trozo blanco y jugoso de caña de azúcar, destrozándolo con deleite pueril. Si él la miraba, la caña caía sobre la falda azul y brillaban los ojos y la blanca dentadura.

—¿De verdad que tú no comes, Don?

—No, Benita.

Juan Villada se sentía feliz de tener que responder a cada instante a tantas preguntas.

* * *

Las velas se irguieron otra vez, hinchadas como un pecho de paloma, y en una tarde fresca, bajo el cielo rojo y amarillo de los trópicos, la pequeña nave entró al puerto con una gran carga de leña rosada.

Juan Villada echó al diván su regreso fatigado y cerró los ojos. Benita llegó muy pronto y vació sobre el hombre su delantal cargado de naranjas olorosas.

—Te quiero, Don. ¡Te quiero siempre!

Tomó asiento a su lado y se echó en seguida sobre él, como sobre una tierra húmeda, espesa de vegetales.

Una mano lenta penetró por su espalda hasta la cintura. El olor de la raza era en ella como el de un viejo barco abandonado, donde hubo cargamentos y ahora no; donde hubo marineros y gentes de diversos países; donde hubo sudores de faenas y de amor sin inquietudes.

* * *

—Alicia quiere hablar contigo —dijo Hermosilla.

—No lo creo.

—Ella me lo ha dicho.

—Será para burlarse otra vez.

—No me parece, Juan.

Los pinceles trabajaban una fruta.

—¿Qué le digo?

—Nada.

—Eres absurdo. O tal vez... ¿Benita?

—Sí: eso. Para mí, ¿qué más da? Es buena y me pertenece. No se ha detenido ante nada. Vive conmigo. Me quiere y lo dice a todo el mundo. A mí, ¿qué me importa todo? Vivo tranquilo, hago lo que me viene en ganas y trabajo. Antes no lo hacía. ¿Que es negra? Tanto mejor. Eso mismo es lo que yo quiero, precisamente —dejó los pinceles—. Quiere hablar conmigo. ¡Yo no quiero!

Hermosilla se movió hacia dentro del taller.

—No puedes negar que la quieres. Te irritas por despecho.

—Piensa lo que quieras; lo único que tendré que lamentar un día será separarme de Benita. La quiero, me hace falta, la necesito. Me basta y completa mi vida.

Hermosilla se tendió en el diván.

—¿Comerás con nosotros esta noche? —preguntó.

—Sí.

A medianoche todos reían. La cerveza helada se renovaba a cada instante.

—¿Verdad que Benita baila? —preguntó Camila.

—Benita baila desnuda —afirmó Juan Villada.

—¡Oh!... —hicieron las mujeres.

Benita acercó su rostro sonriendo.

—¿Quieres, Don? ¿Verdad?

Ya sonaba la rumba en el disco.

Las muchachas se estrecharon contra los hombres.

Los hombres afectaron indiferencia.

Algo palpitaba allí.

Benita se despojaba alegremente de sus ropas.

* * *

Después, el carnaval, los viajes en balandra, la feria de verano, las noches de fiesta en que Benita rendía sus gracias de niña en formas de mujer. Y la intimidad larga de satisfacción y de amor.

Por fin llegaron los días que no pueden evitarse, los que no se detienen.

El lejano país donde caía la nieve del invierno y florecían los cerezos de primavera, donde la cosecha era arrastrada por trenes interminables hasta los grandes barcos del mar; donde el viento amarillo echaba a volar las hojas como pájaros de espanto; el país del hombre que volcaba su aliento sobre el mecanismo admirable y joven de Benita, lo atrajo como una marejada creciente.

La lucha había terminado con el triunfo; podía volver. Un azotar de banderas de viento lo llamaba desde el lejano país de cuatro colores.

* * *

La tempestad pesaba sobre los techos.

A los fregonazos gigantescos del cielo embravecido sucedía un formidable derrumbe de tablas que caían torturándose unas tras otras, como una cólera amenazante y grandiosa.

Las aguas caían con pesadumbre de plomo, sin viento, sin

brisa; un calor húmedo inundaba las casas, los objetos, los cuerpos.

Sobre el lecho rodeado de un velo sutilísimo dormitaba Juan Villada, desnudo de cintura arriba. Quería dormitar, quería olvidar. Sobre su rostro, el de Benita; sus cabellos ensortijados, sus pestañas cargadas de pasión.

—¿Tienes calor, Don?

—No, Benita.

No quería tener calor.

—¿Te enciendo un cigarrillo?

—Sí, Benita, sí.

Dentro de poco nadie haría estas preguntas. Nunca más escucharía esas palabras, esa voz de franela.

—¿Por qué no eres como antes, Don? Parece como si ya te hubieras ido.

—Es que sufro, Benita.

—¿Te duele?

—Me duele dejarte.

—Pero vas a volver, ¿tú?

Juan Villada pasó sus manos bajo la cabeza.

—Sí, Benita —bajó la voz—, voy a volver.

—Yo te creo, te creo, Don. ¿Por qué no somos como antes, entonces?

Ah, también ella.

El calor húmedo adormecía, pesaba, hacía callar. La tristeza rodaba sin dirección ni forma.

—Don, ¿te duermes?

—No, Benita. Háblame.

¿Qué decía esa voz, cuyas palabras hundían su significación para no turbar la imagen de un tiempo caído? Voz de niña que súbitamente dejaba de ser niña. Voz ya oída, ya escuchada, ya muerta.

Los dos se unieron lentamente, como dos grandes nubes en lo alto del cielo.

* * *

Juan Villada apoyó su pecho sobre la baranda de popa. Al otro extremo del barco los eslabones del ancla daban las últimas dentelladas rabiosas sobre el acero, arrastrándose hacia el pesado vientre mecánico. Bajo la popa, las hélices torcaban el agua con golpes de bestia marina.

La ciudad se alejaba ante los ojos del hombre. Una falda azul había vaciado naranjas sobre su valija. Naranjas, cigarrillos y lágrimas. El hombre había tendido sus manos a la percha.

—¡No, eso no, Don!

Ella lo separó. Su angustia. Su ruego.

—Sí, Benita. Comprendo.

Un sombrero y un saco colgaban de la percha. Se quedarían allí esperando también el regreso imposible.

Ah, desdicha. Aquélla era una faena dura, lenta, pesada. El viaje ya presente, ya irremediable. El echar objetos a la valija, como tierra a una tumba.

—¡Te vas, Don! ¿Cuándo volverás? ¿No puedo ir yo también? ¿No te haré falta?

—Sí, Benita, sí, ciertamente.

—¿Allá te esperan, Don? ¿Te llaman? Tú has dicho que volverás, Don. Recuérdalo.

Cada palabra entraba y no salía más.

* * *

Una pequeña barca se acercaba a la nave. Una pequeña barca alcanzó a la gran nave. Felipe iba agarrado gallardamente al timón, como a un viejo recuerdo de mocedad; Benita penetraba un pañuelo contra su pecho. Arriba, en la baranda de popa, Juan Villada apretaba sus recuerdos cada vez más vivos, salía de sí, se destruía a sí mismo con esfuerzo desesperado y áspero.

Las hélices batían el torbellino de agua con golpes cada vez más recios. Esa fuerza helada que pone distancias y separa sin prisa, sin odio, sin turbación, quitó impulso a la

pequeña barca y lo dio a la nave que partía hacia el horizonte.

Benita tendió los brazos como si hubiera querido aprisionar el vuelo de su ansiedad incontenible.

La distancia era ya de aquellas en que se gritan palabras del todo inútiles. Palabras que caen al mar en pleno vuelo, como pájaros heridos de muerte.

Benita miró al cielo en todas direcciones, hacia la región de los astros, hacia el espacio frecuentado por las gaviotas y rió como niña bajo una lágrima de mujer. De prisa se acercó, entonces, al timón, sin apartar los ojos del barco ya lejano.

—¡Toca mi vientre, Felipillo, toca mi vientre!

El viejo palpó con mano de superstición y respeto.

—¡Es de él, es de él! ¡Es mío!

—Sí. Don volvería pequeñito, obediente, lindo como un fruto tierno. Dulce, reidor y gozoso.

El Pavo

I

CUANDO, abiertos los cascarones, salió del nido la parvada de los nuevos pollos gritando "¡piín-piín-piín!", la gallina se quedó mirándolos atentamente, con cierto aire de extrañeza, de duda; en seguida los llamó con un cloqueo, los dejó esparcirse nuevamente, los volvió a llamar, les repartió algunas pepitas minúsculas y les enseñó a picar los granitos; otra vez los dejó irse, pero no a mucha distancia, y entonces dijo con alguna angustia en el acento y asombro en la mirada:

—¡No parecen que fueran hijos míos!... Los pollos que he tenido antes eran más pequeñitos, más hermosos de color y gritaban "pío-pío-pío-pío", mientras que éstos gritan "piín-piín-piín"... Al final de cuentas, bien puede ser que la culpa sea de mi marido.

Se quedó mirándolos y considerándolos con nueva atención, y en esos momentos se acercó a ella y a la parvada el gallo, su marido, un hermoso gallo, muy grande, muy altivo y de hermosas plumas color rojo oscuro jaspeadas de amarillo y azul tornasol. El gallo se paró en medio del grupo, con la pata derecha en el aire, levantando y bajando la airosa cabeza adornada de una cresta muy roja y que parecía la corona de un rey, y de unas mollejas muy rojas también y que semejaban un cuello de púrpura real; y después preguntó con tono un poquito duro a la gallina:

—¿Y estos pollos, mujer?

—Pues, ¿qué pollos han de ser? ¡Tus hijos y los míos!

—¡Hum! Usted perdone, señora: éstos no son pollos de nuestra raza. ¡Quiero explicaciones muy claras y satisfactorias!

—¡Pues mira: también estoy pensando en eso mismo, porque les encuentro mucho de extraño!...

—¡Y me lo dice usted con esa frescura, señora! ¡Y en mi cara y en mis mollejas!...

—¡Pero, hombre de Dios! ¿Qué sé yo de esas cosas? Yo estaba clueca, me pusieron unos huevos en el nido y, como ya sentía yo todos los ardores de la maternidad, ¿qué más había de hacer sino incubarlos y sacar a luz la cría? ¿Acaso sabe una de los hijos que le dan?

—Quiero creer en su buena fe, señora; porque yo no toleraría ni por un instante que usted hubiera faltado a sus deberes de esposa honrada.

—¡Clo-clo-clo! ¡Qué ocurrencia! ¿Había de olvidarte yo a ti por alguno de los gallos enclenques de este gallinero?

—Pues eso mismo agravaría más tu falta. ¿Y qué clase de pollos crees tú, mujer, que son éstos?

—Pues estoy sospechando que pueden ser de pavo.

—¡De pavo!... ¡Y usted, señora!... ¡Qué horror! *Varium et mutabile est foemina*, pero no hasta ese extremo horripilante... Me voy, señora, y aseguro a usted que apenas encuentre al pavo, le voy a sacar el moco a picotazos.

—¡Oye, hombre: no seas tan precipitado! ¿Que no sabes tú que siempre les ponen a las gallinas huevos de pava, porque nosotras somos mejores madres?

—¿De veras? Ahora recuerdo que he visto igual cosa con otras gallinas, pero nunca había ocurrido eso con ninguna de mis mujeres. ¿Y qué hacemos con esos pavi-pollos?

—¡Qué hemos de hacer! ¡Criarlos! ¿Se te figura que voy a dejar abandonados a esos pobres niños, después de haberlos sacado a luz?

—Haga usted lo que guste, señora, pero yo no soy ningún tonto para mortificarme por hijos ajenos.

Y el gallo se fue con la frente muy alta y dando un "cocorocó" muy sonoro, como para afianzar el pabellón de su independencia. En cuanto a la gallina, se quedó profundamente afligida; pero, animada del amor materno, que dedica sus ternuras a los hijos ajenos cuando no los hay propios, tomó la resolución heroica de no desamparar ni un instante a aquellos pobres chicos que nacían de algún par de pavos desalmados y sin entrañas, incapaces de alimentar a su propia cría.

Afortunadamente, la gallina encontró un poderoso auxilio. Pasó por allí la cocinera de la casa, vio los pollitos y corrió gritando hacia el interior para dar la gran noticia:

—¡La gallina ha sacado nueve pavitos!

Y volvió al poco rato con un tiesto lleno de afrecho húmedo y lo puso al alcance de la gallina y de sus ajenos hijos, que al punto se pusieron a comer, amaestrados por la madre adoptiva y con un apetito considerable.

II

El alimento que les servía la cocinera era abundante, y con esto y con el cuidado de la gallina los pavitos crecieron rápidamente y al mes ya tenían mucho más cuerpo que los pollos de la misma edad.

Pero a medida que crecían y se desarrollaban, iban mostrándose más desgarbados y feos: la dorada pelusilla que les cubría el cuerpo cuando pequeñitos fue desapareciendo y empezó a ser substituida por otra de color plumizo sucio, se les puso calva la cabecita, y en seguida brotaron en ella unos pelillos cortos y ralos, de antipática apariencia, y principiaron a crecerles por todo el cuerpo unos cañones francamente feos y luego unas plumillas vergonzantes. Con todo esto los pavines semejaban pollos rotosos, desarrapados, como los chicuelos que juegan en las calles casi desnudos, sin más abrigo que su mugre y unos cuantos trapos que flamean en tirillas deshilachadas.

—¿Cómo le va con su cría, comadre? —solían preguntar a la gallina sus compañeras de huerto.

—¡Ay, niña, por Dios! —exclamaba la gallina, con aire de sumo descontento—. ¿Cómo me ha de ir con estos pavi-pollos tan desmajejados y tan feos?

—La verdad es que son muy desgraciados de figura estos gahnápiros. Le han metido un buen clavo con ellos, comadrita.

—La culpa es de la bribona de la cocinera, que me echó huevos de pava en el nidal en lugar de los que yo había puesto. ¿A que ella se recondenaba de rabia si en lugar del chiquillo le pusieran un chanchito en el camastro?

—Y eso que el chiquillo grita y es cochino como un cerdo.

—¡Y no es nada lo feo que son estos infelices, comadre! ¡Si viera usted qué tontos son los muy "hijunas"! Se pasan todo el día gritando "pavín-pavín-pavín", no saben comer, no se les ocurre nada, hay que enseñárselo todo; y las pavitas son tontas desde chicuelas: mírelas usted, siempre con la cabeza agachada y gritando sin cesar "laú-laú-laú".

—¿Por qué gritarán así, comadre?

—¡Porque hace muchísimos años, muchos siglos, cuando vino al mundo la primera pava, Dios le puso en el cuello un collar de plumas blancas en forma de U y le dijo: "Esta U significa "umildad" y mientras conserves esta virtud conservarás este adorno; si te ensoberbeces, lo perderás y saldrás del Paraíso". Pero un día la muy pava oyó que la cortejaba un gallo, y entonces se hinchó, se envaneció, se puso tonta de remate con la soberbia y al punto perdió la U; y Dios la echó del Paraíso y la condenó a buscar por todo el mundo el adorno y la virtud perdida. Desde entonces andan las pavas con la cabeza agachada, el cuello medio pelado, escarbando por todas partes y gritando sin cesar "laú-laú-laú".

Los lectores podrán creer que la gallina era muy ignorante en materia de ortografía, pues hablaba de "humildad" sin h, pero están en un error si así piensan, pues en primer lugar la gallina seguía la ortografía fonética y además ella sabía muy bien que "humildad" en latín se escribe sin h.

No sólo eran feos y tontos aquellos pavi-pollos, sino además excesivamente delicados, y bien pronto lo comprendió la gallina, pues una mañana, al levantarse con la parvada para

salir a picotear entre la yerba, vio tendido e inmóvil cerca de ella a uno de los pavines: lo llamó repetidas veces y, como no consiguiera sacarlo de su inmovilidad, dio un aleteo y se alejó diciendo:

—¡Qué trabajo, Señor! Todavía no sabía vivir y ya ha aprendido a morirse.

Aqué! no fue el único, sino simplemente el inicial: desde ese primer fallecimiento, la parvada fue desgranándose, y reduciéndose el núcleo de semana en semana. Enredados en alguna mata, tendidos a la orilla de un regato, metidos en una cerca, en distintos puntos y a distintas horas, los pavines se quedaban yertos, después de moquear y llorar algunos días, y no volvían a levantarse más: la gallina, de pie al lado de los cadáveres, llamaba lastimeramente a aquellos hijos adoptivos que iban rezagándose en el camino de la vida, renunciando para siempre al brillante porvenir del horno, de las trufas, de la ensalada de apio y de la ramita de perejil atravesada en el pico; pero los infelices pavi-pollos ya no contestaban a aquellos llamados y sus desgarrados cuerpos iban a parar en seguida a la basura o eran devorados por los perros golosos del vecindario.

Así se extinguió la caravana y sólo quedó en vida uno de los pavitos. Y como si la naturaleza hubiera querido compensar en éste las crueldades que había usado con los demás, el sobreviviente creció lozano, vigoroso, palpitante de vida, superior a las brutales selecciones de la muerte. ¡Era un gran pavo, uno de nuestros primeros pavos, como diría mi hermano Mont-Calm!¹

I I I

Una mañana lo sacaron, junto con otros pavos y con muchos gallos y gallinas, a un campo vecino, muy extenso, y llegó a pararse en una pequeña eminencia, desde la cual domi-

¹En realidad, Egidio Poblete fue casado con una hermana carnal de Carlos Varas Montero, cuyo seudónimo en las letras era Mont-Calm. (N. del E.)

nó una gran extensión de terreno. ¡Oh, qué hermoso era aquello y qué ancha y luminosa era la vida! Desde aquel punto, el campo se extendía a gran distancia, cubierto de verde y finísima yerba, sombreado de magníficos árboles, y bajaba en suave declive hasta un arroyuelo que serpeaba entre arenas y bosquecillos; más allá del arroyo, continuaba extendiéndose el campo como un inmenso tapiz de césped, y en el término de la pradera se alzaban unas montañas de verdes faldas y crestas azules, que sostenían en sus elevados picachos un cielo radiante de glorioso azul; y por todo el prado discurría murmurando y jugueteando como una chiquilla alegre una brisa fresca, perfumada, cariñosa, que rizaba amorosamente las plumas del pavo.

¡Qué embriaguez era vivir en medio de tantos esplendores! ¡Y qué fácil y abundante era el banquete de la vida! Entre la grama que cubría la pradera, saltaba infinidad de insectos, de todos los colores imaginables, y cada uno de ellos era un bocado infinitamente delicioso y que sabía a mieles en el paladar y daba blando calor en el estómago.

Olvidábase a veces de comer el pavo por dedicarse a la contemplación de tantas maravillas, pero al fin pasó el asombro y entonces comió y se dedicó a recorrer aquel sitio encantador; y como todos los días lo llevaban, a él y a las demás aves, a aquel espléndido campo, tuvo tiempo para visitar todos los lugares, como un rey que recorre sus dominios.

Un día llegó hasta la orilla del estero, se detuvo al lado de un remanso y miró aquella transparente linfa que corría con gentil rumor. Y al mirarla, ¡oh asombro!, vio reflejarse en el agua su imagen y se vio grande, corpulento, majestuoso, vestido de negrísimas y brillantes plumas, adornada la cabeza de púrpura, más grande y más hermoso que todas las demás aves; alrededor de su cabeza vio reflejarse un trozo de cielo, un manto azul, adornado de blancas y leves nubecillas, y creyó que aquello sería un atributo suyo, un manto real que le daba la naturaleza en testimonio de su señorío; y se creyó el señor de todos aquellos parajes y el rey de todas las aves que lo rodeaban.

—¡Cómo habrá gozado el cielo al darme la vida! —exclamó el joven y apuesto Meleagro, en un arrebato de orgullo y de satisfacción de sí mismo.

En verdad, el gallo era un animal muy hermoso y arrogante, pero no tenía la corpulencia y la majestad del compañero de Juno, y no podía resistir, por tanto, la comparación con éste. Es verdad, también, que el gallo tenía su magnífico canto, con que suscitaba el día y ahuyentaba las sombras nocturnas; pero ¿por qué no había de cantar él lo mismo que el gallo? Esperó, pues, el momento propicio, y apenas cantó aquél, levantó el pavo la purpurada cabeza y lanzó por la llanura un atronador “glu-glu-glu-glu”, que suscitó gran asombro entre los habitantes alados. ¡Era, pues, el principal y el señor de aquella monarquía!

Y otra mañana, para coronar dignamente los esplendores de su vida, divisó el pavo entre los bosquecillos que bordeaban el arroyuelo, un ser semejante a él mismo, pero más gracioso, leve, ondulante, tímido y sensible, que discurría gentilmente entre las yerbas cantando con acento de dulcísima melodía: “laú-laú-laú-laú”.

*La rubia Ofelia
cogiendo flores y cantando pasa,*

habría podido decir el pavo si hubiéra leído poesías españolas.

Era una pava tan hermosa como sencilla y honesta, de suavísimo plumaje color de ceniza y azul, y ojos amarillos brillantes, tan dulces y tan claros como un pequeño lago de dorada arena.

Sintió latir el corazón el pavo y con todo el ímpetu de su juventud y de la ardiente savia de su vida, exclamó palpitante y emocionado:

—¡Qué bella eres, oh celeste visión de primavera! ¿Me permitirás, hermosa dama, que te ofrezca mi compañía para recorrer juntos la margen de este arroyo?

—¡Oh señor! —contestó ella, ruborizada y trémula—. Yo

no soy dama ni hermosa, y no me atrevo a andar en compañía de tan gran señor.

—Tú eres la luz de mi alma, dulcísima doncella; dame una mirada de tus ojos y será tuya toda esta pradera y yo seré tu esclavo.

—Señor, no me deslumbres con tu grandeza: ¿qué más puedo ambicionar yo sino tu amor que me enaltece?

El arrogante Meleagro vio chispear dentro de su corazón todos los fulgores del estío y sintió latir todo su ser con una palpitación de hondas e ignoradas energías; y al mismo tiempo ardió la púrpura de su cabeza como una llamarada, esponjósele el negro y brillante plumaje como una vela bajo el soplo de la brisa, enarcáronse y distendiéronse sonoramente sus alas en una explosión de fuerza juvenil; y en medio de tanta majestad, avanzó solemne y lentamente sobre la humilde yerba que se doblaba bajo las rígidas plumas de las alas, y dando el cuello al viento como un gallardete de combate, lanzó por la llanura su estentóreo "glu-glu-glu-glu" como un himno triunfal de amor, de juventud y de vida.

I V

Por desgracia, tanta dicha no podía ser de larga duración: belleza, arrogancia, juventud y amor no son dones que puedan subsistir unidos largo tiempo.

Un día llegó a la casa un hombre mal trajeado que, después de conversar con los dueños de ella, pasó una detenida revista a las aves; y a medida que las observaba, hacía tomar por medio de un muchacho a las escogidas y meterlas en grandes canastos cubiertos por una red de cáñamo.

Entre las escogidas estaba nuestro pavo, que fue declarado el más hermoso y el de más peso entre todos, y metido junto con otros en una java en que quedaron estrechos y oprimidos, y así perdió a un tiempo mucho de sus más preciados bienes: la hermosura de aquella pradera deliciosa, la libertad y el amor. ¡Qué hondo desgarramiento sintió en el alma cuando lo

separaron de su dulcísima prometida, de aquella pava gentil color de ceniza que cantaba tan musicalmente el "laú" a la orilla del claro arroyuelo de la pradera!

Lo llevaron en ásperos carretones a una estación de ferrocarril, en seguida lo encerraron, con muchas otras aves, dentro de un carro maloliente y sucio y oscuro, viajó después durante algunas horas en medio de un traqueteo y de un estruendo infernales, llegó a una estación muy llena de movimiento y de ruido, lo transportaron en otro carrutón a un edificio muy viejo y muy pobre donde pasó la noche triste y acongojado, y al día siguiente lo sacaron de la java, lo reunieron con otros pavos y los echaron a todos a la calle y un hombre y un muchacho armados de varillas los hicieron emprender la marcha por una calle angosta, bordeada de altos edificios, que sólo dejaban ver allá en la altura una angosta faja de cielo gris, sombreada por espesos nubarrones de negro humo.

Así anduvo, en colectividad, más de una hora, mientras el hombre iba gritando: "¡Los pavos gordos!" De una casa salió una señora que llamó al pavero y éste detuvo entonces a toda la parvada; se trabó una conversación entre el pavero y la señora, ella designó a nuestro arrogante Meleagro, lo cogió el pavero y lo entregó a la dama, la cual lo cogió a su vez en sus blancas y suaves manos, se mostró satisfecha, lo entregó a una sirvienta, y ésta se lo llevó al interior de una casa y lo soltó en un patio interior, largo, estrecho, de pavimento duro y desprovisto hasta del menor asomo de vegetación, y de murallas altas que recortaban muy arriba un trozo de cielo.

El pavo se quedó acurrucado en un rincón, sin ánimo para moverse, confundido, tímido, lleno de mortal tristeza. Pero a los pocos momentos sintió un cacareo y vio que desde el extremo del patio avanzaba hasta él un gallo castellano, lentamente, dando dos o tres pasos y levantando en seguida una pata, como andan los tenores que cantan en la ópera, mientras quedaban allá en el fondo unas gallinas que daban vivas señales de alarma.

—¡No te le acerques, cocorito! —exclamó una de las gallinas, dirigiéndose al gallo.

—¡Mira que ese pajarraco enorme puede ser muy peligroso! —agregó otra.

—Debe de ser un cordero —dijo una tercera—: yo he oído hablar de corderos a la cocinera, y éste debe de ser uno.

Aquel gallo y aquellas gallinas habían nacido y crecido en aquel patio y jamás habían visto pavo alguno, y de ahí su asombro y su alarma.

Pero el gallo seguía avanzando valientemente; y colocándose a un metro de distancia, preguntó al compañero de Juno:

—¿Qué cosa eres tú?

—Soy un pavo —respondió humildemente el interpelado.

—¿Y qué vienes a hacer aquí? ¿Vienes acaso por alguna de mis esposas? Te prevengo que no tolero cortejos de nadie.

—No; no pretendo tal cosa: me han traído aquí contra mi voluntad.

—¡Ah! Entonces vienes a comerte nuestro maíz y nuestro trigo. Pues tampoco lo tolero: yo soy el amo de este patio y no acepto intrusos.

—Comeré lo que me den; no pido más, pero no estoy dispuesto a dejarme morir de hambre.

—¡Ah, ah! ¿Conque ésas tenemos? Pues, para que aprendas a respetarme, ¡toma!

Y dando un vuelo se fue el gallo contra el pavo, y le dio un par de estacazos, a los cuales contestó el ofendido acurrucándose aun más en el rincón. Apenas vieron esto, las gallinas se dieron a cacarear como riendo a carcajadas y corrieron hacia el intruso, lo rodearon y lo escarnecieron con palabras burlonas.

—¡Tan grande y tan marica! ¡Co-co-co-cooó!

—¡Qué tipo tan ridículo! ¡Mira, niña, cómo se le ponen pálidas las mollejas!

—¡Y ese cacho que tiene encima de la nariz! ¡Es como el chiquillo de la cocinera, que nunca ha aprendido a sonarse!

—Oye, cocorico, maridito nuestro: debiéramos ocupar a este pajarraco en empollar nuestros huevos, ¡co-co-co-cooó!

Y por este estilo siguieron las burlas contra el desdichado Meleagro, que no se atrevía a responder una palabra.

V

¡Qué infeliz se sentía el pobre pavo en aquel corral! ¡Qué lejos estaba la ancha, fresca y perfumada pradera donde había corrido y hecho rueda con tanta majestad y arrogancia! ¡Qué lejos el claro arroyuelo y los montes de verdes faldas y crestas azules! ¡Dónde estaba su dulce compañera, la airosa y tierna pava de sus ensueños y de sus amores! ¡Qué triste le parecía aquel breve trozo de cielo que veía desde el fondo del patio y que le hacía más penoso el recuerdo de los grandes espacios abiertos y de la bóveda infinita del cielo, del verdadero cielo, el suyo, que se confundía con los más lejanos límites del horizonte!

*¡Oh, dulces prendas por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!*

El gallo lo martirizaba cruelmente: sin razón alguna, sin pretexto siquiera, cada vez que pasaba cerca de él, le soltaba un par de estacazos, como para “despuntar el vicio”, según el refrán común; lo maltrataba sobre todo a las horas de las comidas y lo dejaba privado de alimento. Y el pobre pavo corría a acurrucarse en su rincón, entre las carcajadas burlescas de las gallinas. Así enflaqueció, se le cayó el moco, se puso feo, se destiñó la púrpura real de su cabeza y pasó a ser un bicho despreciable, que pedía la muerte como el único término de sus desgracias.

En tal situación, vio pasar un día, por el recorte de cielo que se divisaba desde el fondo del patio, a gran altura, un pájaro enorme que volaba velozmente y con gran estruendo: era un aeroplano que evolucionaba encima de la ciudad. Mirólo el pavo y se sintió más triste que nunca.

“Debe ser un pavo muy grande —pensó—. ¡Quién pu-

diera volar como él y volver a mis praderas y al amor de mi dulce prometida!"

Aquella visión agravó su nostalgia y lo hizo sentirse más desgraciado aún. Sin embargo, su misma desdicha fue su salvación, momentánea siquiera.

Una tarde entró al patio la cocinera, seguida de la señora de la casa, y dijo al entrar:

—Venga a verlo, misiá Estelita; ¡si está muy flaco!

—¿Pero que no se le da de comer, Silveria?

—Sí, señorita: lo cuido mucho, pero no aprovecha lo que come.

“¡Pérfida! —se dijo el pavo para su pechuga—. No se preocupa para nada de mí, y me deja entregado a las furias de ese gallo bandido y de sus mujerzuelas, ¡y ahora dice que me cuida!”

—¿Que estará enfermo? —volvió a preguntar la señora.

—No lo parece —respondió la sirvienta—: pero son así estos animales, ¡son tan pavos!

—Dejémoslo por ahora, y procure que engorde, Silveria.

Y ambas se alejaron, después de perdonarle la vida.

La cocinera no fue más cuidadosa con aquel hijo de la campiña, y éste siguió de mal en peor, padeciendo crueldades y ayunos, pues sólo podía comer lo que lograba coger a hurtadillas o lo que sobraba a las gallinas y al gallo.

Mas una mañana se levantó el pavo con una desesperación infinita:

“Procuraré hacerme matar por el gallo —se dijo— para acabar de padecer”.

Llegó la hora de la comida, la cocinera entró al patio gritando “tiqui, tiqui, tiqui” y tiró al suelo la acostumbrada ración de maíz, granzas y restos de legumbres. Al punto el pavo se adelantó para tomar su parte, y el gallo, que lo vio venir, se quedó mirándolo con el pico entreabierto, como para soltar una carcajada, mientras las gallinas le gritaban:

—¡Anda, tonto, a empollar nuestros huevos mientras nosotras almorzamos!

El pavo siguió avanzando, humildemente, hacia el ali-

mento, sin hacer caso ni de la parada del gallo ni de la burla de las gallinas, y con el pescuezo estirado pero inclinada la cabeza, quiso penetrar hasta el círculo que habían formado los granos al caer y chocar contra el pavimento.

El gallo se puso rojo de ira al ver aquella humilde insolencia, o aquella insolente humildad, y batiendo las alas y erizando las plumas del cuello, inclinó la cabeza hasta el suelo y en seguida se lanzó velozmente y largó contra el pavo dos estacadas formidables con las agudas espuelas de sus piernas vigorosas.

Las gallinas habían callado para gozar mejor del espectáculo del castigo, pero algunas cerraron en ese momento los ojos, con un gesto de femenina compasión, para no ver la muerte del pavo. Pero ocurrió entonces lo que nadie había imaginado ni podía imaginar: el humilde, menospreciado y maltratado gluglú vio venir los estacazos, viró ligeramente de costado y, batiendo una de sus grandes y vigorosas alas, no sólo barajó las estocadas, sino que golpeó al gallo y lo rechazó a un metro de distancia, con gran estupor de las gallinas.

Y no contento con esto, saltó a su vez el pavo, se dejó caer sobre su contendor y descargó contra él una lluvia de formidables picotazos, sin darle tiempo para barajar, y que hirieron al cocorico en el espinazo, en las alas, en la cabeza; pronto se levantó en el aire una nube de plumas, corrió la sangre por la cabeza del gallo y quedó éste tendido por tierra, vencido, humillado, reducido a la silenciosa furia de la impotencia. Entre tanto las gallinas gritaban con mujeril algazara; pero ellas, que se habían unido al gallo para burlarse amargamente del compañero de Juno, ahora eran incapaces de acudir en socorro de su marido, y corrieron a aislarse en lo más remoto del patio.

Levantóse el gallo al cabo de algunos momentos, ensangrentado y maltrecho, con la cresta agachada y mirando hacia el suelo, y sin hallar qué hacer, hasta que el pavo le dijo:

—¡Ahora tú te vas a ocupar mi rincón!

Y mientras el gallo, cabizbajo y cojeando, se iba humildemente al antiguo rincón del intruso, el Meleagro estiraba el

moco turgente y rígido como una espada de combate, hacía arder la púrpura de la cabeza y del cuello, ahuecaba el plumaje, desplegabá el pomposo abanico de la cola, erizaba las alas y, haciendo sonar las plumas sobre el recio pavimento, avanzó tres pasos y lanzó un sonoro "glu-glu-glu-glu", que repercutió en el espacio común como un clamoreo de victoria.

V I

¡Al fin habían terminado las humillaciones y el menospreciado y escarnecido de ayer tomaba su titánico desquite! Las vergüenzas, las injurias, los agravios, las afrentas, los golpes y los escarnios, acumulados por días y semanas en el alma del hijo de la campiña, habían estallado al fin, como un explosivo comprimido y golpeado, y habían provocado aquella violenta subversión que cambió totalmente la faz de las cosas.

Cuando las gallinas vieron al pavo armado, se quedaron mudas de asombro. ¡Cómo!, ¿era aquél el ser humilde, alicaído, cobarde, insignificante, sucio y feo, eternamente pateado por el gallo y vilipendiado por ellas? ¿Era ese mismo infeliz este que se presentaba ahora a sus ojos con tanta pompa y majestad, que ocupaba tanto espacio en la pequeña amplitud del corral y que lanzaba aquel grito tan sonoro y espantable? ¡Qué sorpresa y qué transformación! ¡Cómo les pesaba haber sido tan crueles y despiadadas con él!

Por largo rato estuvieron contemplándole, sin atreverse a dar un paso; pero una de ellas, más muchacha y por consiguiente más atrevida, salió del grupo y haciéndose la inocente y picoteando por aquí y por allá, como quien no quiebra un huevo, miró al gluglú de soslayo, y como éste no hiciera ningún movimiento hostil, se atrevió a hablarle:

—Has hecho muy bien, gluglú, en ponerte los pantalones; y te felicito por ello.

—Es la primera vez en mi vida —respondió el Meleagro

con voz tranquila— que he hecho uso de la violencia; soy pacífico por carácter, pero ya estaba harto de humillaciones y malos tratamientos.

—Has procedido como debías: ¡así me gustan los hombres! Además, el gallo era realmente muy desconsiderado y altanero; pero tú le has bajado el moño. Y, dime, gluglú: ¿vas a escoger por mujer a alguna de nosotras?, ¿o quieres tomarnos a todas a la vez? Si es así, no hay inconveniente por nuestra parte: todo se reduce a que ordenemos al gallo que se dedique a empollar nuestros huevos.

—No; no quiero tal cosa: cada cual en su sitio. Además, yo tengo una prometida que es de mi propia raza; quédense ustedes con su marido.

Desde ese día el pavo fue la gran autoridad del corral, pues no sólo no volvió a molestarlo nadie a la hora del alimento, sino que todos le respetaban los mejores bocados; así comenzó a engordar y a recobrar el brillo del plumaje y la pompa de su armadura, y si alguna vez quería alguien levantarle la voz, lo aturullaba él lanzando un “glu-glu” tan estentóreo como dominante.

El gallo se mantuvo algún tiempo en el antiguo rincón del pavo, pero como viera que éste no lo maltrataba ni le impedía comer, recobró algún valor, salió del rincón, entró en la comida común y volvió al trato de sus esposas, que lo miraban a veces con una sonrisita ligeramente burlona.

Y un día el gallo se acercó resueltamente al compañero de Juno y le habló con franqueza:

—Gluglú —le dijo—: eres un mozo honrado, leal y caballero: pudiste quitarme la vida y me has dejado vivir; has podido maltratarme en desquite de mis crueldades, y no has vuelto a tocarme siquiera; has podido reducirme al hambre, y me has dejado comer libremente y en paz; has podido quitarme mis mujeres, y las has respetado caballerescamente: te doy las gracias, te pido perdón por mi anterior conducta para contigo y te ofrezco con mi agradecimiento la amistad: he aquí mi pata.

—No deseo otra cosa sino vivir en paz con todo el mundo, mientras llega la hora de mi libertad y de volver a mis praderas y a mis amores. Te acepto como amigo y creo en tu lealtad, pues aunque llevas junto a la pata el puñal de tus golpes y tus combates, no lo llevas encubierto sino desnudo y a la vista de todos.

Con eso quedó sellada la amistad y se restablecieron la paz y la concordia en el gallinero, y todos, pavo, gallo y gallinas, se dedicaron a engordar considerablemente, con gran contento de la dueña de casa y de la cocinera. Y entonces solía referir el pavo a sus compañeros, que lo oían con el pico abierto por el asombro, lo que era el mundo exterior, y la hermosura de aquella pradera en que había vivido, con su alfombra de esmeralda, su cristalino arroyuelo y sus cerros de verdes faldas y crestas azules; y les hablaba también de las gracias de su prometida, de aquella dulce pava de color ceniza que cantaba tan dulcemente el "laú" y era la flor de sus sueños y sus amores.

V I I

Pasaron algunas semanas y un día entraron al patio la señora y la cocinera y estuvieron mirando al Meleagro atentamente.

—¿No lo ve, señorita? —preguntó la cocinera—. Ya tiene las plumas lustrosas; ha engordado mucho.

—Sí, ya está bueno —contestó la señora—; conviene prepararlo, Silveria, porque a fines de la semana próxima cae el día del santo de mi marido.

Después de esto se alejaron, pero volvió al poco rato la cocinera, se acercó disimuladamente al pavo, tirando por el suelo algunos granos de maíz, y cuando lo tuvo a su alcance, lo cogió repentinamente y lo retuvo con sumo vigor. En seguida se sentó la mujer en un piso, colocó el pavo entre las piernas y lo apretó con ellas para impedirle que aleteara y

pataleara; después le tomó la cabeza con la mano izquierda y con los dedos de la derecha le abrió el pico e introdujo en él una nuez y con un dedo la empujó rápida y vigorosamente hacia al guargüero.

El Meleagro se sintió fenecer: le faltó el aire, creyó ahogarse, quiso patalear y aletear y no pudo; estiró el cuello en busca del aire que le faltaba, sintió un desfallecimiento infinito y cerró los ojos para morir; pero en ese mismo momento pasó la nuez por el gáznate y corrió hacia el interior y el pavo pudo respirar más libremente. La cocinera siguió pasándole sucesivamente la mano por el cuello y haciendo correr la nuez, que llegó al buche, y con esto dejó al pavo en libertad.

Se acababa de cometer un acto de infinita crueldad humana, que por mejorar de sabor la carne, hace tragar al pavo nueces tras nueces. ¡Ah!, si los pavos tuvieran los medios de tomar su desquite, ¡con qué placer harían tragar a las cocineras bolas de billar o cocos de Panamá!

El hijo de las campiñas se sintió muy mal algunos momentos, sobre todo al notar aquel cuerpo enorme y duro alojado permanentemente en el buche. ¿Pero cómo sacar la nuez? El instinto le dijo entonces que era necesario comer y comer mucho, a fin de que el alimento sirviera para ir gastando la nuez y preparando su digestión en el interior; y comió, y comiendo sintió considerable bienestar y notó que digería mucho mejor que antes.

—¿A ustedes no les han dado nunca nueces? —preguntó a las gallinas.

—¡No, nunca! —contestaron ellas admiradas—. ¿Y para qué será eso?

—No lo imagino.

—¿Y te ha dolido mucho, gluglú?

—¡Oh! Fue una cosa horrible; creí morir. Pero en cambio ahora me siento mejor que nunca.

—Seguramente es un premio que te dan porque eres tan grande y tan pomposo.

—Voy a conseguir con la cocinera —dijo el gallo— que

me dé una nuez también a mí, para ser tan grande y majestuoso como tú.

La operación se repitió durante varios días y en los últimos eran dos las nueces que la cocinera metía en el buche del pavo, y cada vez era más fácil y dolorosa la operación y cada día sentía el Meleagro mayor bienestar. Y notó él que antes de soltarlo, la cocinera lo levantaba un momento en el aire y lo movía de alto a bajo como para tomarle el peso: en los últimos días apenas podía con él la cocinera.

Pero ¡ay! el pavo era joven, no tenía aún la experiencia de vivir y por esto no podía comprender qué contrastes encierra la vida, cómo nace el bien del mal aparente, ni cómo el placer suele traer consigo la desgracia: las privaciones, los padecimientos, los dolores se desenlazan en algún bien moral o material, pues toda noche desemboca al fin en un día luminoso; pero una vida de placeres y de goces materiales suele ir a dar en la desdicha, así como el día va a parar en el frío y en las tinieblas nocturnas. Cuando el pavo fue desgraciado y padeció golpes, humillaciones y miserias, su propia flacura lo salvó de la muerte; mas ahora que se sentía rey y señor del patio, ahora que había engordado y se había convertido en un pavo de peso y que gozaba ampliamente de la vida, lo acechaba la muerte, y muerte ignominiosa, muerte de cuchillo, en la plena palpitación de su juventud y su arrogancia.

Una tarde en que el pavo fue cogido como de costumbre, la cocinera no se sentó en el piso, sino que cargó con el compañero de Juno y por entre pasadizos lo llevó a un cuarto en que había muchos objetos brillantes, reinaba un calor muy blando y se respiraba el aroma de muchas cosas olorosas.

Allí la mala mujer hizo que una compañera sostuviera firmemente al pavo, de modo que no pudiera mover alas ni pies, y ella le cogió con la izquierda la cabeza y se la echó hacia atrás, puso un plato debajo de ella, y con la derecha le aplicó al cuello un objeto muy brillante y muy duro.

El hijo de las campiñas sintió en el cuello, primero una sensación de frío e inmediatamente un dolor muy agudo; qui-

so lanzar uno de sus atronadores "glu-glú", y el aliento se le escapó junto con un chorro de sangre por la herida; y en ese mismo instante, en una última visión, miró delante de sí una pradera muy amplia esmaltada de yerbas y flores, cruzada por un arroyuelo de transparentes aguas y bordado de frescos y sombríos bosquecillos, y más allá unos cerros muy altos, de verdes faldas y azules crestas, cuyos altos picachos sostenían la radiante bóveda del cielo...

Y sobre esta plácida visión se cerraron para siempre los mortecinos ojos; sintió un desfallecimiento infinito, cayeron las sombras alrededor suyo, y en un postrer gorgoteo de la sangre se le escaparon la visión de la pradera y la última palpación de la vida.

La Nochebuena de los vagabundos

VESTÍA frac rojo de larguísimos faldones. El constante movimiento de su cabeza apenas le permitía equilibrar el sombrero adornado con plumas, bajo el cual asomaban las peludas y delicadas orejas. Con esta indumentaria danzaba sobre el organillo. Un observador atento habría podido distinguir caracteres muy distintos en su baile, según fuera al compás de un aire sentimental o al ritmo de una canción alegre.

Su rostro era de una movilidad extraordinaria. No había producido la naturaleza un ser más sabio en visajes y en gestos extravagantes. Con ellos provocaba la risa de grandes y de chicos, de todos los que en torno al organillo se agrupaban para verlo bailar.

Vivía al parecer dichoso, pues su espíritu, tan travieso como su fisonomía, gozaba en el constante desfile de paisajes y seres diversos. No se inquietaba porque el sol de los caminos hubiera desteñido el rojo de su frac ni porque, de tarde en tarde, un muchacho le diera un tirón del rabo.

Vivía feliz; se llamaba "Bibí" y era —como ya lo habréis comprendido— un mono.

En el agua oscura de su espíritu se hundía a veces un relámpago de nostalgia. Oía cantar las selvas de su infancia, pobladas de papagayos y caimanes; aspiraba el perfume enervante de las monstruosas flores abiertas en el calor eterno; agitaba sus largos brazos, evocando las acrobáticas fugas sobre las copas de los árboles y los descensos gimnásticos a lo

largo de los troncos milenarios y de las lianas tejidas como un encaje entre los dedos de la selva. Pero esta inquietud le molestaba poco. No era un mono esclavo, puesto que vivía en la libertad de los caminos y puesto que podía substituir los antiguos ejercicios bailando sobre la caja del organillo. Así su baile se convirtió en una especie de rito con el cual honraba al espíritu de los grandes bosques.

Petersen, el amo, era un hombre joven, aunque de aspecto caduco por su larga barba y su flacura. Vestía un traje muy parchado y en sus ojos azules se reflejaba a veces una dulce tristeza.

Iban por los caminos: el hombre cargando el organillo y "Bibí" encima de sus hombros o saltando a su lado. Petersen marchaba con el paso lento, uniforme, de aquel cuya ruta no tiene fin. Cualquier sitio era el punto de partida y a la vez de llegada.

Dormían al lado del camino, entre los árboles, prefiriendo siempre la vecindad de un río o de un arroyo. "Bibí" exploraba las inmediaciones del campamento, sin alejarse mucho, pues conocía los peligros de la civilización tanto como los de la selva.

El hombre y el mono se entendían perfectamente empleando pequeños signos, monosílabos o gruñidos. Eran amigos. Se sentían fraternales, rodeados de la inmensa soledad de los campos y aun de la inmensa soledad de toda la tierra.

"Bibí" tenía su amo y su dios en Petersen. El resto del mundo, los hombres y los animales, los árboles y el cielo, se expresaban en la música del organillo. Por eso, cuando "Bibí" se sentía más contento de vivir, danzaba mejor, solidarizándose de este modo con todo lo que hay de bello en la naturaleza.

Apenas la música empezaba a sonar, "Bibí" se entregaba a su baile, no por cumplir una tarea impuesta, sino por un impulso propio, por un oscuro sentimiento de lealtad hacia la belleza de los cielos azules y hacia el cariño de Petersen. La música empujaba sus miembros en la danza y él procuraba ajustar sus movimientos al ritmo exacto de la música.

A veces hacía frío, a veces calor. Petersen era insensible a los cambios de tiempo, pero en las noches nubladas y de viento "Bibí" se escondía bajo una gruesa manta y desde allí atisbaba a su amo con ojos bailarines y brillantes.

* * *

Llegaron al pueblo una tarde dorada y cálida. Era un pueblo muy pequeño, con una sola calle extendida en la ladera de una colina y algunas casitas diseminadas entre las arboledas.

Petersen descargó su organillo y aún no había terminado de hacerlo cuando ya estaba rodeado de niños. "Bibí" gesticulaba entre los gritos alborozados de los curiosos. Cuando sonó la música dominante y electrizadora, "Bibí" se entregó a sus cabriolas, ebrio de placer.

El corro de los niños crecía y algunas personas mayores se acercaban también. Un viejo, fumando su enorme pipa, miraba con simpatía el espectáculo de "Bibí" saltando sobre el organillo y de Petersen dando vueltas al manubrio como quien maneja un molinillo de viejas tristezas.

Cuando terminó la segunda pieza, algunas monedas cayeron en la gorra de Petersen, muy pocas, porque la gente del campo sabe medir su generosidad.

El viejo de la pipa se acercó a Petersen.

—Tengo un nietecito enfermo —dijo—; ¿podría usted ir a tocar cerca de su cama para que pueda ver al mono?

Petersen asintió con la cabeza, pues no le gustaba emplear palabras pudiendo ahorrárselas.

Echaron a andar por el camino, entre las arboledas, hasta una hermosa quinta de techos rojos, rodeada de un enorme jardín. El viejo empujó la verja y avanzaron por los senderos dibujados entre las flores. Subieron los peldaños que daban acceso a la casa, y, apenas cruzaron el umbral, Petersen se detuvo asombrado. Se hallaba en un hall amplio y elegante, en cuyo centro florecía de luz un hermoso árbol de Navidad,

un pino sobre cuyas ramas la nieve se hallaba representada por pequeños copos de algodón.

Petersen quedó inmóvil, mirando el árbol en torno al cual corrían algunos niños. Era el pino del Norte hecho de cartones y telas, con su nieve de algodón, pero tan perfumado de recuerdos como si por sus ramas corriera la resina de la patria, como si bailara en el viento de los fiordos, balanceando viejos rostros queridos, allá lejos, donde la palabra "ausencia" corría devorando los años.

El vagabundo de los caminos permaneció inmóvil y "Bibí" sospechó algo anormal en el espíritu de su amo, ya que tan larga convivencia había creado entre ellos una secreta comprensión. Aquel árbol, con su fingida nieve, nada decía a "Bibí" y por esto la sorpresa lo mantuvo un momento vacilante sobre los hombros de Petersen.

—Pase usted.

La voz era de una anciana que parecía sólo una sonrisa por sus cabellos blancos y su mirada bondadosa.

—Pase usted... , por aquí...

Petersen avanzó. La puerta de una habitación estaba abierta y por ella pudo ver un lecho blanco sobre el cual descansaba la pálida cabeza de un niño.

El vagabundo afirmó el organillo en el suelo y la música empezó a girar en su ritmo repetido, consiguiendo una vasta amplitud en la casa, que respondía como una caja de resonancia.

La música era la misma: viejos valsos, polcas y trozos de arias. Sin embargo, pronto dióse cuenta el vagabundo de que el organillo parecía perder su ritmo habitual y de que se plegaba a su emoción como un instrumento ejecutado libremente por su mano.

Aquel árbol de Navidad con su fingida nieve, aquella casa amplia y brillante, aquel viejo con su pipa quemada, todo podía anclar en la música del organillo como en agua propia. Y más que eso, las viejas evocaciones de Petersen y su alma tensa aspirando el aroma de la infancia.

Mientras tanto, "Bibí" saltaba grotescamente y el niño

enfermo se incorporabà en el lecho, aplaudiendo con sus débiles manos. Al fin el organillo enmudeció. Petersen hizo el ademán de cargar el instrumento sobre sus espaldas.

Pero en ese instante, por encima de la cabeza de la anciana, dos ojos azules lo miraron, dos ojos tiernos que iluminaban un rostro de tranquila pureza. Era una mujer alta y elegante. Avanzó y tendió su mano hacia "Bibí". El mono, súbitamente quieto, recibió la caricia.

Mientras tanto, la noche había caído. Nuevas gentes circulaban en torno al árbol, que había iluminado sus ramas con pequeños faroles. Petersen fue invitado a tocar hacia la medianoche, y mientras tanto se le condujo a los departamentos de los criados.

Se marchó sin atreverse a mirar de nuevo los ojos azules.

* * *

Cuando volvió a aparecer en el hall, el árbol resplandecía como el cielo nocturno del verano. "Bibí", soñoliento y temeroso, se abrazaba al cuello o se prendía a la barba de Petersen. Este colocó su organillo en un rincón y esperó a que se le ordenara tocar.

Por un instante divisó los ojos azules sonriendo en un grupo de gente. La puerta abierta le mostraba la habitación y el lecho donde el niño enfermo estaba rodeado de personas cariñosas. La atmósfera alegre, de una alegría de corazones unidos, giraba en torno a Petersen como un anillo en cuyo centro él permanecía sin ser tocado.

Al fin se le indicó que empezara la música. Giró el manubrio del organillo y "Bibí" se despertó asustado. La gente empezó a bailar al compás de los vales que salían tropezando, enredándose, de la vieja caja.

La alegría de los bailarines apagaba la cascada voz del instrumento. Desde lejos llegó el son de una campana. Las gentes hablaban entre ellas, cambiando sus nombres como el santo y seña para entrar a la fiesta de la vida. Pronto el organillo fue olvidado. Otras músicas lo substituyeron y Pe-

tersen permaneció en su rincón, sin saber qué camino tomar para salir de la casa.

El anciano de la pipa volvió a acercársele y depositó unas monedas en su mano. Petersen dio las gracias, echó sobre su espalda el instrumento y cogió en sus brazos a "Bibí", dormido. Se encontraba ya cerca de la puerta cuando volvió a ver los ojos azules.

Le sonreían desde lejos. Todo el rostro de la dama le sonreía dulcemente. Petersen se detuvo un instante con la mano inmóvil en la cerradura de la puerta. El, que en tantos años no tuvo hogar ni camino preferido; él, sin más compañero que el mono bailarín, comprendió de súbito que sólo ahora, al no ver más aquellos ojos azules, iba a conocer la verdadera soledad.

Quién sabe qué gesto cruzaría su rostro, quién sabe qué expresión asomaría a sus ojos. Aun el hombre que sabe que nada ya puede esperar de los demás suele sentir la angustia de la separación.

Todo es posible. Para Petersen había allí un pino del Norte, alhajado de luces, y la alegría de los hombres y de las mujeres que tienen un hogar y un amor.

Petersen hizo una reverencia un tanto ridícula, una reverencia que sólo advirtió la dama de los ojos azules. Afuera encontró la noche con grillos escondidos en sus ramajes de sombra, la noche prendida con grandes luceros.

Algunas personas se encaminaban hacia la iglesia, que repicaba sus campanas. Los perros ladraban a lo lejos y el viento estremecía las copas de los altos árboles.

Petersen cerró la puerta tras de sí y le pareció que por primera vez se encontraba en la soledad de los caminos, que recién se echaba a vagar por el ancho mundo en que nadie lo esperaba.

Dio un paso, pero se detuvo. La puerta acababa de abrirse a su espalda. Al volverse vio a la dama de los ojos azules de pie en el umbral.

Petersen retrocedió confuso. Ella alargó su mano, más blanca en la obscuridad de la noche.

—Excúseme —dijo—. ¿Puedo ayudarle en algo?

Petersen permaneció un segundo inmóvil. Luego, torpemente, cogió la mano que se tendía hacia él, la rozó con los labios y retrocedió apresuradamente. La figura blanca continuaba inmóvil en la puerta iluminada por la claridad que venía del interior. Petersen apartó la vista y echó a andar hacia el camino.

La figura desapareció y se oyó el ruido de la puerta al cerrarse. Petersen apuró el paso, y "Bibí", asustado, le echó los brazos al cuello.

Mientras tanto, las campanitas de la capilla llamaban a la misa de Navidad.

El fantasma del patio

A LAS DIEZ y media de la noche, la señora Fortunata, cansada del trajín del día, se acostó. Era una viejecilla ya sexagenaria, pero animosa y locuaz, un poco sorda, baja de estatura, regordeta, de piel rosada y cabellos entrecanos. Un tic nervioso, insistente, le bajaba el párpado derecho sobre el ojo pequeño y claro.

Su marido dormía ya, cerca de ella, respirando apaciblemente. No se veía de él más que la punta de la nariz, asomando displicente entre la sábana y la frazada, y el bigote recio, recortado como a podadora, cuyos pelos, apuntando hacia el techo, parecían amenazar a alguien que estuviera en el tejado.

Un momento estuvo la señora Fortunata sentada en la cama, entregada a meditaciones de índole familiar; su familia era numerosa y en ella pensaba todas las noches, al acostarse, recordando a cada uno de los individuos que la componían y observando mentalmente su salud y su prosperidad, sin olvidar a nadie y yendo desde Tristán, nieto suyo, de tres meses de edad, hasta ella misma, arrugadita ya por los años.

Pero aquella noche sus meditaciones fueron interrumpidas de modo brusco; un gemido ahogado, como de angustia, salía de entre las ropas de la cama de su marido. La señora Fortunata levantó con un dedo el párpado caído y miró a su esposo con los dos ojos.

—Alguna pesadilla —murmuró.

Un nuevo gemido salió de la cama vecina y el cuerpo del durmiente se agitó en convulsiones lentas.

—Eleuterio... —llamó ella.

—¡Ah! —contestó el hombre, ahogadamente, como si saliera de debajo del agua.

—¿Qué te sucede?

Farfulló don Eleuterio algunas palabras ininteligibles, diciendo al fin:

—Una pesadilla, mujer... Siempre que en la mesa cuentan alguna historia de fantasmas o de ánimas, duermo mal. ¿Qué objeto tiene contar esas tonteras?

Sacó una mano, hizo con ella su gesto favorito, que consistía en frotar el dedo índice con el medio, y aseguró:

—Yo no estoy de acuerdo con eso, por cuanto...
¡Hummmm!

—¡Bah! —rió ella, y la risa le llenó el rostro de arruguilas—. ¡Qué hombre tan valiente! Les tiene miedo a las ánimas...

Pero él protestó:

—Estando despierto no le tengo miedo a nada; pero estando dormido, cambia la figura.

En la mesa, después de comida, se habló de ánimas y apariciones, y don Eleuterio contó que su padre, una noche que marchaba a caballo por un camino solitario, acompañado de un compadre, había sentido que un bulto caía de un árbol sobre el anca de su animal. Por la forma de las ropas, que alcanzó a ver de reojo, comprendió el viandante que se trataba de una mujer, y sin darse vuelta a mirarla, la intimó:

—Déjese de bromas, señora, y bájese.

Pero la mujer saltó al suelo y, mostrando unos dientes horribles, de una cuarta de largo, preguntó, al tiempo que lanzaba un chillido de lechuza:

—¿Queeeeeé?

Con lo cual, y sin ponerse previamente de acuerdo, los dos compadres cayeron desmayados al suelo.

—Y eso que mi padre era hombre serio —aseguró el narrador.

Se habló también del fantasma que, según algunos vecinos, solía aparecer en el patio de la casa. Decían —y esto era cierto— que el primer propietario de aquella casa fue un

agenciero llamado Belisario, difunto ya, el cual —aquí empezaba la leyenda— antes de morir, como no tenía herederos, enterró su fortuna en el patio, al pie de un saúco que aún existía, y que en las noches su alma de avaro venía a contar las monedas de su tesoro.

—Y tú mismo, ¿no estuviste contando tonteras?

—Sí, pero... Yo no estoy de acuerdo con eso, por cuanto... ¡Hummmmm!

Un minuto después don Eleuterio roncaba tranquilamente y doña Fortunata apagó la vela y se tendió en la cama; estaba cansada. Sin embargo, como sus meditaciones habían sido interrumpidas, las reanudó en la obscuridad. Recordó la casa y los que en ella vivían: su hija mayor, Laura, con el marido y tres niños; sus hijas menores, de doce y trece años, Tránsito y Lucha; un amigo de la casa, don Carlos Borne, que estaba alojado allí mientras solucionaba cierto asunto de carácter judicial; su ahijado Guillermo, mocetón campesino, y las dos empleadas de la casa. Además, a su hija Irma, llamada cariñosamente Pitiuca, que residía con su marido en un pueblo de la costa. Nadie se le escapó.

En la casa todos reposaban ya, menos don Carlos, que después de la sobremesa saliera a dar un paseo hasta el club y no regresaba aún. Antes de acostarse dispuso ella todo lo necesario para el día siguiente: la higiene de la casa, los pagos que habría que hacer, las compras que deberían efectuarse, la lista de las comidas, la ropa limpia; todas las menudencias domésticas estaban resueltas de antemano. El jarro en que por las mañanas se recibía la leche estaba en el patio, al alcance de la mano; y el perro "Zafiro", soltado por su yerno Jorge, el marido de su hija Laura, corría por la casa ladrando bravamente. Nada faltaba, todo estaba previsto y en orden y ella podía esperar en paz el nuevo día. Lanzó un suspiro de satisfacción:

—Gracias a Dios...

Se pasó la punta de los dedos por la comisura de los labios, gesto acostumbrado en ella, que al hacerlo parecía recoger algo que se le quedara olvidado allí, y luego metió la mano bajo la almohada, sacando el rosario, un viejo rosario de

cuentas coloradas que usaba en sus oraciones desde hacía muchos años y al cual atribuía condiciones milagrosas; buscó una cuenta gruesa y se puso a rezar, bisbiseando:

—Padre nuestro que estás en los cielos...

Terminó rápidamente, pues el sueño la apuraba, y las emprendió contra una hilera de avemarías. Una, dos, tres cuatro... Pero cuando iba en la mitad de la cuarta y avanzaba a través de la oración como por un bosque espeso, pesadamente, lanzó un ronquido. Despertó, irritada con el sueño que siempre la asaltaba en medio de sus devociones piadosas, y empezó de nuevo la cuarta avemaría; pero antes de llegar a la mitad un ronquido decisivo se escapó de su garganta. Quiso rebelarse aún, pero el sueño, de oscuro y ancho rostro, colócle sobre el pecho su pesado pie y la dejó inmóvil, tendida de espalda, roncando suavemente.

La quietud y la obscuridad volaban como murciélagos sobre la casa. Por los tragaluces salía el suave rumor de las respiraciones y algunos borboteos profundos resbalaban en el aire nocturno. Era noche de luna, que aparecía y desaparecía entre grandes nubarrones, deslizándose entre ellos como una gota de metal frío. El pueblo dormía tranquilamente su medianoche.

* * *

La casa en que habitaba la familia Bobadilla era una amplia casa provinciana con dos grandes patios empedrados con guijarros de río. El primero estaba rodeado por un corredor donde se alineaban las habitaciones de la familia. En el ángulo inferior derecho se alzaba la mata de saúco, entre cuyas ramas —según la leyenda— aparecía el ánima atribulada del prestamista Belisario. En el segundo había una pesebrera, y frente a ésta, a la derecha, estaba la bodega donde don Eleuterio convertía en chicha y vino la cosecha de la viña que se extendía a los pies de la casa.

De noche la casa se agrandaba con el silencio y la obscuridad y los patios se llenaban de sombríos rincones, donde parecían apiñarse los fantasmas de las leyendas populares. Los

gatos se deslizaban por ellos como trozos movibles de sombras, y el perro "Zafiro", alto, macizo, negro, hacía sonar sobre las piedrecillas sus largas uñas de can sedentario.

Pasó una hora, y el reloj de la cárcel, que a pesar de su vejez tenía buena memoria, la marcó con gran calma; las campanadas sonaban en la noche como monedas de cobre en un tarro vacío. Entretanto, las nubes proseguían su marcha hacia el este, mientras la luna, como huyendo de ellas, avanzaba hacia el oeste. Algunas estrellas brillaban de súbito entre los nublados; irradiaban un instante y desaparecían luego entre los nubarrones de octubre.

Cerca de las doce se oyeron en la calle algunos pasos rápidos que se detuvieron frente a la casa; una llave sonó en la cerradura y la antigua puerta se abrió sin prisa. En el vano apareció la figura de un hombre delgado y alto, que entró, volvió a cerrar y desapareció de repente en la obscuridad larga del zaguán. Avanzó despacio, pisando cautelosamente, como un ladrón o como una persona que no quiere molestar a los que duermen; llegó a la entrada del patio y torció hacia la derecha.

Fue en ese momento cuando el fantasma apareció ante sus ojos. El terror lo detuvo, clavándolo en el sitio, enmudeciéndolo; desde el fondo del oscuro patio y como surgiendo de entre las raíces del saúco, una forma blanca y delgada avanzaba hacia él. Parecía flotar en el aire, pues no se veía cuerpo alguno que la sostuviera sobre el suelo. La obscuridad profunda que había en ese instante, pues las nubes concluyeron al fin por triunfar sobre la luna, apagándola, hacía resaltar más la mancha blanca. Durante un segundo, el hombre procuró explicarse qué era aquello, pero no pudo hacerlo; en la casa no existía nada que tuviera esa forma y ese color y que pudiera deslizarse y flotar en el aire. Y esto, unido al recuerdo de lo que se conversara durante la sobremesa respecto al ánima que aparecía entre el ramaje del saúco, contribuyó a perturbar la poca serenidad y cordura que tenía en ese momento. Sintió que todo él se convertía en un solo cabello erizado e instintivamente volvió a hundirse en la obscuridad del zaguán; pero la aparición se dirigió sin vacilar hacia donde él

estaba. Don Carlos Borne no vio nada, pues la obscuridad era espesa como un aceite. Oyó junto a sí una respiración que jamás antes ni después oyera, y algo frío, sin vida, se posó sobre una de sus mejillas, mientras dos manos pequeñas, descarnadas, lo recorrían de arriba abajo. Quiso gritar, pero lo único que hizo fue lanzar un estertor ronco. Un instante después la respiración se alejó y él vio salir hacia el patio, donde la sombra no era tan densa, la forma blanca del fantasma; se alejaba velozmente y una mancha oscura, inexplicable, flotaba tras ella.

Allí se quedó, pegado a la muralla, sin movimiento, sin raciocinio, como si fuera un sobretodo colgado a un clavo. Sin embargo, reaccionó. Se palpó y se encontró intacto, y la certeza de que aún vivía y la circunstancia de que el fantasma hubiera desaparecido le dieron ánimos. Salió del zaguán y a tientas, sintiendo que un sudor frío le corría a chorros por la espalda, caminó hasta llegar a la puerta de la habitación donde dormían la hija mayor y el yerno de la señora Fortunata. Golpeó suavemente los vidrios, pero nadie respondió. Golpeó más fuerte y una voz de hombre preguntó:

—¿Quién es?

—Bo... Bo... Bo... —tartamudeó el que llamaba, sintiendo que los pantalones se le caían de miedo.

—¿Qué bo bo bo? —preguntó la voz enérgicamente.

—Borne —dijo al fin el aterrorizado caballero.

—¡Ah! ¿Don Carlos?

—Sí, don Jorge; yo soy.

—¿Qué le pasa?

—Le ruego que se levante, don Jorge; aquí en el patio he visto algo que me parece extraordinario. Es como una cosa del otro mundo...

—¿Cómo dice? —interrogó la voz, menos enérgica ya.

—Una cosa del otro mundo, don Jorge; ha salido de entre las raíces del saúco...

La voz del que hablaba era débil y parecía próxima a extinguirse.

—Ya voy —respondieron desganadamente.

Y mientras don Jorge, sin saber si estaba dormido o des-

pierto, olvidaba la existencia de los fósforos y de la vela y buscaba su ropa a oscuras, se escuchó un rugido sordo seguido de un grito de terror.

—¿Qué pasa, mi hijito? —preguntó una voz de mujer.

—Don Carlos dice que en el patio hay algo sobrenatural —contestó don Jorge, intentando meter los pies por las mangas del paletó.

Se oyó un chillido femenino y en seguida un llanto de niño. En el patio no se oía nada.

—¿Siempre está ahí, don Carlos —preguntó don Jorge, medio vestido ya y medio desnudo y con la esperanza de que don Carlos hubiera desaparecido y él no tuviera que salir.

—Sí, aquí estoy —suspiró el interpelado.

—¿Sigue ahí eso?

—Levántese, por favor —fue la respuesta.

Don Carlos hablaba como si ya estuviera enterrado. Pero don Jorge juzgó oportuno observar primero la situación. Era un hombre bajo y grueso, de barbilla y mosca entrecanas; aunque de apariencia tranquila, en el fondo era muy impresionable y el color en extremo rosado de su rostro denotaba una gran inclinación a la apoplejía. Tenía que ser prudente. Sacó la barra de hierro que aseguraba la puerta y soltó el pestillo; entreabrió el postigo y miró a través del vidrio hacia el patio. Este estaba obscurísimo y en un principio no pudo ver nada; pero después, fijándose bien, observó una forma larga, mitad blanca y mitad negra, que daba vueltas sobre sí misma y que de pronto se alargó hacia arriba en un salto prodigioso. Cerró violentamente el postigo, sin acordarse de que al otro lado de la puerta alentaba un hombre que tenía más miedo que él. Allí se quedó, inmóvil, sintiendo que el corazón le latía hasta en los zapatos.

—¿Qué va a hacer, mi hijito? —preguntó su mujer, temblorosa.

—Es lo que estoy pensando —contestó él, que pensaba en todo menos en lo que debía hacer—. No tengo ni una miserable escopeta. Pero, por otra parte, ¿de qué me serviría una escopeta si eso es...?

No se atrevió a terminar la pregunta que se hacía a sí

mismo. Pero de pronto se sintió avergonzado y decidió salir. Cogió la barra de hierro y abriendo la puerta se deslizó hacia afuera. Inmediatamente, como si le hubieran avisado, la aparición se le fue encima, lanzando un rugido ahogado que le heló la sangre. Oyó junto a él una respiración anhelante, angustiada, como de garganta que se asfixia, mientras que un cuerpo extraño le rozaba las piernas y dos manos húmedas le palpaban la cara. Retrocedió un paso, cerró los ojos y haciendo un gran esfuerzo levantó la barra de hierro, soltando un golpe al azar, sin saber a quién lo dirigía y si daría en aquella extraordinaria forma o en la cabeza de don Carlos. Pero, afortunadamente para éste, la barra de hierro dio en el fantasma, que devolvió un sonido claro, como de metal, y un grito gutural, casi humano, que aumentó el terror de los dos hombres y arrancó un chillido frenético a la mujer. Un niño volvió a llorar y un instante después otro llanto de niño lo acompañó; la mujer lanzó otro grito, y los niños, como si esto hubiera sido una señal, elevaron el tono, y de pronto dos nuevos gritos, ahora de niñas, que salían de la habitación contigua, se unieron a los primeros. Eran gritos agudos, finos, que emergían en la noche como agujas de terror.

Cuando don Jorge, después del golpe, abrió los ojos, el fantasma había desaparecido, y don Carlos, agarrado a él, castañeteaba los dientes.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó don Jorge, secándose el sudor, irritado.

—Don Belisario —tartamudeó su atribulado compañero.

Pero, ante esta afirmación, don Jorge perdió la paciencia y, olvidando que don Carlos era un huésped en la casa y que como a tal le debía respeto y consideración, le gritó, levantando la barra de hierro:

—¡Cállese, señor, no me ponga nervioso! En lugar de estar ahí, tiritando como un perro, vaya a llamar a don Eleuterio y dígame que traiga la escopeta.

Y, asustado de su inesperada energía, se escabulló dentro de la pieza, mientras el infeliz don Carlos se deslizaba a través del corredor como una vacilante hilacha de sombra, procurando agujerear la obscuridad con sus medrosas miradas

y sintiendo unos locos deseos de echar a correr y no detenerse hasta llegar a su pueblo.

—Don Eleuterio... —llamó en voz baja, sin dejar de mirar hacia el patio.

—¿Quién es? —respondió el solicitado.

—Soy yo, Carlos Borne, señor.

—¡Ah, sí! ¿Qué pasa?

—Levántese, don Eleuterio; aquí en el patio hay algo que no sabemos lo que es; parece un fantasma del otro mundo.

—Voy en seguida.

Extendió la mano hacia el velador y tomando los fósforos encendió la vela. En ese instante despertó doña Fortunata.

—¿Qué pasa, Eleuterio?

—Don Carlos dice que en el patio hay un fantasma del otro mundo —informó don Eleuterio, tranquilamente.

La señora lanzó un grito y buscando su rosario reanudó precipitadamente sus interrumpidas oraciones.

—¡Ave María purísima!

Pero don Eleuterio no se levantó con la rapidez que había anunciado. Era hombre muy lento. Además, era muy aficionado a contraer resfríos y esto lo obligaba a tomar infinitas precauciones cada vez que tenía que levantarse o acostarse. Lo primero que hizo, luego de sentarse en la cama, fue coger el sombrero, que siempre dejaba al alcance de la mano, y ponérselo con todo cuidado. Era lo primero que se ponía y lo último que se quitaba. Después se agachó y buscó a tientas sus zapatos y sus calcetines; los encontró y, echando la ropa un poco hacia atrás, procedió a ponérselos con toda calma.

—¡Pero qué tonto soy! —exclamó de pronto—. Se rompió hace tres días un cordón de los zapatos y no me he acordado de comprar otro... Pero ¿qué es eso? Parece un piño de cabras.

Había oído el griterío de los niños.

—Son los niños que gritan —dijo doña Fortunata—. ¡Pobrecitos, cómo estarán de miedo! Apúrate, hombre.

—Espérate, mujer... Hace tres días que no me cambio cuello. Esa dichosa lavandera...

Llamaron de nuevo a la puerta.

—Apúrese, don Eleuterio, y traiga la escopeta.

Por fin, después de los cien membrillos, don Eleuterio terminó de vestirse; tomó la escopeta, la examinó y satisfecho de ella abrió la puerta. Afuera, don Carlos, próximo a desmayarse, procuró explicarle la situación, pero lo hizo de una manera tan desordenada y tartamudeante, que don Eleuterio se vio en la necesidad de confesarle que, a pesar del aprecio que sentía por él, no le entendía una palabra:

—Le ruego que no se ofusque, don Carlos, y se explique con claridad.

Pero don Carlos no tuvo tiempo de explicar otra vez lo sucedido.

—¡Allí viene! —dijo de pronto, y se metió de estampía en la habitación, cerrando por dentro.

Doña Fortunata, a pesar de que sus sesenta años la ponían a cubierto de cualquier desmán, al ver que un hombre que no era su marido entraba en el cuarto y cerraba la puerta, lanzó un tremendo grito y se desmayó.

—¡No me cierre la puerta! —exclamó don Eleuterio.

Y al darse vuelta, con la intención de empujarla y abrir, sintió que alguien se le echaba encima con gran fuerza; oyó una respiración fatigosa y profunda y en seguida el contacto de algo muy frío en la cara, mientras dos manos lo palpaban precipitadamente.

—¡Quítate, diablo! —gritó, frenético, más irritado que temeroso, pues el fantasma le sacó el sombrero al abrazarlo.

Se echó hacia atrás, al mismo tiempo que levantaba la escopeta; pero inútilmente buscó un blanco en la sombra. El fantasma se había hecho humo.

—¡Esta sí que es! —comentó, sorprendido, casi asustado, mientras buscaba su sombrero por el suelo.

Una vez encontrado, cubrióse la semicalva cabeza y se dedicó a escudriñar la sombra con sus pequeños ojos: dio una cautelosa vuelta sobre sí mismo, llevando la escopeta en actitud ofensiva, como si esperara en un bosque el ataque de un león; pero nada vio que lo indujera a apretar el gatillo y soltar la copiosa carga del cartucho conejero. Se sintió desorientado, sin saber qué era lo que debería hacer y sin tener del fantas-

ma más conocimiento e impresión que el que tuviera y experimentara durante unos segundos, ya que la narración que le hiciera don Carlos más le parecía una adivinanza difícil, dicha en jergonza, que un informe claro. Además, la gritería de los niños, los chillidos de la señora Laura y los gemidos angustiosos de doña Fortunata le confundían y atribulaban más que el mismo fantasma. Resolvió llamar a don Carlos y se acercó a la puerta:

—Don Carlos... Salga, pues, señor.

—No aguanto —fue la respuesta.

Don Eleuterio dejó escapar una risilla nerviosa.

—Pero, hombre, ¿qué voy a hacer yo solo aquí?

—Usted, que tiene escopeta, aguáitelo, y en cuanto lo vea, pégueme un tiro.

—Y Jorge, ¿dónde está?

—Está escondido en su pieza, armado con una barra de hierro.

—Capaz que mate al fantasma así...

Hacia allá se dirigió don Eleuterio, andando de puntillas —para no llamar la atención del ánima, según declaró después—. Don Jorge, que estaba al acecho, atisbando por el vidrio, lo vio venir y entreabrió la puerta:

—¿Es usted, don Eleuterio?

—Sí, yo soy. ¿Que no me ve? ¿Y el fantasma?

—Ha desaparecido.

—Bueno, ¿y qué hacemos?

Hablaban en secreto, como si fraguaran algo gordo.

—Yo voy a ir a despertar a Guillermo, que tiene un revólver Smith & Wesson legítimo. Usted quédese aquí aguaitando al ánima y en cuanto la vea aparecer sílbeme despacito, que ella no se entere... Hasta luego.

Y don Eleuterio se deslizó en la obscuridad, pegado a la muralla, andando a grandes y silenciosos pasos y llevando la escopeta preparada para disparar contra el primer bulto que se le pusiera por delante. Su ahijado Guillermo dormía en una de las habitaciones del lado derecho y él podía atravesar el patio para llegar más pronto, pero, como se había vuelto prudente, eligió el camino más largo.

Guillermo dormía a pierna suelta, dejando escapar unos ronquidos que aumentaban el bullicio formado por los gritos de los niños y las mujeres. Don Eleuterio tuvo que pegar en la puerta con la culata de la escopeta para lograr despertar a su ahijado.

—Levántate, hombre...

—¿Qué pasa, padrino?

—Que aquí en el patio anda un fantasma. ¿No lo has oído?

—No he oído nada.

—Claro, con tus ronquidos tienes bastante. Levántate.

Guillermo salió, en camisa, armado de un gran revólver.

—¿Dónde está el fantasma?

—¿Quieres que te lo traiga aquí? Tenemos que buscarlo.

—¿Por dónde anda?

—Después que me saltó encima ha desaparecido.

—¿Y cómo es, padrino?

—Dicen que es largo, blanco, delgado, negro, ¡qué sé yo! A mí me tocó la cara con las manos. Respira como si se estuviera ahogando.

—¡Por la madre! ¿Y qué hacemos? ¿Vamos a buscarlo?

—¿Adónde lo vamos a ir a buscar? ¿Al otro mundo? Esperémoslo aquí mejor.

—Oiga, padrino, y si es fantasma de verdad, ¿qué le vamos a hacer nosotros? Los tiros no le harán nada...

—Eso es lo que vamos a ver. Mira, tú ponte en aquella esquina del patio y yo me quedaré en ésta; en cuanto aparezca, ¡pum!, lo atravesamos.

—Y si es un fantasma, ¿qué hacemos?

—Entonces arrancamos y nos metemos a las piezas.

—¿Y si entra a las piezas?

El ahijado empezaba también a no tenerlas todas consigo.

—Si entra a las piezas... ¡Hummm! Te metes bajo la cama.

Segundos después los dos hombres estaban al acecho, mirando hacia el patio con ojos que parecían platos soperos. Empezó a llover en ese instante; sonaban las gruesas gotas sobre

el tejado y un viento caliente pasó bramando sobre la casa, sacudiendo al pasar el apretado ramaje del saúco. Don Eleuterio se subió el cuello del sobretodo:

—No va a ser resfrío el que voy a pescar...

Don Jorge, que distribuía su tiempo entre palabras afectuosas dirigidas a los niños, con el ánimo de hacerlos callar, y miradas exploradoras hacia la negrura del patio, no sabía lo que pasaba. ¿Qué se habría hecho don Eleuterio? ¿No se habría acostado y él estaría haciendo el ridículo, escondido detrás de la puerta, con la barra de hierro al hombro, como un centinela con su fusil? ¿Y don Carlos? ¿Habría muerto del susto o habría huido? No se atrevía a salir y esperaba la aparición del fantasma para abrir la puerta y silbar despacito, como conviniera con don Eleuterio.

Las hijas menores de doña Fortunata, que no tenían quién las apaciguara, pues dormían en una pieza incomunicada, gritaban desaforadamente, sin saber lo que sucedía y sin saber por qué gritaban, contagiadas por los gritos que oían en la pieza contigua.

Don Carlos, por otra parte, que había logrado calmar a doña Fortunata asegurándole que el fantasma, si bien de apariencia horrible, no era peligroso, ya que a él le había saltado varias veces encima sin hacerle el menor daño, escuchaba detrás de la puerta los ruidos que venían del patio; pero, fuera del murmullo de la lluvia menuda y persistente, del viento y del bullicio de los gritos y lamentaciones, no oía nada que le indicara la existencia o proximidad de hombres. Ni una voz, ni un paso. ¿Qué pasaría? Este silencio aumentaba su tensión nerviosa y el miedo subía como una garrapata por su médula.

Mientras tanto, Guillermo, dando diente con diente de frío, y don Eleuterio, aburrido de mantener una posición que lo hacía semejar a una estatua de cazador, esperaban al fantasma. De repente, un trueno profundo rodó en el vórtice de la tormenta; parecía que cien carros metálicos se arrastraban pesadamente sobre un empedrado de adoquines sueltos. Con el trueno se agrandó la gritería hasta tomar caracteres de chivateo indio. Tras el trueno, un relámpago vivísimo rasgó el cielo, iluminando la tierra como un sol que hubiera perdido su

forma, alargándose. La luz blanca y violeta de la descarga eléctrica penetró por las rendijas de las puertas y ventanas, irradiando un instante en la obscuridad de las habitaciones y produciendo en todos una sensación horrible de espanto y haciendo callar a los que gritaban.

A la luz del relámpago vieron los dos hombres al fantasma. Surgía por el zaguán que conducía al segundo patio y avanzaba lentamente, mostrando su extraño cuerpo, su forma blanca, larga, delgada, que se prolongaba después en otra forma negra, larga y delgada también. Su aspecto era escalofriante por lo desacostumbrado. Aquello no podía ser otra cosa que una aparición sobrenatural, pues nunca habían visto ellos, ni en cosas inanimadas, ni en seres humanos ni en animales, algo parecido.

La claridad esparcida por el relámpago duró un breve instante, y cuando la sombra volvió a extenderse en el cuenco de la noche, los hombres, silenciosos, sintiendo que de cansancio y de temor las piernas ya no eran suyas, procuraron seguir, pestañeando rápidamente, la marcha del fantasma en la obscuridad. Este avanzó hasta llegar al centro del patio, deteniéndose allí; estuvo un momento inmóvil, luego hizo varios movimientos horizontales y repentinamente se irguió, alargándose hacia arriba en un elástico salto de animal. En ese mismo instante se oyó el trémulo silbido. Era Jorge, que anunciaba a don Eleuterio la reaparición del fantasma, y don Eleuterio, que apuntaba con un entusiasmo y justeza que no tuvo nunca, antes ni después, con ningún conejo ni con ningún zorzal, apretó el gatillo. . . Pero el tiro no salió. Agatilló presuroso y volvió a apretar. . . Pero el tiro no salió.

—Decía yo que esta friolera me iba a dar un disgusto el mejor día —murmuró haciendo un gesto de ira.

Pero una especie de ametralladora empezó a funcionar en la otra esquina del patio, y el fantasma, cogido por los disparos en un momento de inmovilidad, pareció abatirse, derrumbarse al fin silenciosamente. Y en el momento en que caía, don Eleuterio, que ya estaba pensando en tirarle con la escopeta al ánima, logró disparar; pero como el tiro salió de

improviso, no tuvo tiempo para apuntar y la descarga hizo pedazos los vidrios de la habitación de las empleadas.

—¡Por fin! —exclamó, arrojando la escopeta contra el suelo.

—¡Traigan luces, traigan luces! ¡Ya matamos al fantasma! —gritaba Guillermo, ejecutando una especie de danza guerrera alrededor de uno de los pilares del corredor.

Y don Jorge apareció con un cabito de vela cuya menaguada llama defendía con la palma de la mano puesta como una ramada sobre ella. Se acercaron los tres, con precaución, hacia el fantasma, que yacía sobre el mojado suelo del patio, y lo que vieron fue el jarro de la leche, un jarro grande, largo, de cinco litros, y al final del jarro al perro "Zafiro" con la cabeza metida dentro.

Don Jorge cayó al suelo, saltando como un pejerrey recién pescado, presa de un ataque nervioso que lo hacía reír y llorar al mismo tiempo, y don Eleuterio y Guillermo, atacados de una risa que los sacudía violentamente, lo fueron a acostar a empujones.

Al día siguiente, acompañado de toda la familia y de algunos vecinos, don Eleuterio cogió de la cola al fantasma del patio y lo arrastró hacia la viña, donde se le iba a dar piadosa sepultura. Y como durante la noche el perro se hinchó de tal modo que fue imposible separarlo del jarro, se le enterró con jarro y todo.

El semáforo

VERDE-AMARILLO-ROJO, cambian las luces del semáforo inaugurado sobre base de concreto: la banda dedica una marcha en su honor. El corazón del pueblo, como han llamado a la esquina de la alameda y el camino de ripio, tiene un semáforo. Accionadas a toda velocidad por su aparato de relojería, las luces se alternan vertiginosamente y la música las sigue lo mejor que puede. Verde-amarillo-rojo, rojo-amarillo-verde y otra vez rojo, forman una aureola sobre la cabeza del nuevo alcalde, don René Bombal. Este acaba de pronunciar un discurso y es asediado por el fotógrafo del pueblo, Gabodeo Gallardo. La autoridad trata de sonreír y posa con una mano en el control de luces, saludando a la multitud, abriendo una nueva etapa en la historia del pueblo al cruzar por primera vez la calle amparado por el semáforo.

Pero no nos adelantemos.

—Pase usted, señor alcalde —le ha dicho el teniente Silva.

En ese momento viene un auto por el camino de ripio. Un carabinero fija la luz roja. ¡Qué oportunidad para demostrar las virtudes de la nueva adquisición municipal!

Es la verdadera forma de inaugurar el semáforo. Así piensa Bombal, y se dispone a cruzar estimulado por el aplauso de sus admiradores.

Lo hace lentamente. ¿A quién temer? Esto se llama civilización: un individuo de cualquier edad, sexo o categoría

se acoge a la ley, a la luz, y mil individuos se detienen a respetar sus derechos.

Entre tanto, el carabiniero advierte que el vehículo no trae intenciones de parar ni siquiera de disminuir de velocidad. Pasa no más, ¡maldito sea! El alcalde apenas salva con vida.

A la mañana siguiente, el carabiniero estuvo a punto de ser arrollado por otro automóvil. Cuando le entrega los documentos, el infractor, que es de Santiago, todavía tiene el cinismo de preguntar:

—¿Qué semáforo? ¿Qué luz roja?

Como el caso se repite, la jefatura encarga al inexorable cabo Espínola el gobierno del semáforo. *La micro* del pueblo de más adentro pasa con luz roja: Espínola saca su pistola, apunta y le rompe un neumático. Por un verdadero milagro Pérez, el conductor, logra detener el vehículo sin volcar. Entre las vociferaciones de los pasajeros y el plumerío de algunas aves liberadas de sus respectivos canastos, Espínola agarra a Pérez y se lo lleva a la comisaría.

Por la mañana, el cabo llega muy temprano al campo de batalla. Cuando se disipa la niebla y desde la torrecilla del semáforo alcanza a ver a los obreros parados junto al cruce del longitudinal, da cuerda lentamente al cambiador de luces. A Espínola debieran dejarlo mandar a esos pelafustanes "sacadores de vuelta". Entonces sí que aprenderían a trabajar. Tiene un plan para terminar el camino de ripio en el plazo obligado de quince días. ¿Protestas, reclamos, huelguitas a él? Personalmente dirigiría el interrogatorio en la Inspección del Trabajo, a ver a quién le quedaban ganas de insubordinarse. "Tú: ¡bájate los pantalones!" Y así los haría *cantar* a uno por uno.

Le gusta alentar posibilidades desde la torrecilla, las ve agrandarse, las proyecta más allá del camino, hacia la capital. ¿Por qué no? La luz amarilla parpadea una pizca suspendida en la duda, pero luego se normaliza. ¿Por qué no?

Ahora tiene prohibición de dispararles a los vehículos. Sólo en casos excepcionales, en casos bien justificados, le han dicho que puede usar el palo. Por cierto que él no es uno de esos paquitos nuevos que por todo piden auxilio y se desgañitan

tocando el silbato. El no. Cuando hace sonar el pito, lo hace una sola vez, de advertencia. Nunca está de más una advertencia y mejor resulta prevenir que curar. Pero, por otra parte, no desconoce que el palo es el mejor amigo del carabinierno. Fácil de llevar, rápido, definitivo, ¿quién no lo respeta? Sin jactancia, puede afirmar que ha aturdido siempre al primer palo.

* * *

No hace mucho que la señorita Etelvina Gallardo sabe manejar. Está haciendo todo lo posible por aprender a colocarse. El viejo vehículo de los Gallardo da arcadas al lado del semáforo, se detiene, vuelve a partir.

Espínola observa a la conductora y empieza a sentir furia.

La señorita señala algo indefinido con la mano (¿irá a doblar, a frenar?) y golpea violentamente con el parachoque la base del semáforo.

Espínola salta a detenerla, a matarla.

En un gigantesco esfuerzo por estacionarse, el vehículo vibra todo y destruye una parte de la base de concreto. La señorita ha decidido colocar su automóvil justamente ahí, y por nada del mundo parece dispuesta a cambiar sus planes. Ahora prepara una marcha atrás aun más poderosa.

Entonces, dos tenazas le impiden todo movimiento.

Bramando de coraje, Espínola aprieta el cuello a la señorita Gallardo y en seguida se lo estira, como si se tratara de un ave de corral. Después forcejea en vano, dispuesto a sacarla a través de la ventanilla a medio abrir. Los gritos ahogados de la infractora llaman la atención de algunos transeúntes. A duras penas logran hacer desistir al cabo de sus propósitos criminales. La vista nublada, la lengua un palmo fuera de la boca llena de espuma, Espínola parece un perro hidrófobo.

No bien terminan de reparar los daños, substituyen a Espínola por un carabinierno de costumbres más pacíficas.

Rojo-amarillo-verde funcionan las luces, lentas e ineficaces. Nadie las toma en cuenta. Son iguales a las de otros se-

máforos, con los mismos controles y el mismo aparato de relojería... ¿Y?

Preocupado, el teniente de Carabineros expone el caso a su mujer.

—Voy a apagar en definitiva el semáforo. Nadie obedece a sus luces: es un desprestigio para el Cuerpo de Carabineros.

Entre ambos, no faltan las grandes ideas. ¡Qué sencillez para resolver un problema que parecía insoluble!

Nuevas órdenes hacen que el vigilante se sitúe veinte pasos más allá del semáforo. El primer infractor es detenido. El carabinero le pide los documentos y lo invita gentilmente al Juzgado para el lunes próximo. ¿Cómo? ¿Que no desea venir especialmente desde Santiago? Bueno, en ese caso, si prefiere la devolución inmediata de su carnet de competencia, puede cancelar la multa en la Municipalidad. El automovilista alega cosas que no conciernen a la ley. Por último, para no volver a ese lejano lugar, paga.

No todos reaccionan así, pero al cabo del primer mes la suma permite la construcción de un nuevo edificio municipal y duplicar el salario de los obreros pavimentadores del camino de ripio.

Poco a poco algunas industrias van desarrollándose alrededor del semáforo. Primero son los muchachos que limpian los parabrisas y ofrecen un Manual del Tránsito Público, en seguida un servicio de W.C. abre sus puertas a los familiares y amigos del automovilista. El teniente sueña con hacer levantar un moderno control caminero con altos faroles y un gran letrero de PEAJE, pero la autorización definitiva demora en llegar. Entre tanto, financiado por la luz roja, el pueblo se engrandece y fructifica. Por fin se realizan algunos proyectos largamente acariciados, como la adquisición de una *micro* que va hasta la capital. Esta se denomina Pullman al empezar el auge, para terminar llamándose Super Pullman, gracias a lo cual se dobla el precio por pasaje. Es la Edad de Oro del pueblo. Hay un aroma de aire nuevo, como si la primavera hubiese llegado a retocar todas las cosas. Y atraída por dicho aroma, por la dulzura del polen que invade el aire caliente de día y fresco en las tardes, arriba la Mariposa Encantada.

Largas colas se forman a un extremo de la plaza donde ha instalado su carpa la belleza que un príncipe hechizara. Da un filtro mágico a las niñas Gallardo, ayuda a los maridos flojos en el amor, cura a las viudas inconsolables y previene las enfermedades de juventud con untos orientales. La Mariposa Encantada, según reza un letrero en oro y bermellón, ha llegado ahora más triunfante todavía, después de su debut en la Exposición de Nueva York. Abre las alas fulgurantes en la penumbra de su gabinete:

—Por ser mujer hermosa —dice—, un príncipe me hechizó.

Los varones se sienten subyugados con semejante espectáculo y las niñas tratan de imitar la manera de parpadear que tiene, tan lenta y acariciadora. Sólo doña Eduvigis se atreve a expresar una duda que también agita la mente de otras señoras respetables. ¿En qué estado se halla la tal Mariposa, o lo que sea? Porque los hombres siempre andan a la siga de lo mismo; príncipes o no, son todos iguales. . .

—Por ser mujer hermosa —dice—, un príncipe me hechizó.

* * *

Ruina al buen porvenir, a la grandeza del pueblo: ¡se han robado el semáforo!

Los obreros declaran huelga indefinida.

Cierran todos los negocios.

Avisan a la Intendencia, se da cuenta a la Prefectura de Santiago, vigilan los lugares y las personas sospechosas.

Aseguran que Bombal se encargará, personalmente, de descubrir al ladrón. Por algo el flamante alcalde del pueblo ha sido magistrado. Dicen que ve debajo del agua.

Rondas nocturnas pasean por las calles, custodian algunos recintos, arrestan a quien salga después de las nueve.

Como una medida de precaución, la Ilustre Municipalidad suspende el tránsito por la esquina del semáforo. Así se evitará, por lo menos, que los habitantes de otros pueblos sean testigos del vergonzoso ultraje.

Una semana después dan a conocer a Bombal un descubrimiento importantísimo: ¡en el pueblo de más adentro se yergue un semáforo igual, custodiado día y noche! Una vez que le han dado la noticia quedan aguardando la impresión del alcalde, esperan que una alegría súbita estalle entre los mofletes de su cara. Pero Bombal se pasea por la sala, arrastra los pies: parece no ver lo evidente.

Le aconsejan que vaya al lugar mismo en *la micro* de adentro, que ahora exhibe un letrero de Pullman.

El señor alcalde se rasca la nuca, promete reflexionar sobre el particular.

Pasa una semana.

Pasan diez, veinte días.

Al mes, los denunciantes vuelven para tratar de nuevo el asunto.

—¿Qué asunto? —pregunta Bombal.

—¡Lo del semáforo del pueblo vecino! —exclaman sin poder disimular la excitación que les quema por dentro.

Bombal bosteza, se deja caer en el sillón y después se levanta. No parece acordarse de nada.

Los hombres se miran extrañados, agresivos, en silencio, hasta que uno irrumpe gritando:

—¡Lo del semáforo del pueblo del lado, que usted se comprometió ir a ver!

El alcalde recoge su mirada de la ventana entreabierta. Como volviendo en sí, señala que ya lo ha pensado: según su criterio, no vale la pena ir al pueblo vecino; en rigor no puede probarse absolutamente nada.

Al salir, los hombres dan un portazo.

Bombal vuelve a bostezar, mira su reloj, cierra uno y el otro postigo.

BREVE RESEÑA SOBRE LOS AUTORES

1. GUILLERMO BLANCO. N. Talca, el 15 de agosto de 1926. Ha ganado premios casi cuento por cuento. Une a un talento creador poco habitual un acrisolado dominio del idioma. Ha publicado poco, y siempre con éxito. Sus obras: "Sólo un Hombre y el Mar", cuentos; "Misa de Requiem", novela corta; "Gracia y el Forastero", novela; "Cuero de Diablo", colección de relatos que reúne algunas de sus obras anteriores con otras nuevas. "La espera" figura en el primero y el último de los libros mencionados. Su obra más popular fue escrita en colaboración con Carlos Ruiz-Tagle: "Revolución en Chile".
2. ENRIQUE BUNSTER. N. Santiago, 1912. Trabajador incansable, ha cultivado casi todos los géneros literarios: novela, cuento, teatro, ensayo histórico, y siempre con gran seriedad. Sus "miniaturas históricas" no tienen rival. Como cuentista, especialmente en "Aroma de Polinesia", revela, junto a la perfección estilística, un dominio incuestionable de la técnica. Su novela humorística "Un Angel Para Chile" es memorable. Quitado de bulla, enemigo de la publicidad, se ha labrado en silencio un lugar que será indiscutido en las letras chilenas. "El hombre del caballo verde" figura en su ya citada colección de cuentos "Aroma de Polinesia".
3. OSCAR CASTRO. N. Rancagua, 1910; m. Santiago, 1947. Fino poeta, practicó la novela y el relato sin olvidarse nunca de su vocación principal. En todas sus obras de prosa se advierte al lírico enamorado de la naturaleza. Sus cuentos y novelas narran la vida rural, minera y pueblerina de la provincia, con un realismo tamizado por la ternura. Su relato "El callejón.

de los gansos" figura en el primer libro en prosa que publicó: "Huellas en la Tierra".

4. FRANCISCO COLOANE. N. Quemchi, 1910. Es lo que se llama un *vigoroso narrador*. Ha descrito la vida del sur chileno con un conocimiento del medio natural que corre a parejas con su inventiva novelesca. Ovejero y capataz en Tierra del Fuego, vinculado a la conquista del petróleo, escribiente en la Marina de Chile, periodista en Santiago, Coloane es en su prosa el aventurero de dura experiencia que fuera también en la realidad de sus años juveniles. El relato escogido para esta Antología figura en su libro de cuentos "Tierra del Fuego".
5. LUIS DURAND. N. Traiguén, 1895; m. Santiago, 1954. Vivió los años de su infancia y juventud en el campo y en estrecho y fraterno contacto con la gente de la tierra. Esta experiencia directa se traslada con gran fidelidad a su obra literaria. Con Mariano Latorre, se le considera uno de los pilares del criollismo, tendencia que Luis Durand cultivó devotamente.
6. FEDERICO GANA. N. Santiago, 1867; m. Santiago, 1926. Abogado y diplomático, entregó toda su obra literaria a las revistas de su tiempo. Su visión del campo y los tipos nacionales está siempre envuelta en una atmósfera de ensueño y armonía. El cuento "La señora" es un clásico tanto en la producción del autor como en las letras chilenas. Casi no hay antología en que no aparezca y su inclusión en ésta es una prueba más de su permanencia.
7. OLEGARIO LAZO BAEZA. Podría decirse que ocurre lo mismo con "El padre", de este fino cultivador de la literatura castrense. Olegario Lazo Baeza (n. San Fernando, 1878; m. Santiago, 1964) fue militar hasta el año 1917, en que se retiró con el grado de capitán, después de haber servido brillantemente en el Ejército y de ser uno de los mejores equitadores del país. Se desempeñó luego como diplomático. Estas disciplinas y actividades no le impidieron dedicar gran tiempo a su vocación esencial, la de escritor, en la que se distinguió por sus cuentos militares, trazados con austera pluma.
8. BALDOMERO LILLO. N. Lota, 1867; m. San Bernardo, 1923. Autor de cuarenta y cinco cuentos, en la mayoría de los cuales describió la ruda existencia de los trabajadores más modestos y —en especial— las dramáticas condiciones de vida de los

mineros. Su obra tiene el carácter de una denuncia social, pero no le impidió esto practicar en algunas ocasiones un humorismo muy a la chilena por su malicioso ingenio.

9. **MARÍA LUISA BOMBAL.** N. Viña del Mar, 1910. Su obra es tan breve como importante y renovadora dentro de las letras chilenas. Una aura de sueño, fantasía y poesía envuelve las dos novelas cortas y los cinco cuentos de que es autora. "El árbol" fue publicado originalmente en la revista "Sur", de Buenos Aires, y recogido luego en un volumen con "La Última Niebla".
10. **MARTA BRUNET.** N. Chillán, 1897. Muy joven alcanzó notoriedad con su novela "Montaña Adentro"; desde entonces, su prestigio de escritora ha aumentado día a día, traspasando ampliamente nuestras fronteras. Narradora de la vida campesina y aldeana, Marta Brunet sobrepasa el paisajismo criollista para adentrarse en la descripción de personajes recios, turbulentos. La soledad del hombre es uno de sus grandes motivos literarios, y de ello tal vez procedan esas figuras silenciosas, pujantes, que animan las páginas de sus mejores cuentos. Su estilo es potente, de gran riqueza idiomática, y abunda —cuando es necesario— en femenina gracia. "Doña Tato" representa una de sus venas más singulares: la pintura de un carácter, realizada con humor.
11. **AUGUSTO D'HALMAR.** Su verdadero nombre: Augusto Goemine Thomson. N. Santiago, 1882; m. Santiago, 1950. Fue el primer Premio Nacional de Literatura. Errabundo, viajero, soñador, es el escritor más importante de su generación. Gran prosista, imbuido de un espíritu cosmopolita, escribió mucho y de todo, con una elegancia y un cuidado estilístico nada comunes en nuestras letras.
12. **JOAQUÍN DÍAZ GARCÉS.** N. Santiago, 1877; m. Santiago, 1921. Pertenece a una época de gran periodismo chileno. Su pseudónimo de *Ángel Pino* se hizo famoso. Como narrador, es un costumbrista en el que brillan el ingenio, el humor bien intencionado y un conocimiento de la realidad nacional que explota con sana ironía.
13. **JOSÉ DONOSO.** N. Santiago, 1925. Escribió y publicó primero en inglés, mientras estudiaba en la Universidad de Princeton. Vuelto a Chile, ha publicado dos novelas y dos volúmenes de cuentos, en los que demuestra un talento creador aplicado con

eficacia a la realidad nacional. Es un escritor cuidadoso, trabajador, muy consciente de su oficio, maduro, en una palabra. Se distingue entre los mejores de su tiempo.

14. ALBERTO EDWARDS. N. Valparaíso, 1873; m. Santiago, 1932. Político y ensayista, se le recuerda, principalmente, por "La Fronda Aristocrática en Chile", profundo trabajo de interpretación de la realidad social y política del país. Sus labores políticas y sus investigaciones históricas no le impidieron dar vuelo a su imaginación en otras tareas muy diversas: sus cuentos detectivescos, en los que dio vida a un émulo chileno de Sherlock Holmes —*Román Calvo*—, y los "Cuentos Fantásticos".
15. JORGE GUZMÁN. N. 1930. Profesor de castellano, formado en el Pedagógico de la Universidad de Chile, ha publicado solamente un ensayo: "Una Constante Didáctico-Moral de *El Libro de Buen Amor*", que se editó en México. Participó con su cuento "El Capanga" en el concurso organizado por el diario "El Mercurio" el año 1956 y obtuvo el primer premio. "El Capanga" no ha sido recogido en volumen y se dio a conocer en el diario que lo premió, el 26 de febrero de ese año. Tiene una novela inédita: "Boj".
16. RAFAEL MALUENDA. N. Santiago, 1885; m. 1963. Periodista casi toda su vida, cultivó con éxito el teatro, la novela y el cuento. En este último género es un maestro, insuperable en obras como "La Pachacha", "Los ciegos" y otras que son piezas de antología. Las "Historias de Bandidos" revelan también ese maestrazgo sustentado —además— en un profundo conocimiento de la psicología campesina y de la especie legendaria de los bandidos chilenos. "Los dos" es un modelo de descripción de tipos, de habilidad en el diálogo, de espíritu socarrón encarnado en las personas del bandido viejo y el bandido joven que se encuentran en un duelo casi deportivo.
17. DIEGO MUÑOZ. N. Victoria, 1903. Periodista, como gran número de nuestros escritores, viajero —a veces forzado, como en la dictadura de Ibáñez—, tiene una abundante producción literaria y ha estudiado con dedicación el folklore y la poesía popular. A pesar de estas inclinaciones, su obra no se ciñe al localismo; por el contrario, se extiende hacia ámbitos cosmopolitas, como lo demuestra el relato escogido, en el cual el *clima* psicológico y natural del trópico es descrito con acierto.

18. EGIDIO POBLETE. N. Los Andes, 1868; m. Viña del Mar, 1940. Consagró la mayor parte de su vida al periodismo, en el que dejó fama de gran humorista. Al servicio del periodismo —para llenar las páginas de magazine dominical del diario "La Unión"— escribió los "Cuentos del Domingo", que llenan seis volúmenes "de un buen humor inalterable". Latinista, tradujo "La Eneida", de Virgilio, y obtuvo con esa traducción el Premio Roma de la Real Academia de Italia.
19. SALVADOR REYES. N. Copiapó, 1899. Gran narrador de la vida de los puertos, amigo del mar, soñador, desencantado, Salvador Reyes ha contado en sus libros un mundo de aventura, un mundo nocturno y luminoso, por el que pasan, con algo de misterio y de lejanía, seres vivos y verdaderos. Ha publicado mucho y es universalmente conocido. Con razón.
20. MANUEL ROJAS. N. Buenos Aires, 1896. Su vida es una novela, y la más vital de sus novelas es "Hijo de Ladrón". Ha escrito una gran cantidad de obras, en casi todos los géneros, con un estilo de largo aliento, meditativo e irónico, sin que le falten la ternura viril y un profundo conocimiento de la naturaleza humana.
21. CARLOS RUIZ-TAGLE. N. Santiago, 1933. Cuentista, principalmente, aunque ahora tiene una novela en prensa y es coautor (con Guillermo Blanco) de "Revolución en Chile". Su vena es la humorística. A propósito de su primera obra, dijo *Alone*: "¿Se ha dado cuenta de lo que ha hecho? ¿Sabe que esos trozos, esos relatos de una pieza, lisos, graves, irónicos, divertidos, están escritos como no se puede escribir mejor? ¿Cómo ha conseguido usted esa prosa imperceptible, sin una arruga?" El relato que incluimos es parte de su libro "Dicen que Dicen".

Indice

Prólogo	7
<i>Guillermo Blanco</i>	
La espera	13
<i>Enrique Bunster</i>	
El hombre del caballo verde	25
<i>Oscar Castro</i>	
El callejón de los gansos	41
<i>Francisco Coloane</i>	
La botella de caña	49
<i>Luis Durand</i>	
Afueros	63
<i>Federico Gana</i>	
La señora	77
<i>Olegario Lazo Baeza</i>	
El padre	85
<i>Baldomero Lillo</i>	
Cañuela y Petaca	89
<i>María Luisa Bombal</i>	
El árbol	101
<i>Marta Brunet</i>	
Doña Tato	113
<i>Augusto d'Halmar</i>	
En provincia	119

<i>Joaquín Díaz Garcés</i>	
Incendiario	129
<i>José Donoso</i>	
El hombrecito	137
<i>Alberto Edwards</i>	
En el País de la Leyenda	149
<i>Jorge Guzmán</i>	
El Capanga	171
<i>Rafael Maluenda</i>	
Los dos	195
<i>Diego Muñoz</i>	
Niña de color	207
<i>Egidio Poblete ("Ronquillo")</i>	
El pavo	221
<i>Salvador Reyes</i>	
La Nochebuena de los vagabundos	241
<i>Manuel Rojas</i>	
El fantasma del patio	249
<i>Carlos Ruiz Tagle,</i>	
El semáforo	265
Breve reseña sobre los autores	271

Cuentos de cabecera

Hernán Poblete Varas

Si usted pudiera reunir en un solo volumen los mejores cuentos chilenos, para tenerlos al alcance de la mano en sus ratos de paz y sosiego, ¿cuáles escogería?

Esta fue la pregunta que se planteó Hernán Poblete Varas, crítico literario y cuentista, Premio Municipal de 1966 en este género. La mejor respuesta no está, seguramente, en la selección personal, pues en ella prevalecen los gustos y tendencias individuales. Era preferible, por tanto, elegir mediante la suma de opiniones autorizadas.

Hernán Poblete consultó a nueve escritores: Alfonso Calderón, Hernán Díaz Arrieta (Alone), Luis Droguett Alfaro, José Miguel Ibáñez, Hugo Montes, Eliana Navarro, Luis Sánchez Latorre, Roque Esteban Scarpa y Raúl Silva Castro. A cada uno le pidió que escogiera los cinco cuentos más amenos de nuestras letras.

El resultado de la encuesta está en el presente volumen, que reúne cuentos ya clásicos en la literatura nacional y otros que parecen volver del olvido, evocados por los jueces que los señalaron.

El conjunto es más que una muestra de este difícil género, cultivado por los mejores entre nuestros grandes prosistas: es un recorrido apasionante a lo largo de las letras chilenas de este siglo.